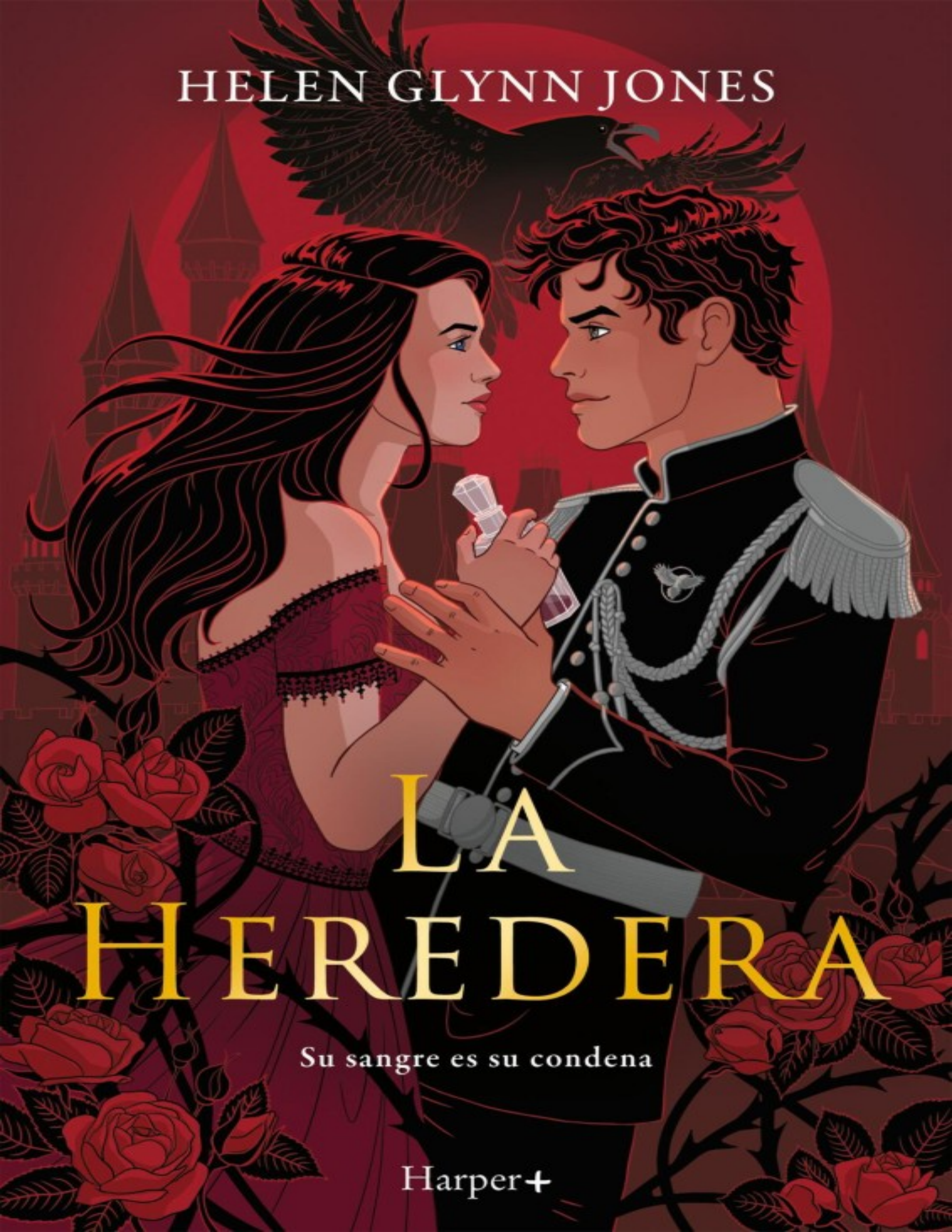
HELEN GLYNN JONES



LA HEREDERA

Su sangre es su condena

Harper+

Portadilla

Helen Glynn Jones

La heredera

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www. harpercollinsiberica.com

Título original: *The Last Raven*
© Helen Glynn Jones 2024
© 2026, HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado originalmente por One More Chapter, una división de HarperCollins Publishers Ltd
Traducción de María Romero Valiña

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Ilustración de cubierta: © Night Witchery

ISBN: 9788410646421

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para mi hija

Capítulo 1

Cambio de guardia

Cuando nací, mi padre intentó matarme. A nadie le habría importado si lo hubiera hecho, era lo habitual con bebés como yo. Pero mi madre se enfrentó a él, o al menos eso es lo que me han contado. Todavía débil tras el parto, con sangre en las piernas, en el vestido y en su oscuro y brillante cabello. Y aun así ganó, mientras yo lloraba en la cuna, junto a la cama. Ella ganó. Y desde entonces siempre ha sido así: ella luchando por mí. La amo como se ama al fuego, al agua, como se ama a algo nacido de una tierra más grande, más fuerte y más profunda que las palabras. Cuando era niña, ella lo era todo para mí.

Ahora es mi único arrepentimiento.

—Ven, Emelia, te estamos esperando.

Mi padre aguarda junto a las puertas dobles del salón, con los brazos cruzados. Alto y delgado, el cuello alto de su chaqueta negra contrasta con su rostro anguloso y pálido, y el brillo del oro en los puños se refleja en sus ojos.

Acelero el paso, deseando ser más rápida, odiando no serlo. Sin embargo, mantengo mis emociones encerradas en mi interior, el paso suave, los movimientos controlados, para ser como el resto de ellos. Oculto mi ansiedad, reprimo la ira hasta convertirla en un leve rugido. Bertrand, uno de mis guardias personales, se coloca a un lado de las puertas. Tiene los enormes brazos cruzados y los detalles plateados de su uniforme brillan bajo la tenue luz de las lámparas de vela. Mi padre me acompaña al interior.

—¿Cómo estás, mi preciosa niña? ¿Todo listo para Halloween? — Mi madre viene a abrazarme, enlazando su brazo con el mío, su largo cabello ondulando como satén negro alrededor de su perfecto

rostro ovalado. Ella es la verdadera Raven, no mi padre, aunque él haya tomado su nombre.

—Estoy bien —digo, mientras me lleva al sofá. Aunque no sea cierto. Los cojines de seda se deslizan contra nuestros vestidos, suaves como su tacto fresco. La habitación está cálida, con el fuego ardiendo en la chimenea y las lámparas de vela encendidas. La luz y el calor son para mí. Ellos no lo necesitan.

—Bueno, Emelia —dice mi padre—. Tu madre y yo hemos estado hablando de las obligaciones que conlleva tu herencia. Creemos que es hora de que asumas más responsabilidades.

Oh, oscuridad. La ansiedad se arremolina en mi estómago. Mi herencia. Un enorme peso de responsabilidad que se cierne cada vez más cerca, como una tormenta lejana en el horizonte que espero que nunca llegue. Cuando cumpla dieciocho el próximo año, seré declarada oficialmente gobernante de Raven, como todos los demás herederos Raven a lo largo de los siglos. Sin embargo, a diferencia de aquellos otros Ravens, no me siento ni remotamente preparada para asumir el papel. Tampoco lo deseo.

Mi padre frunce el ceño y se pellizca el puente de la nariz con sus largos dedos.

—Ya tienes edad suficiente para salir sola. Deberías hacerlo. Hay ciertas expectativas, a pesar de tu, eh…

—¿Sola? —Nunca me dejan ir a ningún sitio sola.

—Con un guardia, por supuesto. —Mi madre mira a mi padre—. Pero lo que tu padre intenta decir es que no nos gusta verte encerrada como estás.

—Nos damos cuenta de que te hemos mantenido… recluida. Y hemos tenido nuestras razones para hacerlo. —Mi padre camina de un lado a otro, con las manos juntas y los dedos tocándose—. Así que hemos organizado una salida. Una oportunidad para representar a tu casa. —Su mirada dorada se posa en mí—. Tu prima Stella va a visitar Dark Haven para celebrar una fiesta de Halloween con luna llena. Normalmente, tu madre y yo asistiríamos, pero creemos que tú eres más adecuada para la tarea.

—No quiero ir.

La mano de mi madre aprieta brevemente mi brazo.

—No hay nada que temer —me dice.

Abro la boca para protestar, para decirle que se equivoca. No tengo miedo. Simplemente no quiero ir. No quiero avergonzarlos más de lo que ya lo hago. Pero antes de que pueda decir nada, se oyen pasos.

Otro guardia entra en la habitación, alto y musculoso, con el uniforme plateado y negro de la Guardia Raven. Pero en realidad no importa lo que lleve puesto.

Es guapo.

Increíblemente guapo. Su piel suave es pálida, pero tiene un tono dorado, como si hubiera tragado luz del sol. Sus pómulos son altos, sus ojos brillan con un tono gris plateado que contrasta con sus pestañas oscuras y su cabello negro reluciente, como el mío. Se inclina ante mis padres, luego ante mí, y juraría que me guiña un ojo. Junta los talones y se pone firme, mirando al frente.

Me vuelvo hacia mi madre, con una pregunta en los ojos. Ella la ve, por supuesto.

—Él es Kyle. Pensamos que, si tuvieras tu propio guardaespaldas, quizá te sentirías más cómoda saliendo. —Su voz se eleva al final, como si fuera una pregunta.

—¿Qué? —Un rubor calienta mi piel. Mi control se está desvaneciendo, a pesar de mis esfuerzos—. ¡Tengo un guardaespaldas personal! ¿Qué pasa con Bertrand?

—Bertrand es necesario en otra parte de la finca y no siempre puede estar contigo.

—El heredero de Raven necesita un guardaespaldas personal dedicado, especialmente ahora. —Mi padre se acerca, con la luz del fuego brillando en sus pómulos altos.

—¿Así que me obligáis a ir con… él? —Señalo al nuevo guardaespaldas.

—Pensamos que sería bueno para ti estar con alguien más cercano a tu edad. No tendrás que hacer nada, solo estar allí en nuestro nombre. —Hay simpatía en los ojos de ónix de mi madre. Mi padre se da la vuelta, con el rostro contraído.

Mi ceño se frunce aún más. ¿De mi edad? Claro, Kyle puede parecer de dieciocho años, pero eso no garantiza nada. Lo miro de

nuevo. No me está mirando, pero sé que es consciente de mi presencia. Todos los que están en la sala, así como en los pasillos de fuera, son conscientes de mi presencia.

Intento liberarme del agarre de mi madre, pero ella no me suelta, sus largos dedos están fríos.

—No podéis obligarme a hacer esto. —Dejo que la ira se refleje en mis palabras, solo un poco, con la esperanza de que oculte mi súplica.

—No te estamos obligando a nada —dice mi padre con tono seco —. Es una simple salida a un club local. Algo que deberías ser más que capaz de manejar. Como Raven, se esperará mucho más de ti.

—Por favor, Emelia —interviene mi madre—. Al fin y al cabo, eres el futuro de esta casa.

Y estallo.

—¿Cómo puedo ser el futuro si voy a morir antes que vosotros? —siseo.

Mi madre se estremece.

—¿Cómo puedes decir…?

—¡No lo toleraré! —retumba la voz de mi padre en la habitación. Todos guardan silencio. El nuevo guardia mira al frente. Mi padre se acerca a mí—. ¿Cómo te atreves a hablar así? ¡Eres la heredera de esta familia, de nuestro gran nombre, y ya es hora de que empieces a actuar como tal! —Se cierne sobre mí, implacable, con la frialdad de una estatua de hierro.

El aliento se me queda atascado en el pecho, la ira me calienta las mejillas y me ahoga la garganta. Quiero gritarles por lo que han hecho, por cómo me han hecho sentir. Incapaz de soportarlo más, me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta. Oigo el frufrú de las faldas de mi madre y luego su voz.

—Déjala ir, Aleks.

Echo a correr por el vestíbulo y asciendo por una cascada de escaleras que brillan como oro fundido. Recorro el pasillo de arriba como si intentara escapar de mis emociones, con los puños apretados. La luz de la luna se filtra por las largas ventanas, pintando cuadrados plateados sobre la alfombra oscura. Paso rápidamente de la luz a la oscuridad y de nuevo a la luz,

atravesando las altas puertas arqueadas de la biblioteca donde solía recibir mis lecciones, bajo el enorme y brillante mapa del mundo que cuelga de la pared. Sudamérica, de color cobre para Jaguar; Asia, verde jade para Scorpion; África, dorada como Lion; Norteamérica y Europa, de color plata para Raven, con nuestras principales ciudades marcadas con estrellas. Lugares en los que nunca he estado, pero que se espera que gobierne algún día.

¿Pero cómo voy a hacerlo?

Ni siquiera puedo ir a una fiesta sin un nuevo guardia elegante.

Sin embargo, me veré obligada a aceptar la corona cuando cumpla dieciocho años, simplemente por quiénes son mis padres. No importa que mi piel, mis ojos, mi manera de moverme, todo me delate como lo que soy.

Humana.

En un mundo gobernado por vampiros.

Un vestigio, un recordatorio de nuestro ADN humano. Y una carga, sobre todo en una familia poderosa como los Raven. Heredada por la sangre, aunque mis padres sean vampiros y yo no lo sea.

La rabia me invade, siento furia hacia mis padres, hacia la vida que me obligan a llevar. Acelero el paso, sintiendo que podría estallar en llamas. ¿Cómo demonios esperan que de repente me convierta en Raven? Que vaya a fiestas, dirija reuniones, ocupe mi lugar en la escena mundial. Apenas he salido de la finca. Me detengo en una de las ventanas y contemplo la oscuridad. La tenue luz de la luna brilla en la lejana valla que delimita la propiedad.

Hay todo un mundo ahí fuera. Un mundo que nunca he visto. Pero quiero verlo. Quiero verlo todo. No como Raven, sino como realmente soy.

Nunca he conocido a otro ser humano, aparte de los bailarines que trabajan para mis padres. Golpeo el cristal frío con el puño como si pudiera romperlo, liberarme de las paredes que me confinan, desatar mi rabia y mi miedo. Pero lo único que consigo es que la ventana vibre. Apoyo la cabeza contra ella, respirando con dificultad.

Mis sentidos se agudizan como si alguien estuviera cerca, esperando en la oscuridad, aunque sé que no hay nadie en la casa

de mis padres que pueda hacerme daño. Me alejo de la ventana y empiezo a correr de nuevo, dejando que mi ira me lleve.

Un cuerpo choca contra el mío. Caería si no fuera porque un brazo me sujeta por la cintura.

—¿Mi señora?

Se me corta la respiración. Es Kyle, el nuevo guardia. Su rostro está cerca del mío, su aroma a violetas me envuelve. Sus ojos se agrandan.

—Perdóneme. —Me suelta y da un paso atrás, con las manos entrelazadas a la espalda. La luz de la luna esculpe su rostro en ángulos y sombras, captando el brillo plateado de sus ojos—. Solo pensé que, como su nuevo guardia… —Hace una pausa—. ¿Puedo acompañarla a donde necesite ir?

Me seco las mejillas y me enderezo, imaginándome pálida y serena como mi madre, a pesar de los latidos acelerados de mi corazón y mi respiración entrecortada.

—Voy a mi habitación.

Él se inclina.

—Por supuesto.

En realidad, no quiero ir a mi habitación, pero es el único lugar que es mío. Sin embargo, cuando llegamos allí, me impide entrar.

—Déjeme comprobarlo.

Lo cual es exagerado. ¿Quién estaría en mi habitación? Tendrían que saltar la valla perimetral, atravesar los acres de terreno, escalar las paredes y romper los barrotes de mi ventana. Para un vampiro no sería difícil, salvo por todos los guardias Raven que tendría que atravesar primero. Y, en mi opinión, si alguien consigue llegar tan lejos se merece tenerme. Además, dudo que mi apuesto acompañante sea de mucha ayuda. Pero le dejo mirar mientras espero en la puerta.

—Todo está bien. —Se pone firme—. ¿Necesitará alimentarse más tarde?

—¿Perdón? —Si quiero alimentarme, ya se lo diré. No antes.

Frunce el ceño.

—Tengo que preguntarlo.

—No, no tienes que hacerlo.

Su ceño se frunce aún más, formando una arruga en su frente.

—Está bien. —Acepta de mala gana y luego se coloca a la izquierda de mi puerta, de espaldas a la pared—. Tengo que quedarme aquí —añade, mirándome con ferocidad—. ¿O eso también está mal?

¿Qué demonios? No durará mucho como mi guardaespaldas si cree que puede comportarse así. Exhalo con enfado y entro en mi habitación, cerrando la puerta de un portazo y echando el cerrojo. Como si eso fuera a cambiar algo para él o para cualquiera.

Enciendo la lámpara. Una luz dorada inunda mi cama, resaltando la colcha, los cojines y los paneles de madera tallada que recubren las fortificadas paredes de piedra. Se desliza por las curvas aterciopeladas del sofá junto a la ventana, el brillo de caoba de mi tocador y mi silla, reflejándose en el espejo negro de mi televisor. Mi habitación es un lugar tranquilo donde puedo relajarme. Normalmente. Pero esta noche no.

No puedo hacerlo. Aunque solo sea una salida a un club local, es un paso más hacia quien se supone que debo ser. Pero no hacia quien quiero ser.

Lo único que haré es avergonzar a mi familia, a mis padres. Un humano pensando que puede guiar Raven. Sería gracioso si no fuera tan estúpido.

Además, tengo que ir con Kyle, que parece que ya me odia. ¿Quién se cree que es para hablarme así? Camino de un lado a otro, tratando de no pensar en su cuerpo contra el mío, en el fresco aliento a violetas sobre mi piel. No sé por qué no puedo quedarme con Bertrand como mi guardaespaldas.

Enciendo la televisión, tratando de no gritar. Está a mitad de uno de mis programas favoritos. Un chico y una chica, ambos de mi edad, están sentados juntos ante una mesa al aire libre, hablando. La luz brilla en los rasgos de su rostro, en los ojos brillantes de ella, bailando entre las hojas de los árboles. Mi ira se desvanece, sustituida por la tristeza.

Solía intentar ignorar el hecho de que iba a convertirme en Raven, como si fuera a desaparecer si no pensaba demasiado en ello.

Cuando quedó claro que no iba a desaparecer, supe que tenía que actuar.

Tengo todo lo que podría pedir, excepto lo único que realmente deseo. Una vida humana vivida bajo la luz del sol y el calor, en vez de en las frías sombras. Como las vidas de la gente en las viejas películas que veo sola en mi habitación. Un lugar donde encaje, en vez de ser una carga, un monstruoso retroceso. Un sueño imposible, solía pensar.

Pero ahora tengo un plan.

No seré la próxima Raven.

Capítulo 2

Cita nocturna

—¿Qué te vas a poner?

Mi madre, con las manos entrelazadas, examina el contenido de mi armario. Se da la vuelta, su falda larga ondeando, de un rojo intenso como sus labios. Parecen aún más oscuros en la tenue luz de mi habitación, con la lámpara eléctrica en su nivel más bajo. Los vampiros no toleran nada más fuerte.

—No lo sé. —Y tampoco me importa.

Cuando era pequeña me gustaba vestirme elegante para los eventos con mis padres, ponerme la corona y entrecerrar los ojos frente al espejo para fingir que me parecía a mi madre. Ahora preferiría estar en cualquier otro sitio.

¿Qué sentido tiene? Quiero gritar esas palabras, pero en lugar de eso me quedo sentada, con la rabia revolviéndose en mi estómago, mientras mi madre sigue rebuscando en el armario.

—¿No sabes qué ponerte? ¿Qué tal esto? ¿O esto otro?

Las perchas traquetean mientras lanza vestidos hacia la cama. Me abrazo las rodillas, deseando poder arder en llamas o desaparecer de alguna manera. Puede que no tenga otra opción que salir. Pero me niego a fingir que estoy contenta por ello.

—Faltan algunas cosas —dice mi madre, rebuscando entre las perchas—. ¿No te compré una camisa de terciopelo negro el mes pasado? ¿Dónde está?

—En la lavandería, creo. —Miento. Espero que no se dé cuenta.

—¿Qué tal esto, entonces? —Sostiene un vestido que nunca me pongo. Es corto, ajustado y de color verde oscuro—. Te quedará genial.

—¡Mamá! —le espeto con tono gruñón.

Su rostro se entristece. Se sienta en la cama y coloca el vestido con cuidado encima de los demás. Me agarra la mano, sus dedos

fríos y suaves como el satén.

—No quiero hacerlo —confieso, tratando de mantener la calma—. No conozco a nadie, excepto a Stella.

—Por eso debes ir.

La tristeza se apodera de mí, sofocando mi ira.

—¿Soy la única?

La pregunta que me atormenta durante mis días de soledad. La idea de que haya alguien más como yo, con sangre de vampiro, pero sin serlo. Alguien que no puede cambiar, aunque quiera, porque la magia de la sangre ya corre por sus venas. Alguien que no pertenece a ningún lugar. Por eso matan a bebés como yo. Porque somos inútiles. Mis dedos rozan las cicatrices de mi muñeca. Su huella está grabada en mi alma.

—¿Qué? —Una arruga aparece en la frente lisa de mi madre, como un pliegue en la seda.

Levanto las cejas.

—¿La única humana? Ya sabes, que no sea, eh, comida. ¿Alguna de las otras familias tiene…?

Mi madre no me mira.

—Puede que sí.

—¿Puede que haya?

Cuando era pequeña solía preguntarlo mucho, hasta que crecí lo suficiente como para darme cuenta de que eso molestaba a mi madre. Es la primera vez que lo menciono en mucho tiempo.

Mi madre se acerca para alisarme el pelo. Su rostro perfecto es como un camafeo, de un blanco cremoso y con rasgos marcados bajo la suave luz.

—No lo sé con certeza —dice—, pero he oído que podría haber otro.

Frunzo el ceño y agacho la cabeza.

—Emelia, te lo juro, si supiera de otro como tú, lo traería aquí para que lo conocieras. Pero eres Raven —me acaricia la cara con la mano—, y eso te da un privilegio fuera de lo normal. No des por sentado tan rápido que los demás vampiros no querrían ser tus amigos.

—Ya lo intentamos antes. ¿Te acuerdas? No salió bien.

La mano de mi madre se cierra con fuerza. Sí. Lo recuerda. Hay una razón por la que no debo ir a ningún sitio, ni siquiera a la cocina, sin escolta. Pero eso no me detiene. Los vampiros de la finca están entrenados para resistirse a mi olor humano, pero no siempre funciona. Intento no pensar en el crujido de los huesos del brazo de mi antigua tutora cuando los guardias se la llevaron a rastras después de que me atacara. La enviaron a los fosos, mi madre se hizo cargo de mis clases y mi mundo se redujo aún más.

—Pero eres Raven —repite. Como si eso cambiara algo. Como si no hubiera pasado casi toda mi vida consciente de lo diferente que soy, de que ni siquiera debería estar viva. Como si alguna vez hubiera tenido elección en nada de lo que he hecho.

—Oh, eso es genial. —Me aparto de su mano—. Así que puedo esperar que la gente se haga amiga mía por mi apellido. ¡Va a ser muy divertido cuando quieran comerme, pero se den cuenta de que no pueden!

—No todos los vampiros son sanguinarios. —Mi madre suena desaprobadora—. Cuando salgas más, lo verás. —Su tono se vuelve suplicante—: Emelia, solo inténtalo. Hazlo por mí.

Suspiro. No puedo decirle que no. A pesar de que no le veo ningún sentido a esto y no quiero avergonzar a mi familia más de lo que ya lo hago.

—Está bien —acepto, apretando los dientes—. Pero no voy a llevar el vestido verde, prefiero el azul.

Su rostro se ilumina. La voy a extrañar mucho. Salta de la cama, me levanta y baila conmigo, como solíamos hacer cuando era pequeña. Le sigo el juego por unos momentos, con un nudo en el pecho, y luego la acompaño bailando hasta la puerta.

—Déjame cambiarme.

Se ríe, y creo percibir alivio en su risa. Abre la puerta.

—Nos vemos pronto. —Luego se cierra y se va.

Resisto el impulso de gritar.

Poco después, llaman a mi puerta. Me levanto y me aliso la falda con las manos. Mi enfado casi ha desaparecido, y ojalá no fuera así,

porque puedo esconderme tras la ira, pero el miedo es mucho más difícil de manejar.

Porque tengo miedo, por mucho que intente negarlo. Esa es la tercera razón por la que creo que esta noche será un desastre. Vuelven a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza. Maravilloso. Quizá no sea tan difícil recuperar mi ira.

Abro la puerta. Me encuentro con Kyle, vestido de negro: vaqueros, camiseta y chaqueta de cuero. Intento no poner los ojos en blanco. También lleva una pequeña insignia plateada. El emblema de nuestra casa, un cuervo plateado con las alas extendidas dentro de un círculo plateado, sobre un fondo negro.

—¿Está lista?

Qué encantador.

—¿No parezco lista? —En fin, el vestido que llevo no me disgusta. Es corto y de un azul intenso como mis ojos, con un escote en V pronunciado y una falda acampanada. Añado un chorrito extra de inhibidor, cuyo aroma a violetas enmascara mi perfume natural para que huela como un vampiro, a pétalos de terciopelo púrpura. Kyle arruga la nariz. Oculto una sonrisa y guardo el pequeño frasco de espray en el bolsillo de mi chaqueta de cuero.

—Supongo. —Kyle se inclina y me ofrece el brazo, con el codo doblado.

«Olvídalo, guapo». Ignoro su brazo y empiezo a caminar por el pasillo. Al cabo de un momento, se pone a mi lado. Cuando llegamos a las escaleras del vestíbulo principal, mis padres nos están esperando, con sus rostros expectantes mirando hacia nosotros.

—¿En serio? —murmuro.

Esta noche no hace más que mejorar. Kyle me mira. La irritación se clava en el miedo que agita mis entrañas. Me ayuda a calmar los nervios, pero no mucho.

Mi madre se acerca con un torbellino de seda y besos.

—Estás preciosa. Llámame si me necesitas.

—Te confiamos a nuestra hija esta noche. Stella Ravenna es la anfitriona, pero ya te habrán informado. —Es mi padre, hablando con Kyle. Dios. Se nota cada uno de sus 547 años. Me sorprende que no haya sacado su espada.

—Por supuesto, señor. Es un honor. —Kyle se inclina—. Prometo cuidar bien de ella.

Mi padre sonríe, iluminando su hermoso rostro.

Dios mío. Miro al frente, con los brazos cruzados, deseando una vez más poder cancelar todo esto. Aparte de mi miedo y del hecho de que todo esto es completamente inútil, me siento estúpida, creo que la idea es estúpida, y sé que voy a parecer estúpida en comparación con todos los vampiros, sean Raven o no.

El guardia que está junto a la puerta principal la abre.

—Su coche está aquí.

La grava cruje fuera. El Mercedes negro se detiene al pie de las escaleras, con el emblema de Raven en las puertas plateado por la brillante luna. Se me revuelve el estómago.

—Por favor, dale recuerdos a Stella —dice mi padre, con la mano en mi espalda empujándome suavemente hacia delante—. Y recuerda, representas a Raven.

¿Cómo podría olvidarlo?

Mi madre lo mira con el ceño fruncido.

—¡Pero diviértete! Al fin y al cabo, casi es Halloween.

Salgo porque no tengo otra opción. Al menos Kyle ya no intenta agarrarme del brazo. Pero mi estómago no deja de revolverse mientras bajamos las escaleras. El conductor abre la puerta y yo entro, deslizándome por el asiento, con el cuero oscuro y suave bajo mis muslos. Kyle se sienta a mi lado, encajando su alta figura en el espacio.

—Esto está muy bien. —Frota la mano sobre la tapicería. Lo observo, distraída momentáneamente por sus largos dedos, su piel suave.

—¿De verdad? —Frunzo los labios y me doy la vuelta, observando cómo la noche se desliza por las ventanas tintadas, negro sobre negro. Apenas puedo respirar.

—¿Quién es Stella Ravenna?

Me giro y veo que Kyle se ha acercado, deslizando un brazo por el respaldo del asiento, y de repente me siento en una situación muy íntima al estar encerrada con él en este espacio de cuero y metal, con el panel de cristal ahumado separándonos del conductor, como

si estuviéramos dentro de una burbuja. Es una sensación incómoda. Sé que necesito un guardaespaldas personal, pero ¿por qué mis padres tuvieron que elegir a alguien tan molesto? Me aclaro la garganta.

—Eh, es una prima. Más o menos. —Me alejo de él.

Suspira con desdén y cruza los brazos.

—¿Así que esta noche va a una fiesta con todos sus amigos ricos Raven?

¿Mis «amigos ricos Raven»? Cómo se atreve.

—No son mis amigos.

—¿No? ¿No son lo suficientemente elegantes para usted?

No digo nada. Primero, porque necesito controlarme. Y segundo, porque no podría estar más equivocado. No tengo amigos. ¿Cómo podría tenerlos? Mi mente rehúye el recuerdo de pequeñas manos que me agarran, dientes afilados como agujas que me muerden, sangre que brota de un rasguño en mi rodilla. No son recuerdos agradables. Parpadeo para contener las lágrimas.

—Lo siento —murmura.

Oh, no. Eso es lo último que necesito. La compasión de un vampiro guapo. No, gracias. Me doy la vuelta y miro fijamente la noche infinita. El paisaje pasa rápidamente, montículos oscuros de árboles, algún que otro edificio. Me pregunto a qué distancia estamos de la Zona Segura más cercana.

Las Zonas Seguras se crearon dos años después del Levantamiento, durante la Hambruna. Los humanos morían por todas partes. Y los vampiros se dieron cuenta de que, si querían alimentarse, tenían que cuidar de su comida. Así que las cuatro familias se unieron y crearon las Zonas Seguras. Se prohibió a los vampiros cazar en ellas, se vigilaron sus fronteras, el sol y el viento alimentaban luces plateadas para encerrarlos en brillantes hilos de seguridad, manteniendo alejada la noche, para que los humanos pudieran vivir como antes. Nunca he visitado una. Pero estoy desesperada por hacerlo.

Por impulso, me inclino hacia delante y golpeo la mampara de cristal. Se desliza hacia abajo y el conductor me mira.

—¿Señorita?

—¿A qué distancia está la Zona Segura? —pregunto.

—A unos veinte minutos en coche.

—¿En serio? —Me muerdo el labio—. ¿Está por esta carretera? ¿Podemos ir allí, de camino?

El conductor niega con la cabeza.

—Lo siento, señorita. Tengo instrucciones estrictas de sus padres. Quizá debería hablar con ellos.

Me recuesto en el asiento, decepcionada. Algo me hace mirar a Kyle. Me está observando con el ceño fruncido. Le devuelvo el gesto y luego me doy la vuelta.

Llegamos a las afueras de Dark Haven, la ciudad más cercana a nuestra finca. Antes era una ciudad humana, antes del Levantamiento Rojo, cuando las grandes familias llegaron al poder. Las tiendas están decoradas para Halloween, las calles están llenas de gente, algunos ya disfrazados a pesar de que aún faltan varias semanas, todo pintado de plata y gris por la luz de la luna.

Veo a un grupo de personas vestidas de negro moviéndose entre la multitud, caminando en formación. A medida que nos acercamos, me doy cuenta de que son guardias Raven, con la luz de la luna reflejándose en los detalles plateados de sus uniformes. Suspiro. ¿Mi madre no cree que…? Me quedo boquiabierta al ver a otro grupo de guardias, marchando en dirección opuesta. ¿Qué demonios? ¿Mis padres han enviado un batallón de guardias para vigilarme? Incluso para su forma habitual de actuar, esto parece excesivo. Me giro y veo otro grupo de guardias al otro lado de la carretera, moviéndose rápidamente entre la multitud. Y me doy cuenta de que Kyle sigue mirándome. Su brazo ha vuelto al respaldo del asiento y sus dedos tamborilean sobre el cuero detrás de mí.

Esta noche ya me parece demasiado larga.

Al doblar la esquina pasamos junto a un edificio que reconozco. Es un restaurante —bueno, mejor dicho, lo era—, un viejo local donde servían refrescos y helados. Recuerdo que me llevaban allí cuando era más joven. Los colores apagados por la oscuridad, las superficies lisas y la pared espejada me fascinaban.

Ahora está abandonado, con las paredes medio derrumbadas y las vigas ennegrecidas bajo el cielo iluminado por la luna. Los daños

parecen recientes. Llamo a la mampara del conductor y la baja de nuevo.

—¿Qué le ha pasado al restaurante de la esquina?

—Se quemó, señorita. Hace unas semanas.

—Ah. —Me recuesto, frustrada. Es obvio que se quemó. Mientras el coche avanza, la multitud se abre y veo unas palabras escritas en la pared, garabateadas sobre la pintura blanca manchada de hollín. *Soplará el Viento del Norte*.

Estoy a punto de preguntar qué significa eso cuando el coche reduce la velocidad. Hemos llegado. Se me revuelve el estómago. Nos detenemos frente a un club, el Dome. Hay una cola de clientes esperando, con las puertas bloqueadas por varios vampiros enormes. Son guardias de Ravenna, con su librea gris plateada con bandas negras que denotan su condición de rama de la familia Raven.

Cuando nos detenemos, todas las miradas se vuelven hacia nosotros. Los vampiros no suelen usar coches. La gasolina es escasa y su mantenimiento es caro, por lo que solo las familias más ricas los tienen. Nuestro elegante Mercedes negro va a llamar la atención. Practico sonreír, pero tengo los labios secos y se me pegan a los dientes. Me planteo decirle al conductor que siga adelante, que me lleve lejos de aquí, a salvo detrás del metal y el cristal ahumado.

La puerta del coche de mi lado se abre. Kyle está ahí de pie, con la mano extendida.

—Salga —sisea.

Lo miro fijamente. Él me mira con los ojos muy abiertos.

«Bien. Recomponte, Emelia». La gente que espera en la cola estira el cuello y charla animadamente, algunos con los teléfonos en alto. Pero cuando agarro la mano de Kyle y salgo del coche, su tono cambia de emocionado a interrogativo.

Mi estómago se remueve aún más.

Soy la heredera de la mitad del planeta y esta gente no tiene ni idea quién soy.

Capítulo 3

Bajo la cúpula

Los guardias mantienen abiertas las puertas del club. Al menos parece que me reconocen. Me doy cuenta de que quizá va a ser aún más difícil de lo que pensaba. Levanto la barbilla mientras paso junto a la fila de gente que espera, aferrando la mano de Kyle como si eso impidiera que saliera flotando. Siento las piernas como si no me pertenecieran, y el estómago como un mar infinito de olas embravecidas. Nunca he ido a ningún sitio sin al menos uno de mis padres. Tampoco he estado nunca en un club. Y ahora estoy a punto de hacer ambas cosas con alguien que es prácticamente un desconocido. Pero si quiero que mi plan funcione, tengo que acostumbrarme a estar sola. A salir al mundo. Las cosas serán diferentes cuando viva con humanos. No habrá guardias, ni emblemas de Raven, ni nada que me ate a quien era. Así que lucho contra el impulso de alejarme, de correr de vuelta a la seguridad del coche. Al entrar en el club, los guardias inclinan la cabeza y dicen:

—Mi señora.

Las puertas se cierran detrás de nosotros, dejándonos en un pasillo oscuro. Kyle me suelta la mano, con los labios fruncidos. Me froto la palma contra la falda.

—Vamos —me dice, impaciente.

De repente, me enfado. ¿Quién se cree que es?

—Un momento —le espeto.

Él suspira.

—¿Crees que yo quiero estar aquí?

—¿Qué?

—Sé que no te gusto. Tampoco me importa. Pero no podemos quedarnos aquí toda la noche. Así que acabemos con esto de una vez.

Abro la boca y luego la cierro. Pero antes de que se me ocurra algo inteligente que decir, Kyle abre otra puerta y entra. Parpadeo y luego lo sigo al interior del club.

Las velas parpadean a intervalos a lo largo de las paredes, con guirnaldas doradas y negras colgando de sus apliques metálicos. Hay una gran araña de cristal colocada en lo alto del brillante techo abovedado, con la luz de las velas reflejándose en los fragmentos de espejo incrustados en las curvas oscuras. Hay gente por todas partes, bailando en la pista, apelotonada en lujosos reservados de cuero rojo en los lados de la sala.

—Vaya, si es la heredera de Raven.

Me giro y veo acercarse a una vampiresa rubia. Va vestida de plateado, con encaje deshilachado ceñido a su figura esbelta. La reconozco vagamente.

—¿Stella?

Es una suposición, pero acierto. Ella sonríe, y sus ojos verdes se iluminan.

—¡Te acordaste! Me alegra mucho que hayas podido venir. No te vemos muy a menudo. Aunque supongo que no es de extrañar.

Inclina la cabeza hacia un lado, sus ojos verdes se muestran menos cálidos, más calculadores.

Vaya, ¿así es como va a ser?

—No voy a muchos sitios. Elijo mis fiestas con cuidado.

Sonrío, sin mostrar los dientes. Kyle tose, aunque suena más como una risa.

Stella entrecierra los ojos.

—Bueno, nos honra que hayas decidido venir a esta. Tú y tu… amigo.

Su mirada se dirige a Kyle y luego vuelve a mí.

—Déjame saludarte como es debido, prima.

Me abraza con fuerza, fría y dura, aplastándome. No puedo respirar y mis piernas se doblan. Su cara está enterrada en mi pelo, su nariz moviéndose por mi cuello, olisqueándome. Esto es inaceptable, incluso para la familia.

—Para —le ordeno.

—Suéltala, por favor.

Las palabras son educadas, pronunciadas en voz baja, pero siento que Stella se estremece y afloja su agarre. Respiro hondo, con los músculos de las costillas protestando. Kyle tiene una mano en mi espalda y la otra todavía en el hombro de Stella. Ella lo mira con furia.

—¡Cómo te atreves!

—Le estabas haciendo daño. ¿Quizá lo olvidaste?

Sigo intentando recuperar el aliento. Zorra. Lo ha hecho a propósito. La miro con ira.

—Me alegro de verte de nuevo, Stella.

—Claro, ha sido genial.

Frunce los labios y se da la vuelta.

—¿Estás bien? —me pregunta Kyle, acercándose y bajando la voz.

—¿Acaso te importa? Estoy bien.

No estoy bien. Estoy furiosa. Stella y sus amigas nos miran fijamente. Kyle se coloca de forma que ya no puedan verme. Puedo oler su aroma a violetas, recordar cómo se sentía su cuerpo contra el mío en el pasillo oscuro. De cerca es aún más perfecto, con sus ojos plateados brillando entre las pestañas oscuras.

—Me importa —susurra— porque es mi trabajo. Así que no les des esa satisfacción.

Inclina ligeramente la cabeza y desvía la mirada hacia un lado.

—¿Qué?

—Eres Emelia Raven. Eres de la realeza. La heredera de…

—No necesito que me digas lo que soy —le espeto.

—Bien.

Sonríe, un destello de luminosidad en la penumbra. Tiene hoyuelos. Por supuesto que los tiene.

—Pues empieza a actuar como tal. Sé que esto es un rollo, que no quieres estar aquí…

—No sabes nada sobre mí.

—Sé lo que veo —dice—. Así que tenemos una opción.

—¿De verdad?

Una parte de mí, a pesar de que no lo soporto, se siente atraída. Bajo su olor vampírico a violetas hay algo más, un aroma fresco

como el de las hojas verdes. Considero la posibilidad de contener la respiración. Maldición.

—Sí. Puedes sonreír, fingir que te lo estás pasando bien y olvidarte de ellos —agarra una copa de un camarero que pasa con una bandeja y me la da—, o llamamos al coche y nos vamos a casa.

Lo miro fijamente.

—Elige. Tengo un trabajo que hacer, y tú también. Pero no podemos hacerlo si vas a pasar la noche escondida en un rincón.

Abro la boca, indignada. Noto el frío de la bebida contra mis dedos, las burbujas del líquido estallan como pequeñas chispas. No quiero irme a casa, me doy cuenta. A pesar de que no quería venir, irme ahora me parece, de alguna manera, un fracaso. Doy un sorbo, siento un cosquilleo refrescante en la garganta y un calor que se extiende por mi estómago. Entonces sonrío. Al principio es forzado. Aprieto los dientes. Ya no sé con quién estoy enfadada. Doy otro sorbo. Más burbujas, más calor. Que les den. Soy Emelia Raven. Soy…

—Creo que deberíamos bailar.

Se me encoge el corazón.

Los vampiros, como en todo lo que hacen, lucen hermosos cuando bailan. Sus movimientos fluyen, sus cuerpos ondulan como serpientes. Hay una leyenda sobre una mujer, Salomé, que bailó para un rey hace mucho tiempo. Al parecer, era de una de las familias originales, del linaje Scorpion. Si no recuerdo mal, acabó cortándole la cabeza a alguien, así que puede que haya algo de verdad en la historia. En esta pista de baile no es diferente: los vampiros se balancean y se contonean al ritmo de la música, y los bailarines de sangre humanos, vestidos para emocionar, con el cuello, la parte interna de los muslos y las muñecas al descubierto, las venas sobre el corazón resaltadas con purpurina, son una invitación a beber. También lucen hermosos, con su carne expuesta tensa y musculosa.

Y luego estoy yo.

—¿Bailar? Preferiría sentarme.

Echo un vistazo a las mesas abarrotadas con recelo.

Kyle niega con la cabeza.

—No. Si tengo que estar aquí, al menos podemos intentar divertirnos. Bailamos, tomamos una copa y nos vamos. ¿O es que tienes miedo?

Lo dice como un desafío, con desdén, pero algo más brilla en sus ojos plateados.

¿Está loco? Estoy furiosa. Me bebo el resto de mi copa. Me libero de su mano y lo sigo hacia la multitud que se retuerce.

La música es rápida, una canción humana de antes del Levantamiento. Stella sigue mirándome, susurrando a sus amigas, todas riéndose. Que les den. Empiezo a bailar, intentando mover el cuerpo como lo hacen los vampiros, mi ira desvaneciéndose a medida que cambian las canciones, disfrutando de la extrañeza de bailar entre la multitud, en lugar de sola en la biblioteca de casa. Entonces el ritmo se ralentiza. Los vampiros comienzan a balancearse, algunos moviéndose rápido, como una mancha borrosa, como si escucharan una música que nadie más puede oír, mientras que otros se abrazan entre sí. Los bailarines de sangre se mueven entre la multitud, pasando sus muñecas perfumadas por delante de clientes potenciales. Una mujer delgada de piel oscura es atraída hacia el abrazo de un vampiro, cuyos colmillos bajan al cerrar la boca sobre su cuello. Kyle se acerca, inclinándose hacia mí. Contengo la respiración.

—¿Lista para tomar una copa?

Asiento con la cabeza, molesta por sentirme decepcionada, porque una parte de mí quería que me acercara a él. ¿Qué demonios me pasa? Debe de ser solo una reacción por estar sola, por sentirme vulnerable. Porque no lo soporto. Sin embargo, tiemblo cuando me agarra de la mano y me lleva a través de la multitud hacia la zona del bar.

Dejo de caminar.

Él no.

Dios mío. En varias jaulas detrás de la larga barra de cuero hay humanos. Hombres, mujeres, de todos los tamaños y colores. La mayoría desnudos, salvo por unos retazos de tela que cubren sus partes más íntimas. Su piel brilla a la luz de las velas, sus ojos miran ensimismados a lo lejos. Nunca había visto nada igual.

Kyle se apoya en la pulida barra de madera. Trago saliva y me acerco a él, intentando actuar como si todo fuera normal. Pero por dentro estoy temblando. Echo un vistazo a los humanos enjaulados y mi corazón se acelera. Nuestros bailarines de sangre Raven, ágiles y sanos, muchos procedentes de familias que han trabajado para nosotros durante generaciones, parecen estar muy lejos de aquellos humanos acurrucados tras las rejas metálicas. Me pregunto qué habrán hecho para merecer semejante castigo.

Una de las jaulas se abre y el joven que hay dentro desliza el brazo por un agujero metálico. Un vampiro lo agarra y lo muerde con fuerza. La sangre salpica la barra, cerca de nosotros. Intento no retroceder. El chico retira el brazo y la jaula traquetea. El vampiro lo suelta, gesticulando y gritando. Tiene sangre en la boca y huelo a sudor y violetas. Un vampiro enorme, con tatuajes entrelazados en ambos brazos musculosos y desnudos, se levanta de detrás de la barra. Le da algo al chico enjaulado y luego se vuelve hacia el cliente, abriendo otra jaula en la que hay un hombre mayor, cuyo brazo se desliza por el agujero de los barrotes. El chico de la jaula se mete en la boca lo que le ha dado el vampiro enorme y cierra los ojos mientras traga.

—¡Ira! —llama Kyle.

El enorme vampiro se gira. Sonríe, una cicatriz curva en la mejilla le dibuja una línea blanca en una ceja oscura mientras se acerca para estrechar la mano de Kyle.

—¡Kyle! ¿Has salido de los fosos, entonces?

Sus ojos azul glaciar se posan en mí. Se abren, y luego vuelven a Kyle.

—¿A quién me traes?

Kyle se ríe.

—No es para ti. Es Emelia Raven.

Al oír eso, las cejas oscuras de Ira se levantan y su expresión cambia de ávida a respetuosa.

—¿Raven? ¿En serio?

—Sí. —Asiento con la cabeza, todavía conmocionada.

—Pero tú eres… Perdóneme…

—Soy la heredera.

Sí, sé que no quiero serlo. Pero aun así… Mantengo su mirada, desafiándolo a que me desafíe, a que diga lo que realmente soy. Inútil. Humana.

Ira parpadea.

—Por supuesto —dice—. Dígame, ¿le gusta el vino?

—Sí, me gusta. —«Aunque suelo beber sola».

Ira se agacha debajo de la barra. Oigo un tintineo como de estar revolviendo entre cosas. En la jaula más cercana a mí está el joven que rechazó al vampiro. Me está mirando. Cruzo mi mirada con la suya y luego deseo no haberlo hecho. Sus ojos son de color marrón oscuro y están llenos de un dolor infinito. Tiene heridas punzantes en el cuello, arañazos bajo el vello del pecho y sangre que le brota de la herida del brazo. Sus genitales apenas están cubiertos por un taparrabos de ante. Mantiene mi mirada brevemente antes de bajar la vista.

Ira aparece con una botella polvorienta en una mano y una copa en la otra. Abre la botella y sirve el vino. Es de color rojo oscuro, como sangre vieja, y la luz de las velas hace brillar destellos rubí en sus profundidades. Agarro la copa y doy un sorbo. Al principio es ácido, pero luego noto el dulzor de las uvas, el calor del sol.

—Está muy bueno. Gracias.

Ira se relaja visiblemente.

—Me alegro —responde—. Cualquier Raven siempre es bienvenido aquí.

Bueno, claro que lo somos, pienso. Al fin y al cabo, este es nuestro reino. Bebo más, porque lo necesito.

—¿Qué te pongo? —pregunta Ira a Kyle, señalando a los humanos enjaulados—. Tenemos todos los tipos de sangre. Además, esos dos —señala a un hombre fornido que nos mira y se ríe, y a una mujer mayor, con los ojos azules vidriosos— tienen un pequeño extra, si sabes a lo que me refiero.

Me llena la copa, mirando expectante a Kyle.

—También tenemos bailarines de sangre, si lo prefieres —continúa —. El grupo de Ravenna trajo los suyos, además de algunos habituales. Cuestan un poco más, pero lo libre siempre cuesta más.

Kyle asiente con complicidad. Yo evito mirar las jaulas.

—Sí. Quizá pida algo más tarde. ¿Cuánto te debemos?

Kyle señala mi copa de vino con la cabeza. Ira da un paso atrás, levanta las manos y pone cara de escandalizado.

—Nada, nada en absoluto. Es un honor verte aquí, de verdad. Avísame si necesitas algo más.

Se inclina hacia mí y señala con la cabeza hacia un pasillo oscuro a la izquierda de la barra.

—Hay instalaciones para humanos allí abajo, si las necesita. Y esta noche estamos bien protegidos, mi señora, no tiene que temer ningún disturbio aquí dentro.

—¿Disturbios?

Ira parece a punto de decir algo más, pero Kyle se le adelanta.

—Ella está conmigo, Ira. ¿Qué más protección podría necesitar?

Capítulo 4

Como si volaras

Ira arquea una ceja marcada por una cicatriz y después su expresión se relaja en una sonrisa. Sin embargo, hay algo más en su mirada gélida cuando se desvía brevemente hacia mí.

—Por supuesto. No pretendo faltarle al respeto.

Kyle se ríe y le da una palmada en el hombro.

—No te preocupes, viejo amigo. Sé que no hay nada de qué preocuparse.

Eso es lo que dice él. Frunzo el ceño y abro la boca, pero Ira ya se ha ido, pasando a atender a otro cliente. Kyle se inclina sobre la barra y alcanza la botella de vino.

—¿Qué? —Levanta una ceja—. Sería una pena abrir la botella y no bebérnosla entera.

No me distraigo tan fácilmente.

—¿A qué se refería Ira con eso de los disturbios?

Kyle me llena la copa.

—¿De verdad crees que tus padres te enviarían a un lugar peligroso? —Su voz está cargada de desdén.

—No, pero…

—Y —se inclina hacia mí, con un brillo en sus ojos plateados—, ¿no crees que yo te cuidaría? Para eso me pagan, después de todo.

Entrecierro los ojos.

—Para.

—¿Parar qué?

—De tratarme como a una idiota.

—Está bien. Dejaré de tratarte así cuando dejes de actuar como tal.

—¿Qué?

—Mira a tu alrededor —me pide, todavía cerca de mí—. ¿Qué ves?

Echo un vistazo al bar. La gente está bailando, los bailarines de sangre ejerciendo su oficio. Está oscuro y el aire huele a violetas y perfume.

—Veo gente pasándolo bien. Y no sé cuál es tu problema.

—¿Gente pasándolo bien? ¿O solo vampiros?

Vuelvo a mirar alrededor. Una mujer está aplastada contra una pared, con un vampiro bebiendo de su garganta. Ella tiene los ojos muy abiertos, mirando al techo, mientras le acaricia la espalda. Un joven, vestido solo con unos pantalones negros ajustados, está inclinado sobre una mesa. Stella y varias de sus amigas se alimentan de él al mismo tiempo, a lo largo de sus brazos extendidos; otra chica se inclina sobre su estómago, riendo, con la boca manchada de sangre. Él no se ríe.

También hay muchos guardias de Ravenna, apostados alrededor del perímetro de la habitación.

—¿Lo ves? —La voz de Kyle está cerca de mi oreja.

—Pero son…

—¿Qué son? —Juraría que sus labios rozan mi oreja, y un escalofrío me recorre la columna. Stella mira hacia aquí y sonríe, dando un codazo a su amiga. La fulmino con la mirada. He oído hablar de sus hazañas, de lo que hace con sus guardias. No tiene derecho a juzgarme.

—Nadie se atrevería a intentar nada mientras yo esté aquí —digo, sonando más segura de lo que me siento—. Los guardias los eliminarían al instante. Por eso hay tantos aquí.

Pero de repente soy consciente del mundo exterior, una vasta oscuridad desconocida. El reino de mis padres. Anhelo la luz.

—Bájate de las nubes. Nadie sabe quién eres, excepto esos idiotas mimados de allí. No, los guardias están aquí porque falta poco para Halloween.

¿Que me baje de las nubes? Me alejo, cruzando los brazos.

—Está bien. Dime qué tiene de especial Halloween.

—Es un momento delicado para los humanos.

—¿Por qué?

—Es el aniversario del Levantamiento Rojo.

Bueno, sí. Por eso nos gusta celebrar Halloween. Sin embargo, no entiendo la conexión.

—Así que siempre existe la posibilidad de que intenten algo —añade.

—¿Los humanos? —Debe de estar bromeando. Sé lo débiles que somos.

—Sí. —Aparece una arruga entre sus cejas oscuras—. Por eso hay guardias adicionales, por si acaso.

—Por si acaso se produce un… levantamiento humano. —Me cuesta creerlo—. ¿Me estás tomando el pelo?

Seguro que sí.

—Lo juro por la luna y la oscuridad, no lo estoy haciendo. —Sigue frunciendo el ceño—. Mira a tu alrededor, Emelia. ¿Por qué es tan difícil creer que los humanos puedan no ser felices?

—Pero así son…

—¿Así son las cosas? ¿Eso ibas a decir? —Su voz es dura, su expresión tensa. No sé por qué está tan enfadado. Está exagerando. Sin embargo, no sé qué más decir, así que me limito a observar la sala, el ir y venir de la multitud.

Después de unos minutos, Kyle vuelve a hablar.

—Bueno, supongo que deberíamos volver a bailar. O lo que sea.

Suena tan entusiasmado como yo me siento. De repente, estoy cansada de todo esto, de él, de la velada, de que no sea nada agradable. Estoy harta de sentirme como una carga, como el problema de otra persona. Es precisamente por eso por lo que no quiero ser Raven y por lo que planeo huir. Y estoy harta de la actitud de Kyle.

Termino mi vino y dejo la copa sobre la mesa.

—¿Por qué no te gusto?

—¿Por qué no te gusto yo? —me responde.

Dios y oscuridad, es la persona más irritante que he conocido nunca. Con esfuerzo, contengo mi temperamento.

—Yo te lo he preguntado primero. Y has sido grosero conmigo desde que nos conocimos.

Se encoge de hombros.

—Nunca he dicho que no me gustes. Pero no me gusta lo que representas.

—Ah, ¿y qué es…?

—Aquí hay una nueva. —Una mano me agarra del brazo y una voz áspera me susurra al oído. Antes de que pueda protestar, me aprietan con fuerza y siento un aliento frío en mi cuello. Entonces, tan repentinamente como empezó, me liberan y salgo disparada por la sala—. ¡Inhibidor! Oye, ¿qué tipo de…?

Se oye un estruendo. Kyle tiene la mano alrededor del cuello de otro vampiro y lo empuja contra una mesa. La gente se gira para mirar y me doy cuenta de que estoy sola en medio de la pista de baile. Mi corazón late con fuerza. Alguien, probablemente Stella, se ríe. Siento calor en el cuello y en las mejillas.

—¡No le pongas las manos encima! ¡Ella no es para alimentarse! —Kyle suena furioso.

Yo también estoy furiosa. ¿Cómo se atreve alguien a ponerme las manos encima? Doy un paso adelante, pero Kyle me indica que retroceda con su brazo libre.

—¿Quién lo dice? —se burla el otro vampiro, empujando a Kyle, que le devuelve el empujón, flexionando los músculos bajo su chaqueta de cuero.

—¡Raven lo dice, ese es quien lo dice! —le gruñe al otro vampiro a la cara, empujándolo una vez más. Su cabeza golpea la mesa con un crujido y yo hago una mueca de dolor—. Y yo también.

El vampiro levanta ambas manos, con la piel del cuello agrietada y enrojecida donde Kyle lo sujeta.

—Entonces, ¿estamos bien? —pregunta Kyle con la cara muy cerca de la del otro vampiro.

—Sí, todo bien. No quiero problemas con Raven.

El vampiro me mira de reojo. Veo la pregunta en sus ojos. Enderezo los hombros y levanto la barbilla. Kyle lo suelta y, con un silbido, se coloca delante de mí, con los hombros curvados hacia delante, tan cerca que mi nariz casi toca la tela negra de su camisa. Me huele.

—Necesitas ponerte más.

Huelo mi muñeca. El inhibidor está dejando de hacer efecto, el aroma a violetas es débil. Busco el frasquito en mi bolsillo, pero me tiembla demasiado la mano como para abrirlo. El vampiro que me atacó está siendo escoltado fuera, dos guardias de Ravenna le ayudan a caminar. Stella sonríe con aire burlón y una de sus amigas me mira con desdén.

—Vamos. —Kyle me agarra del brazo con fuerza y se dirige al pasillo que lleva a los baños. Le dejo, solo porque estoy temblando mucho. Estoy a punto de abrir la puerta del baño cuando Kyle me detiene, levantando el brazo. Sus colmillos están descubiertos, y se vislumbran sus puntas blancas en la penumbra. Sin embargo, su mano es suave cuando se acerca a mi garganta y me aparta el pelo. Sus dedos recorren mi cuello y él exhala.

—No hay marcas. No te ha mordido. Tienes que acordarte de reponerlo.

Siento vergüenza. No tengo cinco años. Pero debería haberlo recordado.

—Está bien —murmuro—. Y gracias.

—Solo hago mi trabajo —responde. Su mirada se desplaza por encima de mi hombro. Frunce el ceño.

No quiero darme la vuelta. Estoy segura de que todo el mundo me está mirando.

—Quiero irme a casa —digo, y las palabras salen de mi boca con tono de amargura por la vergüenza.

—Quédate aquí —me ordena, rodeándome. Su espalda se apoya contra la mía por un momento, luego se va. Me apoyo en la pared, con las piernas temblorosas. Y me pregunto por su fuerza, por la facilidad con la que se enfrentó al otro vampiro. ¿Qué dijo Ira? ¿Algo sobre los fosos?

Los fosos son donde luchan los vampiros. Pero no cualquier vampiro. Criminales, prisioneros, aquellos que caen en desgracia con el régimen de Raven. Todos ellos son llevados a los cuadriláteros subterráneos para encontrar su destino, ya sea triunfando o siendo destrozados por los gladiadores. Kyle debe de ser muy fuerte para haber sido uno de los campeones, elegido para luchar y entrenado desde que se transformó, una vida de sangre y oscuridad. Me

sonrojo al recordar cómo pensaba que él no sería de mucha protección. Supongo que mis padres no me habrían enviado aquí con alguien que no pudiera cuidar de mí. Aunque sigo sin saber por qué no han tenido otro hijo. Alguien que no sea débil, que no necesite protección constante, que no sea tan preocupante. Supongo que cuando me vaya lo considerarán. Después de todo, necesitarán otro heredero.

Suspiro, quitando un trozo de pintura suelta con la uña, tratando de ignorar el dolor en mi pecho. Me pregunto qué estará haciendo Kyle y por qué tarda tanto.

—¿Mi señora?

Me giro. Es Ira. Su corpulencia casi llena el pasillo, con las manos entrelazadas.

—¿Está bien? —pregunta—. Lo siento mucho. No tenía derecho a tocarla. Todo nuestro ganado está claramente marcado.

Sus cejas oscuras se fruncen sobre sus ojos helados y yo doy un paso atrás.

—Está bien. —Kyle aparece de repente. Su brazo se desliza alrededor de mi cintura, su cuerpo se aprieta contra el mío.

Recupero el aliento.

—Estoy bien —digo—. Espero que se le castigue.

Intento sonar como mi madre, tranquila y serena. Pero me sale medio ahogado. Me aclaro la garganta y empujo el brazo de Kyle hasta que me suelta. ¿Por qué demonios me está agarrando?

Ira suspira.

—Lo harán —responde—. No volverá a verlo. Espero que eso signifique que se quedará a tomar otra copa.

—Tenemos que irnos —dice Kyle sin parecer muy convencido—. ¿Hay otra salida?

—Por supuesto. La puerta que hay detrás de ustedes da al exterior. Por favor, déjenme pasar.

Ira se abre paso con un tintineo de llaves, la puerta se abre con un crujido y deja entrar aire fresco. Empiezo a avanzar. Kyle me rodea rápidamente.

—Yo voy primero.

Me lanza una mirada fulminante por encima del hombro antes de cruzar el umbral. Yo le sigo, pasando junto a nuestro anfitrión. Sigue frunciendo el ceño, con sus enormes hombros encorvados hacia delante. Algo en su mirada gélida me conmueve y me detengo.

—Gracias —le digo—, por el vino.

Ira me pone la mano en el hombro.

—De nada. Que tenga un buen viaje de vuelta a casa, mi señora. Espero volver a verla.

Asiento con la cabeza, sin saber muy bien qué decir. Dudo que vuelva. La puerta se cierra, dejándonos a Kyle y a mí solos en la oscuridad. Afuera hay más silencio, lo cual es un alivio, ya que los graves atronadores se han reducido a un sordo golpeteo. El aire frío me golpea como una descarga y, a pesar de mis esfuerzos, me siento cansada y llorosa. Todas mis defensas, todas las barreras que había levantado, han caído. Qué noche tan estúpida.

Kyle se mete las manos en los bolsillos, con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Estás lista?

—¿Lista? —Mi boca se tuerce por las lágrimas que estoy conteniendo. Dios y oscuridad, quiero que esta noche termine—. ¿Cuándo llega el coche?

—No vendrá —responde—. Al menos, todavía no. Así que será más rápido si te llevo yo.

—¿Qué? —Se me revuelve el estómago—. ¿Cómo, andando?

—Soy bastante rápido. Y tú no pareces pesar demasiado. Podríamos estar en casa en quince minutos, como mucho.

—Pero ¿y si vemos a algún otro…?

—No los veremos. —Sonríe. Malditos hoyuelos—. Ya te he dicho que soy rápido. Además, si los vemos, les diré que eres una buena comida para llevar y que no voy a compartirla.

Me quedo boquiabierta.

—¡Idiota! —Puede bromear todo lo que quiera, pero esto es una locura—. Voy a llamar a mi madre.

Busco a tientas mi teléfono en el bolsillo, pero antes de que pueda encontrarlo, él me levanta, con un brazo bajo mis piernas y el otro

alrededor de mis hombros. Su mano descansa sobre mi mejilla, sujetándome con fuerza contra su pecho.

—Agárrate —le oigo decir. Entonces empieza a correr.

—¿Estás loco? —grito, mientras nos adentramos en la oscuridad—. ¡Suéltame!

—Lo siento, no puedo. Y no pienses en que te lleve a cuestas. He visto a humanos arrancados de las espaldas de vampiros. No te preocupes, pronto estaremos en casa.

—¿Qué? —El miedo me recorre el cuerpo y me acurruco contra él, retorciendo mi mano en el cuero de su chaqueta. La oscuridad nos rodea y es como volar, un sueño de planear sobre la tierra, con las estrellas brillando sobre nuestras cabezas.

Mis padres me llevaban en brazos cuando era más joven, jugando en los largos prados y campos ondulados de nuestra finca. Cuando mi padre corría conmigo, era en parte aterrador y en parte emocionante, y yo solía reír y llorar por turnos, con lágrimas brotando de mis ojos cerrados. Cuando mi madre corría conmigo, me sentía segura, protegida en una red de amor tan fuerte y suave como su largo cabello, que me envolvía como raíces en movimiento.

Y con Kyle, es diferente otra vez. La noche es una mancha borrosa de oscuridad aterciopelada, y es como si fuéramos las únicas dos personas en la tierra. Lo único que oigo es el viento que pasa a toda velocidad, el sonido de sus pies en la carretera. Entro en trance, sintiéndome suspendida en el espacio y el tiempo, envuelta en sus brazos. Cuando finalmente nos detenemos, levanto la cabeza.

Y parpadeo.

—¿Kyle?

—¿Emelia?

—¿Dónde estamos?

—Quería enseñarte algo. —Inclina la cabeza hacia un lado y sus ojos plateados reflejan la luz de la luna—. ¿No confías en mí?

¿Confiar en él? El miedo es como un cuchillo dentro de mí. No tengo ni idea de dónde estamos.

No hay más luz que la de la luna, pero parece que estamos en un prado. La hierba está helada por la escarcha y las estrellas brillan sobre nosotros como purpurina plateada. Hay árboles, una pared de

sombras. Me doy cuenta de que estamos al borde de un bosque. El Gran Bosque. Joder.

El Gran Bosque cubre una inmensa extensión de tierra, que se extiende casi hasta la Zona Segura. Una parte de él se encuentra en nuestras propias tierras, y lo mantenemos domesticado. Pero esto, esto es el bosque salvaje, hogar de quién sabe qué oscuridades. Kyle está esperando, con las manos en los bolsillos, la luz de la luna reflejándose en el escudo plateado de Raven de su insignia. Recuerdo que se ha comprometido con mi familia, que la muerte sería rápida si alguna vez me pusiera en peligro. Aunque eso no me ayudaría mucho, por supuesto.

Trago saliva, con el corazón latiéndome con fuerza. Entonces me doy cuenta de que Kyle se ha ido, dejándome sola en el prado.

Sola.

Capítulo 5

Cascada

—¿Kyle?

Ninguna respuesta. Fuerzo la vista para distinguir algo en la oscuridad bajo los árboles. No hay puntos de referencia, nada que me sirva para orientarme salvo la luna. Aprieto los puños, con lágrimas en los ojos. Cuando saco el móvil, no hay cobertura.

Estoy atrapada aquí.

La ira surge atravesando mi miedo. Kyle será despedido cuando llegue a casa. Si es que llego. Me muerdo el labio, pensando en mis opciones. Quizá, si me mantengo al borde del bosque, pueda regresar. Eso espero.

Antes de alcanzar los árboles, unos brazos me rodean y unos dientes me rozan la oreja.

—¡Suéltame! —Empujo los brazos que me sujetan como barras de hierro, aunque sé que es inútil. No tengo fuerza contra los vampiros. Pero, para mi sorpresa, me sueltan y una figura oscura aparece frente a mí.

Es Kyle.

—¡Qué mierda! —grito—. ¡Llévame a casa, ahora mismo!

Se inclina rápidamente, como una serpiente al atacar, con la mano apretando mi brazo.

—No, y baja la voz. Aquí fuera no es seguro.

—¿Que baje la voz? —Voy a matarlo—. ¡No estaría en peligro si no fuera por ti, imbécil!

—¿Imbécil? —Una comisura de su boca se curva hacia arriba. ¿Se está riendo de mí?—. Y yo aquí, pensando que te estoy haciendo un favor.

—¿Traerme a este lugar perdido y desaparecer es hacerme un favor? —Quiero gritar tan fuerte que las copas de los árboles se balanceen, pero mantengo la voz en un susurro cortante.

—Te traje aquí porque pensé que lo necesitabas.

—¿Necesitaba estar en peligro? ¡Eso es literalmente lo contrario de lo que debe hacer un guardaespaldas!

—No estás en peligro. Al menos, mientras estés conmigo. —Se aleja de mí, entornando ligeramente sus ojos plateados—. Y te llevaré a casa.

—¡Y entonces serás despedido cuando les cuente a mis padres lo que has hecho! —Vale. Probablemente no sea lo más inteligente decirle eso a la persona que tiene mi seguridad en sus manos. Podría desaparecer de nuevo y entonces estaría perdida. Pero ya está hecho. Cruzo los brazos y espero, confiando en que no haya notado cuánto me tiemblan las piernas.

—No se lo dirás.

—¿No? —El miedo me aprieta como un puño—. ¿Por qué?

—Porque, como te he dicho, te estoy haciendo un favor. Voy a mostrarte algo maravilloso. —Da un paso atrás, extiende los brazos y vuelve el rostro hacia la luna—. ¿No lo sientes? Sal de tu mundo estrecho por un momento.

—¿Sentir qué? —Un par de lágrimas resbalan por mis mejillas. Las seco rápidamente. Lo último que necesito es tentarlo.

—Solo piensa en dónde estás ahora mismo. —Su mirada plateada se suaviza ligeramente—. Vamos, Emelia. Sé que lo necesitas.

Frunzo el ceño y miro alrededor. ¿De qué demonios está hablando? ¿Qué podría necesitar de todo esto? Entonces, mientras permanezco de pie en el prado helado, con escarcha formándose en mis botas, algo dentro de mí cambia. Y lo entiendo. Aquí no hay nadie que me juzgue. No hay apellido. No hay necesidad de fingir. Solo yo. Y Kyle. Quien, me doy cuenta, me ha hecho un favor después de todo.

Así serán las cosas una vez que escape de mi destino. Así se sentirá estar sola y libre. Es una revelación extraordinaria. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, giro lentamente, respiro la noche, el espacio abierto, el aire fresco.

—Bien —suelta con aire de satisfacción, y me dan ganas de abofetearlo. Pero en lugar de eso, lo miro a los ojos.

—Está bien —digo, sintiendo que estoy a punto de saltar por un precipicio—. ¿Qué quieres mostrarme?

El agua cae a nuestro lado, salpicando espuma fosforescente contra la corriente oscura. Ahora que estamos fuera de los árboles, puedo ver más, sin obstáculos para la luz de la luna.

Es precioso.

La cascada ruge hacia el desfiladero, el arroyo se precipita a través del bosque para lanzarse por el acantilado. Mis dedos de los pies están en el borde, la piedra resbaladiza bajo mis pies. El brazo de Kyle me rodea la cintura. Sé que es para evitar que caiga, pero me pregunto si es solo la cascada lo que hace latir mi corazón tan rápido.

—¡Esto es increíble! —Mi voz se pierde en el rugido del agua al caer. Me inclino hacia delante, con la caída vertical debajo hasta una piscina iluminada por la luna que se agita en tonos plateados y negros.

—¡Cuidado! —Tira de mí hacia atrás—. Si te caes, tendré problemas.

Intento imaginar cómo será este lugar a la luz del día, cómo bailará la luz del sol sobre el agua, azul, verde, blanca y dorada. Quiero quedarme más tiempo, sentir la fuerza que brota del agua, las gotas rociando mi piel. Pero la presión sobre mi cintura aumenta, Kyle me empuja hacia los árboles.

El Gran Bosque es un lugar de misterios, de historias oscuras, y su masa negra, vislumbrada desde la ventana de mi dormitorio, es solo otra cosa más que temer. Pero ahora, al caminar por él con Kyle, con la luz de la luna pintando los árboles de plata y resaltando los detalles de su chaqueta, parece más un cuento de hadas. Estoy hipnotizada, me detengo para examinar el delicado liquen de una rama, los patrones de escarcha en una hoja, mi aliento formando nubes en el aire. Árboles plateados por la luna nos rodean, sus ramas enredadas como encaje contra el cielo, sus raíces perdidas en la sombra.

Debería tener miedo, aquí sola en medio de la nada. Es contra lo que me han protegido toda mi vida, un muro de plata y negro entre el mundo y yo, mis padres manteniéndome a salvo. Pero cuando me

detengo de nuevo, con los dedos recorriendo las curvas aterciopeladas de un pequeño nido musgoso escondido en una rama baja, lo único que siento es asombro.

La tierra se desvanece a un lado de nosotros, destellos de luz dorada en la distancia. Todavía puedo oír débilmente el rugido de la cascada. Es como si hubiera un pájaro aleteando en mi pecho, y no consigo identificar esa sensación. Pero a medida que nos adentramos entre los árboles enmarañados, me doy cuenta de lo que es. Libertad. Aquí fuera, no soy Raven. No soy nadie. Mis muros han desaparecido por completo. No tengo idea de quién soy sin ellos. Es aterrador y emocionante al mismo tiempo.

Kyle tenía razón. Es exactamente lo que necesito.

—Sigue caminando. —El tono de Kyle es brusco y rompe mi ensimismamiento.

—Pero es tan bonito. La luz de la luna. El bosque. Todo. —Me siento casi ebria. Quizá lo esté, aunque solo he tomado una copa de vino en el bar.

—¿Lo es?

Frunzo el ceño.

—Sí. ¿No es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Para ver esto?

Se detiene y se da la vuelta, volviendo hacia mí. Me mira fijamente, con el rostro en sombras.

—Te traje aquí porque podía. Porque esa es la realidad de tu mundo. —Hace una pausa—. Y también porque parecía que querías salir.

—¿Qué? —Mi voz es un susurro. Algo pasa entre nosotros, como si una cinta nos uniera, apretándonos. Su cuerpo está cerca del mío, su aroma a violetas me envuelve.

Se inclina hacia mí.

Trago saliva. Cierro los ojos.

Un aliento frío empaña mis labios.

Se oye un chirrido, el aleteo de unas alas, el ruido de unas ramas. Me pongo tensa, abro los ojos y doy un paso atrás.

—¿Qué es eso? —jadeo.

—Nada —dice—. Probablemente un búho, cazando.

Cazando.

El hechizo se rompe y recuerdo que estoy sola en el bosque. Con un vampiro. Esto es justo lo que mis padres me han advertido que no haga. Se inclina de nuevo y me entra el pánico. ¿Qué demonios está haciendo? ¿Hace un momento parecía odiarme y ahora intenta besarme? Mi corazón late con fuerza, un trueno en mis oídos. Me obligo a calmarme, utilizando el control que he estado practicando desde niña, las formas de hacerme menos tentadora, menos humana, menos vulnerable. Giro la cabeza y doy un paso atrás.

—¿Qué era esa escritura que vi esta noche? —digo, esperando romper la tensión.

—¿Qué escritura? —Kyle también da un paso atrás. Es un alivio, pero al mismo tiempo una parte de mí se siente desolada. Aplasto esa parte, pisoteándola.

—«Soplará el Viento del Norte». ¿Qué es eso? ¿Un nuevo grupo que no conozco?

—¿Dónde lo viste? —Hay una tensión sutil en su voz que antes no estaba.

—En Dark Haven. En la pared del edificio quemado. ¿Qué es?

Kyle no dice nada durante un momento. Empiezo a sentirme nerviosa, como si hubiera dicho algo incorrecto. Finalmente, habla.

—¿Recuerdas antes, cuando Ira mencionó los disturbios? ¿Y lo que te dije?

Levanto las cejas.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que el Viento del Norte es… el levantamiento humano?

Asiente con la cabeza.

Me río, porque es ridículo.

—No imaginarán que pueden vencernos, ¿verdad?

Kyle levanta las cejas.

—Te sorprenderías.

Tiene razón. Me sorprendería muchísimo que los humanos pensaran que tienen alguna posibilidad de rebelarse contra los vampiros. Pero no sé qué más decir, así que cambio de tema, esperando aferrarme al débil hilo de conexión que aún queda entre nosotros.

—¿Es esa la Zona Segura? Se ve preciosa desde aquí. —Señalo el tenue resplandor, apenas visible a través de los árboles.

—Muchas cosas lo parecen desde la distancia.

—¿Qué?

—Nada. —Su tono es seco. El hilo se rompe.

Frunzo el ceño.

—He oído que es un lugar muy bonito.

—¿Ah, sí? Porque tal como yo lo veo, es la granja de tu familia. Una de tantas.

Hay algo en la forma en que Kyle lo describe como una granja que me incomoda.

—Pero es un buen lugar para vivir, ¿no?

Es, literalmente, la base de mi plan para escapar, así que espero que lo sea. Maldigo en silencio mi vida protegida, la forma en que me han mantenido en la oscuridad, tanto literal como figuradamente. Sin embargo, sé lo que he visto, viendo vídeos en la biblioteca a solas. Cómo es la vida humana, vivida a la luz. Es lo que quiero, más que nada.

Suelta una risa burlona.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, ¿porque es seguro? Y sé que cuidamos de… eh. —Mi incomodidad aumenta, hay algo en la noche que me quita las capas, la venda de los ojos.

Resopla.

—¿Te gustaría?

El bosque parece más oscuro, infinito. Las ramas se clavan en el cielo. La ira se enciende dentro de mí. ¿Cuál es su problema? ¿Por qué molestarse en traerme aquí si va a actuar como si no me soportara todo el tiempo?

—No lo entiendo. —Mi voz es más alta de lo habitual—. Es un lugar seguro para los humanos, donde pueden vivir sus vidas.

Donde yo puedo vivir mi vida.

—¿Crees que ser criado por tu sangre es vivir tu vida?

Su pregunta es como una bofetada.

—¿Criados? Pero ¿no es solo si los humanos quieren un…?

Antes de que pueda terminar, se mueve más rápido de lo que puedo ver. Me empuja contra él, inclinándome hacia atrás, con su brazo alrededor de mi cintura sosteniéndome. Su otra mano me aparta el pelo para dejar mi cuello al descubierto. Joder.

—Eres humana. ¿No significa eso que puedo comerte cuando quiera?

—¡Sabes que no puedes! —Lo empujo, pero es como empujar una estatua. El miedo se me atraganta en la garganta. Porque puede. Por supuesto que puede. No tengo forma de detenerlo.

—Dime. —Su voz es un susurro en la profundidad de la noche—. ¿Por qué no puedo? —Desliza su dedo por mi garganta, frío sobre mi piel.

Cierro los ojos, la rabia late con fuerza detrás de mis párpados. Pero con ella llega una sensación más profunda, también ardiente, por su cercanía, su aliento en mi cuello, la dureza de su cuerpo contra el mío. Intento tragar saliva, tengo la boca seca.

—Porque soy la heredera de Raven.

—Pero sigues siendo humana. No eres diferente a cualquiera de ellos.

No puedo respirar.

Su boca está en mi garganta.

Miro fijamente al cielo nocturno, a las estrellas lejanas. Así que esto es todo. Me invade un alivio, extrañamente bienvenido, y me relajo en su abrazo de hierro. Está bien. Ponle fin, entonces. Vacíame.

Un extraño sonido, como el canto de un pájaro, resuena en el bosque. La boca de Kyle deja de moverse sobre mi piel y se queda muy quieto.

—No te muevas. —Siento un escalofrío en la nuca, el bosque oscuro parece lleno de sombras negras, cosas que se mueven.

Entonces, sin previo aviso, Kyle me toma en sus brazos y empieza a correr. Va tan rápido que es peligroso. Me acurruco contra él tanto como puedo, preguntándome qué demonios está pasando. Más ruidos extraños nos rodean, un inquietante subir y bajar de sonido. Kyle, si es que es posible, acelera. No veo nada, el aire me golpea la cara.

—Agárrate —me ordena. Aprieto con fuerza. Siento una sensación de ingravidez, luego otra, y me doy cuenta de que está saltando. Salta una vez más, gruñendo por el esfuerzo. Aterrizamos y se detiene, deslizándose sobre la maleza húmeda, rozando un par de árboles grandes. Me suelta, pero el impulso me sigue arrastrando y tropiezo, luego caigo. Me quedo allí tumbada, con los sentidos revueltos mientras intento recuperar el aliento. Kyle se tumba a mi lado y le oigo reír. Se está riendo. ¿Qué demonios? Los extraños gritos se alejan, voces que gritan una advertencia. Giro la cabeza y me doy cuenta de que estamos justo dentro de la alta valla negra con remates plateados que bordea nuestras tierras. Gracias a la oscuridad, estamos en casa.

—Emelia, lo siento. —Kyle se acerca a mí y descansa brevemente su mano en mi cintura—. Dioses. —Vuelve a tumbarse boca arriba, con los brazos sobre la cabeza.

¿Que lo siente? Me incorporo y me quedo sentada, pasándome la mano por el pelo, que está revuelto y alborotado por el viento.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Kyle inclina la cabeza hacia mí, la luz de la luna refleja el color plateado de sus ojos.

—Eso, mi señora, era una banda de Reapers.

—¿Qué? —No era lo que estaba preguntando. Pero aun así…—. ¿Hablas en serio?

Asiente.

—No pude avisarte, solo tenía que sacarte de allí.

Me siento mareada. Las bandas de Reapers son vampiros salvajes que no se consideran súbditos de ningún reino. Si nos hubieran atrapado, ambos habríamos muerto: a mí me habrían drenado hasta dejarme seca y a Kyle lo habrían destrozado al intentar defenderme. Ahora entiendo su risa. Es alivio. Yo también lo siento.

Junto con la rabia.

—¿Qué te pasa? —susurro. Es, sin duda, el peor guardaespaldas que he conocido, como si no tuviera idea de cómo actuar—. ¿Cómo te atreves a llevarme al bosque así, y… y…? —No puedo decirlo. No puedo decir lo peor de todo, lo peor de esta estúpida noche.

—No me pasa nada. —Se pone de pie y me ofrece la mano. La rechazo.

—Puedo levantarme sola, gracias. —Me pongo en pie a toda prisa, tirando de mi falda hacia abajo.

—¿Por qué estás tan enfadada? —Frunce el ceño—. Acabo de salvarte.

—¿Salvarme? —No puedo ni hablar por un momento.

—¿Va todo bien, mi señora?

Los guardias Raven son los mejores del país. Por supuesto que nos han oído. A mí, al menos. Media docena nos rodea, apareciendo casi de la nada. Y, Dios mío, Bertrand está entre ellos, con su rostro amable arrugado por la desaprobación.

—Estoy bien.

—¿Ha pasado algo? —Bertrand tiene los brazos cruzados—. El coche estaba a punto de salir. No esperábamos que volvieras a casa todavía.

Suspiro. Kyle está de pie, firme, a mi lado. Casi puedo sentir su desesperación. Parece que vuelvo a tener elección. Puedo dejarlo en la estacada o puedo salvarlo.

Por alguna razón, elijo la segunda opción.

—No me encontraba bien, así que Kyle se ofreció a llevarme a casa.

Bertrand frunce aún más el ceño.

—¿A través del Gran Bosque?

Miro a Kyle. Él puede encargarse de esto.

—Estábamos en la carretera —explica—. Entonces nos topamos con una banda de Reapers, así que llevé a mi señora al bosque, con la esperanza de escapar de ellos. Por eso cruzamos la valla.

La mirada sospechosa de Bertrand se dirige hacia mí. Asiento con los ojos muy abiertos.

—Eso es —digo—. Eso es lo que pasó. Supongo que tengo suerte de que Kyle sea tan rápido.

—¿Emelia?

Todos los guardias, incluidos Kyle y Bertrand, se inclinan y dan un paso atrás.

Genial. Es mi madre.

Capítulo 6

Una jaula de oro

—¿Qué pasa? ¿Por qué no has llamado? —susurra mi madre. Noto preocupación en su voz.

—Estoy bien. Solo estaba cansada, eso es todo.

Antes de que pueda decir nada más, me abraza y me acaricia el pelo. Me aferro a ella por un momento, luego la aparto, sintiéndome reconfortada y asfixiada al mismo tiempo, con el amor crepitando en mi pecho.

—Estoy bien.

Me suelta. Una arruga aparece en su perfecta frente pálida.

—¿Estás segura? Te siento un poco acalorada.

—De verdad, estoy bien. Solo ha sido una noche larga.

—Ven, querida. Hay té para ti y puedes contármelo todo. —Se vuelve hacia Kyle. Su mirada se endurece—. En cuanto a ti —dice con tono gélido—, espero que tengas una buena explicación de por qué pensaste que era buena idea traer a mi hija corriendo por el Gran Bosque.

La mirada plateada de Kyle se posa en mí. No hago nada.

—Mi señora. —Se inclina—. Es como dice Emelia. Estaba cansada y, en lugar de esperar el coche, quería volver a casa. Pensé en correr con ella, ya que el camino a la mansión suele ser seguro. Sin embargo, nos topamos con una banda de Reapers, así que tuve que llevarla al bosque para evadirlos.

Cierro los ojos.

—¿Una banda de Reapers? —pregunta mi madre alzando la voz—. ¿Estás loco? ¿Cómo has podido ponerla en peligro de esa manera?

Bueno, al menos no soy la única que piensa que Kyle tiene problemas. Pero entonces me siento mal. Recuerdo los árboles plateados, el agua corriendo, la sensación salvaje de libertad.

—Le obligué a llevarme a casa —digo, abriendo los ojos.

Justo a tiempo, parece.

Kyle está arrodillado, con la cabeza gacha, y mi madre se inclina sobre él con el brazo levantado, como un ángel vengador. Se gira, su rostro pálido y ovalado en la oscuridad.

—¿Qué?

—No es culpa suya. Yo… le ordené que me trajera a casa. Y realmente no es culpa suya que nos topáramos con la banda de Reapers. En cierto modo, me salvó.

Se endereza.

—¿Ah, sí?

—De verdad que sí.

Nos mira a Kyle y a mí.

—Levántate —le ordena.

Él se pone de pie y se cuadra, con los talones juntos.

—Muy bien. Acepto que no tuviste otra opción. Ahora vete. Hay comida para ti abajo.

—Gracias, mi señora. —Vuelve a inclinarse. Me lanza una mirada fugaz y se marcha, una mancha oscura en la noche, seguido por los demás guardias.

Todos excepto Bertrand. Él nos acompaña a mi madre y a mí hasta la casa, mi madre adaptando su paso al mío. No me importa. Ya he tenido suficiente de que me carguen por hoy.

Me apoyo en ella mientras subimos los escalones hacia la puerta principal, con las altas columnas a ambos lados como líneas pálidas en la oscuridad. Tengo frío, a pesar del calor de la casa una vez dentro. También estoy nerviosa; la adrenalina de nuestro encuentro, de la noche que he pasado, todavía corre por mis venas. En el salón arde el fuego y hay velas eléctricas encendidas. Me siento en el sofá. Mi madre se sienta en la silla de enfrente, inclinándose hacia la mesita para servirme una taza de té. Huelo la menta, humeante y fragante.

—¿Qué ha pasado? —Hay una leve arruga en la piel entre sus cejas.

Agarro la taza y la sostengo mientras pienso.

—Fue tal como dijimos. Estaba cansada y me dolía la cabeza. Quería volver a casa, así que le pedí a Kyle que me trajera.

—¿De verdad? Porque nuestras fuerzas están muy mermadas ahora mismo y no estoy segura de poder encontrar un sustituto adecuado. Mistral nos lo envió, muy recomendado. Por eso pensé que podía confiarle tu cuidado.

¿Mistral? Es el líder del subgrupo más poderoso de los Raven y el lugarteniente de mi madre, así que es casi de la familia, supongo. Eso no cambia el hecho de que creo que es un idiota. Él y mi madre fueron pareja hace mucho tiempo, pero luego ella conoció a mi padre y todo cambió. Sin embargo, Mistral no parece haber captado el mensaje, ya que sigue rondando a mi madre cada vez que viene de visita. Yo no tocaría nada de lo que él recomienda ni con un palo de tres metros, pero mi madre, y a veces mi padre, parecen pensar que está bien.

En cierto modo, tiene sentido que Mistral recomendara a Kyle, ya que él también es completamente irritante. Pero, aunque me cuesta admitirlo, puede que al final me haya hecho un favor. Se me está ocurriendo una idea. Solo tengo que asegurarme primero de que no despidan a Kyle. Lo sé, hace apenas una hora yo misma lo habría despedido, si hubiera podido. Pero ahora veo… potencial.

—Bueno, puedes confiar en él —digo—. Ahora sé que no fue una gran idea, pero correr me pareció más rápido que esperar el coche. De verdad, estoy bien.

No es del todo mentira. Sin embargo, la adrenalina está desapareciendo y empiezo a sentirme cansada. Acuno mi taza de té, su calor me reconforta como el crepitar del fuego, como el amor de mi madre. Lo abrazo como si fuera una manta, como si pudiera aferrarme a él de alguna manera. La echaré de menos, más que nada, cuando me vaya, y sé que ella sentirá lo mismo. Me pregunto si mi padre me echará de menos.

—¿Qué tal la velada, aparte de que no te encontrabas bien? ¿Te divertiste en la fiesta? —Ahora sonríe, una belleza pálida perfecta en la habitación tenuemente iluminada. Cuando no digo nada, su sonrisa se desvanece.

—Eh… —Tengo que decir algo—. Bueno, lo pasé bien. —Más mentiras.

La cara de mi madre se ilumina.

—¿De verdad? ¿Y cómo estaba Stella?

Parpadeo.

—Bueno, al principio fue extraño cuando la vi. —Hago una pausa. Stella fue imperdonablemente grosera. Decido contárselo—. No fue muy amable. Me agarró. Con fuerza. —Enfatizo la última palabra. Los ojos de mi madre se agrandan—. Pero Kyle, ya sabes, él como que… —Hago otra pausa—. Bueno, le hizo saber, le recordó, que yo era…, que ella no debía…

Mi madre parece afligida.

—¿Tengo que hablar con su padre?

—¡No! Quiero decir, no te molestes. Lo importante es que Kyle me cuidó toda la noche. Como se supone que debe hacer. —Asiento con la cabeza al decir esto último. Ni se me ocurriría contarle que me confundieron con una bailarina de sangre; probablemente mandaría derribar el club. La humillación me invade de nuevo al recordar las manos ásperas del vampiro sobre mí, a Stella y sus amigas riéndose, a la gente que esperaba fuera del club mirándose entre sí y frunciendo el ceño cuando salí del coche. Si algo me ha demostrado que no estoy hecha para ser la próxima Raven, es eso.

Entrecierra los ojos.

—¿Emelia?

Maldición.

—¿Sí?

—¿Hay algo más que quieras decirme?

Aprieto los labios, respiro por la nariz y parpadeo.

—Dímelo —dice con voz suave.

—Eh… —No sé cómo decirlo—. Cuando llegamos allí, quiero decir, íbamos en el coche de Raven y yo estaba con Kyle, pero… nadie parecía saber quién soy.

—El grupo Ravenna…

—Oh, ellos lo sabían. Stella no fue muy amable. Fueron… todos los demás.

Mi madre aparta la mirada. Se queda en silencio un momento. Cuando su mirada de ónix vuelve a posarse en mí, juraría que hay un atisbo de lágrimas de sangre.

—Por eso queremos que salgas más. Por eso lamentamos lo de…

—No estoy preparada para esto. Para nada de esto —la interrumpo—. No sé si alguna vez lo estaré. —Es un alivio poder decirlo por fin—. Quizá papá y tú deberíais esperar, tener otro hijo o algo así…

—No quiero tener otro hijo.

—Pero soy tan inútil. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

—¡Tú eres una Raven! —Mi madre se vuelve feroz, mostrando los dientes, con el cabello negro sedoso ondeando y los ojos brillantes mientras se inclina hacia mí—. Tienes todo el poder que conlleva ese nombre. No dejes que nadie te diga lo contrario. —Se calma, se recuesta, muy quieta, con el tono rojizo de sus ojos más evidente—. Por favor, Emelia —susurra—. Tanto tu padre como yo creemos en ti. Por favor, inténtalo de nuevo. Por mí.

Por ella. ¿Y qué hay de lo que yo quiero? La taza de té me quema los dedos.

—Creo que necesito dormir —digo. Dejo la taza y me levanto.

Mi madre también se levanta y, rápida como un rayo, me abraza, con sus fríos labios en mi mejilla.

—Ve a descansar, cariño. Estoy muy orgullosa de ti. —Me aprieta brevemente antes de soltarme.

Un guardia espera en el pasillo. Me sigue en silencio hasta mi habitación. Una vez dentro, me meto en la cama; las sábanas de lino están frescas. Llega el amanecer y, con él, el estruendo de las contraventanas al cerrarse. La casa vuelve a aislarse de la luz del día. No puedo dormir. Por muy agotado que esté mi cuerpo, mi mente no deja de dar vueltas.

Estoy emocionada y furiosa por lo que hicimos, por lo cerca que estuvimos del desastre. Las ramas entrelazadas, el rugido del agua, sus ojos plateados… Un caleidoscopio de plata y negro gira en mi mente.

Y un niño en una jaula.

Mi estado de ánimo cambia. Intento recuperar aquella sensación, el aleteo de libertad en mi pecho, cuando la noche parecía llena de belleza. Kyle me dio eso, al menos.

Luego lo arruinó, cuando me recordó lo que era.

Humana.

Me doy la vuelta, golpeo la almohada, intento ponerme cómoda. No me importa lo que diga mi madre, ni lo mucho que mis padres crean en mí. Convertirme en Raven, tomar el control de un reino enorme… Simplemente no estoy preparada. No sé si alguna vez lo estaré. Sin embargo, mis padres van a insistir en que lo haga, a pesar de mis súplicas, a pesar de mi ignorancia.

Estoy atrapada, tan atrapada como aquel chico en la jaula del bar. Puede que mis barrotes sean de oro, pero siguen siendo una prisión. Por eso tengo que marcharme. Por eso lo llevo planeando desde hace tiempo.

Quiero una vida diferente.

Una vida humana. Una en la que tenga más opciones que solo qué comer, qué película ver o qué vestido de terciopelo ponerme por la noche. Una en la que mi existencia no esté limitada por guardias, vallas y oscuridad, por el peso de la responsabilidad. Una en la que pueda estar con otros como yo.

Siento que las paredes se me echan encima. No puedo respirar. Me incorporo y aparto las mantas. Hay una pila de ropa doblada sobre una silla. Me acerco y la recojo. Huele a fresco, como el bosque, con un ligero toque a violetas. Por primera vez me pregunto quién lava mis cosas, quién limpia los vestigios de mi fragilidad humana. La vergüenza me invade de nuevo por mi debilidad, por mi constante necesidad de que me cuiden, de que me laven y me alimenten como a un animal en un zoológico. Quiero que esto termine. Quiero vivir mi propia vida, entre los de mi especie. No me importa lo que Kyle diga sobre las Zonas Seguras. Tienen que ser mejores que esto.

Saco dos camisetas del montón y me acerco a la chimenea. Es enorme, con el manto de piedra tallado con intrincadas hojas y enredaderas. Presiono una de las hojas talladas. Un panel en la pared junto a la chimenea se abre, revelando un pasadizo de piedra, con una pequeña mochila preparada apoyada contra la pared. La abro y meto las camisetas. Hay una bolsa de oro dentro, varios frascos de repuesto de inhibidor y algo de ropa doblada. No es mucho, pero espero no necesitar más.

Mi plan. Mi salida.

Eso espero.

Pero para que la segunda parte de mi plan funcione, tengo que hacer algo que realmente no quiero hacer. Tengo que ser amable con Kyle.

Capítulo 7

El baile

Mis pies golpean el césped, mi respiración se acelera. Siento que los pulmones están a punto de estallar, pero sigo adelante. Un vampiro me sigue el ritmo con facilidad, así que acelero, impulsada por una descarga de adrenalina. Me estrello contra la alta valla, me agarro a ella con las manos y me deslizo hacia abajo, jadeando.

—No está mal. —Kyle, con el pelo perfectamente peinado, se sienta a mi lado. Me entrega el teléfono. Lo miro. Tres minutos y veintiséis segundos. Casi mi mejor marca personal—. Nada mal —dice, con tono casi de aprobación.

Pero las palabras no dichas flotan en el aire. «Para una humana».

Llevo un tiempo practicando. Corriendo por la finca, llevando un registro de mi tiempo y distancia. Sé que cada vez soy más rápida, aunque todavía no lo suficiente. No hay nada que me impida salir de la finca durante el día, una vez que pase a mis padres y a los guardias del interior. Ninguno podría seguirme, aunque quisiera. Podría caminar por el sendero sinuoso, abrir los enormes portones y salir hacia la libertad. Sin embargo, ahí es donde empiezan los problemas. Esa es la parte de mi plan en la que necesito ayuda.

Debo llegar a la Zona Segura antes de que caiga la noche; de lo contrario, moriré, sola en territorio vampírico, protegida apenas por unos frascos de inhibidor frente a lo que sea que aceche en la oscuridad. Pero estoy demasiado lejos. El conductor prácticamente lo confirmó anoche. El trayecto hasta Dark Haven duró unos diez minutos, pero la Zona Segura estaba a otros veinticinco. Teniendo en cuenta la velocidad a la que íbamos, son unos sesenta y cinco kilómetros. Imposible recorrer esa distancia antes del atardecer, especialmente ahora que los días se acortan y se acercan las largas noches de invierno. El tiempo corre y mi cumpleaños es en abril. Si no lo hago pronto, nunca lo haré. Quedaré atrapada en la

maquinaria Raven, me quitarán la poca libertad que me queda mientras me conducen hacia el trono. A la Reunión Final, donde seré ungida y elegiré a mi lugarteniente, además de las visitas al reino, las ceremonias y los ensayos, la presentación de la heredera que se apoderará de mi vida. La noche en el Dome fue solo el comienzo. Y ni siquiera pude hacerlo sin que me confundieran con comida.

—Gracias, por cierto. —Kyle me da un codazo con el hombro.

Lo miro. Está mirando hacia abajo, con sus largas piernas dobladas y las manos colgando flojas entre ellas.

—¿Por qué? —Lo sé, por supuesto, pero una pequeña parte mezquina de mí quiere oírselo decir. Intento ser amable, aunque me saque de quicio. Había abierto la puerta de mi habitación con una sonrisa, sabiendo que estaría esperando fuera. Aunque me costó mantenerla cuando me miró con el ceño fruncido y se burló al pedirle que me ayudara a cronometrar mi carrera. Al final lo hizo, aunque básicamente tuve que ordenárselo, mientras intentaba ser dulce y simpática. Para que me diera esto.

—Por no contarle a tus padres lo que hice.

Sigue sin mirarme. Empiezo a irritarme, a pesar de mis esfuerzos.

—¿Qué hiciste?

Resopla.

—Oh, vamos. Anoche estuvo muy cerca.

Anoche. A pesar de mis esfuerzos, la ira se apodera de mí, y el dolor de sus palabras en el bosque vuelve a atormentarme.

—¡Sí que lo estuvo! ¿En qué demonios pensabas al llevarme al Gran Bosque? ¿Y a una banda de Reapers?

—No pensé que habría nadie allí. —Me mira entonces, y la luz de la luna refleja el tenue brillo de sus ojos—. La cascada es uno de mis lugares favoritos. Yo… quería compartirlo contigo.

—¿Por qué?

—¿Importa? —Niega con la cabeza—. Olvídalo. Olvida que dije algo. —Mira a lo lejos, con la mandíbula apretada.

Quiero gritar, pero me contengo y reprimo mi rabia.

—Gracias por llevarme allí —digo, intentando sonreír. Tengo que hacer que esto funcione. Puede que sea la persona más exasperante que he conocido, pero anoche me quedó algo muy claro. Si quiero

llegar sana y salva a la Zona Segura, Kyle es el único que puede ayudarme. Anoche me ayudó a cruzar la valla y me llevó a salvo a través del bosque. Y necesito que vuelva a hacerlo.

Lo sé. Es completamente irritante. Pero también es mi única oportunidad, la única persona en la finca que podría hacer esto por mí. Lo he pensado de diez maneras diferentes, pero no veo otra opción. Kyle me lleva al otro lado de la valla y sigue corriendo hasta que alcancemos la Zona Segura. Le llevará cuarenta minutos, una hora como mucho, incluso llevándome a mí y a mi mochila. Y luego puede volver a la casa y jurar que no sabe dónde estoy, o tomar mi bolsa de oro y empezar una nueva vida. Un luchador como él no tendrá problema para encontrar trabajo.

Así que intento pensar en algo más que decir, pero él se me adelanta.

—Creo que quizá empezamos con mal pie. —Las palabras suenan forzadas, como si le costara pronunciarlas. Sigue sin mirarme.

Frunzo el ceño.

—¿De verdad? —Por supuesto que sí. Es obvio que no nos soportamos.

Vuelve a resoplar.

—No sé por qué finges que no es así. Lo entiendo, ¿vale? Solo soy otro guardia y tú eres la gran heredera de Raven. No sé por qué me salvaste anoche ni por qué ahora eres amable. Pero me facilita el trabajo, así que intento ser más razonable.

—No te esfuerzas mucho —murmuro, poniéndome de pie.

Empiezo a caminar de vuelta hacia la casa, sin importarme si me sigue o no. Lo hace, por supuesto. Lo ignoro.

Le «facilita el trabajo». Qué idiota.

Se aclara la garganta. Es obvio que intenta llamar mi atención.

—Tengo algo para ti.

—¿Qué?

Me agarra del brazo y me detiene al pie de las escaleras.

—¡Suéltame! —Agito el brazo, pero sus dedos siguen agarrándolo, aunque no me hace daño.

Más bien al contrario.

Mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño frasco de cristal lleno de líquido claro.

—Toma —me lo ofrece.

Lo acepto con la mano libre.

—¿Por qué me das inhibidor? ¿Intentas decirme que huelo mal?

—Hueles bien. —Su boca se curva—. Solo quiero que estés a salvo. Cuando salgamos otra vez.

Sus ojos brillan como plata y sus pestañas oscuras proyectan sombras sobre sus pómulos altos. Es increíblemente atractivo. Lo observo, mientras mil contestaciones se agolpan en mi boca y luego se esfuman.

—¿Cómo conseguiste esto? —Todo el inhibidor de la casa, incluido el mío, se guarda bajo llave y se distribuye en pequeñas cantidades cuando es necesario. Para empezar, es caro. Y no es fácil de conseguir. Me ha costado mucho tiempo reunir los frascos de repuesto que tengo, robados de bailarines de sangre descuidados.

—Tengo mis métodos —Su sonrisa se intensifica. Me ha soltado el brazo, pero está más cerca de mí. Doy un paso atrás, recordándome lo molesto que es.

—Gracias.

—Como dije, agradezco que no me hayas hecho despedir. O algo peor.

—Está bien —digo. Como si mi corazón no estuviera bailando en el pecho. Quiere que esté a salvo. Porque es su trabajo, añade mi mente, servicialmente. Doy otro paso atrás.

—Entonces, ¿por qué no dijiste nada? Solo por curiosidad.

Oh, no puedo hacer esto. Tengo que encontrar otra forma de salir de aquí. Quizá pueda robar el coche. Excepto que no sé conducir. Subo los escalones hasta la puerta principal y sigo por el vestíbulo hacia las escaleras, consciente de que estoy sudorosa y emocionada, sintiéndome como si estuviera ardiendo. Absolutamente irresistible para los vampiros. No duraría ni un minuto fuera de los portones después del anochecer, especialmente si hubiera estado corriendo todo el día. Subo las escaleras, cruzo el rellano y recorro el pasillo, con Kyle siguiéndome todavía. Intento no hacer mucho ruido con las pisadas.

—No tienes por qué seguirme a todas partes —susurro.

—En realidad, sí —contesta, con un deje de risa en la voz. Siento que voy a estallar de rabia—. Es, literalmente, mi trabajo.

—Ah, tu trabajo.

—Sí, mi trabajo. Y aún no me has respondido.

Me detengo en seco. Él también. Lo miro. Tiene una ceja oscura levantada y una sonrisa burlona en sus labios perfectos.

—Supongo que agradecí lo que hiciste —murmuro—. Llevarme a un lugar donde pudiera ser yo misma…

—¿Emelia? ¿No Raven? —Hay una suavidad en su voz que antes no había. Se acerca—. ¿Es eso?

Mi corazón late con fuerza y vuelvo a recordar nuestra cercanía en un pasillo oscuro. Y luego otro abrazo, en un bosque helado.

—Sí —admito—. ¿Y por qué tuviste que arruinarlo?

—¿Arruinarlo? —pregunta con la misma suavidad, mientras su aroma a violetas y hojas frescas me envuelve.

—Cuando dijiste que yo era… cuando tú… —Es como si estuviera poseída. ¿Por qué le estoy contando esto? Solo tengo que ser amable, ganármelo, conseguir que me lleve al otro lado de la valla y me deje en la Zona Segura. Eso es todo. No hace falta nada más.

—¿Qué pasa? —Se acerca aún más, inclinándose hacia mí, sus anchos hombros bloqueando la poca luz que hay.

—Humana —escupo la palabra—. Dijiste que solo era humana.

—¿Por eso estás enfadada? Emelia, creo que eres… —Deja de hablar y se endereza cuando dos guardias aparecen al final del pasillo.

—Mi señora. —Ambos asienten al pasar a nuestro lado.

Voy a gritar.

—Necesito ducharme —digo mientras empiezo a caminar por el pasillo de nuevo, antes de que pueda decir algo más, acercarse más. Necesito mantener la concentración.

Pero unos minutos después, mientras estoy bajo el chorro de agua caliente, es como si pudiera sentir su presencia a través de las paredes, como si estuviera en la habitación conmigo, en lugar de esperando fuera de mi puerta. Me sonrojo una y otra vez, imaginando su mirada plateada sobre mí mientras me retuerzo bajo

el agua. No puedo negar mi reacción hacia él, a pesar de lo mucho que me enfurece. Pero ni loca se lo diría, ni actuaría en consecuencia. Tengo que ceñirme a mi plan.

Por supuesto, está esperando cuando abro la puerta de mi dormitorio poco después. Y si me he esmerado en asegurarme de que mi cabello esté liso y brillante, y me he puesto uno de mis vestidos favoritos, ha sido por mis padres, eso es todo.

No digo nada mientras me dirijo al pasillo, porque no sé qué decir. Me siento como una extraña en mi propia casa; el lugar que me resulta más familiar en el planeta me parece ajeno y nuevo, con las velas dorando el terciopelo y las pesadas alfombras rojas, la madera tallada, el destello plateado de la luna a través de las ventanas sin persianas.

—¿Adónde vamos? —me pregunta.

No tengo ni idea. Debería ver a mis padres, pero no quiero. La extrañeza me recorre como mercurio y me hace sentir como si quisiera salir corriendo y bailar bajo las estrellas, gritando a la luna como una criatura salvaje del bosque.

—¿Sigues enfadada por lo de «humana»?

Estoy a punto de darle un puñetazo. Pero también me parece grosero seguir callada, aunque siento la garganta oprimida por algo enorme que me brota del pecho.

Trago saliva.

—No. —Mentira.

—¿Estás segura? Porque ser humana no es algo malo, ¿sabes?

Lo miro.

—¿En serio? —susurro—. Entonces, dime qué tiene de bueno.

Pero Kyle se ha detenido. Yo también. Estamos frente a unas puertas dobles, talladas con el escudo de Raven y cubiertas de plata.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunta.

—¿No deberías saberlo? Pensé que habías visto toda la casa.

—Me han dicho que te siga. No me han enseñado la casa, salvo las entradas, las salidas y los puntos débiles.

—¿Puntos débiles?

—No hay nada de qué preocuparse —asegura—. Aunque anoche utilizamos uno, cuando te ayudé a cruzar la valla. —Sonríe.

Me doy cuenta de que estoy mirando su boca mientras habla.

—¿Lo hicimos? —Es información útil.

—Sí. Entonces —señala con la cabeza hacia las puertas cerradas —, ¿me vas a dejar entrar? —Luego me guiña un ojo y su mano roza la mía.

Maldito sea por la sangre y la oscuridad. En serio. Apenas puedo respirar mientras giro el pomo y empujo la puerta para abrirla. Entra como un rayo, una estela de oscuridad en la habitación en penumbra. Pero en lugar de completar el circuito, se detiene en el centro, con la boca abierta.

—Vaya. ¿Qué es este lugar?

Entro en la habitación, con el suelo crujiendo bajo mis pies. Es bastante impresionante. La habitación es grande, con techo abovedado. Las largas ventanas de un extremo dejan entrar la pálida luz de la luna. No hay muebles. En su lugar, hay maniquíes negros sin rostro repartidos por toda la habitación, vestidos con túnicas y armaduras, cota de malla y satén, estilos de un pasado lejano. Nuestro archivo familiar, ropa que ha pertenecido a los Raven a lo largo de la historia. El castillo en el que vivimos pasa al miembro más joven de la familia tan pronto como se empareja, y quienquiera que resida en él se traslada a una de las otras propiedades Raven repartidas por todo el reino. Así es también como surgieron otras ramas de la familia, como los Mistral y los Ravenna, cuando los Raven destronados fundaron nuevas dinastías. Pero esta es la antigua sede de nuestra familia, por lo que es aquí donde se conserva nuestra historia. Y la sala de vestuario forma parte de ella.

Me acerco a un pequeño interruptor empotrado en la pared.

—¿Te importa? —le pregunto—. Será muy tenue, como la luz de una vela.

Kyle sigue mirando a su alrededor.

—No, adelante.

Giro el interruptor y las bombillas de los apliques de la pared comienzan a brillar, proyectando un resplandor sobre los objetos de la habitación, reflejándose en el azabache, el rubí y el acero, en las espadas dispuestas como abanicos en las paredes de piedra. He pasado mucho tiempo en esta sala. Cada vez que entro aquí, es

como si conectara con la energía de los Raven del pasado, y mi herencia me parece algo maravilloso, en lugar de una carga que soportar. Se siente como un poder. Como si me… animaran. Cuando pasas mucho tiempo sola, buscas la amistad dondequiera que puedas encontrarla. Y aquí, entre la seda y el metal de mis antepasados, me siento casi capaz.

—Esto es… increíble. —Kyle sigue en el centro de la habitación, con las manos en las caderas, la cabeza ligeramente echada hacia atrás, girándose para verlo todo—. ¿De quién es esta ropa?

—Pertenece a mi familia. A mis antepasados. —Intento no fijarme en su cuerpo delgado y musculoso, en su belleza dorada y sombría.

—¿En serio? —Su rostro se ilumina con una sonrisa. Se acerca a una armadura hecha de plata brillante repujada, con el escudo de Raven en ébano en la coraza—. Vaya, si esto fuera mío… —Sus largos dedos recorren el escudo, trazando nuestro lema—. Garra de cuervo, sangre y piedra. ¿De quién era esto?

—De mi bisabuelo. —Conozco todas las piezas que hay aquí. He pasado horas en la biblioteca investigando su historia, a quién pertenecían, las historias de mis ilustres antepasados. Los Raven lucharon en todas las grandes guerras de vampiros de la historia, incluido el Levantamiento.

—¿Y esta?

No le respondo. Hay otra prenda preciosa, colgada sobre su maniquí. Que no se ha usado nunca. Porque es mía. Me muerdo el labio mientras toco los intrincados abalorios de azabache, el rígido vestido de satén blanco bordado con plata, la capa de cuello alto con la insignia de Raven en la espalda. Mis ropas de coronación. Son aterradoras y hermosas al mismo tiempo. No me imagino poniéndomelas. Menos mal que no voy a hacerlo.

—¿Bailamos?

—¿Qué? —Me giro y veo a Kyle de pie en el centro de la sala, con un brazo extendido. Se ha puesto una capa de uno de los maniquíes y tiene un aspecto tan divertido que no puedo evitar reírme.

Frunce el ceño.

—¿Qué? Creo que me queda bastante bien. —Agita la capa con una mano.

Es negra con filigrana plateada cosida a lo largo del dobladillo y el cuello alto alrededor de la cara. Le queda bien, le quedaría bien cualquier cosa, pero al mismo tiempo es completamente ridículo.

—Sabes que no me gusta bailar —le digo. Me sonrojo, a pesar de mis esfuerzos.

—Podrías haberme engañado —responde, agitando la capa de nuevo mientras se acerca.

Da una vuelta y yo me río, sintiendo cómo la locura vuelve a apoderarse de mí. Aquí no hay nadie que me vea, ni Stella sonriendo burlonamente ni vampiros hambrientos. Agarro un largo pañuelo de seda roja de un maniquí cercano, cuyas cuentas de azabache suenan como la lluvia, me lo pongo alrededor del cuello y me acerco a él. Kyle hace una reverencia. Yo hago otra reverencia y vuelvo a reírme.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Suena dolido, así que intento mantener la compostura mientras le agarro de la mano. Su otra mano se posa en mi cintura y, de repente, las ganas de reír desaparecen, sustituidas por otro tipo de deseo.

—Nada —respondo—. Bailemos.

—Como desee, mi señora —Suena completamente serio, así que resisto el impulso de responderle con brusquedad.

Me atrae hacia él, tomándome de la mano, con la otra en mi espalda. Giramos bajo las largas ventanas, mis cuentas haciendo clic y clac como la lluvia, su capa susurrando, la filigrana plateada captando la tenue luz, el césped exterior plateado por la luna. Es fuerte sin esfuerzo, la forma en que me sostiene contra él, segura, protegida. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, mi respiración se vuelve más entrecortada. Es como girar en un sueño, y me entrego a ello, mis pies se separan del suelo, todo mi cuerpo se entrelaza con el suyo.

—¿Ves? Podemos llevarnos bien si lo intentamos —murmura.

—¿Qué? —Sus labios están muy cerca de mi oído. Soy muy consciente de su cuerpo contra el mío, de su fría dureza. Me cuesta concentrarme.

Nuestro giro se ralentiza, su cabeza se acerca a la mía.

—Creo que podríamos ser amigos. Si tú quieres. O incluso algo más. —Su mano en mi cintura se desliza hacia abajo, su otro brazo

me rodea.

Mi corazón late con fuerza, pero no puedo controlarlo. No puedo controlar nada, ni siquiera mi respuesta hacia él.

Se oye un aplauso y doy un respingo. Kyle me suelta y da un paso atrás. Me tambaleo, pero consigo mantener el equilibrio, sintiéndome como si estuviera en llamas.

—¡Emelia! Y Kyle. Justo a quienes estaba buscando.

Mi madre se acerca a nosotros, con su larga falda arrastrándose como lenguas de fuego. Sonríe, con los brazos extendidos y las mangas de terciopelo rojo terminando en puntas sobre sus delicados dedos. Evito su abrazo, esperando que no se dé cuenta de lo sonrojada que estoy, de lo rápido que respiro.

—Mi señora. —Kyle se inclina elegantemente desde la cintura.

—Kyle. —Mi madre asiente con la cabeza—. Creía que ibas a traernos a Emelia esta noche.

—Así es, mi señora. Sin embargo, ella quería venir aquí de camino y…

—Por supuesto. Los deseos de Emelia y su seguridad son lo más importante.

«Excepto mi deseo de no ser Raven, por supuesto». Ese pensamiento enfría mi cabeza y mi corazón acelerados, apaga el fuego en mis venas.

Kyle se quita la capa y la coloca con cuidado sobre el maniquí donde la encontró.

Mi madre inclina la cabeza.

—Esa era de mi padre —comenta—. Solía ponérsela para ir a bailar. Probablemente ahora ya no sea su estilo.

—Mi señora, le pido disculpas si…

—No es eso lo que quería decir. Me alegra ver que vuelve a usarse. —Le sonríe a él y luego a mí—. Ese rojo te queda muy bien, Emelia.

—¡Oh! —Tiro del pañuelo, tratando de no dañar la delicada tela. Mi madre me detiene, con sus manos suaves sobre las mías.

—Deberías quedártelo. Me encantaba ponérmelo. —Me abraza—. Ahora, ven —me pide—. Vamos a ver a tu padre. Kyle, informa a

Bertrand. Puede que te necesite en otra parte de la finca, y Emelia puede quedarse conmigo.

—Mi señora. —Kyle se inclina y se dirige hacia la puerta.

Le sigo, como si estuviéramos conectados por un hilo invisible, pero mi madre me detiene. Su agarre es suave, aunque es fuerte como el hierro.

—Bueno —dice una vez que Kyle se ha ido, con una sonrisa en su voz—. ¿Te llevas bien con el nuevo guardia?

Me sonrojo.

—Supongo —respondo, sin mirarla.

—¿Es amable contigo?

—Bastante.

—Eso está bien —contesta mi madre, aunque la suavidad ha desaparecido de su tono—. Sin embargo, debes recordar quién eres.

La miro. Luego miro alrededor de la habitación, con sus capas de historia, el peso de las túnicas y la responsabilidad que tengo que llevar.

—¿Cómo podría olvidarlo? —le digo.

No es una pregunta.

Capítulo 8

Luna de sangre

—Emelia, la guirnalda plateada, por favor.

Mi madre está en lo alto de una escalera. Por supuesto, podría pedirle a otra persona que lo hiciera, pero para ella es importante que todo quede perfecto. El gran árbol de Halloween se extiende hasta el techo del vestíbulo principal, con ramas retorcidas desprovistas de hojas, ennegrecidas por el paso del tiempo. Ha pertenecido a nuestra familia durante siglos, y en su día fue un árbol vivo en la finca. Ahora vuelve a cobrar vida cada Halloween, adornado con guirnaldas de luces y serpentinas brillantes, telarañas nebulosas y arañas de azabache relucientes.

Rebusco en el cofre que hay sobre la mesa junto a mí.

—Aquí está. —Alargo la mano, pero no soy lo suficientemente alta.

—Déjeme, mi señora. —Kyle me la quita, con la mano sobre la mía demorándose un poco más de lo debido, y se la entrega a mi madre. Me hormiguean los dedos y me falta el aire.

—Gracias —dice ella—. Y algunas de esas lunas rojas, Emelia.

Elijo varias bolitas de cristal rojo que cuelgan de un hilo plateado, delicadas como burbujas. Son un símbolo del Amanecer Rojo, nuestro gran triunfo, cuando las cuatro grandes familias de vampiros trabajaron juntas para conquistar el mundo en una sola noche. Destruyendo todas las fuentes de energía, derrocando gobiernos, diezmando ejércitos. Le entrego las bolitas a mi madre, que las cuelga con cuidado de un racimo de ramas delgadas. Agarro otra y la miro fijamente mientras recuerdo lo que dijo Kyle sobre lo que significa Halloween para los humanos. Y cómo se sentía, apretado contra mí en el vestuario, cómo casi nos…

—¿Emelia? —Mi madre me mira con el ceño fruncido—. ¿Estás bien? Llevas toda la noche distraída.

Normalmente me encanta esta época del año. Mi madre insiste en que la ayude con los últimos adornos de Halloween, asegurándome de que todas las habitaciones de invitados estén preparadas, los pasillos decorados con guirnaldas, las calaveras talladas y doradas colocadas en los nichos, y las diminutas luces pálidas centelleantes colgadas de los árboles del exterior. Cuando era más joven, Halloween significaba despertarme con montones de regalos envueltos en seda, adornados con suaves lazos de terciopelo, y poder asistir al baile que mis padres organizaban cada año, al que invitaban a amigos y familiares de todo el reino. Sigue teniendo magia, la larga noche de fantasmas y disfraces, una sensación de la historia de nuestra especie.

Pero este año solo puedo pensar en el baile y en Kyle; intento recordar lo mucho que me enfurece, aunque me siento cada vez más atraída por él. Tengo que mantenerme centrada en mi plan de marcharme. Nuestro baile de la otra noche no deja de pasar por mi mente, un remolino de plata y violetas, el tacto de sus manos sobre mí. No ayuda que siga siendo tan amable. Supongo que solo puedo culparme a mí misma, ya que mis insinuaciones obviamente están funcionando demasiado bien. Lo que no esperaba era mi propia respuesta hacia él. Pero mi madre tiene razón. Estoy distraída.

—Lo siento. Supongo que estoy cansada. —Le paso el adorno.

—Y la guirnalda roja —me pide ella. Vuelvo a mirar en el baúl, pero no la encuentro. Rebusco, las cintas brillantes deslizándose entre mis dedos.

—No está aquí. Debo de haberla dejado arriba. Voy a buscarla.

—Iré contigo —se ofrece Kyle. Me guiña un ojo y yo aparto la mirada.

—Creo que también dejamos una caja de adornos arriba —dice mi madre—. ¿Me la traes?

—Por supuesto, mi señora.

Kyle me sigue mientras subo las escaleras. No me atrevo a mirarlo. Encontramos la caja de adornos, dejada en un nicho, con el arco moldeado y ornamentado curvándose sobre nosotros como un ala. Me agacho para alcanzar la guirnalda roja. Kyle también se

agacha al mismo tiempo. Nuestras manos se tocan y nuestros ojos se encuentran.

Espero a que se aparte. Pero no lo hace. Sus manos envuelven las mías mientras nos enderezamos, sus dedos trazan círculos sobre mi piel. No puedo evitar contener el aliento.

—Disfruté mucho de nuestro baile de ayer —murmura—. ¿Podríamos repetirlo más tarde? Solo nosotros dos. —Su voz se vuelve más grave, cada sílaba rebosando sensualidad.

Me siento estrangulada. Incapaz de articular palabra.

—¿Qué? —consigo decir por fin. Es un hilo de sonido, un suspiro. No voy a ganar ningún premio por mi elocuencia. Se siente como una última defensa, un muro endeble levantado contra lo que sea que suceda a continuación.

Se acerca más, empujándome hacia la pared del nicho.

—Sé que lo has disfrutado. Podía sentir los latidos de tu corazón, ¿sabes? —Su mano se posa en mi pecho, descansando ligeramente sobre el aleteo de mi corazón.

—¿De verdad? —digo, tratando de mantener la calma. Pero me estoy sonrojando como un carbón ardiente. Estoy todo menos tranquila.

—Es una pena que tu madre entrara en ese momento. —La promesa en su voz es inconfundible.

Me apoyo contra la pared, con un dolor en la parte superior de los muslos, el suave deslizamiento de la guirnalda en mis manos.

Su mano abandona mi pecho y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, con sus ojos plateados fijos en mí y su boca generosa relajada. Abro los labios y siento un cosquilleo en todo el cuerpo.

—No tienes ni idea de quién podrías ser —murmura, con palabras que son una caricia—. Un humano, como gobernante de Raven. ¿No te das cuenta de la diferencia que podrías marcar?

Nos miramos fijamente. Apenas puedo respirar.

Entonces se inclina y me besa.

Me pongo tensa, sorprendida, y la guirnalda se me cae de los dedos flojos.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le susurro en un último y patético intento de defensa, aunque todo mi ser responde a su tacto, exigiendo más, más y más.

Él no dice nada. Solo se inclina y me besa de nuevo.

Esta vez, le devuelvo el beso.

Mis brazos alrededor de su cuello, sus manos en mi cabello. La libertad palpita en mi pecho, salvaje como la noche. Saboreo sangre y violetas, calor y oscuridad. Me ahogo en ello.

Entonces se acaba. Kyle levanta la cabeza, con las manos en alto.

—Lo… lo siento.

—¿Lo sientes? —La palabra es un susurro, débil en el aire.

—No debería haber… No debería…

Mi rostro se descompone e intento ocultar mi reacción, aunque sé que es imposible. Un depredador ve cada matiz, cada movimiento de su presa.

—No es que no quiera. —Lo dice rápido, como si supiera que necesito oírlo—. Dios, no tienes ni idea de cuánto… Desde que te vi por primera vez. —Sus manos me acarician la cara, sus labios tan cerca de los míos—. Pero sabes que no deberíamos hacer esto, tus padres…

No me importa lo que piensen mis padres. Tiene razón, por supuesto que la tiene. Mi madre incluso me advirtió, en el vestuario. La única hija de Raven con un guardaespaldas. Pero mi cuerpo está hormigueando, cada terminación nerviosa está viva. Lo miro fijamente, y él a mí.

Entonces me besa de nuevo. Me aprieto contra él, mis dedos en su cabello brillante, sus manos recorriendo mi cuerpo. No me importa si alguien nos ve. Se siente inevitable, como si no pudiera resistir la atracción hacia él.

El sonido de la puerta principal golpeando resuena desde abajo, y oigo la voz de mi padre como desde la distancia.

—… hay que controlarlo. No podemos arriesgarnos a otra revuelta como la de Oxford, ¡hay demasiado ganado en juego!

Kyle y yo nos separamos. Respiro con dificultad, mi mente es una maraña de lujuria y confusión. La mano de Kyle recorre mi cabello,

traza la curva de mi mejilla. Luego se agacha, recoge la guirnalda y me la entrega. Sus dedos se detienen en los míos.

—Emelia, yo…

—Shh. —Levanto la mano, queriendo escuchar lo que dice mi padre. Creo vislumbrar dolor en los ojos plateados de Kyle.

—Hemos aumentado la presencia de guardias en todo el país —continúa mi padre—, y los Vientos del Norte siguen entrando.

—Sin duda, más violencia no es la solución —oigo la voz suave de mi madre.

Dios, ¿en qué estoy pensando, besando a Kyle así? Mis mejillas se sonrojan de vergüenza. Se supone que solo debo hacer que le guste, para poder atraerlo a mi plan de fuga. Besar no forma parte del plan, a pesar de lo que él me hace sentir.

Me alejo de él, tratando de concentrarme en lo que dicen mis padres.

La voz de mi padre se hace más fuerte.

—Creía que Mistral se encargaba de todo.

—Lo está haciendo, según tengo entendido. Le he pedido que vaya a Londres también, en nuestro nombre.

Pongo los ojos en blanco. Mistral. Por supuesto que se está involucrando. Normalmente vive en Francia, pero parece que está en Inglaterra para gestionar… lo que sea que esté pasando. Supongo que por eso también nos envió a Kyle.

Soy muy consciente de su presencia a mi lado, una presencia más oscura en las sombras. Queriendo un poco de espacio, me dirijo hacia la parte superior de las escaleras, abrazando la guirnalda como si estuviera desnuda y fuera mi única cobertura. Sigo sonrojada, todavía sin poder creer lo que acaba de pasar. Entonces, los brazos de Kyle me rodean, sus labios rozan mi oreja y bajan por el lado de mi cuello. Oh, oscuridad…

—Así que has estado hablando con él, ¿no? —La voz de mi padre se vuelve más aguda—. Supongo que sigue intentando conquistarte, a pesar de que llevas un siglo siendo mía.

Me apoyo en Kyle, me cuesta respirar mientras me besa el cuello. Lucho por mantener la concentración. Sé que debería alejarme de él, pero parece que no soy capaz.

—Vienes de Mistral, ¿verdad? —susurro con voz temblorosa—. ¿Sabes de qué está hablando mi padre? ¿Se refiere a los rebeldes?

Los besos cesan.

—Sí. —La voz de Kyle es un murmullo contra mi piel—. Y sí, está hablando de la rebelión.

Me retuerzo en sus brazos y me giro a medias para mirarlo.

—¿Mistral te ha dicho algo al respecto?

Kyle resopla.

—¿Crees que Mistral me cuenta sus planes? —Suaviza las palabras con otro beso. Mis brazos se enrollan alrededor de su cuello, como si tuvieran voluntad propia. Quizá besar sea parte del plan, después de todo. Vuelvo a sentir la locura que Kyle inspira en mí, el despertar en lo más profundo de mi ser.

—No sé cómo hace las cosas.

Seguimos susurrando, con nuestras bocas muy cerca.

—Mal. Ese tipo es un capullo. Me alegro de que me haya enviado aquí.

Entonces, Kyle y yo tenemos algo en común. Ahogo mi risita, no quiero delatarnos. Kyle me besa de nuevo. La voz de mi padre suena desde abajo.

—Quizá si Mistral pasara menos tiempo husmeando por aquí y más tiempo tratando de encontrar la raíz de esta rebelión, sería menos problemático. Porque, créeme, se está convirtiendo en un problema.

—Lo sé, Aleks. —La voz de mi madre es inusualmente aguda—. Yo gobierno mi propio reino.

—Creía que habías dicho que el Viento del Norte no era motivo de preocupación —susurro.

—Nunca dije eso —responde Kyle en voz baja y luego me da otro beso.

—¡Emelia! Baja.

Maldición. Kyle me suelta. Enderezo los hombros y empiezo a bajar las escaleras, intentando parecer que no estaba espiando. Ni besándome. Mi padre está de pie en el vestíbulo, con los brazos cruzados y los ojos brillantes como rendijas doradas. Mi madre sigue subida a la escalera, con aspecto molesto.

—Eh…, tenemos la guirnalda —digo, mostrándola—. Y los adornos.

—Déjalos ahí —ordena mi padre, con tono desdeñoso—. Tu madre y yo estamos hablando.

—Ve a descansar —propone mi madre, con voz distraída—. O ve a pasar un rato en la biblioteca. Creo que hay libros nuevos.

—Pero…

—Kyle, acompáñala. —Mi padre ya se ha dado media vuelta, centrado en mi madre. Ella baja de la escalera con elegancia, como si flotara.

—Venga, mi señora. —Kyle, con la mano en mi codo, me lleva hacia las escaleras. Veo una sonrisa en sus labios.

—Un momento —protesto, apartando su mano de mi brazo—. ¿Qué estás…?

—¡Emelia! ¡Haz lo que te han pedido! —La voz de mi padre retumba en el vestíbulo. Me quedo paralizada, al igual que todos los que están a mi alrededor. Kyle me agarra del brazo de nuevo. Le dejo. Sin embargo, lucho por contener las lágrimas mientras me guía una vez más por las escaleras. Ahora no hay ni rastro de sonrisa en su cara.

Capítulo 9

Halloween

Me tumbo en la cama y contemplo el techo tallado y pintado. Conozco cada marca, cada forma, las sombras que proyecta conforme avanza la noche. Las conozco como conozco el tacto de mi piel o el sonido de mi respiración matutina.

No puedo dejar de pensar en Kyle.

A pesar de saber que no debería, a pesar de estar cruzando una línea peligrosa, no he podido mantenerme alejada de él.

Sé que debería recordar quién soy. Pero ahí radica precisamente el problema. Cada noche, cuando despierto y me uno al resto de la casa —ninguno de los cuales necesita dormir, desayunar o velas para iluminar su camino—, recuerdo quién soy. Soy la heredera de Raven y soy humana.

Pero con Kyle es diferente. No puedo creer que antes me molestara tanto, o que pareciera detestarme. Ahora ansío verle. Me hace sentir como… Emelia. Una chica a la que él quiere. Y él es simplemente un chico que me gusta. Con él, a diferencia de cualquier otra persona que haya conocido, puedo olvidar quién se supone que debo ser. Y concentrarme en quién quiero ser.

La ventaja es que, a pesar de sus protestas iniciales, él tampoco parece capaz de mantenerse alejado de mí.

Excepto porque se ha marchado.

La semana posterior a las decoraciones de Halloween transcurrió como una bruma de besos robados con aroma a violetas, escondidos en rincones y habitaciones oscuras, intentando evitar las miradas vigilantes de Bertrand y mis padres. De correr por la finca con sus brazos rodeándome, de conocernos mutuamente. Esperaba el momento perfecto para contarle mi plan, para ponerlo en marcha, pero era difícil recordar nada cuando sus manos, su boca, estaban sobre mí.

Entonces, una mañana me desperté y él no estaba fuera de mi habitación. «Lo han llamado, órdenes de Mistral», fue todo lo que Bertrand me dijo cuando pregunté, con esa mirada tan amable y sabia. Entré en pánico, acudí a mi madre y le pedí garantías de que no se habían deshecho de él, mientras intentaba ocultar mi propia desesperación. Pero el hecho de que no me dijera que se marchaba me atormenta, como una cicatriz bajo la piel. Su partida significa que mis planes quedan en suspenso. Y lo echo de menos, terriblemente.

Tengo que superar esto. Él es un guardia y yo soy Raven. He estado sola antes, así que no entiendo por qué duele tanto esta vez. Si no regresa, encontraré otra forma de llegar a la Zona Segura. El escozor caliente bajo mis párpados me dice que me estoy mintiendo. Me río, pero se convierte en un sollozo. Me giro hacia un lado, cubriéndome con la manta, y el tacto suave del terciopelo bajo mis dedos me reconforta.

Ojalá pudiera quedarme aquí.

Pero esta noche es el baile de Halloween. Las contraventanas ya se han levantado, los invitados están llegando, todos los vampiros más poderosos de Raven bajo un mismo techo para la fiesta más grande del año. Más grande que las Reuniones Anuales, cuando todos los clanes leales a Raven se congregan durante tres noches bajo la luna, jurando lealtades y formando parejas, la gran dinastía asegurando su futuro. Mis padres esperarán que esté allí, como cada año. Es uno de los pocos lugares donde puedo estar en público y seguir estando a salvo, flanqueada por guardias y los muros de mi hogar. Cuando era pequeña me encantaba ir, pensaba que era un privilegio especial. Ahora la sola idea me agota. Porque este es el último año que asistiré como Emelia. Sé que todos pensarán en ello en cuanto me vean. Y en lo inadecuada que soy para ser Raven. Supongo que la cortesía les impedirá cotillear sobre ello bajo el techo de mis padres. Pero la forma en que Stella y sus amigas reaccionaron ante mí en el Dome me dice todo lo que necesito saber sobre lo que los vampiros realmente piensan de mí.

Mi vestido cuelga de la puerta del armario, la seda plateada como ondas en el agua. Listo para que yo, la próxima Raven, lo vista. Me

incorporo, y luego vuelvo a desplomarme.

Llaman a la puerta.

—¿Emelia?

Maldición.

Me deslizo fuera de la cama, frotándome la cara y bostezando. Me pongo la bata y la ato con firmeza.

—Adelante.

La puerta se abre y entra mi madre. Lleva una túnica larga y amplia, de color rojo intenso y bordada, con el pelo suelto cayéndole por la espalda. Su rostro se ilumina al verme.

—¡Qué hermosa estás! ¡Feliz Halloween! —Extiende los brazos. Me acerco a ella y la abrazo. Me besa, y su perfume especiado se mezcla con su aroma a violetas. Me quedo un momento abrazada a ella, queriendo memorizar este instante, recordarla.

—Toma. —Se aparta y saca algo de uno de los bolsillos de su voluminosa túnica. Es un pequeño paquete cuadrado envuelto en seda negra y atado con un lazo plateado—. De parte de tu padre y mía. —Sus ojos oscuros brillan y sus pálidas mejillas muestran un leve rubor. Supongo que acaba de alimentarse.

—¿Dónde está papá?

—Oh… —hace un gesto de la mano—, supervisando algo en el salón de baile, creo. Está obsesionado con cada detalle.

Me siento dolida. Ni siquiera puede venir a verme en Halloween. No digo nada.

—Emelia. —Mi madre toma mis manos entre las suyas, el tono risueño ha desaparecido de su voz—. Te quiere muchísimo. Es solo que ahora mismo hay muchas cosas en marcha. Y ya sabes lo importante que es el baile. Está deseando verte más tarde.

—Claro. —Más importante que yo, supongo.

—Vamos. —Inclina la cabeza para mirarme—. Abre tu regalo. Por favor…

Tomo el paquete y deshago la seda para descubrir una caja cuadrada de madera con mis iniciales grabadas en la tapa e incrustadas en plata. También hay una tarjeta escrita con tinta de color rojo oscuro.

—Es preciosa —digo, dándole vueltas entre las manos—. Gracias.

Ella niega con la cabeza.

—No, no, ¡ábrela!

Abro la pequeña caja. Sobre terciopelo negro descansa un colgante con una larga cadena de plata, con delicados eslabones intercalados con diminutas cuentas plateadas. El colgante también es de plata, con esmalte de ébano y diamantes que forman el escudo Raven del cuervo. Es precioso. Lo levanto de la caja y la luz de la lámpara lo hace centellear.

—¿Te gusta? —me pregunta mi madre mientras me rodea con el brazo y yo me apoyo en ella.

—Me encanta. Gracias.

—Me alegro tanto. —Hace una pausa—. ¿Hay algo más que te preocupe, querida?

—Estoy bien —respondo—. Tengo muchas ganas de que empiece la fiesta. —Mentira.

—Umm… —Me observa un momento más, entornando los ojos. Luego inclina la cabeza, mirando hacia atrás como si oyera algo. Sonríe—. Vamos, debes prepararte. Los invitados están llegando, la celebración comenzará pronto. —Hay algo salvaje en su voz y respiro hondo, atrapada por la magia de Halloween. Quizá esta noche no sea tan mala.

Me abraza una vez más.

—¿Te pondrás el collar?

—Sí, me encanta.

—Te quiero. —Siento su beso en mi frente y luego se va, cerrando la puerta.

El pasillo es amplio y de techo alto, con tallas doradas como encajes que decoran las paredes color óxido. Una música sinuosa y dulce emana de detrás de las puertas dobles que hay más adelante. Hay guardias apostados a intervalos, y otros dos me siguen. Me aliso la falda con las manos, esperando a que se abran las puertas del salón de baile, con el aroma de mi inhibidor de vampiros en las fosas nasales. Sé que nunca seré tan hermosa como cualquiera de los vampiros que hay allí dentro, todos ellos perfección cincelada, pero

al menos me gusta mi vestido. El corpiño ajustado se sujeta con finos tirantes de seda, y la larga falda se extiende desde mis caderas para ondear alrededor de mis pies. Llevo un cinturón con borlas en la cintura, hilos de seda plateados y negros entrelazados y sujetos con el escudo de la casa, a juego con mi nuevo collar. Mis zapatos también son plateados, con tiras que envuelven mis pies y se sujetan con hebillas puntiagudas tachonadas de pequeños diamantes. Si entrecierro los ojos, incluso me parezco a mi madre: el mismo pelo oscuro, las mismas extremidades pálidas y esbeltas.

Hago mi entrada, apartando a los guardias que intentan anunciarme. Aún no estoy lista para que me vean. El salón de baile está iluminado con velas, las llamas danzan en las enormes arañas de cristal, el resplandor de las lámparas eléctricas capta el brillo de los paneles dorados de las paredes, el destello de los diamantes y la seda. También hay guardias, muchos, más de los que recuerdo haber visto nunca en una fiesta, apostados a lo largo de las paredes. Kyle no está entre ellos. El aire huele a violetas, humo y perfume, y está lleno de risas y conversaciones. Bailarinas de sangre con jirones de gasa negra y encaje se mueven por la sala, con las venas marcadas con purpurina plateada.

«¿Te gustaría?».

Miro a nuestras bailarinas de sangre, sonrientes y saludables, riendo y bailando, e intento imaginar cómo se sentiría ser una de ellas. Cuando era pequeña pensaba que eran hermosas, me quejaba cuando no me dejaban llevar purpurina como ellas. Ahora, por primera vez, me pregunto cómo serán sus vidas más allá de nuestros muros, si saben de la rebelión que se está gestando ahí fuera, mientras la élite de los Raven baila, bebe y celebra su gran victoria.

Por un momento, todo me parece extraño y diferente. Como si hubiera entrado en un mundo que nunca había visto antes, los vampiros girando grotescamente, las contorsiones de las bailarinas de sangre como dolor, más que como éxtasis. Es como si algo se hubiera encendido dentro de mí, quemando viejos muros, mi antigua forma de pensar.

Miro alrededor, preguntándome si Kyle está aquí, y entonces veo a mi madre al otro lado de la sala. Se ha cambiado la túnica por un vestido ajustado de seda carmesí, sin tirantes, que deja al descubierto sus hombros de alabastro. Lleva la insignia de Raven en su gargantilla, azabache y diamantes alrededor de su esbelto cuello, y brillantes cadenas de plata en su pelo oscuro. Un vampiro alto y rubio está hablando con ella, con la cabeza inclinada hacia ella. Lo reconozco. Mistral. Por supuesto que está con mi madre. Cambio de dirección, pero ella me ve y me hace señas para que me acerque. Maldición. Esbozo una sonrisa y me acerco, haciendo una reverencia cuando llego.

—No hace falta. —Mistral toma mi mano y se la lleva a los labios —. Soy yo quien debería inclinarse ante ti, Emelia Raven, heredera de nuestro trono. Cada día te pareces más a ella. —Se vuelve hacia mi madre, que sonríe y me lanza una mirada con sus ojos de ónix.

—Es verdad, ¿no?

—Y sin embargo… —Mistral inclina la cabeza.

Yo frunzo el ceño.

—¿Y sin embargo…? —pregunta mi madre, levantando las cejas.

—Bueno, también tiene algo de tu marido, sobre todo en los pómulos.

Siento cómo se me enrojece la cara, más por irritación que por otra cosa. ¡Estoy aquí mismo, joder! Mistral abre mucho los ojos y se lame los labios. Mi madre entrelaza su brazo con el mío y me acerca a ella.

Mistral me toca la mejilla y luego me sujeta la barbilla.

—Una auténtica belleza —murmura, con sus ojos azul iridiscente fijos en mí. Respiro hondo. Es hermoso, con su piel suave y sus pómulos, su cabello como oro hilado. Intento soltar mi brazo, pero mi madre lo agarra con tanta fuerza que me duele.

Mistral sonríe.

—Es una pena que seas humana. Aunque eres muy especial. Sabes, mi hijo menor tiene una edad similar. —Dirige su atención a mi madre—. ¿Quizá deberíamos hablar, Penélope?

Doy un paso atrás, conmocionada. ¿Una pena que sea humana? Realmente es un imbécil.

Siento una mano en mi hombro.

Es mi padre. Sus fríos labios rozan mi mejilla.

—Feliz Halloween, Emelia.

—Y a ti también —respondo, pero él ya ha desviado su atención hacia otra parte.

—Cualquier discusión de ese tipo puede esperar, Mistral. Sin duda, tenemos otras cosas que atender en este momento.

Mistral sonríe, mostrando sus dientes blancos y sus pómulos.

—¿Siempre es tan aburrido? —Le guiña un ojo a mi madre, que parece indignada.

—Friedrich, tú sabes que no es así…

—Oh, es broma. —Se ríe y luego se inclina ante mi padre—. Mis disculpas. —También se inclina ante mí—. Y ante ti también, preciosa. Vamos, Aleksandr, hablemos de negocios, ¿te parece?

Mi madre los ve alejarse, con sus perfectos labios carmesí entreabiertos. Yo aprieto los míos.

—Pronto habrá baile —dice mi madre, sin soltar mi brazo—. Te quedarás para eso, ¿verdad?

—Eh, claro. —Me conoce demasiado bien. Llevo diez minutos en esta fiesta y ya quiero irme—. Voy a por una copa.

Mi madre me besa en la mejilla y me suelta. Me dirijo a una mesa en un lado de la sala, preparada con refrigerios para las bailarinas de sangre y para mí. La fruta rebosa de cestas doradas; la carne se enrosca en bocados suculentos entre aceitunas brillantes y quesos suaves, y los trozos de pan fresco parecen almohadas esponjosas. Una novedad, o eso me han dicho, entre los vampiros. Siempre hemos alimentado bien a nuestras bailarinas de sangre, queriendo mantenerlas en óptimas condiciones. Pero cuando nací, mi madre no tenía ni idea de cómo alimentarme, ya que los niños vampiro solo necesitan la sangre de sus padres para sobrevivir hasta que tienen edad suficiente para cazar. Trajeron a una nodriza y, al parecer, encontraron a un chef humano en una de las Zonas Seguras y lo trajeron a la casa con instrucciones de enseñar a mi madre a cocinar. Ella me alimentó hasta que tuve edad suficiente para insistir en hacerlo yo misma, pasando horas sola en la cocina con las luces encendidas, escuchando música mientras experimentaba, con mi

madre feliz de complacer mis caprichos. Pero la presencia de comida real, bien preparada, en una reunión de vampiros, se considera una excentricidad. Supongo que también es un recordatorio de la decepción de su heredera humana. Una vez más, siento esa llama dentro de mí, titilando. Como un desafío.

Las copas están alineadas ordenadamente junto a la comida: algunas llenas de vino, rojo como la sangre o dorado como el sol; otras, de agua, con burbujas plateadas y brillantes. Hoy rechazo el vino, aunque normalmente lo disfruto; es otra forma más de dejar pasar los días. Hay algo en la sala que me inquieta y, aunque estoy en mi propia casa, siento la necesidad de mantenerme alerta. Lleno un plato pequeño con comida y agarro un vaso de agua, saludando con la cabeza a una bailarina de sangre que está cerca, sosteniendo una jarra de lo que probablemente sea más vino. El aire está impregnado del aroma de las violetas y me pregunto por qué no está bailando. Quizá esté cansada. Sin embargo, parece tensa, con la mirada recorriendo la sala. No la reconozco. Cuando le sonrío, ella no me devuelve la sonrisa.

Encuentro un asiento cerca de las largas ventanas y como mientras observo las sombras de los árboles danzar bajo la luna. Mis pensamientos se dirigen a los humanos que viven en las Zonas Seguras. Me pregunto si ellos también estarán celebrando Halloween.

«La granja de tu familia».

Las palabras de Kyle me incomodan, como una espina clavada en el pecho. Estoy desesperada por irme, por vivir una vida a la luz con ellos, libre del peso del apellido de mi familia. Por vivir en un lugar al que pertenezco, donde pueda hacer lo que quiera sin preocuparme por ser atacada, en lugar de estar bajo vigilancia todo el tiempo. Un lugar donde encajo, en lugar de destacar. Pero ahora la duda florece en mi interior, junto con mi deseo de marcharme, de forjar mi propio camino. Mi plan tiene que funcionar. No sé qué haré si no es así.

«¿No te das cuenta de la diferencia que podrías marcar?».

Más palabras, pronunciadas en un pasillo oscuro. También me resultan extrañas, pero por una razón diferente. Nadie me había sugerido eso antes. Que yo pudiera marcar la diferencia. No puedo

imaginar cómo. Y no pienso quedarme el tiempo suficiente para averiguarlo. El pánico se retuerce en lo más profundo de mi estómago al pensar en mi inminente coronación, mientras miro fijamente la oscuridad. Junto con él, surge el anhelo. Me pregunto si Kyle estará en algún lugar ahí fuera, qué estará haciendo que lo ha alejado de mi lado.

—… soplará el Viento del Norte… —oído a mi espalda. Me giro y escudriño la sala. Hay un pequeño grupo cerca de mí, tres bailarinas de sangre. Creo que fue una de ellas quien lo dijo.

—Es una canción infantil —dice otra, inclinándose hacia mí—. Pero la han cambiado.

¿Quién? ¿Quién la ha cambiado? ¿Están hablando de los rebeldes? Yo también me inclino hacia ellas, pero una se da cuenta y da un codazo a las demás, entonces sus expresiones preocupadas se transforman en sonrisas.

—Mi señora —dice la que está más cerca de mí. Se alejan antes de que pueda preguntarles nada, separándose al entrar en la multitud, dejando tras de sí una estela de brillante tentación. Dejo mi plato a un lado y me levanto, siguiéndoles la pista, con la esperanza de oír más.

A pesar de lo que me dijo Kyle, la rebelión sigue pareciéndome una tontería. Como si los humanos pudieran hacer algo contra las cuatro familias. Pero al oír a nuestras bailarinas hablar de ello… Una vez más, noto la presencia de guardias adicionales en la sala, la sensación de que algo no va bien, la extrañeza que parece presionar las paredes. No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada. Podría preguntarle a mi padre, al menos, aunque no quiero meter a nadie en problemas.

Deambulo entre la multitud, gente bailando, alimentándose, hablando en grupos. Pero nadie dice nada interesante. Entonces veo a mi padre, de hombros anchos y delgado, con su habitual traje negro con ribetes dorados, hablando con Mistral y otro vampiro. Si no me equivoco, es el padre de Stella, Artos Ravenna. No puedo ver la cara de mi padre, pero Mistral parece serio.

Me acerco. Algunos invitados me sonríen; me resultan vagamente familiares, así que quizá los haya visto en las Reuniones. Les

devuelvo la sonrisa, bebo un sorbo de mi copa e intento no parecer que estoy escuchando a escondidas, aunque estoy segura de que mi padre sabe que estoy allí. Al igual que todos los demás.

—… sinceramente, los humanos son cada vez más difíciles de controlar. Es como si ya no quisieran estar en las Zonas Seguras. Si no fuera tan costoso, me sentiría tentado de liberarlos y dejar que se las arreglaran por su cuenta. Al fin y al cabo, las reservas en todo el mundo están volviendo a niveles récord. —Mistral frunce el ceño y cruza los brazos.

—Sin embargo, aún están muy lejos de los niveles anteriores al Levantamiento —responde mi padre—. Y los disturbios están empeorando. Están incursionando en nuestras ciudades y no tengo ni idea de cómo están atravesando los perímetros. He recibido informes de todo el país.

Me acerco sigilosamente, tanto como me atrevo.

—Sí, hemos tenido problemas similares, como ya sabes. He tenido que duplicar la vigilancia en nuestras propiedades del Reino Unido. Y su mantenimiento es cada vez más caro, ¡la cantidad de limpieza que requieren! Son unas criaturas asquerosas, la verdad. —Artos Ravenna parece molesto.

Cabrón. Yo soy humana. Me doy la vuelta y doy otro sorbo a mi bebida.

—No todas, seguro, Artos. Emelia, por ejemplo, es una belleza excepcional. —Unos dedos fríos se cierran alrededor de mi brazo y yo me sobresalto, a punto de soltar mi bebida. Me giro y veo a Mistral cerca de mí, con su rostro glorioso como el de una moneda antigua.

—Emelia. —Mi padre me tira de la mano, apartándome suavemente del agarre de Mistral, y me toma del brazo—. ¿Estás disfrutando de la velada?

—Eh, sí. Sí, lo estoy. —Decido arriesgarme—: Aunque no paro de oír a la gente hablar de Vientos del Norte. ¿Qué es eso? —Sonrío, con los ojos muy abiertos.

Los labios de mi padre se contraen.

Artos Ravenna se acerca, me agarra la mano libre y se la lleva a los labios. Su cabello es de un dorado más oscuro que el de Mistral,

y sus rasgos son afilados en su rostro delgado. Es más alto que yo, aunque no tanto como Mistral o mi padre.

—¡La encantadora Emelia! ¡Es deliciosa, Aleksandr, de verdad! —exclama Ravenna—. Querida —me dice volviendo su atención hacia mí—, Stella me dijo que te vio la semana pasada en su fiesta de la luna. Va de un lado a otro, una semana una fiesta aquí, otra semana allá… ¡Yo apenas la veo! —Es demasiado jovial, como si estuviera ocultando algo. Me pregunto qué le habrá contado ella.

Consigo esbozar una sonrisa.

—Eh, sí, es cierto. Pero, en fin, ¿qué hay de…?

Se oye un fuerte aplauso y todos nos giramos. Mi madre está de pie en el centro de la sala, como una joya perfecta en un brillante engaste.

—Escuchad todos —exclama—. Se acerca Halloween, la luna está alta, ¡que empiece la fiesta!

Una cortina de seda bordada en oro cuelga a un lado de la sala. Mi madre vuelve a aplaudir y la cortina cae, dejando al descubierto una banda de músicos y un nuevo grupo de bailarinas, brillantes y ágiles, con aún menos ropa que el grupo anterior. Se oye un grito de emoción, gemidos cuando se mezclan con la multitud, y los músicos comienzan a tocar. El ritmo es salvaje, contagioso, y la sala comienza a balancearse al unísono, con las parejas entrelazándose unas con otras. Me alegro de que mi padre me sujete.

—Señora, ¿bailará usted? —me pregunta Mistral, tendiéndome la mano.

Miro a mi padre. Frunce el ceño durante un breve momento, pero sabe que no puede negarse. Puede que sea superior a Mistral, pero hay que tener ciertas cortesías. Se lleva mi mano a los labios y la besa con el pretexto de comprobar mi inhibidor. Asiente una vez antes de entregarme a Mistral.

Y entonces me encuentro en los brazos de Mistral.

Capítulo 10

Amanecer

Mistral se inclina hacia mí, con sus brillantes ojos azules arrugándose en las comisuras. Es devastadoramente atractivo y lo sabe. Me hace girar por el salón, pero al principio va demasiado rápido y me aferro a él cuando mis pies se despegan del suelo.

Se ríe.

—Mi querida Emelia, perdóname. Te pareces tanto a tu madre que había olvidado tu… eh… condición.

—¿Mi condición? —Arqueo una ceja. Por fortuna, ha aminorado el ritmo y mis pies vuelven a tocar el suelo.

—Tu sublime humanidad. —Lo pronuncia como si fuera una caricia. Me da igual. De repente ya no me parece tan atractivo. Intento apartarme.

—Creía que era bastante obvio. No me parezco tanto a ella.

—No te subestimes —dice, con los labios cerca de mi oreja, sujetándome para que no pueda moverme—. Tienes más de Penélope de lo que crees. Creo que le gustarías a mi hijo.

—Ya he conocido a los dos. —Ninguno me cayó bien, ambos rubios arrogantes como su padre.

—Me refiero a mi otro hijo, el tercero.

¿Su tercer hijo? Frunzo el ceño.

—No creo que lo conozcas. —Sigue demasiado cerca, con la voz convertida en ronroneo—. Está… fuera por ahora. Creo que os llevaríais bien.

La música cambia, volviéndose más lenta, más sensual. Mierda. A nuestro alrededor, las parejas se acercan más. Mi padre aparece con la mano en el hombro de Mistral.

—Si me lo permites.

Hago una mueca. No quiero bailar con Mistral esta música, pero tampoco quiero bailar con mi padre ni en un millón de años. Aun así,

ninguno puede hacer nada. Mistral me suelta e inclina la cabeza.

—Ha sido un placer, Emelia.

—Gracias.

Mi padre me toma de la mano, pero, gracias al cielo, en lugar de bailar me conduce entre la multitud hasta la mesa del bufé. Perfecto. Necesito vino, después de todo. Agarro una copa, dorada pálida bajo la luz de las velas.

Mi padre sonríe.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Por qué?

Arquea las cejas y señala mi copa con un gesto. Mierda. No bebo delante de mis padres. Agarré la copa sin pensar.

—Sé que has estado saqueando la bodega desde los catorce. Al menos ya tienes edad suficiente.

Me quedo boquiabierta. Respiro hondo, a punto de negarlo todo. Entonces me doy cuenta de que no tiene sentido si ya lo sabe. Doy un sorbo, luego otro. Mistral sigue en la pista de baile, abrazado a una bailarina de sangre con la boca en su cuello. Mi padre sigue mi mirada y le vibran las aletas de la nariz.

—Parecías molesta bailando con Mistral.

—Solo estaba haciendo el idiota. Me dijo que había olvidado que era humana, luego siguió con que me parecía a mamá y que le gustaría a su hijo.

—¿Su hijo? —Mi padre ladea la cabeza, la voz volviéndose suave.

—Sí, fue extraño. Pensaba que solo tenía dos hijos, pero mencionó a un tercero. Dijo que estaba fuera, que seguramente yo no lo conocía.

—Vaya. Emelia, no vuelvas a bailar con Mistral. Haré lo posible por mantenerlo ocupado y tú procura quedarte acompañada. ¿Harás eso por mí?

Asiento, sorprendida.

—Sí, por supuesto. Padre, ¿qué…?

—No te preocupes ahora. Solo haz lo que te pido.

Me quedo en silencio. Él me mira.

—¿Qué pasa?

—El Viento del Norte —susurro.

Una expresión curiosa cruza su rostro, la boca curvándose, los ojos entrecerrándose. Niega con la cabeza despacio, tan solo una vez.

—Más tarde, Emelia.

Mi madre llega llevando de la mano a un joven vampiro. Su piel oscura tiene un matiz rosado, los ojos brillantes. Obviamente está bien alimentado. Le lanzo una mirada.

—Emelia, ¿conoces a Daniel? Es del clan Lion, viene de muy lejos. Daniel, esta es mi hija, Emelia Raven.

Hay sorpresa en los ojos de Daniel cuando se da cuenta de lo que soy. Mis padres, con su férrea voluntad, han contenido bastante bien los rumores sobre mí, supongo, al menos manteniéndolos dentro de nuestro reino. O quizá a nadie le importa lo suficiente como para hablar de ello, pensando que no duraré lo bastante para convertirme en Raven. Se recupera, sin embargo, y es perfectamente cortés, inclinándose ante mí.

—Es un placer conocerte —dice, tendiéndome la mano—. ¿Bailamos?

Y así transcurren las siguientes horas. Bailo hasta que me duelen los pies, mis padres turnándose para presentarme parejas, algunas dispuestas, otras no tanto, pero sin querer ofender a sus anfitriones. Mistral no se me acerca; nuestras bailarinas más sensuales desfilan ante él, una distracción interminable de carne perfumada. Mantengo el inhibidor al máximo, agudizo el oído por si hay conversaciones sobre rebeliones, incluso pregunto a un par de mis parejas de baile, pero nadie más parece saber nada ni estar interesado en la idea de un levantamiento humano. Supongo que no es sorprendente. Yo tampoco lo había pensado.

Hasta que conocí a Kyle.

¿Dónde estará ahora? Mientras paso de unos brazos a otros, solo puedo pensar en cómo me sentí bailando con él, en cuánto desearía que fuera él quien me hiciera girar por la pista, aunque sé que no es posible.

Finalmente me disculpo, necesitando descansar. Doy las gracias a mi última pareja y, cuando me suelta, me dirijo al borde de la pista. Me sorprende darme cuenta de que he disfrutado del baile después

de todo. O quizá solo esté borracha: he tomado más vino desde que bailé con Mistral, posiblemente demasiado. Afuera, la luna está baja. Quizá sea hora de irme, antes de que salga el sol y caigan las contraventanas, los invitados retirándose a las habitaciones fortificadas para reanudar el baile una vez asegurada la casa.

—Feliz Halloween, mi señora.

Siento un vuelco en el estómago. Me giro. Kyle está a un par de metros, vestido con su uniforme Raven, las manos cruzadas a la espalda. Hace una reverencia.

—Y a ti también.

Mantengo la voz tranquila, alisándome el vestido con las manos. Pero mi corazón late desbocado.

—Estás muy guapa. —Inclina la cabeza, los ojos plateados brillantes.

—Gracias. Tú también. —¿Tú también? Debe de ser el vino. «Contrólate, Emelia. Lleva el mismo uniforme todos los días». Sin embargo, no miento. Muero por besarlo.

Sonríe, como si supiera lo que estoy pensando.

—¿Te has divertido?

—Ha estado bien. —Aunque tú no estabas aquí.

Se produce un silencio entre nosotros. Recuerdo pasillos oscuros, su boca sobre la mía.

—¿Dónde has estado?

Su sonrisa se ensancha.

—¿Me has echado de menos?

Idiota.

—Solo me lo preguntaba, nada más. —Intento pensar en hielo y agua fría, en invierno helado, deseando tener una décima parte de la frialdad glamurosa de mi madre.

—Me reasignaron inesperadamente. Órdenes de Mistral. —Inclina la cabeza—. Lamento no haberte podido avisar.

—¿Reasignado? —No me importa que Mistral lo ordenara. Pensaba que era mi guardaespaldas personal.

—Solo algo que había que resolver. —Se acerca más—. Te eché de menos —añade, bajando la voz.

Lo miro fijamente. Es como si todo el salón girara a nuestro alrededor, como si estuviéramos en el ojo de la tormenta.

—Me alegro de que hayas vuelto.

Se acerca de nuevo, tanto que tengo que alzar la barbilla para mirarlo. Parece que saltaran chispas entre nosotros. Si me toca… De repente, alguien choca contra mí y parpadeo.

Kyle abre mucho los ojos y da un paso atrás.

—¿Puedo traerle algo, mi señora? —Tiene las manos cruzadas a la espalda, pero hay un destello en sus ojos.

—En realidad, iba a volver a mi habitación.

Arquea una ceja.

—¿La acompaño?

Asiento, me cuesta respirar.

—Sí. Solo necesito avisar a mis padres.

Se hace a un lado, aunque sigue lo bastante cerca como para que tenga que rozarlo al pasar. Veo a mi madre bailando con mi padre y voy directa hacia ellos. Toco el brazo de mi madre. Se vuelve, deteniendo a mi padre.

—Estoy cansada y ya casi amanece, así que me voy a mi habitación. Volveré más tarde, ¿vale?

Mi madre tiene las mejillas sonrojadas, los ojos de ónix chispeantes. Mi padre también se ve bien, con color en los pómulos. Bien. Han estado bebiendo.

—Por supuesto —responde mi madre—. Ve. —Me acaricia la mejilla, lánguida y sonriente.

—Cuida de ella —dice mi padre, asintiendo hacia Kyle, que está justo detrás de mí. No me atrevo a mirarlo.

—Buenas noches.

Les hago una reverencia y salgo del salón, tomando la ruta más rápida entre la multitud, dejando atrás el brillo y la sangre. Las correas de mis sandalias se me clavan en los pies y muero por quitármelas. También muero por estar a solas con Kyle. Me sigue, dos pasos por detrás, mientras pasamos bajo el resplandeciente árbol de Halloween con las luces balanceándose suavemente. La seda de mi falda se desliza contra mis piernas, las mejillas me arden mientras subimos las escaleras. Arriba, el pasillo está oscuro y

desierto. Me detengo. Hay un banco contra la pared, de seda acolchada y madera tallada. Me siento.

Kyle también se detiene.

—¿Seguimos yendo a tu habitación?

Me sonrojo por cómo suena eso.

—Un momento —hago un gesto con la mano—. Necesito quitarme estos malditos zapatos.

Se ríe. Me quito uno y lo meto de una patada bajo el banco.

Suena una carcajada y dos invitados emergen de la habitación de enfrente con una bailarina de sangre entre ellos, la muñeca pegada a la boca del vampiro. Los tres brillan como luciérnagas en la oscuridad.

—¡Ups, perdón! —se ríe la vampira—. No dejéis que os interrumpamos.

—Los Raven tienen las mejores bailarinas —dice el vampiro, apartando la boca de la muñeca de la chica. Le brillan los labios oscuros con su sangre—. No sé qué les ponen para que sepan tan deliciosas. Parece un verdadero manjar, joven, disfrútala —añade, dándole una palmada en el hombro a Kyle—. Aprovecha Halloween.

Los tres ríen de nuevo, echando la cabeza hacia atrás. Desaparecen por el pasillo con la bailarina tambaleándose. Me quedo con la boca abierta. El club fue una cosa, pero esto… He estado bailando toda la noche, hablando con mis padres, haciendo la ronda. Literalmente llevo el escudo Raven en diamantes. Cualquiera con ojos debería saber quién soy.

—¿Qué coño pasa? Estoy en mi propia casa y piensan que soy…

—No te preocupes por ellos. —Kyle me lanza una mirada plateada. Está apoyado contra la pared, los brazos cruzados. Intento no fijarme en los músculos visibles bajo su uniforme de guardia, las caderas estrechas, las piernas largas—. Son idiotas, obviamente. Y están borrachos. Apuesto a que esa bailarina tenía algo extra.

—Pero mis padres no…

—Puede que tus padres no. Tus invitados son otra cosa. Es fácil de hacer. —Se acerca, agachándose como para sentarse junto a mí. Lo miro con la boca seca de anticipación.

Entonces se endereza, poniéndose firme. Aparece otro vampiro con el cuello de la camisa desabrochado, la pajarita colgando. Hay manchas de sangre en su camisa. Supongo que también ha estado alimentándose. ¿Qué demonios hace toda esta gente deambulando por aquí?

—¿El salón de baile es por aquí? —balbucea el hombre.

—Sí, señor. Al final del pasillo, solo tiene que bajar las escaleras y está a la izquierda. No tiene pérdida —le indica Kyle, señalando con la mano.

Con una ráfaga de velocidad, el vampiro desaparece por el pasillo.

Me agacho para quitarme el otro zapato. La hebilla está rígida y forcejeo un momento hasta que se abre.

Y el metal afilado me corta la yema del pulgar, sacándome sangre.

Mierda.

Kyle gira la cabeza, los ojos plateados muy abiertos.

—¿Emelia?

Lo miro fijamente, sujetando el pulgar herido cerca de mí.

—Estoy bien.

—Déjame ver.

—¡¿Qué?! ¡No!

Antes de que pueda detenerlo ya está ahí, arrodillado, con las manos sobre las mías desenroscándome los dedos. La sangre se acumula en mi palma, su aroma cobrizo impregna el aire. Él inspira profundamente, mientras que yo contengo la respiración. Se lleva mi pulgar a los labios, cerrando la boca sobre él, y creo que voy a desmayarme. Lame mi sangre con la lengua áspera y cosquilleante, tomando hasta la última gota. Nadie me ha hecho esto nunca, no así. Me han curado arañazos, el toque de mis padres siempre delicado. Pero esto es otra cosa, algo que se cuela en mi interior profundamente, despertando una necesidad en mí. Es insoportablemente íntimo, todo mi cuerpo responde. Kyle lleva mi otra mano también a su boca, chupando los vestigios de sangre, luego se muerde el labio tomando una sola gota de su propia sangre en la punta de la lengua. La presiona contra mi corte, curándolo.

—Ya está.

No puedo respirar.

Se acerca todavía más, los brazos a cada lado de mí. Su aliento frío roza mis labios. Mi corazón late tan fuerte como el pasillo, un eco atronador. Olvida el control. No tengo ninguno. Puede tomar lo que quiera.

Sonríe, los ojos destellando plata. Dice mi nombre y las palabras caen como piedras en el profundo pozo de la noche. Su tacto produce ondas en mí, su aliento es fuego frío sobre mi piel. Cierra los ojos e inhala, aspirándome.

Jadeo cuando su mano se desliza bajo el escote de mi vestido, acariciándome brevemente. El aroma a violetas es abrumador. Me besa, un toque fugaz de labios.

—Quizá podríamos —murmura con los labios a milímetros de los míos— ir a algún sitio más privado. Solo un rato. —Sus dedos trazan el lateral de mi cuello. Me arqueo hacia su tacto, cada terminación nerviosa viva, sintiendo que podría volar o explotar, gritando en la noche, disolviéndome como brasas chispeantes doradas contra la oscuridad. Se me eriza cada vello, un dolor profundo dentro de mí. Alargo la mano, su pelo deslizándose como seda entre mis dedos mientras lo atraigo para besarlo.

Siento su sonrisa, los dientes afilados como diamantes mordiéndome, sus labios moviéndose por mi mejilla, pasando por la mandíbula hasta mi cuello. Estoy perdida. La precaución lanzada al viento. Puede hacer cualquier cosa en este momento y se lo permitiré. De todos modos, ¿cómo podría detenerlo?

De alguna manera acabamos en mi habitación. No sé si Kyle me lleva en brazos o si lo arrastro hasta allí. Cuando la puerta se cierra, ya no importa. Nada importa excepto su tacto.

Kyle me desabrocha el vestido bajando los tirantes, la tela suave queda arrugada bajo nosotros en la cama. Su boca está en mi garganta, su mano cerrándose sobre mi pecho. Siento un mordisco agudo en el cuello y me estremezco. Al instante se echa hacia atrás, los ojos muy abiertos. Tiene los colmillos fuera y hay un leve tinte de sangre en una punta pálida. Mi sangre.

—Lo siento —susurra horrorizado—. No quería…

Pongo una mano detrás de su cabeza y lo acerco, besándolo.

—No importa —le digo.

Nada importa. No en este momento. Además, por lo que he leído, esto es parte normal de la intimidad vampírica. Pero sigue vacilando, así que paso la lengua por sus labios. La respuesta es inmediata. Gruñe desde lo profundo de la garganta, empujándome contra él mientras me devuelve el beso con la lengua moviéndose.

Mi vestido está bajado hasta la cintura, pero él sigue completamente vestido, lo cual no me parece justo. Intento alcanzar los botones de su camisa, pero no consigo poner la mano en el lugar correcto.

Él levanta la cabeza.

—¿Por qué te retuerces tanto? —Hay humor en sus palabras y me río tontamente.

—Perdón —susurro—. Intentaba desabrocharte la camisa.

Sus cejas se levantan.

—¿Ah, sí? —Se aparta, desabrochándose los botones superiores y quitándose la camisa por la cabeza en un movimiento fluido.

Vaya.

Su torso está perfectamente musculado, pectorales y abdominales definidos por la tenue luz de las velas dándole un brillo sutil a su piel. Cada centímetro de él está frío contra mi carne acalorada, mis manos recorren su espalda mientras me besa y las estrellas estallan tras mis párpados. Me ahogo en sensaciones, mis manos trazan la curva de su trasero, mi vestido deslizándose más abajo.

—Emelia. —Sus besos descienden y creo que voy a morir. Levanto las caderas mientras desliza mi vestido, su boca suave sobre mi estómago.

Se oye un golpe seco en la puerta de mi habitación y doy un salto, arrancada de mi pasión. Kyle levanta la cabeza, las manos quietas.

—Mi señora.

Mierda. Es Bertrand.

—¡Un momento! —grito.

Kyle ya está de pie, vistiéndose en una mancha borrosa, poniéndose la chaqueta plateada y negra al final. Va al espejo, se pasa una mano por el pelo y endereza el cuello de la camisa. Me quedo tumbada, el deseo volviéndose amargo en mi boca, la respiración normalizándose, el sudor enfriándose en mi piel.

Finalmente me siento, me subo el vestido y deslizo los tirantes sobre los hombros. Entonces Kyle aparece de nuevo, con los brazos a mi alrededor, besándome. Se muerde el dedo y lo posa en mi cuello, curando la pequeña herida que me hizo.

Llaman otra vez a la puerta, más fuerte que antes, y ambos damos un salto. Mierda.

—Ve al baño —susurro empujándolo.

Él asiente y desaparece, la puerta cerrándose con un suave clic. Agarro mi manta y me envuelvo en ella esperando parecer somnolienta. Abro la puerta una rendija para ver el rostro preocupado de Bertrand. Mi querido Bertrand… Odio mentirle.

—¿Se encuentra bien? Su madre me dijo que Kyle la había acompañado a su habitación y lo he estado buscando.

Frunzo el ceño.

—Sí. He estado aquí echando una cabezada.

Bertrand hace una pausa.

—Lamento haberla molestado, mi señora.

Me siento fatal. Abro más la puerta para que pueda ver dentro de mi habitación. Se asoma por encima de mi hombro y espero que piense que el aroma a violetas de Kyle es solo inhibidor.

Asiente.

—La dejo tranquila. Avíseme si quiere volver al salón más tarde.

—Gracias. Puede que me quede aquí un rato. —Cierro la puerta y me apoyo en ella soltando un suspiro. Ha estado cerca.

Kyle reaparece desde el baño.

—Tengo que irme —dice besándome—. Lo siento.

—¿Sientes que haya pasado esto? —Mi voz es áspera.

—No, nunca. —Me besa de nuevo, suave—. Confía en mí. Ojalá no tuviera que irme.

Apoyo mi frente en la suya un momento.

—Pero tienes que hacerlo. Vete. —Le doy un empujoncito.

Me da un último beso y se va.

Miro fijamente la puerta cerrada como si pudiera hacerlo volver solo con desearlo. Suena un ruido sordo y doy un salto. Las contraventanas. Abro la puerta. El pasillo está desierto, la luz de las ventanas volviéndose pálida. No quiero quedarme en mi habitación.

Tengo un par de minutos. Es suficiente.

Empiezo a correr, la falda ondeando como alas mientras atravieso charcos dorados de amanecer. Todos los demás se han ido, retirándose a las habitaciones fortificadas en el corazón de la casa por si algún rayo extraviado los alcanzara.

Llego a la biblioteca cuando las contraventanas finalmente se cierran, sellando la casa contra la luz del día. Me cuelo dentro cerrando las puertas lo más silenciosamente posible. Hay vino aquí, escondido entre las estanterías, y música, canciones viejas, voces muertas de antes del Levantamiento. Vestigios de todos mis días solitarios, de todo el tiempo que he pasado entreteniéndome, educándome sobre cómo viven los humanos, soñando con posibilidades. Pero no es por eso por lo que estoy aquí.

Escaneo las estanterías llenas de libros de bolsillo. He leído cada uno de estos libros, algunos más de una vez. Pero hay uno específico que necesito. Entrevista con el vampiro. Lo saco del estante y meto la mano entre los libros hasta sentir metal duro bajo mis dedos. Tiro y retrocedo rápido. La estantería se desliza silenciosamente a un lado liberando una pequeña nube de polvo. Agito la mano cerrando los ojos con fuerza. A través de una abertura se ve una estrecha escalera que sube en curva.

No es sorprendente que una casa tan antigua como esta tenga pasadizos secretos. Sin embargo, este es el que más uso.

Entro y tiro de otra pequeña palanca. La estantería se cierra de nuevo sellándome en la oscuridad. Con las manos en las paredes para guiarme, subo los escalones hasta que mi cabeza choca contra algo duro. Alargo la mano, suelto el pestillo y empujo.

La luz me envuelve.

Subo los últimos escalones y salgo al tejado.

Es magnífico.

El cielo está rayado de colores —dorado, rojo, naranja y turquesa — con el sol como una bola de fuego en el horizonte. La niebla envuelve los árboles, el paisaje se extiende como un sueño medio recordado, dorado y tentador, con la masa oscura del bosque extendiéndose hacia el débil brillo de la Zona Segura.

Esta sección del tejado es plana, una ornamentada fachada de piedra me protege desde abajo. Me apoyo contra ella descansando los codos en el borde, sintiendo el grano frío de la piedra contra mi piel. La pequeña llama dentro de mí, la que sentí en el salón de baile, parece responder brillando a medida que aumenta la luz. Se me llenan los ojos de lágrimas. Nunca deja de conmoverme, ya sea amanecer o atardecer; el giro del mundo es una maravilla sin fin. Los pájaros cantan en el bosque mientras el cielo se aclara, cintas de oro desvaneciéndose en azul. Tiemblo con el frío otoñal, los pies descalzos encogiéndose contra la piedra. La lejana Zona Segura es ahora una sombra más oscura, las luces que la delimitaban apagándose con el sol. No puedo creer que sea un mal lugar para vivir, a pesar de lo que dice Kyle.

Suspiro y se me corta la respiración al pensar en él, en sus manos y su boca sobre mí. En lo que podría haber pasado si Bertrand no hubiera llamado cuando lo hizo. Me pregunto dónde estará ahora, qué estará haciendo, si estará pensando en mí. No me importa que sea un guardia, que yo sea la próxima Raven. Solo lo quiero a él. No solo para que me ayude a escapar, sino para que se quede conmigo después. Me pregunto si podríamos hacer que funcionara, un vampiro y una humana en el mundo real. Ojalá estuviera aquí conmigo para contarle mi plan, preguntarle qué piensa.

Pero no puede estar. Nadie en la casa puede, excepto los humanos que viven aquí como alimento. Incluso estar aquí fuera me parece mal; mi madre ha sido tan cautelosa con la luz toda mi vida que de alguna manera se me ha contagiado. Aunque sé que la luz del día no puede hacerme daño, hay una parte de mí que quiere volver abajo, a la oscuridad. Sin embargo, una parte mayor se regocija con la sensación en mi piel, la extrañeza de un cielo sin estrellas. Así serán las cosas para mí cada día una vez que me vaya. Se me tuerce la boca, el paisaje se vuelve borroso. Cruzo los brazos frotándome las manos frías.

La fiesta ha empezado de nuevo, un débil golpeteo de música viene del salón ahora cerrado. Debería volver pronto o me echarán de menos y no puedo arriesgarme a eso. Nadie sabe que vengo aquí arriba y quiero que siendo siga así. Esto es algo solo para mí y nadie

más. Bajo las escaleras, cierro la trampilla y entro de nuevo en la biblioteca. Estoy aturdida, embriagada por la lujuria, por Kyle y por la belleza de la mañana. Estoy a punto de sentarme cuando suena un ruido sordo amortiguado seguido de gritos y el golpeteo rápido de pasos. Entonces las puertas de la biblioteca se abren de golpe y aparece la enorme figura de Bertrand.

—Vaya a su habitación, mi señora. Ahora mismo.

Capítulo 11

Lealtad

El estómago se me revuelve. ¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo? Un grito lejano se corta de golpe. Corro hacia la puerta, pero Bertrand me bloquea el paso. Sus ojos muestran preocupación.

—Bertrand. —Intento sonar como mi madre: tranquila y clara, aunque el pánico crece dentro de mí.

Bertrand parpadea.

—Ha habido un altercado en el salón de baile.

—Déjame pasar.

—Mi señora, no debe…

—Por favor, Bertrand. ¿Están bien mis padres? Tengo que ir… —Se me quiebra la voz. Veo indecisión en su rostro.

—Pero, señora, no lleva zapatos. —Ahora reina un silencio aún más inquietante.

—¡Olvídate de mis zapatos! —Le empujo el brazo y finalmente me deja pasar.

Corro por el pasillo con un miedo agudo clavado dentro. Bertrand me acompaña, con una mano en mi espalda. A mitad de las escaleras me doy cuenta de que no me ha respondido.

Cruzo el vestíbulo y giro hacia el salón de baile. El pasillo está desierto, lo cual resulta extraño. Entonces caigo en la cuenta: puedo ver. Y las luces no están encendidas…

Oigo a Bertrand sisear:

—¡Mi señora! No puedo seguir adelante.

—No pasa nada. —Sigo corriendo y lo dejo atrás. De todos modos, ahora ningún vampiro puede alcanzarme.

Las puertas dobles del salón están astilladas, medio colgando de sus bisagras. Reduzco la velocidad y me llevo la mano a la boca. Lo que haya ocurrido aquí fue rápido y violento. Entro en el salón de baile y se me encoge el corazón. Una de las contraventanas que cubren las largas ventanas está arrancada del marco, el cristal

destrozado, y entra la pálida luz matutina. El parqué cercano está agrietado y ennegrecido, varios montones de ceniza negra flotan en el aire fresco del otoño. Me siento mal al darme cuenta de qué son. Vampiros. O lo que queda de ellos. ¿Y si uno es mi madre? ¿O mi padre? No puedo soportar la idea.

—Mi señora. —La llamada viene de atrás y me giro. Un grupo de bailarines de sangre están acurrucados, arrodillados en el rincón más alejado. No entiendo por qué se esconden de la luz. Entonces lo comprendo. Están protegiendo a alguien.

Empiezo a caminar hacia ellos, pero me detengo. Oh, oscuridad. Cerca de la pared, tirados como si los hubieran arrojado, están los restos de un ser humano. Hay charcos de sangre en el suelo, salpicaduras en la pared, gotas carmesí por todas partes. Su cabeza está sobre la pila de miembros enredados, con la boca abierta para siempre. Intento no vomitar. ¿Qué demonios ha sucedido aquí?

—¡Mi señora, por favor! —La llamada se vuelve más urgente y oigo un gemido. Creo reconocer la voz. Por favor, no. No puedo soportar más sorpresas. Me acerco al grupo apelotonado en la esquina.

—¿Qué… quién es? —A mi pesar, olfateo—. ¿Estáis heridos?

—Estamos bien, mi señora. —Es Elodie, con el pelo oscuro revuelto y una mancha de sangre en la sien. Está más cerca de mí, su cuerpo apretado contra los demás, cuyos brazos entrelazados crean un muro de carne para proteger a quien está detrás.

Me muerdo el labio para no gritar.

—¿Quién es? —pregunto de nuevo con voz temblorosa.

—Emelia.

Mi padre. Su voz suena débil, envejecida, y empiezo a llorar. La única razón por la que sigue aquí, por la que no ha abandonado el salón, es porque no puede.

—¡Emelia, contrólate!

Me seco la cara, sorbiendo por la nariz.

—Padre, ¿qué puedo hacer? ¿Dónde está madre?

—Tienes que arreglar la persiana, bloquear la ventana. Haz algo. No puedo moverme.

—Vale. —Puedo hacerlo. Creo.

Las motas de ceniza negra se arremolinan con la brisa, mientras el dorado y los espejos se vuelven plateados bajo la luz matinal. Evito los montones de ceniza y las salpicaduras de sangre mientras me dirijo hacia la ventana rota, sintiéndome en una horrible pesadilla. El marco está destrozado sin remedio, la contraventana combada y ennegrecida, como si alguna fuerza la hubiera empujado hacia fuera. Sigo sin saber dónde está mi madre. Respiro entre sollozos. Espero y rezo para que esté entre quienes escaparon. Aparto ese pensamiento, incapaz de seguir pensándolo. Tengo una tarea que hacer y necesito concentrarme.

Agarro el borde de la contraventana y tiro. El metal me corta las manos, el hollín negro mancha mi vestido. No se mueve. Gimo frustrada y vuelvo a tirar, pero solo consigo lastimarme las manos, que quedan rojas y llenas de arañazos.

—No puedo moverla.

—Prueba otra cosa. —Mi padre no suena decepcionado, sino alentador, como si supiera que puedo hacerlo.

Miro alrededor y veo paneles insertados a ambos lados de los marcos empotrados. Me detengo, recordando un viejo vídeo que vi una vez: un hombre tocaba el piano mientras su esposa de cabello oscuro abría unas contraventanas blancas de madera. Su canción hablaba de imaginación, de un mundo diferente. Las ventanas eran altas y las contraventanas estaban en huecos con paneles como aquellos. Paso los dedos por el borde de los paneles. Ahí está. Una hendidura semicircular en el borde de la madera. Engancho el dedo y tiro. Se oye un crujido y aparece una nube de polvo. Pero el panel se mueve. Tiro con más fuerza, logrando rodear la madera con más dedos y, poco a poco, la contraventana se abre, saliendo del hueco como el ala de una mariposa que se despliega, con las bisagras chirriando. Cubre la ventana, sin abrirse del todo, pero lo suficiente para sumir la habitación en penumbra. Las velas vuelven a brillar y se oye un suspiro desde la esquina. Los bailarines de sangre se separan, uno cae de rodillas. Corro hacia mi padre. Dios mío y la oscuridad.

La luz del día es lo más devastador para un vampiro, y parece que ha estado expuesto el tiempo suficiente para incendiarse. Un lado de

su cara está ennegrecido, su ropa chamuscada y rasgada. Veo carne carbonizada y cortes a través de los agujeros en la tela. Una bailarina de sangre está acurrucada a su lado, medio desmayada. Él tiene su muñeca en la boca. Mierda. Eso significa que debió de estar mucho peor si se ha estado alimentando y aún luce así.

—Padre… —Se me quiebra la voz y caigo de rodillas.

Él suelta la muñeca de la bailarina y veo que esboza una media sonrisa.

—Buena chica —dice con voz débil.

Extiendo el brazo.

—Toma un poco de mí.

Frunce el ceño y su sonrisa se desvanece.

—No digas tonterías.

Estoy siendo ridícula. Pero no sé qué más hacer.

—Por favor, quiero ayudar. —Mi voz se quiebra.

—Ya has ayudado. Llévate a Danae.

Danae es la bailarina desmayada. Está tan pálida que su piel pecosa parece translúcida. Mi padre debe de haberle sacado mucha sangre. Las otras bailarinas se agolpan alrededor, en silencio. Se me llenan los ojos de lágrimas al ver su lealtad, lo que hicieron para proteger a mi padre.

—Gracias, muchas gracias —digo—. Solo… gracias. ¿Alguien puede…?

—Aquí. —James, todo músculos ágiles y piel oscura y suave, se agacha junto a Danae. Le pasa un brazo por debajo y juntos conseguimos ponerla en pie. Sin embargo, su respiración es superficial y cuando James la levanta, sus ojos se vuelven hacia atrás.

—Llévatela, cuídala. Yo me encargo desde aquí. Y gracias de nuevo por todo.

—No lo olvidaremos —añade mi padre. Su voz es más fuerte, pero aún no se ha levantado.

Cuando los bailarines se marchan, me arrodillo a su lado.

—Papá. —No le había llamado así desde que era pequeña—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está mamá?

—Fue una bomba. —Gira ligeramente la cabeza y veo el brillo de sus ojos—. Se ha ido. Tenía que hacerlo… La luz. —Señala la ventana ahora cubierta—. Mistral la llevó a las habitaciones fortificadas, junto con los demás invitados. No quería dejarme. Le dije que se fuera.

—¿Una bomba? —susurro—. ¿Cómo es posible? —Por dentro me derrito de alivio al saber que mi madre está bien. Pero mi padre… Sollozando, me seco la cara con el dorso de la mano.

Me da una palmadita en la pierna.

—Lo has hecho bien —me dice—. Estaré bien.

—Pero estás todo quemado y… —Vuelvo a sollozar, incapaz de controlarme—. Lo siento —digo avergonzada.

—No pasa nada —me consuela con voz suave—. Ahora tengo que salir de aquí.

—Claro. —Asiento, sorbiendo por la nariz—. ¿Puedes levantarte? ¿Cómo de grave es tu lesión?

Mi padre hace una mueca de dolor y cambia de posición.

—¿Está Bertrand cerca?

—Sí. —Por supuesto. Ahora puede entrar—. ¡Bertrand!

Bertrand aparece, derribando los restos de las puertas destrozadas. Se lleva la mano a la boca cuando nos ve. Su reacción me da ganas de llorar otra vez. Me levanto, con los pies descalzos pegajosos contra el suelo. No quiero saber qué hay en ellos. Mi vestido está destrozado, manchado de polvo, hollín y sangre.

—Bertrand. —Me trago las lágrimas—. Mi padre necesita ayuda. No puedo levantarlo.

Él se acerca para levantar a mi padre en brazos.

—Lo llevaré al salón, mi señora.

Mi padre me busca, apretándome la mano.

—Busca a tu madre —me dice.

Asiento. No hay palabras. Salgo del salón de baile hacia las habitaciones fortificadas. Hechas de piedra gruesa, medio hundidas en el suelo y selladas contra la luz, son el corazón de la casa. Construidas hace siglos, desde entonces se han reforzado con acero, se han instalado focos exteriores controlados desde dentro y hay cámaras por todas partes.

Pulso el timbre del intercomunicador.

—¡Emelia! —La voz de mi madre suena metálica, su tono habitualmente suave se ha vuelto áspero. Está sollozando, se oyen jadeos roncos a través del altavoz.

—Mamá, él está bien, todo está bien. He sellado el salón de baile.

Oigo a mi madre suspirar.

—Aleks…

Entonces otra voz llega por el interfono, grave y masculina:

—¿Cómo sabes que la amenaza está controlada?

—¿Quién es? —Frunzo el ceño, sabiendo que las cámaras pueden verme. Pero ¿en serio?

—Soy Mistral, querida. No creo que tu madre deba salir hasta que sea seguro.

—Estoy aquí fuera. —No añado «imbécil», pero me gustaría hacerlo—. Y papá también. Estamos bien. Bertrand está aquí. Mamá, te necesito.

Lo último se me escapa. Estoy temblando, tengo frío con mi vestido destrozado. Solo quiero abrazarla y saber que está a salvo. El estúpido de Mistral no manda aquí. ¿Quién demonios se cree que es?

Con un silbido metálico, se abre la gran puerta de acero. Mi madre es la primera en salir, sacudiendo la mano de Mistral de su brazo. ¿Qué demonios? ¿De verdad intentaba retenerla? Cuando me ve, su rostro se descompone y de repente se abalanza sobre mí, abrazándome y besándome el pelo. La abrazo también, y mi mundo recupera el equilibrio. El aire nos rodea, pero lo único que veo es a ella. Gracias a la oscuridad que está a salvo.

—Tu precioso vestido —murmura—. Está destrozado. —Me doy cuenta de que está tan conmocionada como yo. Noto su cara húmeda enterrada en mi hombro y sé que está llorando. Mistral permanece cerca, con su hermosa cabeza inclinada y una mirada de simpatía en el rostro, aunque también hay tensión, un ligero fruncimiento de ceño. Tiene sangre por toda su impecable camisa blanca, manchas rojas que se desvanecen en su piel dorada.

—Mamá —susurro como una niña otra vez—. Papá querrá verte.

—Por supuesto. —Mi madre suspira y me suelta.

Su vestido de seda está chamuscado por los bordes, con manchas rojas de piel quemada en su pálido cuello y hombros. La sangre le mancha las mejillas y se la frota, dejando restos rojos bajo sus dedos. Hay más sangre en mi hombro, a juego con el desastre de mi vestido. Casi me dan ganas de reír. Menuda pareja hacemos. Aparte de Mistral y dos guardias, todos los demás se han ido, supongo que han vuelto a sus habitaciones.

—Vamos —le digo tendiéndole la mano, pero, para mi disgusto, Mistral la agarra del brazo y se alejan rápidamente por el pasillo, más rápido de lo que puedo ir. Corro detrás de ellos, con los guardias siguiéndome el ritmo fácilmente.

Cuando llegamos a la sala de estar, mi madre está abrazando a mi padre, que está medio tumbado en el sofá.

—Oh, Aleksandr —la oigo decir.

Él sonríe con los ojos cerrados mientras la abraza. Bertrand permanece cerca con las manos entrelazadas a la espalda, al igual que los guardias personales de mis padres. Mistral está recostado en uno de los sillones. Parece relajado, pero hay algo en él que me pone nerviosa, algo que no logro identificar.

—¿Qué ha pasado? —pregunto. La larga noche me pasa factura y me derrumbo en un mullido sillón, abrazando un cojín—. Papá dijo que fue una bomba. —Sigo sin poder creerlo.

Mi madre se vuelve hacia mí.

—Fue uno de los bailarines de sangre…

—¿El que estaba en la mesa de las bebidas?

Mi madre arquea las cejas.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo reconocí. Y… —Olía a violetas—. Creo que llevaba inhibidor. ¿Qué demonios hacía allí?

El rostro expresivo de mi madre parece alterarse. Es mi padre quien responde:

—Estaba de pie junto a la ventana cuando se acercó a mí con una jarra en la mano. Le hice un gesto para que se alejara, pero me tiró la jarra. Me aparté y…

—Voló por los aires —lo interrumpe Mistral con voz arrastrada—. Lo destrocé, pero el daño ya estaba hecho.

—Y luego me sacó de allí a toda prisa —dice mi madre. Todavía parece conmocionada.

Trago saliva. Así que Mistral es el responsable del montón de restos humanos. Joder, joder, joder. ¿Cómo es posible que haya pasado esto?

—Pero no entiendo…

—Gritó algo —añade mi madre con voz áspera—. Antes de lanzar la jarra. «Soplará el Viento del Norte».

Capítulo 12

Veinte vidas

—¿El Viento del Norte? —Es como un jarro de agua fría—. ¡Pero son humanos!

Mi madre se aferra a mi padre con movimientos convulsos.

—Oh, Aleks, si hubiera tenido éxito… —Su voz se quiebra y esconde el rostro en la curva donde el cuello se encuentra con el hombro. Él se mueve y la atrae hacia su regazo.

Aparto la mirada y veo a Mistral frunciendo el ceño.

—¿Cómo sabes lo del Viento del Norte? —me dice.

A pesar de estar temblando y helada, algo en su forma de preguntar me pone a la defensiva.

—Lo vi escrito en una pared cuando salí la otra noche. Y le pregunté a Ky… eh, a uno de los guardias sobre ello. —Hago una pausa para recuperar el aliento. Todo me parece extraño, como si estuviera en un sueño. O tal vez como si acabara de despertar. Esa pequeña llama dentro de mí vuelve a parpadear—. Pero pensaba que no eran una amenaza. Quiero decir, solo son humanos.

Mientras las palabras salen de mi boca, es como si pudiera verme a mí misma diciéndolas. «Solo humanos». ¿Quién me creo que soy en la oscuridad?

«¿Te gustaría?».

No creo que a mí me gustara…

—¿Qué sabes tú, Emelia? —Mi padre frunce el ceño, pero una esquina de su boca se curva.

—Que son rebeldes. Y que…

—No tienes por qué preocuparte por ellos, niña —me interrumpe Mistral.

Que le den. No soy una niña.

—¡Acaban de intentar matar a mi padre, creo que sí tengo que preocuparme!

Él entrecierra los ojos. Luego sonríe, mostrando una vez más su brillante sonrisa dorada.

—No lo consiguieron. Y su agente está muerto. Solo es otra escoria humana más. —Gruñe la última parte.

—Yo soy humana —siseo.

Mi madre se levanta del regazo de mi padre y se sienta a mi lado, tomándome de la mano.

—Estoy segura de que Mistral no quería decir eso.

—Perdóname, querida. —Mistral inclina la cabeza en mi dirección —. Ahora, Penélope, creo que tenemos que…

—Pero ¿cómo ha entrado aquí ese terrorista? —le interrumpo, alzando la voz—. Si era «solo otro humano». —Dejo que el desprecio se apodere de mi voz, esperando que oculte mi temblor—. ¿Y qué quieren? ¡Por el amor de la oscuridad, hay gente muerta! ¡Casi matan a padre! Quiero decir, ¿hay algo que estemos haciendo a los humanos, algo que podamos cambiar…? —Dejo la frase en el aire.

Por supuesto que hay algo que les hacemos. Nos los comemos. Y no veo que eso vaya a cambiar pronto.

—¿Quién sabe? O a quién le importa, si soy sincero. —Mistral extiende las manos—. Nunca ganarán.

Me levanto a medias de mi asiento, con los puños apretados, perdiendo el control.

Mi madre me tira hacia atrás.

—Tu padre estará bien —me dice, acariciándome el brazo—. No tienes por qué preocuparte.

—Sí, ha tenido suerte, pequeña —reflexiona Mistral.

Realmente es un imbécil.

—¿Suerte? —digo entre dientes—. Solo tuvo suerte gracias a nuestros bailarines de sangre, que bloquearon la luz para salvarlo. Sin ellos, estaría muerto. Aunque dudo que te importen. Solo son humanos.

—En realidad, Emelia, tienes razón al cuestionar esto.

Todas las miradas se dirigen hacia mi padre, que se empuja contra los cojines con movimientos rígidos.

—Nadie debería haber podido entrar aquí esta noche. El Viento del Norte no debería poder atravesar nuestros perímetros, ni debería

poder adentrarse tanto en territorio vampírico. Y, sin embargo, lo hace. Recibimos informes a diario y, por más que lo intentamos, no conseguimos encontrar la fuente.

—Son realmente como el viento. —La voz de mi madre suena áspera—. Imposibles de atrapar.

Mistral me mira fijamente, con sus ojos azules entrecerrados. Bostezo, y mis párpados comienzan a cerrarse. Me apoyo en mi madre, incapaz de mantenerme despierta.

—¿Estás cansada, querida? Puedo llevarte a tu habitación, si quieres.

Oigo la voz de Mistral como si viniera de lejos. Abro los labios y vuelvo a tener esa sensación, como si me estuvieran atrapando en una red de seda y oro. La voz de mi madre atraviesa los hilos.

—Bertrand la llevará más tarde.

Su voz es aguda. Me aprieta la mano con fuerza y la niebla brillante de mi mente se disipa. ¿Qué…? ¿Mistral estaba tratando de hipnotizarme?

No todos los vampiros pueden hipnotizar y, para aquellos que pueden, no es algo socialmente aceptable. Se utiliza con las presas, por lo que intentarlo con otro vampiro o, en mi caso, con la hija humana de uno, es el colmo de la grosería. ¿En qué demonios está pensando?

No hay oportunidad de averiguarlo. La atención de Mistral vuelve a centrarse en mi madre, con una mirada azul lapislázuli que es toda una caricia.

—Ahora, Penélope —dice con suavidad—. Hablemos de venganza.

—¿Venganza? —Se me revuelve el estómago.

—No.

La palabra cae, pesada, en la habitación. Mi padre mira fijamente a Mistral, con las cejas oscuras bajadas sobre sus ojos dorados.

—No mataré a ganado reproductor para enviar un mensaje. Tenemos que llegar al fondo del asunto, descubrir quién está detrás de esto. ¡Entraron en mi casa, por el amor de la oscuridad, y me atacaron! El hecho de que pudieran hacerlo habla de una organización con raíces más profundas y complejas que la mera rebelión humana.

Mistral levanta las cejas.

—¿Estás sugiriendo que hay vampiros involucrados? ¿Una conspiración contra una de las grandes familias? ¿Quién se atrevería?

—Buena pregunta —dice mi padre, sosteniéndole la mirada a Mistral.

Curiosamente, es Mistral quien rompe el contacto visual primero. Sus ojos de color azul dorado se posan en mí, y entonces aparto la mirada.

—¿Cómo que matarlos? —pregunto.

Pero nadie responde. Tengo ganas de gritar.

—Intentaron asesinarte, Aleks —dice mi madre, su voz es más suave, pero igualmente acerada.

Todos se vuelven hacia ella. Se ve rojo en sus ojos.

—Entraron en la sede misma de Raven. Un crimen así no puede quedar impune. —Ahora está fría, como una escultura de nieve, brillante y hermosa. Ya no me agarra de la mano; en cambio, tiene los puños cerrados y la espalda recta. Raven, en todo su esplendor mortal—. ¿Y si Emelia hubiera estado contigo cuando estalló la bomba?

Se hace el silencio.

—Debemos dar ejemplo. Mostrarles el poder de Raven.

—Conocen nuestro poder, amada mía. Define cada momento de su existencia. ¿De qué serviría matar a unos pocos humanos? Sería un desperdicio de buen material.

La voz de mi padre es más tranquila, más reflexiva. Puede que discuta con Mistral, pero sé que él haría cualquier cosa por mi madre. Y ella es la verdadera jefa de Raven. La decisión sobre lo que sucederá a continuación depende de ella.

Mistral también lo sabe. Levanta las manos, manteniéndolas abiertas.

—Estoy a tu servicio, Penélope. Da la orden y lo haré.

—¿Hacer qué? —susurro.

—Una Cosecha Lunar —responde Mistral.

Es como un ángel vengador, todo oro y furia.

—¿Una Cosecha Lunar?

Dios y oscuridad. Nunca he oído hablar de una, no desde que nací. Es una antigua práctica, del viejo mundo, una noche de festín empapada en sangre. Sacrificios, normalmente drogados bajo la apariencia de consentimiento. Al parecer, Jaguar creó toda una religión a partir de ello. No puedo creer que mi madre esté siquiera considerándolo.

Pero luego miro a mi padre, quemado y destrozado, y vuelvo a sentir rabia por lo que podría haberles pasado a mis seres queridos. Sin embargo, se ve atenuada por la tristeza, por la creciente conciencia de las muchas vidas que los vampiros han destrozado. Es una sensación extraña tener ideas tan opuestas y saber que ambas son ciertas. Siento que casi podría entender a los rebeldes, mientras que al mismo tiempo quiero destruirlos a todos. Me está dando dolor de cabeza, presionando los bordes de mi cerebro. Todo se siente extraño, como si la habitación pudiera abrirse y exponerme al mundo, las paredes familiares derrumbarse, mi seguridad ser una ilusión.

«No tienes ni idea de quién podrías ser».

Mi padre me está mirando. Pero mi madre está concentrada en Mistral, la luna plateada frente a su sol dorado en la habitación tenuemente iluminada.

—Hazlo. —Su tono es decisivo—. Pero… —Levanta una mano pálida—. Ningún niño. Y nadie que no pueda demostrar que es un rebelde. Veinte vidas. Como los antiguos tributos.

¿Veinte vidas?

Mistral se levanta de la silla, esbelto y elegante, y se arrodilla frente a mi madre. Ella extiende la mano. Él la toma y besa sus largos dedos.

Me siento mal.

—Pero el hombre… el hombre que lo hizo, ya está muerto —digo, y todas las cabezas se vuelven hacia mí.

Mistral frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué pasa? —me pregunta mi padre. Sus ojos están serenos, más de lo que recuerdo haberlos visto.

—Yo… solo. Quiero decir… Eh…

—Querida, estas decisiones son difíciles. —La voz de mi madre es suave. Mistral sigue arrodillado, con la luz dorada brillando en su cabello—. Como Raven, tendrás que aprender cuándo tomarlas. Veinte vidas son un intercambio justo por el ataque a tu padre, ¿no lo ves?

¿Lo son? No creo que pueda tomar decisiones como esa. Decisiones de vida o muerte. Por supuesto que mi padre es importante. Por supuesto que los responsables deben pagar. Pero esto no me parece justo.

—¿Cómo lo sabrás? —pregunto, sintiéndome como si el suelo se inclinara bajo mis pies.

—¿Cómo sabré qué? —Mi madre me agarra de la mano. Me aferro a sus dedos fríos como si fueran un salvavidas.

—Que son rebeldes.

—Me aseguraré de ello —vuelve a entrometerse Mistral. Ojalá se largara de una vez.

—¿Cómo? —Intento parecer tranquila, como mi madre.

Los labios de mi padre se contraen.

El ligero fruncimiento de ceño de Mistral se acentúa.

—Tenemos fuerzas de inteligencia, querida Emelia, agentes que me mantienen informado de esas cosas. Los estamos eliminando, uno por uno, y…

—Excepto al que atacó a padre. Tus agentes no lo encontraron.

Mi padre tose detrás de su mano.

—Mistral sabe lo que hace. —Mi madre asiente con la cabeza—. Así será. Garra de cuervo, sangre y piedra.

Él inclina la cabeza.

—Garra de cuervo, sangre y piedra —responde Mistral—. Tu palabra es mi orden, como siempre, mi Penélope. Así será, en los fuegos artificiales, dentro de cinco noches.

Los fuegos artificiales. Me había olvidado de ellos. Tienen lugar la semana después de Halloween y me encanta verlos. Normalmente.

—Esto es una locura. —Las palabras se me escapan.

—Emelia. —Hay hielo en el tono frío de mi madre, una advertencia.

—¿Cómo puedes siquiera considerarlo? —protesto—. ¡Solo empeorará las cosas!

—Si te conviertes en Raven… —dice Mistral.

—¿Si me convierto en Raven? —Me pongo de pie y libero mi mano del agarre de mi madre—. ¡Soy la próxima Raven! ¡No sabía que eso implicaba matar gente!

Vale, lo sé. Voy a huir. Pero no le corresponde a Mistral tomar esa decisión.

—¿Estás cuestionando la voluntad de tu madre? —pregunta Mistral con voz dura, sus ojos azules reducidos a dos rendijas de zafiro.

—Te estoy cuestionando a ti. Aparecer aquí, actuar como si fueras el dueño del lugar, dejar a mi padre ardiendo mientras te llevabas a mi madre y…

—¡Basta! —La voz de mi madre es tajante—. Emelia, sé que ha sido una noche larga, pero no puedes hablarle así a Mistral. Tienes que disculparte.

—¿Qué? —La vergüenza me invade, un rubor punzante.

Mi padre parece a punto de hablar, pero ella levanta la mano.

—¿Emelia?

La miro fijamente, respirando con dificultad. Pero antes de disculparme con Mistral, prefiero arder en llamas.

—Está bien. —Frunce los labios—. Estarás confinada en casa durante un tiempo. Por tu propia seguridad —añade mi madre—. Pero también porque quizá necesites tiempo para pensar en las cosas y en lo que implica convertirte en Raven.

Las lágrimas me pican en los ojos, la respiración se me corta en el pecho.

Mistral sonríe con aire burlón.

Salgo corriendo de la habitación y tropiezo en el pasillo. Bertrand me sigue, pero incluso su familiar corpulencia me parece más un obstáculo que una protección, un muro de piedra que quiero derribar. Pero no puedo derribar nada, no puedo cambiar nada, no puedo hacer nada.

—¿Puedo ayudarla, mi señora? —Bertrand interrumpe mis enredados pensamientos. Respiro profundamente por la nariz y me froto la frente. Entonces, para mi vergüenza, rompo a llorar.

—¿La llevo a su habitación?

—No. —Resoplo y me seco los ojos, pero las lágrimas no dejan de caer.

Bertrand me sigue mientras me tambaleo hacia las escaleras. Cuando me golpeo contra la pared por segunda vez, no dice nada y me levanta en brazos. No protesto, me apoyo contra su fuerte pecho y giro la cara hacia su familiar corpulencia. El aire se mueve y me doy cuenta de que estamos en la puerta de mi dormitorio.

—¡Emelia! ¿Estás bien?

Kyle. Mi corazón da un salto, a pesar de todo lo que he pasado.

—Mi señora está cansada. Ha sido un día largo para ella. —La voz de Bertrand retumba en su pecho. No puedo verle la cara, pero tengo la impresión de que podría estar frunciendo el ceño.

—Bájame, por favor —le pido, limpiándome la cara, tratando de mantener la dignidad.

Bertrand me baja. Camino lo más suavemente que puedo hacia mi habitación, pero mi pie se engancha en la alfombra. Antes de que pueda caer, Kyle está ahí, sosteniéndome. Ojalá pudiera quedarme en sus brazos. ¿Hace solo unas horas estaba entre ellos, con mi mundo lleno de alegría? Nos miramos fijamente, su tacto es como el fuego, a pesar de lo frío que está.

—¿Están bien tus padres?

—Eh…, sí, lo están. Quiero decir, todo está… —Mi rostro se descompone y, para mi horror, empiezo a llorar de nuevo.

—No te preocupes. Estaré aquí para cuidarte.

Me sonrojo, a mi pesar, ante la promesa de sus palabras.

—Yo también, mi señora —dice Bertrand, con un tono de desaprobación en su voz—. Se duplicarán los cordones de seguridad durante un tiempo.

Kyle no dice nada, pero sus ojos se encuentran brevemente con los míos, un destello plateado. Luego se inclina, al igual que Bertrand. Ambos salen de la habitación y cierran la puerta.

Por fin estoy sola. Excepto por mis pensamientos. Pienso en Kyle, por supuesto. Pero también…

Veinte personas.

Humanos.

Como yo.

No puedo permitir que eso suceda. Tengo que detener la Cosecha Lunar. Si puedo.

Capítulo 13

Consecuencias

Pasan tres noches. Los invitados se marchan y retiran las decoraciones de Halloween. La casa se queda extrañamente silenciosa. Me han confinado en el interior, siguiendo las órdenes de mi madre. Aunque eso no me ha impedido subir al tejado para observar a los guardias patrullar las vallas perimetrales. Me pregunto si Kyle estará entre ellos. Ha vuelto a ausentarse desde la noche del baile, y mi mente ha imaginado mil escenarios sobre el porqué, y por qué no me dijo que se marchaba de nuevo. Al final se lo pregunté a mi madre, pero solo me respondió que estaba de permiso y que, de todos modos, qué más daba si yo no iba a ningún sitio. No insistí, pero eso no significa que haya dejado de pensar en él, despierta durante las largas horas de soledad, reviviendo la dulzura de nuestro último encuentro, deseando que vuelva a ocurrir.

Hubo una excepción a mi confinamiento. Las cenizas de los vampiros muertos fueron enterradas con ceremonia. Uno de ellos era Daniel, el joven del clan Lion. Me pareció triste, mientras estaba allí con mis padres en la fría oscuridad bajo los árboles susurrantes, que hubiera venido desde tan lejos solo para morir, atrapado en una rebelión en la que no participaba.

Mi padre resultó más gravemente herido de lo que yo creía, con muchos huesos rotos y quemaduras. Los vampiros se curan rápido, sobre todo cuando se alimentan con regularidad. Pero las quemaduras son la lesión más devastadora para los vampiros —es una de las pocas formas de matarlos— y mi padre estuvo envuelto en llamas durante un segundo o puede que más.

Sin embargo, eso no me ha impedido intentar detener la Cosecha Lunar. Al principio, mi madre se mostró indulgente y escuchó mis preocupaciones. Pero, a medida que pasan las noches, se ha vuelto menos receptiva a mis súplicas.

—¡Tiene que haber otra manera!

Mi madre está arrodillada junto a mi padre, que yace en el sofá del salón. Dos de los guardias personales de mis padres, con uniformes plateados salpicados de rojo, flanquean las puertas dobles. Más guardias esperan fuera. Mi padre está casi totalmente curado, pero supongo que no quieren correr riesgos. James, el bailarín de sangre que había sacado a Danae del salón de baile, está sentado en una silla, con la cabeza echada hacia atrás y sus largas extremidades lánguidas contra los cojines, con sangre en la muñeca. Mi madre limpia suavemente las últimas manchas rojas del rostro de mi padre con un paño blanco, y el dulce aroma del agua de rosas llena la habitación.

Suspira, apoyándose en los talones.

—¿Otra vez con esto?

Frunzo el ceño. Sí, otra vez con lo mismo.

—¿Cómo puede ser correcto sacrificar veinte vidas? ¿No enfurecerá aún más a los rebeldes? Si Mistral falló con uno de sus agentes, ¡podría fallar con otro! Es que no…

—¡Basta! —Mi madre coloca el paño en un cuenco de plata cercano—. Ya te he explicado mi decisión. No deseo repetirlo. Ves cómo está tu padre, lo que le han hecho. Debemos mostrar que respondemos, y hacerlo de tal manera que disuada a otros de volver a intentarlo.

—¡Pero no puedes simplemente… matar a gente así! ¿No puedes meterlos en prisión o algo?

—Debes escuchar a tu madre. Al fin y al cabo, ella es Raven. —La expresión de mi padre es severa, pero hay un matiz de tristeza en sus ojos dorados. Lo entiendo. La decisión de mi madre es ahora de dominio público, y el ataque a la sede de Raven alimenta las noticias y los rumores en todo el reino.

—No digo que no tengamos que responder. ¿Pero no hay otro castigo que podamos aplicar? ¿Uno que no sea tan… derrochador?

—Mistral se asegurará de que solo se seleccione a rebeldes. No tienes por qué preocuparte. De todos modos, no necesitamos ganado de ese tipo.

—No son ganado. Son seres humanos. Como yo.

Y ahí está. Lo que me ha estado molestando. Por primera vez en mi vida, me doy cuenta de lo que realmente significa ser humana en este mundo que mi familia ha creado. Puede que sea Raven, hija de vampiros, heredera de medio planeta, pero por mucho que me exhiban en las Reuniones, me adornen con joyas o baile con príncipes en fiestas privadas, soy humana. Igual que las personas que se crían en Zonas Seguras, que viven en jaulas para que otros puedan alimentarse. Que serán sacrificadas, hayan cometido o no algún delito.

Mis padres me miran fijamente. Dios. ¿No se habían dado cuenta?

Me doy la vuelta y salgo. Mi madre me llama, pero sigo caminando.

Dos guardias me siguen. Ojalá pudiera empujarlos contra la pared. Siento un dolor en el pecho, mi respiración es irregular, los guardias mantienen distancia ante mi exceso de emoción. La rebelión ha irrumpido en mi mente con la misma certeza con la que irrumpió en nuestra casa; la explosión en el salón de baile ha provocado una reacción en cadena dentro de mí. Sin embargo, el tiempo se agota, llevándose consigo cualquier posibilidad que pudiera tener de detener la Cosecha Lunar. Mi impotencia me enfurece: atrapada en la finca, con pocos recursos. Una jaula, sin duda, por muy dorada que sea.

Pero no estoy completamente desprovista de recursos.

Cuando llego a mi habitación, Bertrand está allí. Me detengo al verlo.

—Bertrand. —Mi voz se quiebra—. ¿Ha vuelto Kyle?

Él hace un gesto a los guardias que me siguen. Ambos saludan y se marchan, alejándose por el pasillo.

Luego inclina la cabeza, con una leve sonrisa en el rostro.

—Sí, mi señora. Ahora está comiendo y luego hará su turno. Creo que lo verá cuando despierte.

—¿Cuando despierte? —Mi corazón late más rápido y odio su traicionero baile.

—Sí, mi señora. Está amaneciendo, así que supongo que pronto dormirá. A menos que necesite alimentarse, claro.

—No, no lo necesito. —Comí hace un rato, una comida solitaria en la cocina de abajo, con las luces encendidas para intentar disipar mi melancolía.

—Bien, entonces. Estaré aquí hasta el cambio de turno, si necesita algo más.

—Gracias. —Me quedo allí un momento, pero no consigo articular lo que necesito y, de todos modos, no creo que sea Bertrand a quien deba contárselo.

Me meto en mi habitación y cierro la puerta. Me siento en mi tocador y acerco el portátil. Estoy demasiado nerviosa para dormir, aunque sé que está a punto de amanecer. Abro el portátil y escribo tres palabras en el buscador: *Viento del Norte.*

Aparece una lista de páginas web. Ya he visitado la mayoría, principalmente sitios de noticias gestionados por vampiros que hablan de la rebelión. Por el momento, parece limitarse al Reino Unido. Me desplazo por la lista. Un ataque a un club nocturno de vampiros en Watford. Disturbios en Oxford. Daños a propiedades de Raven en Edimburgo. Y, por supuesto, el ataque a mi padre. La lista continúa.

Estoy desesperada por saber más sobre qué los impulsa. Tengo una idea, por supuesto que sí. ¿Pero verse forzados a un punto donde la rebelión es su única opción? Luchar contra los vampiros solo conduce a una cosa cuando eres humano. La muerte.

Lo sé. Aun así, voy a renunciar a todo lo relacionado con Raven, los privilegios, la oscuridad, los guardias que me rodean constantemente, a cambio de una vida humana, vivida a la luz del sol. Pero la gente no puede entrar en mi casa e intentar volar por los aires a mi familia.

De nuevo tengo esa sensación de sostener dos verdades opuestas. Una parte de mí está furiosa por la amenaza a mi familia. Mientras que la otra parte entiende, cada vez más, que ser humana es una sentencia de muerte en mi mundo. El apellido de mi familia me protege, pero eso es todo. Sin él, probablemente llevaría mucho tiempo muerta. Es una sensación incómoda, como si las paredes de la casa y todo lo que me protegía hubieran desaparecido, dejándome a la deriva en un espacio desconocido. Mis interminables

noches brillantes parecen un sueño. Ahora estoy despierta. Necesito comprender a qué me enfrento, cómo será el lugar al que voy. Quizá aún pueda marcar la diferencia, de alguna manera.

Vuelvo a revisar los resultados de Viento del Norte, pero no hay nada nuevo. Solo más vídeos de vampiros leyendo las noticias, imágenes de fuego y humo flotando en la noche. Suspirando, me recuesto y me froto los ojos. Esperaba encontrar algo más, alguna forma de entender lo que está pasando, o incluso de contactar con ellos. Puede que no sea capaz de detener la Cosecha Lunar, pero quizá haya alguna forma de evitar más violencia. Apoyo la cabeza en la mano y repaso de nuevo los acontecimientos del baile, por si se me ha escapado algo. Mi mirada se dirige al jardín, a los árboles oscuros que se mecen con la brisa de noviembre, a un tenue resplandor claro en el cielo que anuncia el amanecer.

Entonces lo comprendo.

Oh, Dios mío y la oscuridad.

Es una canción infantil.

Eso es lo que dijo el bailarín de sangre la noche de la fiesta. Una canción infantil humana. Muy inteligente, ahora que lo pienso. Los niños vampiros tienen sus propias canciones. Y cuando mis padres lo controlan todo, cuando nuestros agentes sin duda están rastreando Internet en busca de cualquier pista que pueda llevarlos a los rebeldes, ¿qué mejor manera de esconderse que detrás de algo tan inocuo?

Abro la barra del buscador y vuelvo a escribir: Canciones infantiles populares.

Aparece otra lista de resultados. Me desplazo por ellos, haciendo clic cuando algo parece prometedor, pero la mayoría de los enlaces están rotos o contienen pocas canciones. Quizá me equivoque.

Sigo desplazándome.

Entonces lo veo. El título dice: *Rimas* populares para niños y niñas. Debajo hay una sola línea de texto. *Y tendremos nieve*.

Me tiembla la mano al hacer clic en el enlace.

Joder.

El logotipo de Raven aparece en pantalla, negro y plata sobre fondo blanco. Pero está desgarrado con líneas rojas sangrientas, y

debajo hay un eslogan escrito con letras negras irregulares: *El Viento del Norte soplará*. Se me revuelve el estómago. Hago clic en el logotipo y aparece un verso, reemplazando nuestra insignia destrozada.

El Viento del Norte soplará,
y tendremos nieve,
¿y qué hará entonces el pobre Raven?

Las palabras en pantalla se desvanecen en una dispersión de puntos negros y aparece una fotografía. Jadeo. Es mi padre. Una vez más, ha sido rasgado con líneas rojas. Debajo están su nombre y las palabras: Intento de ataque: 31 de octubre. *Habrá más*. Su foto se desvanece para ser sustituida por una de mi madre, cuya belleza ha sido destrozada por crueles garras rojas. Contengo la respiración, pero no hay nada escrito debajo de su imagen, salvo su nombre. Se desvanece y aparece una tercera imagen. Esta es un dibujo de una niña con el pelo negro trenzado y un vestido azul. Debajo hay unas palabras: Emelia Raven. Fotografía no disponible. *Captura pendiente*. ¿Qué demonios significa eso? ¿Se refiere a hacerme una foto? ¿O a capturarme a mí? Sin embargo, el dibujo no se parece mucho a mí. Lo cual puede jugar a mi favor. Desaparece, para ser sustituido por más fotografías de los Raven, diferentes miembros de la familia. Incluido Mistral. Algunas imágenes tienen fechas debajo, otras solo nombres. Pero eso es todo.

No hay nada más. No hay forma de contactar con el Viento del Norte, ni más información sobre lo que quieren. Solo el carrusel giratorio de fotografías, que es a la vez amenaza y mensaje. Hago clic en la página varias veces, por si acaso, pero no pasa nada. Entonces aparece un pequeño logotipo giratorio de Raven. Hago clic en él y aparece una ventana que pide la contraseña. Me desplomo en la silla.

En la pantalla, las imágenes siguen girando. Todos los Raven que aparecen, incluido mi padre, siguen vivos, que yo sepa. Sin embargo, a medida que pasan las imágenes, me doy cuenta de que todos son miembros secundarios de la familia, excepto Mistral y mis

padres. A algunos de ellos no los he visto en años; ni siquiera vienen a las Reuniones.

Frunzo el ceño ante la pantalla. Algo no me cuadra, pero no sé qué es. Si quiero saber más sobre el Viento del Norte, tengo que encontrarlos. Sí, lo sé. Mistral y sus agentes están en ello. Pero no confío en Mistral ni lo más mínimo. Mis planes no han cambiado, sigo sin querer ser el próximo Raven, pero no puedo quedarme de brazos cruzados, no cuando existe la posibilidad de que pueda marcar la diferencia. Al fin y al cabo, tengo una ventaja que ningún otro Raven tiene.

Soy humana.

Las contraventanas comienzan a retumbar, haciendo desaparecer el jardín tras el metal oscuro con un último estruendo estremecedor. Con la mente acelerada, me cambio para irme a la cama y me dejo caer sobre las almohadas. Al hacerlo, oigo un leve crujido. ¿Qué demonios? Me incorporo y tiro de la almohada hacia mí. Debajo hay un solo trozo de papel, color crema, sobre la sábana blanca de lino.

Lo recojo. La escritura, negra y punzante, está grabada en el papel como si lo hubieran raspado.

Emelia:

Te he echado de menos. Hueles a violetas y sabes a rosas. Estoy deseando volver a verte y terminar lo que empezamos. ¿Me aceptarás, mi señora?

Kyle

¿Que si lo aceptaré?

Bueno. Aparte del hecho de que su nota haya aparecido en el momento perfecto, mi corazón late tan fuerte que me sorprende que Bertrand no pueda oírlo a través de las paredes.

Capítulo 14

Hacia las estrellas

Me despierto de un sueño intranquilo con la nota de Kyle todavía apretada en mi mano. Fue una jugada audaz de su parte. Me pregunto cómo logró entrar sin que nadie lo viera. Pero me alegro de que lo hiciera. Por muchas razones. No solo por lo que hicimos, o lo que podríamos hacer, aunque el corazón se me acelera de pensarlo. También porque es la única persona que me ha dado opciones, que me ofreció libertad al borde de una cascada. Quizá mis planes hayan cambiado ligeramente, pero sigo pensando que podría ser el único lo bastante valiente, o lo bastante loco, para ayudarme. Solo necesito llevarlo a un lugar donde podamos estar realmente solos.

Y sé exactamente dónde.

Me ducho y me visto, cepillándome el pelo hasta que chisporrotea de electricidad. Elijo un vestido de terciopelo burdeos oscuro, con hojas plateadas bordadas en puños y dobladillo, y un escote más pronunciado de lo habitual.

Cuando abro la puerta de mi dormitorio, está ahí. Me cuesta no caer en sus brazos, pero la mirada atónita de la otra guardia que lo acompaña, con el pelo recogido en una coleta alta plateada, me detiene.

Aun así, necesito estar a solas con él.

—Voy a la biblioteca —anuncio. Hago una pausa, intentando recordar el nombre de la otra guardia—. Eh, ¿Giselle? Estaré bien solo con Kyle, no iré a ninguna parte.

Kyle baja la vista, pero veo que sonríe.

La otra guardia parece dudar.

—Pero, mi señora, Bertrand me ordenó que…

—Hablaré con Bertrand —digo con toda la autoridad que puedo reunir.

La guardia frunce el ceño, formando una línea entre sus cejas plateadas. Pero no puede desobedecerme. Y con eso viene un atisbo del poder que me espera una vez que vista las túnicas del Raven. Es abrumador en su intensidad.

—Mi señora. —La guardia asiente y se aleja rápidamente. En cuanto desaparece, Kyle me abraza y posa sus labios sobre los míos.

—Espera —le digo cuando se aparta para que pueda respirar—. Aquí no.

—¿En tu habitación? —pregunta, arqueando una ceja.

—No, tampoco ahí. No bromeaba con lo de la biblioteca.

—¿De acuerdo? —Me suelta—. Guíame, mi señora. Estoy deseando leer contigo.

Me río, el corazón empezando a elevarse. Solo él puede hacerme sentir así. Corremos de la mano por los pasillos oscuros hasta alcanzar las familiares puertas arqueadas. Las abro y tiro de Kyle hacia dentro. La biblioteca está en silencio, la luz de la luna entra por las ventanas altas y baña de plata las estanterías que cubren tres paredes, deslizándose sobre los muebles de madera tallada y las finas alfombras.

—¿Vas a decirme qué pasa?

Sonrío, negando con la cabeza, sintiéndome ligera como el aire. Fuera, el cielo nocturno resplandece con estrellas. Me acerco a uno de los asientos acolchados junto a la ventana y me arrodillo para mirar hacia arriba. Cuando viva como humana, podré salir cuando quiera, de día o de noche. Todas las piezas parecen encajar finalmente, la libertad está tan cerca que casi puedo saborearla.

Kyle se sienta a mi lado, la cabeza echada hacia atrás, los ojos plateados reflejando el cielo.

—¿Estamos mirando las estrellas?

—Sí —respondo—. No. Quiero decir, pronto tendremos mejor vista.

—¿No se supone que debes quedarte en casa?

—Sí. —Guardo mi secreto, alargando el momento.

Kyle apoya la cabeza en mi brazo.

—En los fosos no se ve el cielo. —Suena reflexivo—. Todo es subterráneo. Sin aire fresco, ni estrellas, ni luna.

Mi buen humor se desvanece. Lo miro.

—Suena horrible.

—No era un lugar agradable. —Lleva mi mano a sus labios y la besa—. Así que ahora, siempre que puedo, miro el cielo. Para recordarme que soy libre.

—Lo siento —le digo, queriendo aliviar el dolor en su voz. La vida de campeón de los fosos no debió de ser fácil—. ¿Siempre estuviste… eh, quiero decir… en los fosos? ¿Naciste allí? —Es de mala educación preguntar a alguien si nació vampiro o fue transformado. Pero no creo que a Kyle le importe. No es que no nos conozcamos.

—No, no siempre estuve allí. Tuve una vida fuera durante un tiempo.

—¿Como…?

—Como humano. —Sonríe, pero su mirada está distante—. Hace mucho tiempo. No nací vampiro, como tú. El recuerdo es más como un sueño que otra cosa, vagos destellos de imágenes. Pero nunca he olvidado el cielo. Me mantuvo en pie cuando estaba allí abajo.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Bastante. —Se acerca, tirando de mí para que me gire y me siente a su lado. Se inclina, poniendo la mano en mi cintura. Todo pensamiento me abandona.

Las puertas de la biblioteca se abren. Kyle se pone de pie con un movimiento tan rápido que se convierte en un borrón.

—Emelia. Me dijeron que estabas aquí.

Es mi madre, flanqueada por dos de sus guardias personales, la luz de la luna atrapando las motas rojas, como gotas de sangre, en sus uniformes negros y plateados.

—Madre. —Me levanto también. Los dedos de Kyle rozan los míos.

—Kyle. —Ella asiente hacia él.

—Mi señora. —Él se inclina.

—Emelia, ¿qué es eso que oigo de que despediste a uno de tus guardias? Están aquí por tu seguridad. —Mi madre frunce el ceño.

—No creí que necesitara dos guardias para ir a la biblioteca. Y tampoco es que vaya a ir a ningún otro sitio.

Entrecierra los ojos brevemente, su mirada pasando de Kyle a mí. Sé que sabe por qué despedí a la otra guardia.

—Tu padre fue atacado en esta casa. Por favor, respeta nuestros deseos en este asunto de ahora en adelante.

—Está bien. —Solo necesito esta noche y la oportunidad de hablar con Kyle. Hay una pausa—. Pensé que ya te habrías ido. —Mi voz se eleva con la esperanza de que quizá haya decidido no seguir adelante con la Cosecha Lunar después de todo.

La sonrisa de mi madre se desvanece.

—Por eso vine a buscarte. Tu padre y yo nos marchamos pronto. Hay preparativos que hacer… —Baja la vista un momento—. Volveremos mañana por la noche, cerca del amanecer. Kyle —su mirada de ónix se posa en él—, te encargarás de proteger a Emelia mientras estemos fuera.

—Mi señora —dice él, inclinándose.

—¿Así que vas a seguir adelante con ello? —La magia de la noche se rompe como un espejo cayendo de la pared.

—Emelia. —Mi madre hace una pausa, desviando la mirada brevemente—. Sabes que tenemos que hacerlo.

—¡No lo sé! ¡No lo sé en absoluto! —Mi voz resuena en la habitación—. Tenemos que hacer algo, por supuesto, pero esto… ¡Esta matanza me parece mal! ¡Y no es propio de ti! No hace mucho dijiste que la violencia no era la solución, ¡pero ahora vas a asesinar a veinte personas para dar un escarmiento!

Mi madre se yergue, los ojos brillantes, los brazos cruzados. Parece una estatua hermosa y feroz. Por primera vez, la veo como Raven, la entidad, una antigua depredadora, no como mi madre. Es una sensación extraña.

Entonces habla y el momento pasa.

—Esto no es discutible. ¡Tu padre fue atacado! No puedo creer que defiendas la misericordia para los responsables.

—El que atacó a papá está muerto, gracias a Mistral. Ya pagó el precio. ¿Por qué tiene que haber más muertes? ¿Cómo sabes que Mistral va a traer rebeldes a la Cosecha Lunar? ¡Podría aparecer con cualquiera!

—Lo conozco desde hace dos siglos. Es nuestro lugarteniente más fiel y un príncipe de Raven. Si no se puede confiar en él, ¿en quién se puede confiar?

—Pero…

—¡Basta! —Su voz resuena en la biblioteca.

Me quedo quieta, jadeando, y luego me doy la vuelta.

El aire se mueve y mi madre aparece a mi lado, abrazándome. Sé que me quiere. Sé que la quiero. La echaré terriblemente de menos cuando me vaya. Pero esto es una mierda. No puedo lidiar con nada de esto ahora mismo.

—Mi querida niña, ojalá pudiera hacerte entender.

Nunca lo entenderé. Escondo la cara en su cuello, su cabello brillante acariciando suavemente mi mejilla.

—Suéltame —le pido. Dividida entre el amor y la furia, la empujo. Ella me suelta.

—Tenemos que acabar con esta rebelión. Y este es un paso necesario para conseguirlo, para que el reino vuelva a ser seguro. Si hubieras estado con tu padre cuando… No podría soportarlo si… — Lágrimas de sangre oscurecen sus ojos.

Trago saliva, sintiendo como si unas bandas de hierro me asfixiaran, y todo lo que quiero es romperlas y gritar la frustración de lo que soy, de lo que le hago pasar simplemente por existir. No puede hacer que esto sea sobre mí, sobre hacer el reino seguro para mí.

—Por favor, no hagas esto. Tiene que haber otra manera.

La boca de mi madre forma una perfecta «o», el ceño fruncido.

—Emelia, yo… es solo que…

—Habla con ellos, negocia un alto el fuego. Encierra a los cabecillas, si son ellos a quienes Mistral trae a la Cosecha Lunar. — Odio sentirme tan impotente, el estómago retorciéndose. Ella no responde, así que continúo—: ¿No tengo voz en esto? Soy la próxima Raven, después de todo. Y soy humana. Como ellos.

Una sola lágrima roja rueda desde su ojo, recorriendo la curva de porcelana de su mejilla.

—Ya no puedo cambiar esto.

Miente. Ella es Raven. Puede cambiar lo que quiera. La tristeza me invade, pesada como si fuera a hundirme en la alfombra.

—Entonces vete —digo sin más.

Mi madre me mira fijamente, su mirada de sangre y ónix a la luz de la luna.

—No es tan fácil como crees.

No digo nada. Ella espera un momento más y luego se marcha, seguida por sus guardias, su vestido brillando rojo en la oscuridad. Me quedo parada, aplastada por los por los acontecimientos, por la realidad de lo que podría haber sido.

—Emelia. —Los brazos de Kyle me rodean.

Suspiro, desplomándome contra él. Todo parece enorme y desesperanzador. No puedo cambiar nada. Debería volver a mi habitación y sentarme allí hasta desintegrarme en polvo, entonces todos podrían seguir con sus vidas y…

—Oye. —Sus manos se mueven a mis hombros, apartándome de él. Su hermoso rostro está serio—. ¿De verdad estás en contra de la Cosecha Lunar?

Asiento con la cabeza.

—Aunque no cambie nada —murmuro.

—Yo creo que sí cambia.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo? ¿Cómo va a cambiar algo?

—Bueno, no salvará a Los Veinte, pero… —Lo dice como si fuera algo importante.

—¿Los Veinte?

—La Cosecha Lunar es una gran noticia. Esas veinte personas, bueno…, tú no conoces…

—No, no sé nada, atrapada aquí. Solo sé que hay una página web que nos pone en el punto de mira a mi familia y a mí.

—¿Una página web?

—Sí. La encontré anoche. «El Viento del Norte soplará» y todo eso. —Suspiro. ¿Cómo pude pensar que los rebeldes querrían reunirse conmigo? No soy nadie—. De todos modos, ¿qué quieres decir con que Los Veinte son una gran noticia?

Kyle cruza los brazos.

—Tienes que entender que lo que están a punto de hacer… va a empeorar las cosas. Los Veinte se convertirán en mártires, caldeando aún más a los rebeldes.

—¡Eso es lo que he estado intentando decirles! ¡No sé por qué no lo ven! —Es exasperante que mis padres, con todos sus siglos de experiencia, no lo entiendan.

—Quizá los vampiros han considerado a los humanos como simple alimento durante demasiado tiempo. —Una comisura de la boca de Kyle se curva en media sonrisa—. Creo que por eso serás un gran Raven, cuando llegue el momento.

—¿De verdad?

—Sí. —Su sonrisa se amplía—. ¿Quién mejor para tender puentes entre humanos y vampiros que alguien que ve ambos lados, como tú?

Ambos guardamos silencio. Siento como si todo lo importante estuviera aquí, en el espacio entre nosotros. Vuelvo a sentir esa necesidad, esa llama de rebeldía, la necesidad de hacer algo. De cambiarlo todo. Puedo hacerlo. Con él a mi lado.

—Necesito tu ayuda —confieso. Son tan solo tres palabras, pero espero que lo cambien todo.

Agarra mis manos y me atrae hacia él.

—Dime qué necesitas.

—Aquí no —digo, mirando la puerta cerrada. Estoy segura de que mi madre ha puesto guardias fuera y no quiero que nos oigan.

—¿Entonces dónde? —Hay risa en su tono ahora, y un latido más profundo que suena a anticipación—. Me prometiste una vista de las estrellas.

Me llevo un dedo a los labios. Él deja de hablar, con una sonrisa en sus ojos plateados. Me acerco a la estantería, agarro Entrevista con el vampiro del estante y se lo entrego a Kyle. Meto la mano entre los libros y tiro de la palanca metálica. La estantería se desliza hacia atrás, silenciosa como un sueño.

El aire se mueve cuando Kyle pasa veloz junto a mí. Se da la vuelta en el segundo escalón, el rostro iluminado.

—¡Esto es genial! ¿Qué hay arriba?

—El cielo —digo, con creciente expectación—. Las estrellas.

—Entonces vamos a verlas. —Extiende la mano y me agarra.

—Espera. —Acciono la pequeña palanca que empuja la estantería hacia su sitio y se cierra, dejándonos a oscuras.

—Mmm, me gusta esto. —Entonces su boca está sobre la mía y me aferro a él, las estrellas detrás de mis párpados igualando cualquier espectáculo que el cielo pueda ofrecer. Sube las escaleras, llevándome en brazos.

—Hay una trampilla —le advierto—. No te tropieces con ella.

—Ya estoy en ello —responde. Oigo un estruendo, luego una ráfaga de aire fresco y estamos en el tejado.

El cielo es una curva ininterrumpida de azul oscuro salpicado de estrellas, la Zona Segura un destello lejano, la masa oscura del bosque envolviendo la finca como una manta. Kyle me baja y luego corre a cada rincón del espacio plano, mirando por encima de chimeneas y torres. Hace frío y ojalá hubiera pensado en traer una manta. Kyle se vuelve hacia mí. Su expresión cambia cuando me ve abrazándome, frotándome los brazos.

—Ahora vuelvo. —Se oye un leve crujido de la estantería moviéndose y, unos instantes después, el mismo sonido. Kyle aparece con los brazos llenos de cojines y mantas.

Extiende una de las mantas, coloca los cojines en un extremo y luego viene a envolverme los hombros con la otra manta, levantándome el pelo con la rapidez de su movimiento. Luego se hace a un lado, tendiéndome la mano. Me siento en la manta y doy palmaditas al cojín junto a mí. Se sienta a mi lado, cambiando el peso para rebuscar en uno de sus bolsillos.

—Una última cosa.

Saca una pequeña vela en un portavelas de cristal, luego una caja de cerillas de otro bolsillo y la enciende. La pequeña llama titilante queda protegida por la frágil burbuja de cristal. Hay algo dulce en el pequeño charco de luz dorada, un punto de calidez en la fría noche. Me sonríe y nos miramos fijamente durante un largo momento.

—Te eché de menos cuando me fui —murmura—. ¿Recibiste mi nota?

Asiento.

—Sí. ¿De verdad tengo sabor a rosas? —Me sonrojo nada más hacer la pregunta, pero no intento controlarlo. No con él.

Una comisura de su boca se curva hacia arriba.

—Umm… —Se inclina y me da un beso en los labios. Luego me rodea con sus brazos, acercándome, y vuelve a inclinar la cabeza—. No lo recuerdo muy bien. Quizá necesite saborearte de nuevo. —Entonces sus labios se posan sobre los míos, mi boca abriéndose a la suya mientras nos besamos, rodeados por la música del viento, las estrellas y nuestros corazones, mi tristeza desvaneciéndose en la noche, perdida en la belleza del momento.

Entonces lo empujo.

—¿Qué pasa? —dice.

—Necesito tu ayuda —repito, queriendo decir las palabras antes de que pueda distraerme de nuevo.

Agarra mi mano y se la lleva a los labios. Sus ojos son un destello plateado entre pestañas oscuras como el humo. Su lengua roza mis dedos, fuego frío.

—Sabes que haré lo que quieras. Pero ¿en qué puede necesitar mi ayuda la heredera de Raven?

—Esa es la cuestión —digo, luchando por mantener la concentración. Lo deseo desesperadamente. Pero también quiero esto—. Puede que sea la heredera, pero soy impotente, en su mayor parte. Una humana. Y…

—Los humanos no son impotentes —responde Kyle. Su brazo se desliza por mi espalda, recostándome sobre los cojines, su peso delicioso contra mí, sus manos moviéndose sobre mi cuerpo, distrayéndome. Es difícil concentrarse en lo que dice, pero lo intento —. El hecho de que sigan rebelándose, más de cincuenta años después del Levantamiento, es prueba de ello.

Y ahí está. La introducción perfecta para mi pregunta. La aprovecho antes de perderme por completo.

—Quiero que me ayudes a salir de la finca.

—¿Qué? —Las manos de Kyle dejan de moverse—. ¿Tú… quieres irte? —Hay un tono extraño en su voz, como de emoción.

—Sí. Quiero ver cómo es la vida de los humanos. Ver cómo viven. Es… es lo que he querido durante mucho tiempo. Pero ahora —le tomo la mano entre las mías, entrelazando nuestros dedos—, después de todo lo que ha pasado, con mi padre y la bomba, también quiero entender.

—¿Entender?

—Lo que me dijiste en el bosque… La cuestión es que he visto cómo viven los humanos, pero no en la vida real. Sin embargo, aquí están volando cosas por los aires y… solo quiero saber qué puedo hacer para ayudar. No puedo detener la Cosecha Lunar, pero si puedo entenderla, si puedo hablar con el Viento del Norte, tal vez pueda detener la rebelión.

Se echa hacia atrás y me mira fijamente.

—¿Hablas en serio?

Asiento.

—¿Entonces me llevarás a verlo?

Sus ojos se abren aún más.

—¿A ver… la Cosecha Lunar?

Asiento de nuevo.

Se aparta de mí y se sienta.

—¿Estás loca? ¡No puedo llevarte cerca de una Cosecha Lunar!

Me incorporo también.

—Tengo que hacerlo. Tengo que ser testigo. —Mi voz tiembla—. Si no puedo impedirlo, tengo que verlo. No pueden morir solos.

Kyle niega con la cabeza, pero hay algo en su mirada plateada.

—Será una masacre. No estarás a salvo.

—¡Me cubriré con inhibidor! No pasará nada. Por favor. Te juro que haré lo que tú digas.

—¿Todo lo que yo diga? —Una comisura de su boca se curva y se inclina para besarme—. Pero tengo que mantenerte a salvo. Es mi trabajo.

Me echo hacia atrás.

—¿Tu trabajo?

Su mano va detrás de mi cabeza y sus labios vuelven a posarse sobre los míos.

—Mi trabajo es cuidar de ti —murmura contra mi boca—. Pero sabes que es más que eso. No soporto la idea de que estés en peligro.

—¿No puedes?

Sus manos vuelven a recorrer mi cuerpo y me siento tan bien…

—No puedo. Significas más para mí que… —Es todo violetas y fuego, su cuerpo contra el mío de nuevo mientras me recuesto sobre los cojines, su boca descendiendo sobre la mía otra vez.

—Tú también significas mucho para mí —jadeo contra su boca, contra su tacto—. Muchísimo.

Se aparta de nuevo, con su mano suave sobre mi cara, la mirada plateada y tierna, el cuerpo duro.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Ya ni siquiera estoy segura de lo que me está preguntando. Reúno los restos de mi concentración.

—Sí. Necesito hacerlo. Ver más. De los humanos. Ver cómo viven. Vivir con ellos. Conocer a los rebeldes, si puedo. ¿Me ayudarás? —Cada frase está puntuada por una breve respiración, mi corazón late con fuerza ante su cercanía.

—Sí, te ayudaré, Emelia Raven, si eso es lo que quieres. Aunque creo que estás loca… —hay risa en su voz ahora— y es probable que nos atrapen, te sacaré de la finca.

—¿Cómo lo harás?

—Déjalo en mis manos. Tenemos hasta mañana por la noche, así que hay tiempo suficiente. —Sus manos están ahora bajo mi vestido, deslizándose por mis muslos, acariciándome a través de la ropa interior—. ¿De verdad quieres seguir hablando?

No.

Un rato después, salgo a la superficie, jadeando. Él se ha quitado la chaqueta y la camisa, yo el vestido, pero ya no siento frío. Sus caderas están entre mis muslos, su dura longitud presionándome. La sensación es extraña, mi cuerpo responde a un nivel más profundo. Me besa el cuello y luego levanta la cabeza, con las estrellas brillando detrás de él.

—¿Quieres que pare?

En ese momento, todos los planetas de la galaxia podrían ofrecer un espectáculo de luces con música y no me importaría lo más mínimo. Lo que realmente quiero es que Kyle siga besándome, que yo siga tocándolo y que nos quitemos más ropa, si no toda. Siento

como si los lazos que me atan a mi vida, que me han mantenido en mi sitio durante tanto tiempo, finalmente se estuvieran aflojando. Darme cuenta de ello me hace sonrojar y mi piel se calienta. Alargo la mano entre nosotros, la deslizo por su cuerpo y le desabrocho torpemente el botón del pantalón. Él respira hondo.

—¿Emelia?

—Kyle, quiero… eh, quiero que tú…

—Dime —dice con ternura.

—¿Alguna vez has…?

Suspira, su aliento huele a violetas.

—Por supuesto que sí. Soy más viejo de lo que parezco. Pero… —me besa—, nunca he sentido por ninguna de ellas lo que siento por ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo.

—Es solo que nunca…

—Sé que no lo has hecho. ¿Estás segura…?

—Sí. —Una palabra tan cargada de significado. Una palabra que puede abrir puertas, crear nuevas realidades. Una palabra tan pequeña, pero que está a punto de cambiarme para siempre—. Sí, estoy segura.

Me mira fijamente un momento más.

—Si quieres que pare, solo tienes que decirlo, ¿vale?

Asiento, temblando. Sus manos se mueven una vez más. Una en mi espalda, desabrochándome el sujetador y quitándomelo, mientras la otra baja entre mis piernas, sus dedos encuentran mi zona sensible, deslizando mi ropa interior hacia abajo. Jadeo y suspiro, cerrando los ojos mientras tiro de su ropa, apartándola. Su boca está en mi cuello mientras sus manos trabajan. La vela parpadea al ritmo de mi respiración; mi mundo se reduce a sensaciones: aroma a violetas, llama, calor y una dulzura insoportable, todo fundido en uno. Se retira, su mano me abandona, y se lame los dedos, sosteniendo mi mirada. Se mueve de nuevo y siento algo duro empujando mi entrada. Kyle mueve sus caderas con cuidado y empuja, solo un poco.

Siento dolor.

—¡Oh! —Me tenso, incapaz de evitarlo.

Él se detiene.

—¿Quieres que pare?

Sus colmillos están a la vista, su respiración se acelera. Deslizo mis dedos por su espalda, su piel suave y fresca, luego más abajo, disfrutando de cómo se siente.

—No pares.

Lo aprieto suavemente, relajándome una vez más, abriéndome a él. Jadea, luego sus caderas se mueven de nuevo y me llena, gradualmente, centímetro a centímetro. Me acaricia el pelo, besándome mientras empuja más profundamente, a un ritmo lento y tierno. Al principio es extraño, pero pronto encuentro un ritmo que se adapta al suyo, ambos aferrándonos el uno al otro, nuestros suspiros flotando suavemente en el aire nocturno. Lleva mi muñeca a su boca, mordiéndola con delicadeza, un beso de dolor, un breve momento de succión. Gimo, y pienso por un segundo en los guardias que están abajo, pero ese pensamiento se desvanece, superado por sensaciones nuevas y extrañas. Él debe de tener el mismo pensamiento, porque vuelve a cubrirme la boca con la suya, acariciándome el pelo con la mano mientras se mueve más rápido, más fuerte. El calor crece dentro de mí, se enrosca en mi vientre. Muevo las caderas hasta encontrarlas con las suyas, necesitando la fricción, con la respiración cada vez más agitada. Kyle se tensa, tiembla, y luego se abandona contra mí. Hay calor y frío entre mis piernas, una sensación de hormigueo y plenitud. Él se retira, y lo siento como una pérdida.

Suspiro, con el corazón aún agitado. Me besa lentamente, y su respiración vuelve a la normalidad.

—¿No te hice daño, verdad? —Me besa el interior de la muñeca, su tacto curando las pequeñas punzadas que hay en ellas—. Joder, sabes tan bien… —Me lame la piel, otro beso.

Sonrío, todo me parece lento, como si me moviera a través de miel.

—No. Quiero decir, solo el primer momento, luego estuvo… bien.

—¿Bien? —Levanta una ceja y yo intento no reírme. ¿En serio? Parece que el orgullo masculino no es algo exclusivo de los humanos.

Se me escapa una risita, no puedo evitarlo. Su expresión se vuelve más dolida.

—Bueno, era mi primera vez. ¿Qué esperabas? Créeme —le digo, acercándolo más a mí—, lo disfruté.

—Umm… —Me besa de nuevo—. Bueno, la próxima vez lo disfrutarás aún más.

—Oh, ¿y cuándo será eso?

—Cuando estés lista.

Puedo sentir que dice la verdad. Eh. Eso es diferente de lo que he leído en los libros, donde los hombres humanos parecen necesitar tiempo para…

—Oooh. —Kyle se mueve contra mí, sus manos explorando, y descubro que ya no quiero pensar en libros. Detrás de él, las estrellas surcan el cielo, plateadas y negras. Entonces vuelve a penetrarme y el tiempo desaparece.

Debí de quedarme dormida después, porque lo siguiente que recuerdo es que Kyle me lleva bajando las escaleras, envuelta en la manta. Se oye el clic de la palanca y luego el crujido de la estantería al abrirse. Se detiene.

—¿Qué pasa? —murmuro.

—Bueno, Emelia… —puedo percibir la sonrisa en su voz—, estás desnuda, yo estoy medio vestido y acabamos de bajar juntos del tejado. Solo me aseguro de que no haya nadie más en la biblioteca.

—Mmm, creo que se darían cuenta de que la estantería se mueve. —Pero estoy demasiado cansada para preocuparme.

—Parece que no hay moros en la costa. —Entra en la biblioteca y me deja en el sofá. Mi ropa está enredada en la manta, así que la recojo, me la pongo y me envuelvo de nuevo en la manta. El fuego de la chimenea se ha apagado y las velas parpadean en sus candelabros. Kyle cierra la estantería y se pone la camisa y la chaqueta.

—Vamos, dormilona. —Sonríe—. Te llevaré a tu habitación antes de que alguien venga a buscarte.

Me levanto lentamente, agarrándome a la manta. Quiero que me lleve en brazos otra vez, pero eso provocaría demasiadas preguntas si alguien nos viera. Así que lo sigo por los pasillos hasta mi habitación, arrastrando los pies por el cansancio. Sin embargo, mi corazón está ligero, lleno de alegría. Me siento diferente en todos los sentidos, como si lo que pasó en el tejado fuera una línea que separa a la Emelia que era antes de la Emelia que soy ahora.

Cuando llegamos a mi habitación, me vuelvo hacia él.

—¿Quieres entrar para comprobarlo?

Sonríe, con la cabeza cerca de la mía.

—Déjame ver que estás a salvo. —Las palabras son bastante inocentes, pero sus ojos son de plata fundida. Mi corazón da un salto.

—Gracias —digo, palabras inocentes de nuevo, pero mis manos lo tocan, reclamando lo que es mío. Me sigue al interior de mi habitación y cierra la puerta. Entonces nos abrazamos.

—Tengo que irme —dice finalmente, levantando la cabeza—. Debe de estar amaneciendo.

—¿No lo sabes? —Los vampiros suelen tener un sexto sentido para eso.

Sonríe.

—No se me da muy bien, sobre todo cuando estoy distraído. Y tú me distraes mucho. —Se inclina para darme un beso, largo y dulce. Luego se levanta y se pasa la mano por el pelo. Le arreglo el cuello de la chaqueta y le quito un poco de polvo de la manga. No quiero dejar de tocarlo, ni que se vaya.

—Hasta mañana —se despide, con la mano en mi mejilla—. Ten todo listo, justo después del atardecer.

—Hasta entonces —respondo, ligeramente sin aliento. Me besa una última vez.

—Vete. —Lo empujo y se marcha.

Capítulo 15

Secretos y mentiras

Me apresuro a vestirme nada más despertarme. La seda azul oscuro de mi camisa se desliza sobre mi piel como si mis terminaciones nerviosas estuvieran sensibilizadas. Se me corta la respiración al pensar en Kyle, en sus manos sobre mí, en su boca. En lo que hicimos en el tejado. En lo que quiero volver a hacer. Me pongo unos vaqueros negros ajustados y me coloco varias cadenas de plata alrededor del cuello, aunque dejo atrás mi collar de Raven. Sé que estoy a punto de presenciar algo horrible y, posiblemente, de conocer a las personas que intentaron matar a mi padre. Espero, al menos, comprender mejor lo que realmente está pasando ahí fuera. Y una parte de mí, a pesar de todo, está emocionada. Si tenemos éxito esta noche, significa que mi plan de marcharme podría funcionar. Tomo mi chaqueta de cuero azul marino y me aseguro de llevar el frasco de inhibidor.

Cuando salgo de mi habitación, Kyle está ahí, con otro guardia.

—Voy a salir —anuncio—. Solo por la finca. Kyle, ¿me acompañas?

Lo digo como si fuera algo que, por supuesto, se me va a permitir. Además, mi madre no está aquí para impedírnoslo.

—Por supuesto, mi señora —dice, inclinándose ligeramente.

Él y el otro guardia me flanquean mientras bajamos las sinuosas escaleras doradas hacia la puerta principal. Contengo la respiración mientras se abre, esperando que Bertrand no esté ahí. Pero la suerte nos acompaña y, un momento después, salimos a la fresca oscuridad, con el otro guardia vigilando desde las puertas dobles. Las estrellas brillan en lo alto. Kyle se ajusta el cuello de la chaqueta y luego se vuelve hacia mí. Estoy vibrando de nervios.

—¿Lista?

Grito cuando me levanta en brazos. Empieza a correr, y la noche se convierte en destellos plateados y negros. Apoyo la cara en su

cuello, inhalando su aroma, y el mundo se desvanece hasta que solo queda él. Nos detenemos demasiado pronto y Kyle me baja. Estamos frente a una de las casetas de vigilancia situadas en cada entrada de la finca. Es una de las puertas más pequeñas, y la casa es un tenue cuadrado oscuro en la distancia. Creo que es por donde entran las entregas.

—¿Qué estamos haciendo?

Mi pregunta se pierde cuando Kyle me atrae hacia él y me besa.

Mmmm.

Unos minutos más tarde, apoya su frente en la mía.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? La Cosecha Lunar… no va a ser agradable de ver. Además, me preocupa tu seguridad.

—Lo sé. —En realidad, no lo sé. Y los nervios empiezan a afectarme, me tiemblan las piernas—. ¿Vamos directamente allí?

Niega con la cabeza.

—No empezará hasta medianoche, después de los fuegos artificiales.

—¿Medianoche? Son apenas las nueve y media. ¿Adónde vamos primero? ¿A reunirnos con los rebeldes?

Se ríe.

—No conozco a ningún rebelde. Pero sí sé dónde puedes tener una auténtica experiencia humana.

—Pero…

—Calla. —Me besa de nuevo—. Esto es lo que quieres, ¿no?

Se dirige hacia la garita y yo le agarro del brazo.

—¿Qué haces?

—Confía en mí.

Trago saliva, reuniendo todo mi valor. Y lo sigo hasta la garita.

Llama a la puerta tres veces. Se abre un poco y veo el ojo de alguien. Se abre más y aparece un guardia con el uniforme Raven. Le da la mano a Kyle.

—Has venido. —Se inclina ante mí—. Mi señora.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada, con un miedo atroz en el estómago. ¿Qué demonios está pasando? El guardia vuelve a centrar su atención en Kyle.

—¿Nuestro trato sigue en pie?

—Sí. Guardaré tu secreto si tú guardas el mío.

¿Su secreto?

Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, veo una silueta negra en el fondo de la habitación. Se trata de una mujer joven, con el pelo largo y negro como el mío. Lleva un vestido corto y brillante, con una chaqueta de cuero colgada del hombro. Hay restos de purpurina brillando en su escote y sus brazos.

Kyle me toca el brazo.

—Bien. Tenéis que intercambiaros la ropa.

Me quedo boquiabierta.

—¿Estás loco? ¿Este es tu plan? Mis padres no…

—No están aquí.

—Pero Bertrand…

—Está ocupado en otra parte. Te has asegurado de ello, ¿verdad? —Se dirige al otro guardia, que asiente con la cabeza. Kyle me rodea con el brazo—. Te mantendré a salvo, te lo prometo.

Me muerdo el labio. Esto es una locura. La chica está esperando, con su vestido brillando como luciérnagas. El guardia tiene los brazos cruzados. Lo que pase a continuación depende de mí. Al fin y al cabo, fui yo quien pidió esto. Así que puedo elegir entre confiar en Kyle o volver a los confines aterciopelados de la casa. Y entonces Kyle probablemente nunca volverá a llevarme a ningún sitio y todos mis planes no servirán para nada. Reúno los últimos restos de mi valor.

—De acuerdo.

—Ven conmigo. —La voz de la chica es baja y ronca. Se da la vuelta, balanceando su larga melena negra.

La sigo a través de la oscuridad hasta otra habitación. Hay una lámpara de vela sobre la mesita, un agradable resplandor de luz. La chica cierra la puerta y deja caer su chaqueta de cuero sobre la única silla de madera. Se desliza los tirantes del vestido, dejando al descubierto un sujetador de encaje negro.

Me quedo allí parada. Esto me parece extraño e incorrecto.

Ella deja de hacer lo que está haciendo.

—¿Me das tu camisa?

Trago saliva.

—Eh, claro. Sí. —Me quito la chaqueta. Me la voy a quedar, no me importa lo que diga Kyle. Es mi favorita.

—¿Pasa algo? —Inclina la cabeza. Hay más purpurina en ella, corriendo por su vientre desnudo y, cuando se quita el vestido, veo que también tiene en la parte interna de los muslos. Una bailarina de sangre. Pero no es una de las nuestras.

—No pasa nada. —Me desabrocho la camisa y me la quito, sin mirarla. Se oye un frufrú de tela y el vestido brillante me golpea en el brazo. Lo atrapo a tientas antes de que caiga al suelo.

—No me lo podía creer cuando Nick me dijo lo que íbamos a hacer esta noche. ¿Te apetece salir?

No sé por qué está tan habladora.

—Eh, sí. Supongo. —Me pongo el vestido y me quito los vaqueros por debajo. La tela brillante es cálida y huele ligeramente a almizcle.

Le entrego los vaqueros a la chica, que está de pie en ropa interior, con los brazos cruzados.

—Lo siento —digo, aunque no sé muy bien por qué.

—Al menos puedes volver a casa después. —Su voz cambia, hay una advertencia en sus palabras, así como amargura. No sé de dónde ha salido, pero tengo la sensación de que quizá su casa ya no sea una opción para ella.

—No pasa nada —repito. Tiro del dobladillo del vestido. Es corto y escotado, y me siento expuesta, como si el resplandor de la lámpara de vela fuera un foco. Me pongo la chaqueta de cuero y la cierro sobre el pecho. Mientras tanto, la bailarina lleva mi ropa, con su chaqueta por encima. Supongo que somos lo suficientemente parecidas en cuanto a complexión como para que los guardias no se den cuenta desde la distancia. Y Nick, el otro guardia, tiene el pelo oscuro como Kyle. Me recuerdo a mí misma por qué estoy haciendo esto. Para ser testigo y poner a prueba mi plan. No quiero ser Raven, y esta es mi única salida.

Llaman a la puerta.

—¿Estáis listas?

Capítulo 16

La bailarina

El club está oscuro y lleno de humo, las velas parpadean en los candelabros y la cera gotea por las paredes hasta el suelo. Kyle y yo nos sentamos en una mesa junto a la pequeña pista de baile. La sala es larga y de techo bajo, con biombos que la dividen por la mitad. Más allá de ellos, veo sillas apiladas, grises por el polvo. La barra tiene un fondo de espejos con botellas alineadas a lo largo, pilas de vasos y una nevera que contiene filas de paquetes blancos junto a botellas de cristal de diferentes colores. Aquí no hay humanos enjaulados. Tomo una copa de vino, cortesía de Kyle. Él no bebe nada. Hay bailarinas de sangre y vampiros, así como bastantes humanos, apoyados en la barra. Las bailarinas se balancean y saltan, nada que ver con los movimientos provocativos de las que emplean mis padres. La que está más cerca de nosotros, con los hombros al descubierto sobre un corpiño negro, tiene una cicatriz que le recorre desde la base del cuello hasta el hombro. Otra bailarina lleva un parche en el ojo y el pelo rapado por un lado.

—¿Qué es este lugar?

Kyle sonríe.

—Es un bar.

Frunzo el ceño.

—Bueno, eso es obvio.

—Dijiste que querías una experiencia humana auténtica. Esto es lo más parecido que vas a encontrar.

—¿En serio? —Pongo cara de asco y miro alrededor. No es en absoluto como lo imaginaba, nada que ver con las viejas películas que veía, con discotecas iluminadas con neones y gente elegante, cócteles servidos en cocteleras de plata. Quizá las cosas sean diferentes en las Zonas Seguras—. Pero ¿de dónde son estos humanos?

Por lo que sé, los humanos se quedan en las Zonas Seguras. Sin duda, por la noche. Sin embargo, están aquí, mezclándose con vampiros y bailarinas de sangre, fumando cigarrillos, bebiendo, bailando.

—Son de tu finca.

Abro mucho los ojos y la boca.

—¿Qué? ¿Qué demonios…? ¡Kyle! ¿Y si alguno me reconoce?

Él niega con la cabeza.

—Míralos, Emelia. ¿Reconoces a alguno?

Echo un vistazo rápido a la multitud.

—No. Estos no son nuestros bailarines.

—¿Quién ha dicho que lo sean? Hay otros humanos en tu finca. ¿Qué crees que hacen?

Bajo la mirada.

—Son comida —digo en voz baja.

—¿Para quién?

—Para todos. Excepto para mí. —Frunzo los labios. No me gusta hacia dónde va la conversación.

—Así es. Son comida. Para los guardias y para todos los que trabajan para tu familia. Y cuando termina su turno, regresan a la Zona Segura con sus familias. Excepto que, tal vez, en el camino de regreso, sobornan a sus conductores vampiros con una bebida, o algo más, para que se detengan aquí, ganar un poco más de dinero o simplemente olvidar, por un tiempo, lo que tienen que hacer para vivir.

Joder. Miro la superficie rayada de la mesa, avergonzada. No quiero mirar a nadie. Por supuesto, sabía que había otros humanos en nuestra finca. Pero mi única visita al comedor de los guardias, a través de los pasadizos secretos, me hizo decidir no volver a verlo nunca más. Aparté la vista de lo que vi, en lugar de decir algo. Intenté sacarlos de mi mente, convencida de que de alguna manera se merecían su destino y de que lo que veía en la televisión era cómo vivían realmente los humanos. Cómo iba a vivir yo. Pero este bar cutre, con su mezcla de humanos y vampiros coexistiendo bajo el mismo techo, es justo lo contrario de lo que pensaba que sería la experiencia humana. Creía que había cambiado, que había abierto

mi mente. Pero ahora veo que solo estoy al principio de lo que tengo que aprender.

—Eh —llama mi atención.

—¿Qué? —Levanto la vista. La luz de las velas ilumina los rasgos de su rostro y el cuero de su chaqueta.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? Entender.

—Me siento tan estúpida. —Pero tiene razón. Esto es lo que quería. No es culpa suya que las cosas no sean exactamente como pensaba.

Kyle me toma la mano y juega con mis dedos. No lo miro.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—Aun así. —Niego con la cabeza—. Podría haber hecho preguntas, haber intentado averiguar más, en lugar de limitarme a suponer. Quiero decir, los rebeldes atacaron mi casa, intentaron matar a mi padre… —Mi voz tiembla—. Y sigo sin entender realmente sus motivos, ni por qué creen que pueden ganar.

—Emelia. —Su voz es suave, al igual que su mano sobre la mía—. ¿Qué es lo que no entiendes? Piensa en lo que podrían querer. Por qué estarían dispuestos a arriesgarlo todo.

—No lo sé. —Mi voz es débil y siento un dolor en el pecho. Me doy cuenta de que es culpa, como una piedra en el zapato que me molesta. Culpa por mi ignorancia, por mi falta de consideración. Por supuesto que sé lo que quieren. Es lo mismo que yo quiero.

Libertad.

Me doy cuenta de que alguien me está mirando. Es la bailarina de sangre con la cicatriz. Cuando me giro para mirarla, ella frunce los labios.

—¿Quién es esa?

—¿Qué?

—Esa chica. La bailarina con la cicatriz. Me está mirando.

Kyle la mira y ella se da la vuelta.

—No te preocupes por ella. —Me pone la mano en la mejilla, obligándome a centrar mi atención en él—. Esta noche va a ser bastante difícil. Divirtámonos un poco, ¿te parece?

—¿Divertirnos?

Él señala con la cabeza hacia la pista de baile. Suena la música, un ritmo palpitante.

—¿Bailamos?

Dudo, pero aquí no está Stella con su sonrisa burlona. Y necesito sus brazos alrededor de mí, un momento de evasión antes de lo que nos depare el resto de la noche.

—Claro.

Me lleva a la pista de baile y me atrae hacia él. La bailarina con cicatrices nos mira fijamente otra vez. Le muestro los dientes. ¿Qué demonios le pasa? Entonces Kyle me besa en el cuello y dejo de preocuparme. El vestido que llevo puesto pica y es mucho más corto que los que suelo llevar. Pero hay algo en estar aquí con él, llevándolo puesto, que me hace sentir más real que nunca en mi vida.

La música cambia y me dejo llevar por el momento, riendo mientras él me hace girar hasta dejarme sin aliento. Mi vestido no deja de subirse, así que tengo que tirar del dobladillo.

Kyle me atrae hacia él y apoya su frente en la mía.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta cómo te queda ese vestido?

Deslizo mis manos bajo su chaqueta.

—Tú también estás muy guapo.

Lo está. Mientras me cambiaba, se quitó el uniforme de guardia y se puso unos vaqueros y una chaqueta de cuero, con una camiseta negra ajustada debajo. Sigue llevando su insignia de Raven, pero es sutil, un brillo de ébano en la solapa. Aun así, suficiente para que un vampiro se lo piense dos veces, supongo.

—Aunque me siento medio desnuda. ¿Era ella una bailarina de sangre?

—Sí. De aquí, de hecho. Y, eh…, precisamente por eso me gusta, porque estás medio desnuda. —Me besa, deslizando las manos por la curva de mi espalda.

Alguien nos empuja con tanta fuerza que rompe nuestro abrazo. Indignada, abro los ojos y veo a la bailarina de sangre con la cicatriz. Es más baja que yo, tiene el pelo oscuro hasta los hombros

y lleva unos pantalones cortos negros con un corpiño, con purpurina esparcida por el pecho y los brazos.

—¿Qué demonios? —gruñe Kyle.

Ella abre la boca, sorprendida. Nos mira a él y a mí.

—Lo siento —se disculpa. Sin embargo, no parece arrepentida y su mirada es claramente hostil.

—¡Ten cuidado! —le digo—. ¡Mira por dónde vas!

—No soy yo la que debería tener cuidado —me espeta.

Levanto las cejas. ¿Quién demonios se cree que es? Podría llamar a un guardia y… Entonces recuerdo que mi único guardia es el que está pegado a mí, con los brazos alrededor de mi cintura. Es fuerte, pero hay muchos vampiros aquí. Y la mayoría nos están mirando.

—Da igual. —No quiero seguir insistiendo. Dirijo mi atención a Kyle—. ¿Por dónde íbamos?

Pero ella no ha terminado:

—Bailando mal, creo.

Zorra.

—No creo que seas la más indicada para dar consejos sobre baile —le contesto.

—Ya basta. —La voz de Kyle es baja y dura—. Déjalo estar.

Un par de vampiros se acercan y yo huelo mi muñeca, disimuladamente. Mierda. El inhibidor está desapareciendo y no necesito que se repita lo que pasó en el Dome. Vestida como voy, nadie creería quién soy si se lo dijera.

—Vuelvo en un segundo —digo.

Kyle y la bailarina de sangre siguen mirándose fijamente. Me abro paso entre la multitud, dirigiéndome al baño de mujeres, y consigo llegar ilesa, salvo por unas cuantas manos inquietas que tengo que apartar de un manotazo.

El baño está desierto. Hay una fila de cubículos de un verde claro y sucio, todos con las puertas abiertas. El espejo está roto en varios sitios, mi reflejo parece un rompecabezas mal montado. Tengo un aspecto salvaje, el pelo revuelto, el cuerpo envuelto en brillante cuero negro. Me paso la mano por el pelo y luego saco el frasco de inhibidor y me rocío, y el reconfortante aroma de las violetas me envuelve. La pequeña botella de cristal rueda en mi mano abierta, el

emblema plateado de Raven grabado en ella brilla bajo la tenue luz, mis iniciales, EIR, entrelazadas en filigrana debajo. Mi madre me lo dio cuando era muy joven, enseñándome cómo aplicarlo y por qué era tan importante. Con ese pensamiento vuelve a invadirme la tristeza por lo mucho que la echo de menos y una necesidad imperiosa de verla, de abrazarla de nuevo.

La puerta del baño se abre y entra alguien. Es la bailarina de sangre con la cicatriz. Guardo el frasco en mi bolsillo y me dirijo hacia la puerta, pero ella pone su mano sobre mi pecho y me detiene. Abro la boca, sorprendida.

—Déjame pasar —le exijo.

—Ahórratelo, chica Raven.

¿Qué coño? Se me revuelve el estómago.

Ella sabe quién soy.

Capítulo 17

Fuegos artificiales

Abro y cierro la boca. No tengo ni idea de qué hacer. Entonces me invade la calma. Soy una Raven, tal como ella dice. ¿Qué podría hacer? ¿Contárselo a mis padres? Eso no cambiaría el hecho de que soy quien soy y ella es quien es.

Entonces me avergüenzo de mí misma.

Todo esto pasa por mi mente en los pocos segundos que tarda la chica en cruzar la habitación hasta los lavabos. Se lava las manos y se pasa los dedos húmedos por el pelo. Sigo atónita. Entonces la adrenalina entra en acción. «¿Qué demonios estás haciendo, Emelia? ¡Sal de aquí!». Alargo la mano hacia la puerta, pero antes de que mis dedos toquen la pintura sucia, la chica habla:

—Yo no lo haría.

—¿Qué?

—Salir ahí fuera.

—¿Qué?

—¿Qué? —me imita, haciendo una mueca en el espejo. Su mirada reflejada me mantiene en mi sitio como si fuera una serpiente y yo un ratón. Se da la vuelta, se apoya en los lavabos y se muerde las uñas.

Trago saliva.

—¿Cuál es tu problema? —Quiero sonar dura, como las chicas que he visto en las películas. Pero la voz me sale más bien como un chillido de ratón.

—Tú —dice, apartándose del lavabo y acercándose—. Este es mi territorio. Y no me gustan mucho los de tu clase.

—¿Mi clase?

—Los cuervosss —responde, alargando la s, como un siseo.

Aprieto los puños.

—No puedo evitar ser quien soy.

—Kyle no fue muy listo trayéndote aquí.

¿Kyle?

Vuelvo a intentar abrir la puerta. La chica pone el brazo en la pared y me detiene.

Le gruño.

Sus ojos se agrandan y da un paso atrás, con las manos en alto.

—Es tu decisión. —Noto un ligero temblor en su voz—. Pero si yo sé quién eres, ¿cómo sabes que no se lo he contado a todos los demás?

—¿Y qué si lo has hecho? —No sé de dónde salió ese gruñido de antes, pero me pareció natural.

—Aquí no hay muchos fans de los Raven. Podría ser bastante malo para ti.

—¿Lo has hecho? ¿Se lo has dicho? —Pese a mi bravuconería, soy consciente de estar muy muy sola.

Se ríe.

—No. Al menos, todavía no. Esta noche te doy un pase.

—¿Un pase?

—Sí. —Entrecierra los ojos—. Esta noche te perdono, pero después… —se inclina hacia mí— no quiero volver a verte por aquí.

Que le den.

—Como si fuera a volver. No es mi ambiente. —Echo una mirada desdeñosa a los lavabos agrietados y al espejo roto—. Pero si quiero, no puedes impedírmelo. Puedo quemar todo este puto sitio si me da la gana. —Sé que sueno como una capulla prepotente, pero puede que sea lo único que me saque de aquí de una pieza. Me yergo en toda mi estatura, mirándola por encima del hombro, tratando de imitar a mi madre.

La chica se estremece. Se estremece de verdad. Pero mi breve momento de euforia se esfuma cuando me agarra del hombro y me empuja contra la pared, clavándome los dedos.

—¡Zorra! Agarra a tu estúpido novio y lárgate antes de que haga algo de lo que te arrepientas.

Su aliento caliente me roza la cara, su cuerpo está incómodamente cerca. Nadie me ha tocado así en mi vida. La puerta

del baño se abre de golpe. Es Kyle, con las fosas nasales dilatadas y los colmillos afilados.

—Aléjate de ella.

La bailarina con cicatrices levanta las manos y se aparta. Sin embargo, sonríe con aire burlón y se toma su tiempo.

—Lo siento —dice con voz arrastrada, sin parecer sentirlo en absoluto—. ¿Has venido a por tu preciosa Raven?

—¡Baja la voz! —sisea Kyle, con los hombros levantados y los dientes al descubierto, como una serpiente a punto de atacar. La bailarina no parece inmutarse, se apoya de nuevo en el lavabo y se muerde las malditas uñas.

—Fuera de aquí —ordena él.

Doy un paso.

—Tú no, Emelia. —Sigue mirando con ira a la bailarina. Ella exhala un pequeño suspiro y se aleja del lavabo. Kyle se coloca delante de mí.

—Vaya, eres todo un tipo duro, ¿no? —Reflejada en el espejo, la veo pasar los dedos por la parte delantera de la chaqueta de Kyle. Abro mucho los ojos. Seguro que la va a matar. Pero solo le aparta la mano, con una expresión difícil de descifrar.

—Ya basta —dice Kyle, pero su tono es tranquilo.

Frunzo el ceño.

—Vale, vale, me voy. Pero date prisa, ¿quieres?

¿Que se dé prisa?

Pasa junto a nosotros hacia la puerta, todavía sonriendo. Ojalá pudiera arrancarle la cara.

—¿Estás bien? —Kyle me toma el rostro entre las manos y me besa. Tan pronto como termina el beso, lo empujo.

—Quiero irme.

—No dejes que te afecte, Emelia, solo es…

—Ella sabe quién soy. La has oído. Así que tenemos que irnos. —¿Qué parte es la que no entiende? Si va a ser malo para mí, será peor para él cuando mis padres descubran que me ha sacado de la finca.

Kyle suspira profundamente, con una mano en la pared junto a mi cabeza.

—Joder.

Desde luego.

—¿Cómo sabe quién soy? —le pregunto.

Él respira hondo y hace una pausa.

—Es mi ex.

¿Qué? Joder.

—Kyle —mantengo la voz baja porque creo que, si no lo hago, voy a gritar—, sácame de aquí. Ahora mismo.

Voy a matarlo. O a ella. O a alguien. O a todos. ¿Cómo ha podido ponerme en una situación tan peligrosa? Saco mi teléfono, pero antes de que pueda marcar, Kyle me levanta y me sujeta con tanta fuerza que no puedo moverme. Me arrastra rápidamente del baño y atraviesa la multitud, sacándome del club hacia la noche. Lucho, furiosa, clavándole las uñas.

—¡Ay! ¡Emelia! —Se detiene en seco y me suelta.

—¿Qué está pasando? —le espeto enfadada—. ¿Por qué demonios me has traído a un sitio donde trabaja tu ex?

Estamos bajo unos árboles al lado de la carretera. Kyle es una silueta oscura. No dice nada y, como no puedo verle la cara, empiezo a preocuparme. Mantengo mi expresión feroz, sabiendo que él puede verme. Cruzo los brazos.

Suspira.

—No sabía que ella estaría allí. Y ese es el lugar más cercano a tu finca.

Vale. Me lo creo. Supongo.

—¿Qué quería decir cuando te dijo que te dieras prisa?

Se queda quieto, y realmente me gustaría poder verle la cara. Vuelve a suspirar.

—Se supone que debo ayudarla.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿Con qué? ¿Por qué demonios ibas a ayudarla con algo?

—A su familia. Fueron… fueron buenos conmigo cuando estaba con ella.

Me encojo de hombros, todavía frunciendo el ceño.

—Me ayudaron a salir de una mala situación. Y, bueno, se supone que debo devolverles el favor. Su hermano no está bien y quieren

que encuentre la manera de llevarlos a un lugar donde pueda recibir tratamiento. Ella quería saber si lo había arreglado.

—Bueno, ¿lo has hecho?

—Solo tengo que resolver un par de cosas más.

Suena triste cuando lo dice, cruzando los brazos y bajando la cabeza. Y, como una idiota, siento lástima por él.

—¿Puedo hacer algo? —Dios, soy una tonta. Pero no puedo evitarlo.

—¿Qué?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Si están en la Zona Segura, quizá pueda hablar con mi padre y conseguir un médico. Al fin y al cabo, sé que él querría… —Entonces me muerdo la lengua. Estaba a punto de decir «cuidar del ganado», pero me doy cuenta de lo poco apropiado que es.

—Eres increíble, Emelia. —Kyle niega con la cabeza—. No, aunque agradezco tu oferta. No hay nada que puedas hacer. —Hace una pausa—. Siento lo de esta noche. Lo siento todo.

¿Todo? No sé qué hacer. De repente, siento ganas de llorar y tengo frío.

Se acerca, ocultando las estrellas. Sus labios recorren mi mandíbula hasta mi cuello y yo lo respiro, con el dolor entremezclado con el deseo.

—Perdóname.

La forma en que lo dice es como una pregunta, y mi corazón se encoge. Con sus brazos alrededor de mí en la oscuridad, no hay duda. Esta noche ha sido extraña, horrible y maravillosa al mismo tiempo, y todo gracias a él. Por supuesto que lo perdono. Giro la cabeza y lo beso, primero de forma suave, luego más profundamente. Siento que sonríe.

Se oye una serie de fuertes estallidos en la distancia y él levanta la cabeza.

—Fuegos artificiales.

La Cosecha Lunar.

—¿Todavía quieres hacerlo? —Su aliento es fresco en mi mejilla—. Podemos irnos a casa si quieres. Y cuando volvamos… —Me muerde suavemente y yo tiemblo.

—No —digo en un susurro. Aun así, deja de hacer lo que está haciendo—. No —repito, más alto—. Sigamos adelante. Pero prométeme una cosa.

—Dime.

—No me vuelvas a traer aquí nunca más.

Se ríe, suavemente, con la frente apoyada en la mía.

—Te lo prometo —responde—. Y ahora, por muy agradable que sea esto, tenemos que irnos. Cuando terminen los fuegos artificiales, será el momento. ¿Estás lista?

Asiento con la cabeza y él me levanta en brazos. Con un sinfín de estallidos, el cielo se llena de luz y color. Con los fuegos artificiales sobre nosotros como estrellas explosivas, empezamos a correr.

Capítulo 18

Cosecha Lunar

Corremos a toda velocidad entre la luz de las estrellas y la oscuridad, con colores estallando sobre nuestras cabezas. Me aferro a Kyle, con la cara hundida en la curva de su cuello. Se detiene y levanto la cabeza.

Estamos entre rocas enormes, incrustadas en la ladera como las ruinas de un antiguo templo. Kyle se detiene a la sombra de una de las más grandes; otra, derribada como una torre caída, yace de lado en ángulo respecto a nosotros, protegiéndonos de lo que hay abajo.

La Cosecha Lunar.

La noche es clara, la luna brilla, así que hay suficiente luz para ver. Contemplamos un gran claro, una cuenca natural en la ladera, con más rocas enormes esparcidas por los bordes. Me doy cuenta de que es donde solemos celebrar nuestras Reuniones. Pero esto no es ninguna celebración, ni un encuentro de los clanes Raven. Hay gente sentada en las rocas, de pie en grupos formando un semicírculo. Después, una línea de plata y negro. Guardias Raven. Más allá, en un trozo de hierba despejado, hay un pequeño grupo de humanos encadenados entre sí. Los Veinte. Me siento ligeramente aliviada al ver que Mistral ha cumplido su palabra con mi madre: no parece haber niños entre ellos. También hay dos grandes tronos de ébano negro, con detalles plateados en los respaldos y laterales tallados, iluminados por la luz lunar. Sentados en ellos están mi madre y mi padre, crueles e implacables como estatuas. Respiro temblorosamente. Mistral está de pie a un lado, junto a mi madre. También hay otros vampiros con ellos. Uno lleva un gran tocado y, cuando se mueve, comprendo qué es. Una melena de león. Y recuerdo a Daniel, cómo sonreía cuando bailábamos, lo agradable que era, solo para convertirse en cenizas unas horas después. Mierda. Esto es importante. No veo ningún Jaguar ni Scorpion, pero

aun así, el clan Lion está presente, puedo entender un poco más por qué mi madre no pudo cambiar las cosas una vez que se pusieron en marcha.

Kyle me baja al suelo. Me rodea con sus brazos, apretándome contra su pecho y acercando su boca a mi oído.

—Quédate muy quieta —susurra—. Y no hagas ruido.

Asiento con la cabeza, apenas un movimiento mínimo. Lo entiendo. Una vez que empiece la alimentación…, bueno, soy la única otra humana aquí. La gente morderá primero y preguntará después.

La multitud está en silencio, sin el murmullo habitual que se espera en una Reunión o en una noche normal de fuegos artificiales. Hace mucho tiempo que no hay una Cosecha Lunar: durante el Levantamiento, se usaban tanto como deporte como para castigo, hasta que llegó la hambruna y las cosas tuvieron que cambiar. Así que esta noche es importante. Veo a un par de vampiros rodeando a la multitud, con cámaras en mano. Oh, oscuridad. ¿Van a grabarlo?

Se oye un sonido lejano, como un martillo golpeando una campana. Cuento los golpes en silencio. Doce. Medianoche. Joder. Allá vamos.

Los brazos de Kyle se tensan brevemente.

—Estoy aquí —dice en voz baja—. Te tengo. No te preocupes.

Mi madre se pone de pie, la luz de la luna tiñe su vestido rojo del color de la sangre seca. El pequeño grupo de humanos grita. Las palabras son ininteligibles, la desesperación no lo es. Estoy temblando. Los humanos intentan retroceder, pero las cadenas se lo dificultan, atados como están en grupo. Los guardias Raven dan un paso adelante y los conducen hacia mi madre, que espera de pie.

Quizá no esté preparada para verlo.

—Hace cinco noches, en pleno apogeo de nuestro festival más sagrado, se produjo un ataque —resuena su voz de forma clara en la oscuridad—. En mi propia casa, la antigua sede de Raven, contra mi amado esposo.

Se oye un murmullo entre la multitud. Los lamentos de los prisioneros se hacen más fuertes. Un guardia Raven golpea a uno de ellos, que cae exhausto entre sus cadenas.

Mi madre continúa:

—Afortunadamente, Aleksandr Raven sobrevivió al ataque y se encuentra bien de nuevo. Sin embargo, hubo otros —el representante del clan Lion da un paso adelante, con los puños apretados a los costados— que no tuvieron tanta suerte. Un ataque así, contra mi hogar, contra la casa Raven, contra aquellos a quienes más quiero, no será tolerado.

Hace una pausa, dejando que sus palabras calen hondo. Se hace un silencio absoluto, salvo por los gemidos de los humanos. Se me parte el corazón.

—Por tanto, pedimos a nuestro lugarteniente de mayor confianza, un príncipe de la casa Raven, que actuara en nuestro nombre. Mistral, ¿son estos los prisioneros que prometiste?

Señala alzando un brazo con elegancia hacia el montón de humanos temblorosos y encadenados.

Pues claro que lo son, joder. ¿Quiénes iban a ser si no? Pero sus palabras tienen el tono de un ritual y supongo que forman parte de lo que está sucediendo. No importa cómo lo endulcen con frases elegantes y tronos: va a ser una masacre. Parpadeo para contener las lágrimas.

Mistral da un paso adelante, con su cabello rubio plateado por la luz lunar.

—Lo son, mi señora. Rebeldes despiadados, todos y cada uno de ellos, comprometidos con la destrucción de nuestra casa.

Se oyen silbidos entre la multitud. Uno de los humanos grita algo que parece una negación. Pero es demasiado tarde. Mi madre extiende la mano. Mi padre, vestido de negro, se levanta de su trono y se acerca para tomarla. Mi respiración se acelera. Mi padre parece fruncir el ceño, aunque él suele tener siempre un aspecto severo. Juntos, se acercan a los humanos encadenados. Mi madre toma del brazo al humano más cercano, un hombre mayor y fornido. Mi padre hace lo mismo, tomando la mano de una mujer joven. Es como una danza, los dos tan hermosos, tan elegantes, moviéndose al unísono, en contraposición al horror que están a punto de desatar. Ambos son delicados en sus movimientos, en la forma en que levantan los brazos hasta sus labios. Y muerden. La mujer grita, el hombre se

debate. Pero mis padres son fuertes, mucho más fuertes de lo que ellos podrían ser jamás. La multitud guarda un silencio sepulcral, el viento susurra entre las piedras. Mi padre da un paso atrás primero. Tiene sangre alrededor de la boca. No se la limpia. Mi madre retrocede, con sangre manchando su mentón perfecto. Ambos humanos siguen en pie, aunque la mujer se tambalea. Mis padres regresan a sus tronos. Aún de pie, mi madre se enfrenta a la multitud, levantando ambos brazos. Su voz atraviesa la noche silenciosa:

—Se ha derramado la primera sangre. Que comience.

Joder. Creo que si Kyle me soltara, me caería.

Dos guardias Raven dan un paso adelante. Uno de ellos sonríe. Con movimientos diestros, rompen las cadenas que unen a los humanos. Una última burla a su debilidad. A mi debilidad. Cuando las cadenas se rompen, el que ha sido golpeado por el guardia cae al suelo, con las extremidades torcidas. Los demás se dispersan. Pero ¿adónde demonios se supone que deben ir?

Oh, esto es demasiado cruel.

Supongo que me alegro de que mi madre no los haya drogado, como solía hacer Jaguar en sus templos de piedra, de que al menos puedan elegir cómo morir. Pero ¿acaso esto es elegir? Mientras los humanos corren hacia los límites del claro, el grupo de vampiros que rodea los dos tronos, incluido Mistral, se mueve para capturarlos. La multitud ya no está en silencio, grita y gime a medida que aumenta la sed de sangre. Tres de los humanos, dos mujeres y un hombre, logran pasar la línea de guardias Raven. O más bien, los guardias los dejan pasar. La multitud se abalanza hacia delante, engulléndolos.

Mistral alcanza a una mujer, la manosea antes de agarrar su cabeza entre las manos y retorcerla, abrazándola burlonamente mientras la desangra. Los otros vampiros también han capturado a sus primeras víctimas, cuyos miembros se agitan y retuercen hasta que, al abandonarlas la vida, quedan inmóviles. Sus cuerpos permanecen donde caen.

Sollozo, con sonidos guturales saliendo de mi garganta, mi pecho se agita. Kyle murmura palabras tranquilizadoras, sus manos me acarician suavemente como si intentara calmar a una criatura

salvaje. Pero yo no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo? He vivido entre vampiros toda mi vida, pero nunca, nunca los había visto cazar. Es horrible. El miembro del clan Lion, rugiendo como su homónimo, se mueve como una exhalación y se abalanza sobre su presa. Otros dos vampiros agarran cada uno un brazo de otra víctima y tiran. La sangre salpica, negra contra la hierba plateada. Durante todo el proceso, mis padres permanecen sentados en sus tronos, con sangre en el rostro. Mi padre se vuelve hacia mi madre y le dice algo. Ella mira fijamente al frente.

Ya no quedan muchos.

Uno, un joven, ha cruzado el claro. Me doy cuenta de que es el que había sido golpeado por el guardia. Debe de haber estado fingiendo estar muerto, con la esperanza de que no lo vieran en medio del frenesí. Ha subido a una de las grandes rocas que hay justo debajo de nosotros y se ha acurrucado en posición fetal, como si pudiera hacerse tan pequeño que desapareciera. Se me encoge el corazón. Deseo con todas mis fuerzas que escape, que lo consiga. Levanta la vista y me ve. Abre mucho la boca y los ojos. Yo también. Lo reconozco.

Es el chico de la jaula del Dome.

¿Qué demonios? Seguro que no es un rebelde. Es imposible que un rebelde se siente en una jaula y se ofrezca a los vampiros. Así que, o Mistral es un mentiroso y esta gente no es más rebelde que yo, o… un niño asustado en una jaula es una especie de terrorista. Sé qué teoría me parece más plausible.

Levanto la vista y veo a Mistral… acercándose al chico. Mierda, mierda, mierda.

—¡Vete! —le digo en silencio moviendo los labios—. ¡Vete!

El chico me mira fijamente un segundo más, con sus ojos oscuros llenos de miedo, y después intenta saltar a la siguiente roca. Mistral es demasiado rápido para él. El gran vampiro se abalanza, todo músculos y furia, agarra al chico en el aire y lo hace pedazos. La sangre salpica la ladera, casi hasta mis pies. Kyle me empuja hacia atrás, más hacia las sombras.

—Mierda, ha estado cerca —le oigo murmurar.

Estoy perdida. Kyle me suelta y me derrumbo en el suelo, acurrucándome contra la roca. No puedo dejar de llorar y tener arcadas. No me importa si nos encuentran, no me importa nada. Solo veo la cara del chico, el terror en sus ojos al enfrentarse a la muerte. Y a Mistral, ese mentiroso de mierda, atrapándolo en el aire como un halcón con un gorrión.

—Oye, oye, Emelia. —Kyle se agacha con gesto suave y me limpia las lágrimas, los mocos y la saliva—. Lo siento, lo siento mucho.

—El chico —digo entre sollozos—. Estaba, no estaba, no es…

—Sí, yo también lo reconocí. —El tono de Kyle es sombrío mientras me abraza. Apoyo la cara en su pecho, llorando, completamente destrozada—. Vamos. Salgamos de aquí.

Me pone las manos bajo las axilas y me ayuda a levantarme.

Entonces se oye otra voz:

—¿A quién tenemos aquí?

Joder.

Kyle se pone tenso. Manteniéndome detrás de él, se da la vuelta. Me froto los ojos y miro por encima de su hombro. Una figura sale de las sombras. Un momento después, lo reconozco.

Es Ira.

Capítulo 19

Atrapados

El gran vampiro del Dome va vestido de negro, con los tatuajes de los brazos cubiertos; solo se ven unas cuantas líneas curvas asomando por el cuello de la camisa. Se mueve como una sombra, a pesar de su tamaño.

—Ira. —Kyle mantiene la voz baja—. ¿Cómo van las cosas?

Ira extiende las manos.

—Las cosas, amigo mío, no van muy bien.

Kyle tiene el brazo hacia atrás, sujetándome contra él. Consigo girar la cabeza.

—Hola —digo con la voz quebrada por la emoción.

Ira se detiene en su avance y abre mucho los ojos.

—¡Mi señora! ¿Es usted?

—Eh, sí. Soy yo. —Empujo el brazo de Kyle y me suelta. Me bajo el dobladillo del vestido y me seco la cara con la otra mano.

—¿Qué hace aquí? No es seguro para usted.

—Yo… quería verlo. Para… ser testigo. —Trago saliva y tropiezo con la hierba alta.

—Es algo oscuro de presenciar, mi señora. Admiro su valentía.

—Yo… vi al chico, el que era un…

—Sí. —Hay una profunda tristeza en la voz de Ira—. No debería estar aquí.

—Pero ¿lo era? Quiero decir, ¿cómo podía ser un…?

—Mi señora, esta noche están sucediendo más cosas de las que cree. De hecho, sería mejor que se marchara lo antes posible.

—Estábamos a punto de hacerlo —interviene Kyle, rodeándome la cintura con un brazo.

Ira cruza sus enormes brazos.

—¿La llevas a casa?

Kyle mira fijamente a Ira. Después asiente con la cabeza una vez.

—Sí, a casa —responde y me toma en sus brazos.

Ira se acerca y me pone una mano enorme en el brazo.

—Me gustaría enviarle un regalo, mi señora. ¿Estará en casa mañana por la noche?

—Eh…, sí. —Vuelvo a sorber por la nariz—. Quiero decir, gracias, eres muy amable. —Extraño, pero amable.

—Entonces lo entregaré yo mismo. —Sonríe y me aprieta el brazo brevemente. Es surrealista.

—Tenemos que irnos. —Kyle se aleja de Ira, que me suelta el brazo.

—Que tenga un buen viaje, mi señora. Que la oscuridad la proteja.

Asiento con la cabeza.

—Gra… gracias. Igualmente.

Kyle empieza a correr, pero la reacción ya se ha producido: un profundo temblor recorre todo mi cuerpo. No puedo controlarlo, por más que lo intento, jadeando en busca de aire. Kyle vuelve a reducir la velocidad y se detiene.

Los árboles que nos rodean son altos, la luna se filtra a través de sus ramas y proyecta un entramado de sombras sobre el frío suelo. Kyle me baja y me deslizo como una medusa por su cuerpo, acurrucándome en posición fetal, tratando de contener mis temblores.

Kyle se arrodilla a mi lado y me frota la espalda. Tiemblo tanto que me castañetean los dientes y apenas entiendo lo que dice. Respiro hondo y consigo controlarme lo suficiente como para poder oírlo bien.

—… tienes que seguir adelante, Emelia. Te mantendré a salvo, te lo prometo. No pasa nada, estás bien.

¿Que no pasa nada? Para ser sincera, creo que estoy bastante lejos de estar bien. Mi mundo está patas arriba y estoy tumbada en un bosque, temblando como una hoja.

—Por favor, mi amor, por favor.

¿Acaba de llamarme «mi amor»?

Lo sé. Ahora mismo tengo problemas más importantes. Pero eso… Bueno, mis temblores se calman y me doy la vuelta para quedar boca arriba. Cuando abro los ojos, Kyle está inclinado sobre mí.

—Lo siento —digo con voz ronca.

—Yo también lo siento —responde con tristeza en sus ojos plateados—. Siento que hayas tenido que ver eso.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Yo te pedí que me llevaras.

La imagen del niño, el miedo en sus ojos y Mistral destrozándolo, se me viene a la mente y empiezo a llorar de nuevo, sollozando y resoplando, con la espalda arqueada contra las frías hojas.

Kyle me abraza, acariciándome el pelo con una mano.

—Calla —me dice con los labios suaves en mi mejilla—. Déjame llevarte a casa.

Me agarro a su chaqueta.

—No puedo volver allí.

—¿Qué?

—No me obligues a volver allí.

—¿De qué estás hablando? Vamos, Emelia, tenemos que salir del bosque. Puede que haya bandas de Reapers esta noche.

No me importa. De todos modos, me estoy ahogando. ¿Qué es una muerte más comparada con otra, comparada con las veinte que acabo de presenciar a manos de mi familia?

—No quiero ser Raven. —Las palabras se me escapan.

Kyle abre mucho los ojos. Me sacude suavemente.

—¿Qué quieres decir?

—¡No lo quiero! —exclamo alzando la voz—. ¡Lo único que parece significar es muerte, dolor y responsabilidad, decisiones que no quiero tener que tomar, tratar con gente como Mistral, ese maldito asesino! ¡No quiero nada de eso! —Vuelvo a sollozar, con la garganta en carne viva—. ¡Los has visto, has visto lo que acaban de hacer! Esas personas no eran rebeldes, solo eran humanos, como yo. ¿Cómo puedo formar parte de algo así?

Kyle me abraza con más fuerza.

—Lo sé, lo sé. —Hay un ligero tono rojizo en sus ojos plateados y puedo sentir cómo tiembla—. Pero tengo que llevarte a casa esta noche.

Lo empujo.

—¿No me estás escuchando? ¡No puedo volver allí! ¡Ya no quiero esa vida! —La tristeza me invade, corrosiva como el ácido, al pensar en mi madre, mi hermosa y gentil madre, desatando la muerte. Las manos que me acunaron, matando al hijo de otra mujer—. Tenía… tengo un plan. Necesito tu ayuda para escapar, y entonces podremos simplemente…

—¿Un plan?

—Para ir a la Zona Segura. Y luego seguir adelante. Vivir mi vida como un ser humano para no… para no ser… —Me vuelvo a atragantar.

—Shhh. —Kyle me acaricia el pelo, mirando fijamente a la noche. Me pregunto qué puede ver.

—¿Adónde podemos ir? —Estoy tan cansada. Solo quiero meterme en la cama y quedarme allí para siempre. Espero que haya algún sitio cerca.

—Tengo que llevarte a casa —repite—. Espera… —Me agarra de la mano—. Solo escúchame. Esto no es solo cosa nuestra.

—Por favor —susurro—. Por favor, ayúdame.

Me besa con delicadeza.

—¿De verdad no lo quieres? ¿Ser Raven? ¿A pesar de todo lo que podrías ser? —Me mira fijamente, con el ceño fruncido.

Asiento con la cabeza.

—Entonces te ayudaré. Pero no esta noche. Nick sigue en la finca, al igual que Janine.

Frunzo el ceño. Entonces lo recuerdo. Nick, el guardia que nos ayudó. Y Janine debe de ser la bailarina de sangre cuyo vestido llevo puesto. Bajo la mirada.

—Sí —dice Kyle—. Exactamente. Tenemos que volver esta noche, antes de que los atrapen. —Me toca la cara, deslizando la mano por mi mejilla.

Asiento con la cabeza.

—De acuerdo. Y luego nos iremos. Si tú me llevas.

—Te llevaré —murmura, besándome de nuevo—. Pero tenemos que hacerlo bien. Así que déjame llevarte a casa ahora y luego podemos planearlo.

—¿Lo prometes? —Me vuelven a castañear los dientes y me cuesta articular las palabras—. ¿Me ayudarás a escapar?

—Si es lo que realmente quieres. —Parece triste por un momento y baja la mirada—. Vayas donde vayas, estés donde estés, iré y me quedaré a tu lado. Pero ahora tenemos que ir a casa.

No tengo fuerzas para discutir más. Kyle parece interpretar mi silencio como una aceptación. Se levanta y me toma en brazos.

—Vamos, agárrate fuerte.

Desenredo los dedos de una mano y los enrosco alrededor de su cuello. Empieza a correr. Me agarro lo mejor que puedo. Nos adentramos a toda velocidad en la noche y tengo una sensación de flotar cuando saltamos la valla que rodea la finca. Hogar. Estoy en casa.

No quiero estar aquí. No quiero formar parte de lo que Raven representa. Tampoco quiero ver a mis padres. Solo quiero ir directamente a mi habitación, agarrar mi mochila y volver a saltar la valla. Kyle sigue corriendo, moviéndose rápidamente entre los árboles. Estamos tan cerca que puedo ver las paredes de la casa a través de las ramas. Ya casi hemos llegado.

Casi.

—¡Alto!

Mierda, mierda, mierda.

El pánico me recorre el cuerpo, una descarga de adrenalina. Se oye un silbido y un crujir de ramas. Aparecen varios guardias. Kyle me baja y da un paso atrás, con los brazos en alto. Un guardia lo agarra y le hace una llave. Doble mierda.

—¡Mi señora! —Los otros guardias se inclinan al darse cuenta de quién soy. Bertrand no está entre ellos, gracias a la oscuridad; él me descubriría en un segundo.

—Soltadlo.

El guardia que sujeta a Kyle duda antes de obedecer.

—Mi señora, la hemos estado buscando.

Mierda. Estoy temblando, a punto de caerme. Pero tengo que salir de esta.

—¿De verdad? —logro que mi voz suene entre sorprendida y ligeramente ofendida por su presunción—. ¿Estaba desaparecida?

Kyle tose. Intento no mirarlo.

—Su madre ha preguntado por usted.

Dios mío, mis padres ya han vuelto.

—Solo he salido a correr por la finca. Con Kyle. —Mierda. No tengo por qué dar explicaciones.

—Pero ninguno de nosotros podía encontrarla, y…

—Bueno, quizá deberíais haber buscado más a fondo. —Miro fijamente al guardia que ha hablado. Una mirada que dice: no me cuestiones. Parece que funciona.

—Por supuesto, mi señora. Lo siento.

Me relajo un poco.

—Yo también. No quería preocupar a nadie. Kyle, ¿quieres…? —Mi tono es pura cortesía fría; espero que él lo entienda.

—Mi señora. —Kyle me levanta de nuevo y en cuestión de segundos llegamos a la imponente mole de la casa, cuya puerta abierta deja ver un tenue resplandor rectangular. Dos guardias esperan allí, y hay más apostados en las sombras a lo largo del pórtico. Kyle me deja en lo alto de las escaleras y entramos en el vestíbulo. Bertrand nos espera con sus enormes brazos cruzados. Suspiro.

—Mi señora. —Se inclina, después se endereza, y su mirada recorre a ambos. Entrecierra los ojos.

—Voy a mi habitación. —Me dirijo hacia las escaleras.

—Su madre la está esperando.

Me detengo, con la boca temblorosa. Miro fijamente a Bertrand.

—A los dos —añade con voz suave—. En la biblioteca. —Hace una pausa—. ¿Quizá le gustaría cambiarse antes de verla?

Mierda. Me doy cuenta de que sigo llevando el vestido prestado. Y Kyle no lleva su uniforme de guardia. Se da cuenta al mismo tiempo que yo, y abre ligeramente los ojos.

—Si me disculpan —dice, y desaparece en un instante.

Me vuelvo hacia Bertrand, tratando de parecer digna. Sigue con los brazos cruzados y el rostro preocupado. Pero lo único que digo es:

—Por supuesto.

Me cambio rápidamente y tiro el vestido prestado al fondo de mi armario. Bertrand, que ha estado esperando fuera de mi puerta, me acompaña a la biblioteca. Estoy tan cansada que apenas puedo dar un paso, pero me obligo a seguir adelante. Tengo que pasar por esto y después irme. Las grandes puertas están entreabiertas, con los guardias personales de mis padres a ambos lados. La ira me invade. Una pradera negra y un niño sobre una roca aparecen en mi mente. Me aferro a esa imagen mientras entro en la habitación.

Mierda.

Mi madre y mi padre están aquí.

Capítulo 20

Enjaulada

—¡Emelia! —exclama mi madre acercándose apresuradamente para abrazarme con fuerza.

—Lo siento, lo siento. —A pesar de mi enfado, la culpa me atraviesa como un cuchillo. Además, tengo que proteger a Kyle—. Siento que no pudieras encontrarme.

Mi madre se aparta, con lágrimas de sangre en los ojos.

—Emelia, hemos estado tan preocupados…

—¡No lo toleraré! —grita mi padre con voz atronadora, y yo me estremezco—. Sabes lo que ha estado pasando, sabes lo que me pasó, ¡y aun así desapareces, Emelia!

—¡No he desaparecido!

—¡Hemos tenido guardias buscándote por toda la finca!

—Si me perdonan, mi señor y mi señora —interviene Kyle. Vuelve a llevar su uniforme, impecable en negro y plata, con su hermoso rostro serio. Me giro hacia él y abro la boca. No puede asumir la culpa. Mis padres están enfadados, pero me perdonarán—. Ha sido culpa mía —continúa—. Estábamos jugando.

—¿Jugando? —pregunta mi padre, inmóvil, con los ojos brillantes —. ¿Qué tipo de juego?

—Eh… Una especie de… juego de evasión. Por eso estábamos en el bosque. Soy muy rápido, ya ve…

—Yo se lo pedí —le interrumpo—. Quería probar a ver si podíamos evadir a los guardias. Eh… Para ver si era capaz de hacerlo. Ya sabéis, para protegerme, si alguna vez lo necesitara. —Quizá haya suerte y nos salgamos con la nuestra.

O quizá no. Mi madre se muerde el labio. Mi padre dilata las fosas nasales y da un paso hacia mí.

—¿Un juego? Emelia, hemos movilizado a media finca para buscarte, los guardias están en alerta máxima, ¿y me dices que estabas jugando? —Su voz se vuelve cada vez más fuerte.

—¡Fui a correr! —Mi ira aumenta, como un incendio que se descontrola. No la reprimo—. ¿Y vosotros? ¿Disfrutasteis de la velada? ¿Os divertisteis en la Cosecha Lunar? ¿Matasteis a muchos humanos?

Hay un momento de silencio, como si el tiempo se hubiera detenido. Entonces noto una mancha de sangre en la blusa de mi madre, cerca del escote. Y pierdo los estribos.

—¿Cómo habéis podido? Habéis matado a toda esa gente, ¿y para qué? ¿Para qué? ¿Ha mejorado algo? ¿O solo ha empeorado las cosas? —Me detengo, jadeando. Mi madre tiene la boca abierta y los ojos enrojecidos por las lágrimas. Mi padre parece esculpido en granito, con las arrugas de su rostro cada vez más profundas. Kyle mira al frente, con las manos entrelazadas a la espalda.

Es mi padre quien se recupera primero.

—Kyle, puedes retirarte por esta noche. Vuelve a tus aposentos, por favor.

—Sí, mi señor. —Kyle junta los talones y se inclina, después sale de la habitación sin mirarme.

Estoy furiosa.

—¡No es culpa suya! —grito—. No puedes despedirlo…

—No lo he despedido, Emelia. Lo he enviado a sus aposentos. Contrólate. —La voz de mi padre es gélida. Mi madre sigue sin moverse—. Si vas a gobernar aquí, tienes que aprender a controlarte. Quizá tu naturaleza humana…

—¿Mi naturaleza humana? ¡No puedo evitar ser como soy! —sigo gritando. Es como si fuera incapaz de hablar en un tono más bajo—. ¡Soy humana! ¿En qué me diferencio de los que habéis matado esta noche? Quizá sea hora de que tengáis otro heredero. Nadie me tomará en serio como gobernante cuando lo único que ven es comida. Quizá hubiera sido mejor que hubierais tenido éxito cuando nací. —Dirijo mi mirada hacia mi padre, que se ha puesto pálido—. Quizá hubiera sido mejor para todos.

Mi padre está paralizado, como les sucede a los vampiros cuando les embargan las emociones. Dudo que sea por mí.

Mi madre respira entrecortadamente.

—Tú… nunca debías haberlo sabido… —Una sola lágrima, rojo sangre, resbala por su mejilla.

—Por favor. ¿Creéis que no sé lo decepcionante que he sido desde el momento en que nací? —Ya no necesito gritar. Es extraño, pero es como si ya no estuviera en la habitación con mis padres. Ahora solo veo lo que son. Vampiros. Cazadores. Monstruos. No quiero formar parte de nada de eso.

—Emelia, cariño, ¿cómo puedes decir eso? —La voz de mi madre se quiebra por la emoción—. Todo lo que hemos hecho es intentar mantenerte a salvo. El mundo en el que vivimos no es…

—¿No es seguro para mí? Lo sé. Sé que no lo es. Supongo que también lo sabían los veinte humanos que matasteis esta noche. —Las palabras caen con fuerza en la habitación—. Sin embargo, es el mundo que vosotros creasteis. Así que quizá sea hora de que el mundo cambie. Si voy a ser Raven, quizá sea hora de que el mundo se adapte a mí.

No puedo decir nada más o empezaré a llorar. Mi madre se tambalea. Mi padre sale de su trance y se acerca para rodearla con el brazo por la cintura, como si fuera lo único que la mantuviera en pie. No me mira; su boca es una línea afilada.

Me invade el cansancio. Estoy tan cansada. Cansada de fingir, de contenerme, de mantener mis emociones, mi cuerpo, mi propia naturaleza, bajo control. De intentar ser algo que no soy ni seré jamás.

Me doy la vuelta y salgo de la biblioteca. Bertrand me espera fuera. Parece más pequeño, con sus ojos azules mirando al suelo. No digo nada y me dirijo a mi habitación. Me cuesta mucho no empezar a llorar. Siento una mano en la parte baja de mi espalda.

—Parece cansada, mi señora. ¿Quiere que la lleve en brazos?

Querido Bertrand. Niego con la cabeza, incapaz de evitar que mi boca se tuerza.

—No, estoy bien.

—Por supuesto, mi señora.

Cuando llegamos, despido a Bertrand. No me importa si hay alguien en mi habitación. Sentada en la cama, me quito los zapatos, uno por uno, y después me dejo caer sobre la almohada.

Y empiezo a llorar.

Sollozos enormes y entrecortados que se me atragantan y me duelen en el pecho. Abro la boca, en un grito silencioso, mientras me rindo a mi dolor. El niño sobre la roca, el miedo en sus ojos oscuros. Los gritos de los prisioneros. Mis padres, con sangre en la cara. La furia despiadada de la caza. La realidad de lo que significa formar parte de la casa Raven. Y el hecho de que no puedo tomar el relevo y continuar el ciclo del dolor.

Estoy lista para irme. Para abandonar esta casa de sangre y oscuridad aterciopelada, esta jaula resplandeciente. Para poner finalmente en marcha mi plan. Dejar atrás el peso de la responsabilidad, del nombre de mi familia, de la corona que me espera. De lo contrario, creo que podría aplastarme. Quiero elegir mi futuro y la persona que soy. Quiero vivir.

Y sé con quién quiero hacerlo.

Con Kyle.

Capítulo 21

Solo un juego

—¿Mi señora?

Llaman a la puerta. Levanto la vista del ordenador portátil. No he salido de mi habitación desde la discusión con mis padres; cuando mi madre llamó hace un rato, le dije que se marchara. Es más fácil así. No quiero verla, ver el amor y la preocupación en sus ojos oscuros, oírla intentar hacerme cambiar de opinión. No quiero que me diga que me equivoco, que no soy una decepción. Que ella no es un monstruo.

Me voy.

He pasado medio día revisando mi mochila, volviéndola a hacer, asegurándome de tener todo lo necesario para mi nueva vida. La otra mitad la he pasado dormitando, soñando con una vida junto a Kyle.

—¿Mi señora, está ahí? —Vuelven a llamar, esta vez con más fuerza. Parece la voz de Bertrand. Cierro el portátil y me froto las manos por la cara y el pelo.

—Sí.

Abro la puerta. Me encuentro con Bertrand, lleva un paquete envuelto en las manos.

—Acaba de llegar esto para usted. —Bertrand me tiende el paquete. Es rectangular, envuelto en seda de color lila claro y atado con un lazo de satén azul. Hay una pequeña etiqueta azul pegada al lazo.

—Eh…, gracias. —Agarro el paquete. Pesa bastante y hay algo líquido en su interior que se mueve cuando lo pongo en posición vertical. Frunzo el ceño y le doy la vuelta a la etiqueta. *Para mi señora*. *Confío en que esté a salvo en casa*. Quito el envoltorio de seda y descubro una botella de vino, guardada en una elegante caja de madera estampada.

—Es del Dome. —Bertrand levanta las cejas—. Ira la trajo él mismo. Parecía… preocupado, quería asegurarse de que estaba aquí. Le confirmé que se encontraba bien, pero que no recibía visitas.

Porque no puedo.

No puedo recibir visitas, aunque nunca he tenido ninguna. Y tampoco puedo salir de casa. Básicamente, estoy castigada. Por eso aún no he podido ver a Kyle para que me ayude a saltar la valla. Mi madre me comunicó mi sentencia después de decirle que se marchara, con su voz melodiosa sonando entrecortada a través de la madera y el metal de mi puerta. Mi padre y ella se marchaban de nuevo, y yo debía quedarme donde estaba.

Sí, claro.

Puede que me encierre en mi habitación, que me rodee de guardias, pero me niego a seguir siendo una prisionera. Me niego a formar parte de sus reglas, su violencia y su sangre.

—¿Kyle está de guardia esta noche? —pregunto con tono despreocupado—. Pensaba que estaría contigo.

Bertrand parece incómodo.

—Eh, bueno, es que está ocupado en este momento.

—¿Ocupado? —El miedo comienza a instalarse en lo más profundo de mi estómago.

—Sí. —Bertrand frunce aún más el ceño—. De hecho, su padre me envió, mi señora, antes de marcharse. Esta noche hay unos ejercicios de la guardia y pensó que quizá le gustaría verlos. Al fin y al cabo, pronto será Raven, y los guardias estarán bajo su mando.

No seré Raven pronto. Pero supongo que tengo que actuar como si lo fuera. Por esta noche, puedo hacerlo.

—De acuerdo. —Intento sonar decidida, como mi madre. Siento una punzada cuando pienso en ella. Y me pregunto por qué mi padre quiere que vea a los guardias.

Unos minutos después estoy fuera, de pie en lo alto de las escaleras. Enormes pilares se extienden a ambos lados, con Bertrand a mi vera. Otra fila de guardias se encuentra al pie de las escaleras,

formando un muro plateado y negro frente al césped plateado. Donde los juegos están en pleno apogeo.

Al principio no entiendo qué está pasando. Hay un vampiro sin camisa, llevando a alguien en brazos, esquivando y zigzagueando mientras evade a un grupo de guardias. Algunos empuñan armas, espadas y objetos largos con púas que brillan a la luz de la luna, y hay varios cortes en la espalda del vampiro que corre, con sangre oscura sobre su piel. Me doy cuenta de que lleva a una mujer, una humana. Viste unos vaqueros oscuros y una camisa azul hecha jirones. De repente, me doy cuenta de que es mi camisa. Y sé quién es la mujer. Un miedo frío me recorre el cuerpo. Entonces, el vampiro que corre se gira y veo su rostro.

Es Kyle.

Creo que voy a vomitar. La mano de Bertrand se posa en mi cintura.

—¿Está bien, mi señora? —Las palabras son un murmullo, destinadas solo a mis oídos.

Tardo un momento en responder.

—¿Qué están haciendo? —Giro ligeramente la cabeza. Bertrand se inclina hacia mí.

—Su padre quería que Kyle demostrara cómo logró usted evadir a los guardias hasta que la atraparon en el bosque. Me pidió que lo reasignara para entrenar a nuestros otros guardias en sus técnicas. Habilidades útiles en estos tiempos difíciles.

Por supuesto que lo hizo. A mi padre no se le escapa casi nada, gracias a su larga vida y su gran inteligencia. Sabía que me había dejado ir demasiado fácilmente. Y ahora, por supuesto, quiere que lo vea, que vea cómo sabe lo de nuestra mentira. Kyle es muy muy rápido y fuerte. Pero hay una docena de guardias a su alrededor, que también son rápidos y fuertes. Incluso desde aquí puedo ver que está haciendo un gran esfuerzo, con los músculos tensos bajo la piel. La chica que tiene en brazos está gritando, las afiladas espadas apenas la rozan al apuñalar a Kyle, que la protege con su cuerpo lo mejor que puede.

Las lágrimas me pican en los párpados. Respiro por la nariz, tratando de contenerme. La mujer que grita, los vampiros que se

lanzan en picado, me traen imágenes de un prado en penumbra que encierra una oscuridad aún más profunda.

La mano de Bertrand vuelve a posarse en mi espalda, con delicadeza.

—Podemos volver dentro, si lo desea, mi señora.

Mi corazón se retuerce y luego se endurece con ira.

—Si mi padre quiere que mire, supongo que será mejor que lo haga. —Y recordarme a mí misma lo que estoy dejando atrás. Las muertes, el dolor, los gritos de los humanos. La sangre y la oscuridad.

Bertrand mantiene la mano en mi espalda un rato más.

—Estará bien, mi señora. Ya ve lo rápido que es.

Giro la cabeza y sé que Bertrand puede ver el brillo de las lágrimas en mis ojos.

—Lo es, ¿verdad? —Mi voz tiembla. Bertrand asiente, con su rostro curtido y amable. Oh, Bertrand. Ha formado parte de mi vida desde que tengo memoria. Y desearía, oh…, desearía que pudiera venir con nosotros.

Pero no puede. Y yo me voy. Vuelvo a mirar los juegos en el césped, conteniendo la respiración mientras cuento los minutos que faltan para que esto termine y podamos irnos.

Me quedo de pie en la fría oscuridad hasta que terminan los juegos. En un momento dado, Kyle deja a Janine en el suelo y ella se aleja tambaleándose, desplomándose en una forma oscura sobre la hierba. Doy un paso adelante, pero Bertrand me pone una mano en el hombro.

—Los guardias se encargarán de ella, mi señora.

Mientras habla, dos guardias la recogen y se la llevan al lateral de la casa. Kyle sigue corriendo, con heridas recientes en la espalda y los brazos. Esto no es un juego. Es un castigo. Y mi padre quiere que lo vea.

Así que lo hago. Me muerdo con fuerza el interior de la boca cada vez que las lágrimas amenazan con brotar y, cuando por fin termina, con Kyle de rodillas, los brazos apoyados en la tierra y la cabeza gacha, entro en la casa. A mi habitación, a por mi mochila y mi plan.

Ahora estoy sentada en mi cama, mirando la puerta. Son las cinco de la mañana. Siento mi corazón helado, como si fuera realmente un vampiro, una criatura hermosa y gélida que espera en la oscuridad a su presa. Pero en realidad estoy esperando mi futuro.

Pensaba que mi madre era mi único remordimiento, lo único que me retenía aquí. Eso era antes de saber lo que ella es realmente. Lo que ambos son. Y lo que significa ser Raven.

Ahora no me arrepiento de nada.

He dejado mi collar de Raven en el tocador. La tenue luz de las velas juega con los diamantes y la plata, y destellos profundos en el azabache. Se desliza, dorada, sobre el papel doblado que yace debajo.

He decidido que no voy a cortar por completo con mis padres. Una vez que me haya instalado con Kyle, me pondré en contacto con ellos para hacerles saber que estoy a salvo. Y que no deben seguirme. He escrito una nota diciéndoles que ya no puedo continuar siendo una Raven, que deben dejarme marchar y buscar un nuevo heredero. Es breve y concisa, porque cada palabra me cuesta mucho. Espero que lo entiendan.

Se oye un rasguño, luego unos golpes sordos.

—¿Emelia? —La voz de Kyle es débil.

Corro hacia la puerta y la abro. Él se tambalea y cae en mis brazos. Le toco la cara y los brazos para asegurarme de que está bien. Los vampiros se curan rápidamente y son casi imposibles de matar. Pero ha sufrido un ataque continuo por parte de los miembros de la Guardia Raven, la fuerza de élite del reino.

—Ven a descansar —le digo mientras lo llevo a mi cama.

Se deja caer hacia atrás, con los brazos curvados sobre la cabeza.

—Menuda noche…

—Quédate todo el tiempo que necesites. Recupérate. Tómate tu tiempo.

—No tenemos tiempo —responde, mirándome con sus ojos plateados—. Si vamos a irnos, si todavía quieres marcharte, tenemos que hacerlo ya.

—¿Qué? —Me acurruco junto a él, con la cabeza apoyada en su hombro, respirando su aroma a violetas—. Pero acabas de llegar.

Primero tienes que recuperarte y luego…

—Bertrand me dejó venir solo para despedirme.

Al oír eso, siento como si la sangre se me escapara del cuerpo.

—¿Despedirte?

—Antes de irse, tu padre me dijo que va a enviarme de vuelta con Mistral.

Me incorporo.

—¡No puede hacerlo! ¡No se lo permitiré!

—Emelia. —Kyle me agarra la mano y juega con mis dedos.

—Lo sé. —Por supuesto que lo sé. No tengo nada que decir al respecto. La tristeza brota, profunda e infinita, por mi debilidad—. Entonces hagámoslo. Vámonos ahora. No puedo perderte.

Lleva mi mano a sus labios. Sus ojos plateados son tan suaves, su tacto tan delicado.

—Yo tampoco puedo perderte. —Se incorpora y se acerca a mí—. Nunca imaginé, nunca soñé que trabajaría en un lugar como este, que conocería a alguien como tú. Ahora que lo he hecho, bueno… —Hace una pausa—. Te quiero, Emelia.

El mundo parece detenerse, todo cristaliza en un momento perfecto de felicidad.

—Yo también te quiero. —Las palabras salen de mi boca, sintiéndose extrañas, como si fuera otra persona la que las dijera. Pero es mi corazón el que late como las alas de un pájaro, son mis labios los que él besa. Los barrotes de mi jaula se expanden, mi mundo se hace más grande.

Ya no soy una Raven. Ahora soy un pájaro liberado.

—No va a ser fácil —dice él unos minutos más tarde—. Y será peligroso.

—Tú me mantendrás a salvo. Confío en ti.

Inclina la cabeza hacia un lado y parece triste por un instante, con sus ojos plateados mirando hacia abajo.

—¿Estás segura de que estás preparada para vivir una vida humana? Aquí tienes más privilegios de los que crees. —Me roza los labios con los suyos para endulzar las palabras.

—¿Puedes ayudarme a hacerlo? —le pregunto.

Él sonríe.

—Por ti, cualquier cosa.

—Te quiero —repito. Siento que podría decirlo una y otra vez, eternamente, y aun así no sería suficiente para expresarle lo que siento.

—Entonces —dice, entre besos—, ¿cómo propones que salgamos de aquí? Bertrand no me dejará quedarme mucho más tiempo, pero estaba pensando que podrías reunirte conmigo y…

—O —lo interrumpo, separándome de su abrazo, fuera de la cama —. Podríamos usar esto. —Me acerco a la chimenea y presiono la hoja tallada. El panel se abre deslizándose.

Kyle se queda boquiabierto.

—¿Otro pasadizo?

—Sí. Todos están conectados. Puedo llegar a la biblioteca desde aquí y luego bajar al sótano.

—¿Y podemos salir por ahí?

—Bueno… —Esa es la parte del plan de la que no estoy segura—. Creo que hay otro pasadizo que lleva al exterior. Y si no lo hubiera, podríamos salir por el sótano. Así que pensé que quizá…

—… podríamos usarlo para salir —termina por mí, sonriendo.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué te parece?

—Creo que eres increíble. —Se acerca a mí, me levanta y me hace girar—. Pero tenemos que irnos ya. Necesitamos una hora para llegar a la Zona Segura, sobre todo conmigo en este estado. Y está amaneciendo.

Me separo de sus brazos y tomo mi bolsa. La idea de ver el mundo, de estar con Kyle, se extiende ante mí, desenrollándose como una maravillosa alfombra, iluminada por la luz del sol y el color. Y la posibilidad. Me pongo la chaqueta y agarro mi teléfono.

—Déjalo —dice Kyle—. Pueden rastrearte si lo tienes. Te compraremos uno nuevo.

Dudo un segundo, pero luego lo dejo junto a mi collar.

—Estoy lista cuando tú lo estés.

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Vamos, chica Raven. —Me tiende la mano.

La tomo y entro en el pasadizo. Miro hacia atrás, a mi habitación, a la cama perfectamente hecha, al terciopelo, la plata y la madera, al suave lino y el lujo.

Entonces, el panel se cierra y me quedo sola con Kyle en la oscuridad.

Capítulo 22

Quince segundos

La oscuridad es absoluta y, por un instante, siento miedo. Estoy sola con un vampiro que podría hacerme cualquier cosa y nadie me encontraría jamás. Tan pronto como surge ese pensamiento, se desvanece. Es Kyle. Ha jurado protegerme. Y me ama.

Me toma de la mano y me atrae suavemente hacia él.

—¿Estás bien? Parecías algo asustada.

—No, estoy bien —respondo, aunque tengo lágrimas en los ojos. Escondo el rostro contra su pecho.

—De acuerdo. —Su voz resuena grave en la oscuridad—. ¿Qué tengo que hacer?

—Hay un par de palancas, bastante arriba —murmuro, con la cara aún apoyada en él—. Yo no podía alcanzarlas. Pero tú sí.

—¿Dónde…? Ah, ya veo. —Oigo un clic. Percibo un olor húmedo, el aire es fresco.

—¿Qué es? —Espero que la oscuridad no sea un callejón sin salida.

—Escaleras. Suben, pero están llenas de telarañas. No creo que nadie haya pasado por aquí en mucho tiempo.

—Entonces, esa no.

—No lo creo. Probaré con la otra. —Se oye otro clic—. Bingo. Más escaleras. Estas bajan. Al menos van en la dirección correcta. —Me levanta en brazos.

—¡Eh!

—¿Qué? No ves nada y no quiero que te caigas.

—¿¡Hay telarañas!? —chillo. El aire nos envuelve.

—Ni una, te lo prometo.

Siento como si estuviera cayendo y me agarro fuerte a él. Al cabo de unos instantes, se detiene.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Una puerta.

Me baja y me apoyo en él. Se oye un ruido metálico, seguido de un crujido. Aparece un trozo de cielo nocturno y el aire es fresco y frío. La mano de Kyle encuentra la mía.

—Ponte más inhibidor.

Agarro el pequeño frasco y me rocío; el aroma a violetas llena el estrecho pasillo. Kyle empuja la puerta para abrirla más y se desliza por el hueco. Gira la cabeza, recortada contra el cielo.

—Vamos —dice—. Rápido.

Atravieso el hueco hacia la fría noche de noviembre. Kyle me levanta de nuevo.

—Agárrate fuerte.

Diviso una masa oscura de árboles y me doy cuenta de dónde estamos: al pie de una de las torres, cerca de donde el Gran Bosque entra en nuestros límites. Kyle se dirige directamente hacia allí, a toda velocidad. Contengo la respiración, acurrucándome contra él mientras se mueve entre los árboles, con las hojas rozándonos y las ramitas crujiendo. Todo mi cuerpo se tensa, esperando que los guardias nos desafíen. Bertrand se dará cuenta pronto, si es que no lo ha hecho ya, de que nos hemos ido.

—Agárrate fuerte. —Noto un momento de ingravidez y de repente estamos sobre la valla, todavía corriendo.

Después de unos minutos, el ruido sordo de los pies de Kyle se hace más fuerte y abro los ojos. Estamos en una carretera, con árboles a ambos lados. Levanto la cabeza.

—¿Es esta la carretera que lleva al pueblo?

—Sí. Llegaremos en unos minutos. Aguanta, Emelia, te tengo.

Me relajo mientras corremos por la noche; los oscuros árboles dan paso a los edificios al llegar a las afueras de Dark Haven. Pasamos por delante del restaurante quemado y luego por el Dome, donde hay una fila de gente esperando fuera mientras cruzamos a toda velocidad.

—¿Estamos en…?

—¡Shh!

Me siento dolida por su reacción, pero luego lo comprendo. Todavía estamos lo suficientemente cerca de casa como para que

me reconozcan. Y no hay forma de que vuelva. Detrás de mí queda la oscuridad y una responsabilidad que no quiero. Delante, mi futuro. Y Kyle me lleva hacia él.

Atravesamos Dark Haven y entramos en un campo oscuro. Al cabo de un rato, Kyle reduce la velocidad hasta detenerse y me baja. Estamos en una carretera, con plantas que brotan del asfalto agrietado y campos oscuros a ambos lados. Delante se ve el resplandor de la Zona Segura, con torres de luz que se elevan hacia el cielo nocturno.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto con voz temblorosa.

Kyle me rodea con sus brazos y me besa.

—Te prometo que estarás bien —dice, con la boca cerca de la mía —. Vamos a casa de unos amigos, un refugio seguro que conozco.

—¿Amigos?

—Amigos —repite, con otro beso—. Toma. Agarra esto. —Me pone un pequeño rollo de papel en la mano.

—¿Qué es?

—Es dinero.

—¿En serio?

—Sí. Moneda humana. Ellos no llevan oro como nosotros.

Lo miro, frunciendo el ceño. A pesar de que me rodea con sus brazos, no consigo relajarme del todo.

—Eh…, ¿qué quieres decir con un refugio seguro?

—Una casa donde los vampiros pueden descansar durante el día, con una habitación interior. Yo me quedaré allí mientras ellos te sacan a pasar el día.

—¿Salir durante el día?

—Sí. —Kyle sonríe—. Este es el comienzo de tu vida humana. Pensé que te gustaría ver lo que te espera.

—Pero ¿y si un…?

—Nadie te reconocerá. Y, de todos modos, no nos quedaremos mucho tiempo.

—¿No?

—Emelia, querida, sabes que nos estarán buscando. Debemos seguir adelante.

Vale. Tiene sentido. Seguir adelante siempre fue parte del plan. Pero la realidad y lo poco que sé me hacen dudar. Quería dejar mi hogar, mi vida, y vivir como humana. Pero empiezo a darme cuenta de lo grande que es ese paso.

—¿A dónde iremos ahora? Siempre pensé que iría a otra Zona Segura, o tal vez incluso viajaría a otro lugar, a otro país. Pero no estoy segura de cómo…

—No te preocupes por eso. Lo resolveremos juntos.

—¿Y conoces bien a esas personas?

—Los conozco desde hace años. —Me toma el rostro entre las manos—. Confía en mí, mi amor. Nunca te pondría en peligro.

Me aferro a él, entierro mi rostro en su chaqueta e inhalo su aroma a violetas, tratando de relajarme. Tengo que confiar en él. También sé que no podemos quedarnos aquí. Doy un paso atrás y me paso las manos por el pelo.

—Está bien. Vamos.

Empezamos a caminar. No estoy acostumbrada a luces tan brillantes y me resulta extraño, como si estuviera en un escenario en lugar de al aire libre. Las luces están en postes altos conectados por cables, y sus globos son tan brillantes que no puedo mirarlos directamente. Kyle se mantiene en las sombras, mientras yo camino fascinada entre charcos brillantes de plata y oro. Entonces veo un pequeño edificio cuadrado más adelante. Me detengo. Pero todo lo demás está vallado y no podemos evitar pasar por allí. Kyle me agarra de la mano.

—Estamos a punto de pasar por el control —murmura—. Ahora eres Emily Reynolds. No puedes ser Emelia Raven, ya no.

Intento no asustarme. Pero, al acercarnos al edificio, un bloque oscuro pegado a la hierba, aparecen dos vampiros. Mierda. Guardias Raven. Rezo para que no me reconozcan. Aprieto la mano de Kyle, con la palma sudorosa.

—No te preocupes, Emily —dice él—. Solo tenemos que llevarte a casa.

Sé que lo dice para los guardias, que están al alcance del oído. Se acercan rápidamente.

—Alto. Están entrando en una Zona Segura Raven… ¡Kyle! —Uno de los guardias, fornido y de piel oscura, sonríe, mostrando sus dientes blancos—. ¿Qué haces aquí? ¿Otro día libre?

—¡Declan! —Kyle me suelta para estrechar la mano del guardia—. ¡Me alegro de verte! Sí, otro día libre. Emily tiene familia en la Zona, así que le dije que la llevaría. No hace falta que la registres, ¿verdad?

—Tenemos que registrar a todos los humanos que entran en la Zona. —El otro guardia es alto, pálido y tiene el pelo largo y rubio recogido en una coleta—. Para asegurarnos de que no tienen ninguna enfermedad. Solo será un momento.

Mierda. ¿Por qué Kyle no me avisó?

—Bueno, que sea rápido, está amaneciendo y tengo que entrar. —El tono de Kyle es ligero, pero su mano, que sujeta la mía, está tensa.

El guardia alto me agarra de la muñeca y me empuja hacia el interior del edificio.

Dentro está oscuro, no veo mucho. Reprimo un grito cuando me quitan la chaqueta de los hombros, luego la camisa, dejándome solo con el sujetador. Entonces las manos del guardia se posan en mi cuerpo, en la parte interior de mis piernas, girando un brazo y luego el otro. Se inclina para oler mi cuello y me quedo paralizada. Mierda. El inhibidor. Es caro, no mucha gente lo lleva.

—¿Va todo bien? —Percibo la tensión en la voz de Kyle.

—Lleva inhibidor. Y no hay ningún puerto sanguíneo por ninguna parte. ¿De dónde ha salido?

¿Puerto sanguíneo? ¿Qué coño es un «puerto sanguíneo»? Estoy temblando de indignación y miedo; indignación por su descaro al tocarme, y miedo a que nos descubran. Yo estaré bien, por supuesto. Pero Kyle…

—Es una bailarina de sangre. De la finca Raven. No tienen puertos sanguíneos, ya lo sabes. Los de libre pastoreo nunca los tienen. Siempre los rocían con inhibidor cuando tienen un día libre. Vamos, tío, le dije que la llevaría a ver a su familia. Déjanos pasar, ¿quieres?

Contengo la respiración. El vampiro rubio sigue tocándome. Declan, el otro guardia, está de pie cerca.

—Te costará caro.

—Está bien. —No tenemos otra opción, y Kyle lo sabe—. ¿Qué quieres?

—Probar a tu guapa acompañante.

Me quedo paralizada. Joder. Rezo a Dios, a la oscuridad y a todo lo que se me ocurre. Se oye un clic y una pequeña lámpara de vela se enciende sobre el escritorio.

—¿Para qué es eso? —pregunta Kyle furioso.

—Quiero que me vea mientras me alimento de ella.

—Ni hablar.

—Solo un pequeño mordisco. Rara vez tenemos libertad de acción. Y tu compañera, a pesar del inhibidor, huele deliciosamente. —Me sujeta la muñeca y recorre con la nariz mi brazo hasta el pliegue del codo. Estoy helada y trato de no llorar. Al fin y al cabo, una bailarina de sangre estaría acostumbrada a ese tipo de atenciones. Así que estamos jodidos.

Los ojos plateados de Kyle se posan en mí.

—Cinco segundos.

—Treinta. —Joder.

—Quince, y yo te cronometraré.

—Hecho.

Antes de que pueda reaccionar, el guardia saca los colmillos y me muerde. Me estremezco, tratando de no gritar por la presión que siento en las venas. ¿Cómo… cómo hacen los bailarines de sangre esto día tras día? Se me escapan un par de lágrimas y trato de no jadear. ¿Cuánto tiempo duran quince segundos, joder? Parecen quince horas.

—Ya has terminado. Suéltala. —Kyle tiene los puños cerrados y el rostro impasible. Pero el guardia no me suelta, sino que chupa con más fuerza. Gimo de dolor, incapaz de evitarlo.

—¡Suéltala, joder! —ruge Kyle. Se lanza hacia delante, pero Declan lo agarra y lo retiene—. ¡No ha tomado ningún analgésico!

Ah. Así es como lo hacen. O tal vez simplemente se acostumbran. Empiezo a sentirme mareada y mis ojos se encuentran con los de Declan, suplicantes. La tensión en mis venas se hace más fuerte, la

boca del guardia se aferra a mi brazo, sus tragos son violentos en su intensidad. No creo que pueda aguantar mucho más.

—Por favor… —susurro, el aliento se me escapa.

Kyle sigue rugiendo, liberándose de Declan. Pero antes de que pueda alcanzarme, Declan ya está con la mano en la garganta de James, estrangulándolo.

—Déjala ir, te estás pasando. No necesitas otro informe, James. Y, como la dejes seca, yo mismo te haré uno. Sabes que las bailarinas de sangre de Raven son caras; si le haces daño a esta, te vas a la ruina. —Empuja al otro guardia, que finalmente me suelta, gimiendo, con los labios oscuros por la sangre. Mi sangre. Joder. Me siento mal.

—No me importa. Ha merecido la pena. —Se desploma en una silla—. Nunca había probado nada igual. Las bailarinas Raven son realmente las mejores.

Estoy medio desnuda, tengo frío y tiemblo. La sangre me corre por el codo y el dolor se extiende hasta el hombro.

Kyle me sujeta cuando caigo.

Capítulo 23

Refugio

Las cosas se vuelven borrosas después de eso. Oigo a Kyle discutiendo con Declan. Y a Declan disculpándose. Alguien me toca el codo y el dolor disminuye, como si estuviera sanando. Luego escucho el canto de los pájaros, el susurro de los árboles, una ráfaga de aire frío. Me doy cuenta de que Kyle me está hablando. Está sentado, acunándome contra él.

—Lo siento mucho. Pensé que estaríamos bien. Mierda. —Me sacude. Mis párpados se agitan. Intento hablar, pero solo me sale un gemido débil. Estoy helada. Kyle me atrae más hacia él—. ¡Despierta! Emelia, háblame. Joder. Vamos, Emelia, despierta.

Suena preocupado, así que hago un esfuerzo.

—Frío —consigo decir entre dientes, que han empezado a castañetear.

—¡Dios y oscuridad! —Casi solloza las palabras. Siento el cosquilleo de su cabello contra mi piel desnuda, luego el de sus manos mientras me pone la camisa y la chaqueta.

—Lo siento mucho —repite, besándome y abrazándome—. He acordado con Declan que nos dejen pasar directamente cuando salgamos de la Zona Segura. Y ese cabrón de James… voy a denunciarlo.

—Está bien. —Mis labios están hinchados y pastosos, las palabras salen entrecortadas. Pero no miento. Casi me dejan seca, tengo frío y estoy débil, pero nada de eso importa mientras esté con Kyle.

—¿Puedes levantarte?

—No estoy segura.

—Yo te llevaré. Está amaneciendo, así que tenemos que darnos prisa.

Con un movimiento fluido, se pone de pie y me sujeta fuerte contra su pecho. Corremos entre las últimas sombras tenues de la

noche, entre casas bajas de ladrillo, con ventanas que brillan como cuadrados dorados en la oscuridad. Después de unos minutos, Kyle reduce la velocidad y gira por un camino de entrada. La casa al final tiene persianas metálicas como las de la mía, plantas en macetas a lo largo del porche delantero, pequeñas flores y hojas verdes.

Kyle llama a la puerta principal. Una vez, dos veces, luego una tercera. Se abre una ventanilla.

—Hola, Ruth. Somos Kyle y una amiga. ¿Tienes sitio?

—¡Kyle! —Vislumbro un rostro pálido y arrugado. Desaparece. Un momento después, se abre la puerta. Hay una mujer, pequeña y con curvas, envuelta en capas de tejido de punto—. Entrad, entrad, ya casi amanece —dice, haciéndonos pasar. Mira a ambos lados antes de cerrar la puerta; oigo cómo se accionan varios cerrojos. El pasillo es pequeño, con suelo de baldosas. Huelo comida cocinada, vainilla, limones, un ligero olor químico.

—Ruth, ella es mi amiga Emily. Emily, ella es Ruth. Esta es su casa.

—Encantada de conocerte —digo, aunque me cuesta levantar la cabeza. Estoy agotada.

—Ruth, ¿tienes algo de comer para Emily? Tuvimos un problema de camino aquí, uno de los guardias…

—¿James?

—Sí. ¡Ese cabrón! ¡No tenía derecho!

—He oído hablar de él. Oh, querida, lo siento. —Me toca el brazo —. No tienes buen aspecto. Vamos, tráela.

Kyle me lleva a través de una puerta hasta una gran sala. Es como sacada de una película. Hay una zona de estar con un sofá y sillas acolchados de color marrón sobre una alfombra colorida, y papel pintado floral en una de las paredes. Las otras están pintadas de blanco. Junto a la zona de estar hay una mesa de comedor con sillas, y, más allá, una cocina con armarios de madera marrón, separada del comedor por una encimera larga y dos taburetes. Kyle me lleva hasta el sofá y me deposita en él, haciendo un gesto de dolor ante el resplandor de dos lámparas cercanas. Ruth las atenúa hasta que brillan como velas y luego pulsa un botón empotrado en la

pared. Se oye un leve rumor y las persianas comienzan a bajar por las ventanas, ocultando el cielo que se ilumina rápidamente.

Kyle se arrodilla a mis pies y me quita las botas con una mirada tan suave y tierna que me dan ganas de llorar. Mientras tanto, Ruth se afana en la cocina: se oye el ruido de una cacerola, el olor de algo delicioso, un silbido y un crujido de plástico.

Trae una bandeja con un cuenco del que sale vapor, una cuchara y una servilleta de tela con los bordes ligeramente deshilachados. También hay un paquete de plástico con un líquido oscuro y una pajita. Lo coloca sobre una mesa baja de madera, con las baldosas desgastadas.

—¿Puedes sentarte, querida? Tengo caldo de huesos para ti. Te hará sentir mejor enseguida.

¿Caldo de huesos? Nunca lo he probado, pero huele delicioso.

—Sí, creo que puedo. —Con la ayuda de Kyle, me incorporo. Ya no estoy tan mareada, lo cual es bueno. El cuenco está lleno de un líquido beis con hojas verdes flotando. Sumerjo la cuchara y me la llevo a la boca. Los sabores explotan en mi lengua: ajo, hierbas, sal y carne, caliente y delicioso.

—¿Qué tal está, querida? —Ruth está de pie cerca, retorciéndose las manos.

—Mmm, delicioso. Gracias.

Ruth sonríe. Su rostro cambia, la expresión preocupada se desvanece. Se inclina para pasarme la servilleta y su manga se desliza, dejando al descubierto una marca redonda en la piel del interior de su codo, cubierta con una tirita transparente.

—De nada. ¿Os quedaréis mucho tiempo?

—Solo hoy —responde Kyle—. ¿Te importaría enseñarle el lugar a Emily mientras descanso? No ha estado aquí antes. Vive en la noche, principalmente.

—¿Ah, sí? —pregunta Ruth, inclinando la cabeza y fijando sus ojos marrones en mí—. Por supuesto. Aunque no tengo muchos planes para hoy, espero que no te resulte demasiado aburrido.

—No pasa nada —digo, algo distraída. Kyle ha agarrado la bolsa de plástico y acabo de darme cuenta de que está llena de sangre. El plástico es opaco, de color lechoso, y el líquido del interior es oscuro.

Está bebiéndolo con una pajita y nunca había visto nada parecido en mi vida. Frunzo el ceño y abro la boca para preguntarle. Él abre ligeramente los ojos y niega con la cabeza. Me detengo. Imagino que es algo que debería saber. Por suerte, Ruth no se ha dado cuenta. Ha vuelto a la cocina y regresa con otro cuenco de caldo.

—Mejor me uno a vosotros. Ya casi es la hora del desayuno.

¿Ya? Normalmente es mi hora de dormir. Bebo más del delicioso caldo, sintiendo cómo me reconforta. Bostezo, dejo la cuchara y me tapo la boca con la mano.

—Te llevaré a la habitación segura en un momento —dice Ruth—. ¿Necesitas descansar, querida? ¿O prefieres salir directamente?

—Creo que un descanso. ¿Te parece bien? —Tengo sueño. También necesito pasar un rato a solas con Kyle. No solo para estar con él, sino también porque me estoy dando cuenta de lo poco preparada que estoy.

—Por supuesto. Dame un minuto para preparar la cama. —Ruth se levanta y se dirige al pasillo. Kyle me rodea con el brazo.

—¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza.

—Mucho mejor.

—Bien. —Me besa—. Me tenías preocupado.

Ruth vuelve.

—Todo listo para vosotros.

Kyle se levanta y me ofrece su mano. La tomo y me pongo de pie, contenta de darme cuenta de que puedo hacerlo. Seguimos a Ruth hacia el pasillo. Una puerta de aspecto pesado en un extremo está entreabierta, la habitación más allá está a oscuras, salvo por el tenue resplandor de una lámpara de vela.

—He encendido la luz para ti —dice Ruth, sonriéndome—. Saldremos cuando hayas descansado un poco. Kyle… —le toma del brazo y lo aleja de mí—, ¿tienes un momento? Solo quiero preguntarte algo.

Entro en la habitación y la puerta se cierra detrás de mí con un golpe sordo. El espacio es pequeño y cuadrado, sin ventanas, con las paredes pintadas de azul. Hay una cama doble contra una pared, con sábanas blancas, impecablemente limpias. Junto a ella, a un

lado, hay una mesita con una sola lámpara de vela, una jarra de agua y un cuenco. Al otro lado hay dos cofres de madera. No hay espacio para nada más. Me quito la chaqueta y la cuelgo en uno de los ganchos de la pared. Me siento en la cama, me recuesto y suspiro, aliviada. Se oye un murmullo de voces en el pasillo, pero estoy demasiado cansada para escuchar lo que dicen. Las voces se detienen y se abre la puerta, dejando entrar a Kyle. Cuelga su chaqueta y se acuesta en la cama a mi lado. Me vuelvo hacia él y, para mi horror, empiezo a llorar.

¿Qué demonios?

Aquí estoy, sola en una habitación con mi novio vampiro increíblemente atractivo, al comienzo de nuestra nueva vida juntos, y lo único que puedo hacer es llorar. Una parte de mí grita: «¿Qué estás haciendo? ¡Aprovecha este momento!». Pero parece que no puedo parar. Me doy cuenta de que debe de ser una reacción, la combinación del cansancio, el haber dejado mi hogar y los horribles acontecimientos en la estación fronteriza que me abruman. Kyle es maravilloso, me abraza hasta que mis lágrimas se convierten en sollozos y me acaricia el pelo.

—¿Estás bien?

Suelto una risa entrecortada porque en realidad no lo estoy.

—Odio ser humana. —Mierda. ¿De dónde ha salido eso?

—¿Qué? Pensaba que era lo que querías, vivir una vida humana.

—Lo odio. Lo odio tanto. Ojalá fuera como tú. —Más palabras salen de mi boca. Es como si se hubiera derrumbado un muro. Nunca se lo he contado a nadie, excepto a mis padres. Es insoportablemente íntimo estar sola en esta habitación oscura con él, con el brillo de sus ojos plateados observándome mientras me desahogo, con sus manos acariciándome—. Ojalá fuera más fuerte, más rápida, y pudiera hacer… ¡todas las cosas que tú haces! Joder.

—Oye. —Kyle se mueve y yo ruedo sobre mi espalda, con su peso a medias sobre mí. Me besa—. Te quiero tal y como eres, Emelia Raven. Si no fueras humana, no serías tú.

—Pero —digo entre besos—, si fuera un vampiro, podríamos correr juntos, ¡podríamos hacerlo todo! No habríamos tenido que irnos. Y tú no tendrías que protegerme.

—Y entonces nunca nos habríamos conocido. —Sonríe, y su cabello cae hacia delante y me hace cosquillas en la frente.

Bueno. Es un argumento bastante sólido. No se me ocurre nada para refutarlo, sus besos me distraen.

Levanta la cabeza.

—Emelia, lo entiendo, créeme. Pero has vivido una vida de privilegios más allá de cualquier humano que haya conocido. ¿Alguna vez alguien intentó… cambiarte?

Asiento con la cabeza.

Él se echa hacia atrás, levantando las cejas.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

¿Qué pasó? Fue horrible. El rostro manchado de sangre de mi madre todavía aparece de vez en cuando en mis pesadillas. Le rogué que practicara la magia de la sangre en mí, detestando mi cuerpo suave y rosado, con su sangre menstrual y la vergüenza, su debilidad y emociones. Mi padre se negó a participar, y su desdén fue casi tan difícil de soportar como las lágrimas de mi madre. Fue un desastre desde el principio hasta el sangriento final. Giro la muñeca y el resplandor de la lámpara de vela ilumina la tenue cicatriz que brilla en mi muñeca. Es casi invisible, solo se ve desde el ángulo adecuado. Pero las cicatrices dentro de mí siguen ahí. Las siento, puedo tocarlas, en mis días más oscuros. Nunca le volví a pedir que me cambiara.

—Resulta que soy inmune —murmuro—. Porque mis padres son vampiros. Ya tengo la magia de la sangre dentro de mí. —Me pongo tensa. Quizá él no quiera quedarse conmigo ahora que sabe que nunca seré como él.

Me besa en la frente.

—Bueno, me hacía preguntas…

—¿Sobre qué?

—Te curas muy rápido, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiero decir, la noche que fuimos a la cascada, cuando salimos del bosque, te dejé caer. Y a la velocidad a la que iba…, bueno, deberías haberte hecho daño. Pero no fue así. Y hoy —continúa, con la mano bajo mi camisa y los dedos moviéndose sobre

mi piel—, James te sacó mucha sangre. Muchísima. Quería hacerle pedazos. —Su expresión se ensombrece—. No deberías estar despierta ahora mismo, y mucho menos poder mantenerte en pie.

Recuerdo a Danae, desmayándose mientras mi padre se alimentaba de ella tras el ataque en el salón de baile, lo débil que estaba cuando se la llevaron. Vale, quizá tenga razón.

—Y por último… —su mano se desliza más abajo, moviéndose con más intención—, ¿quién dice que me gustan las chicas vampiro?

Oh.

Los besos se reanudan, las manos de Kyle, su cuerpo, borran el contacto del guardia, la horrible intimidad de él alimentándose de mí. Después, nos quedamos acurrucados juntos, su piel fría contra la mía. Estoy casi dormida cuando me asalta un pensamiento.

—¿Kyle?

—¿Umm?

—¿Qué es un puerto sanguíneo?

Él se mueve contra mí.

—¿Viste la marca en el codo de Ruth?

—Mmm… —La cicatriz redonda, cubierta con una tirita transparente.

—Eso es un puerto sanguíneo. Los humanos tienen que donar sangre cada mes. Así es como funciona la Zona Segura.

—¿Ah, sí? —Sabía que de alguna manera tenían que ver con la sangre y con obtenerla de los humanos. Pero supongo que pensaba que se hacía con agujas o algo así, como cuando la gente donaba sangre en los programas que veía.

—Sí. Tu familia… Bueno, tienes que darte cuenta, Emelia, de que las cosas no son así para la mayoría de los vampiros. Raven tiene ganado…, humanos, a demanda, para todos. Incluso los guardias. No suele ser así.

—Claro. —Se me han quitado las ganas de dormir. Miro fijamente la oscuridad, pensativa. Había visto películas antiguas, leído libros, aprendido sobre el pasado humano en mis clases. Creía saber en qué me estaba metiendo, lo que significaría vivir una vida humana. Creía saber qué me esperaba cuando llegara a las Zonas Seguras. Pero ahora, al conocer a Ruth, al ver la marca en su brazo y la forma

en que me trató el guardia, me doy cuenta de lo equivocada que estaba. No puedo volver a casa. Pero también me doy cuenta de que las cosas quizá no sean como yo pensaba. Agarro con fuerza el musculoso antebrazo de Kyle como si fuera un salvavidas que me mantiene a salvo. Quería una vida en sus brazos. Pero ahora me pregunto cómo será cuando ya no esté en ellos.

—¿Tienes sueño?

Noto que está listo otra vez, duro contra mí.

—Mmmm… —No lo estoy. Solo necesito pensar sin que Kyle, por muy encantador que sea, me distraiga. Me acurruco en sus brazos y ralentizo mi respiración. Pero él me conoce demasiado bien. Un depredador, como he dicho, no se pierde ningún detalle de su presa.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Me abraza con suavidad—. Vale, bueno, ¿tendré que conseguir uno de esos?

—¿Uno de qué?

—Un puerto sanguíneo.

Kyle me besa.

—No. No nos quedaremos el tiempo suficiente para eso.

—Claro, por supuesto. —No podemos quedarnos en esta Zona Segura. Es uno de los primeros lugares donde mis padres me buscarán. Mi plan siempre había sido seguir moviéndome, ir a otros asentamientos humanos, más lejos. Pero solo tenía una vaga idea de cómo hacerlo, ya que mis pensamientos recientes estaban consumidos por mi sueño de un futuro con Kyle, libre del peso de ser Raven—. ¿A dónde iremos ahora?

—No te preocupes por eso. —Me besa de nuevo—. Estamos aquí, juntos. ¿No es eso lo único que importa?

No respondo.

Me empuja suavemente y me coloco boca arriba. Se tumba sobre mí, cálido y fresco, suave y duro.

—¿Qué más te preocupa?

Sus besos son suaves, pero no consigo relajarme.

—Es solo que… no me gustó cómo me trató el guardia.

Los besos se detienen.

—Casi te mata. —La ira se refleja en su tono.

—Oh, no es eso. Bueno, sí, eso, pero también… —Pienso en cómo expresarlo con palabras—. La forma en que me desnudó. Y me olisqueó. La forma en que no me hablaba a mí, solo a ti. ¿Así es como es para los humanos? ¿Es eso todo lo que somos? —Las palabras se pierden en la oscuridad teñida de azul. Es como si estuviéramos bajo el agua, en un lugar silencioso solo para nosotros.

Kyle se queda callado un momento.

—Así es como se trata a la mayoría de los humanos, sí. —Su voz es monótona—. ¡Pero puede haber amor entre humanos y vampiros, a pesar de sus reglas! —Suena más feroz, su voz se vuelve más grave.

—¿Reglas?

Kyle se queda en silencio un momento.

—Emelia, lo que estamos haciendo juntos, la vida que quieres vivir conmigo, está mal vista. Oh, no por quién eres, aunque… —se ríe—, eso sería un problema para mí, creo. Es por lo que eres.

Me quedo en silencio, con la boca torcida.

—Los humanos y los vampiros… Bueno, no pueden impedir que nos amemos, pero lo que han estado haciendo en los últimos años es prohibirnos crear más vampiros. Los humanos son demasiado valiosos, ya ves, como reserva de sangre. Y los vampiros, bueno, ya somos suficientes. Así que, si fueras un humano diferente y yo quisiera convertirte para que pudiéramos estar juntos para siempre… —su voz se vuelve áspera—, no estaría permitido. Te matarían y a mí me enviarían a los fosos.

—Pero, de todos modos, tú no puedes convertirme. —Dios, ni siquiera puedo ser humana correctamente—. No me había dado cuenta…

—¡No quiero cambiarte! Eres perfecta tal y como eres. —Me besa en la mejilla, luego se gira hacia un lado y me atrae hacia sus brazos —. No te preocupes por lo que va a pasar después. Yo te cuidaré.

Se queda en silencio. Yo miro fijamente las sombras azules, pensativa.

Capítulo 24

La zona segura

Me despierto cuando Kyle me sacude.

—Eh, dormilona. Te vas a perder el día si no te levantas pronto.

La bruma del sueño se disipa y recuerdo dónde estoy, qué está pasando. Me incorporo y me paso la mano por el pelo.

—¿Cómo te sientes? —La mano de Kyle se desliza por mi espalda.

—Bien. —Y así es. Ya sea por el sueño, el caldo de huesos o mis supuestos poderes curativos, me siento como nueva. O tal vez sea por Kyle. Le lanzo una mirada cariñosa mientras me lavo con la jarra y el cuenco, y me seco con la toalla blanca y suave doblada en el pequeño estante inferior. Me visto, vuelvo a la cama y me acuesto de nuevo.

—¿Te estás arrepintiendo?

Niego con la cabeza, aunque tengo miedo. Nunca he ido a ningún sitio sin guardaespaldas, nunca he salido durante el día y ahora estoy a punto de hacer ambas cosas, en un mundo del que no sé nada.

—Ojalá pudieras venir conmigo. —Me acurruco en su hombro, respirando su aroma a violetas.

—Sabes que no puedo. —Sin embargo, me abraza, como si no quisiera dejarme ir.

—¿Y si cometo un error?

—No lo harás. Eres demasiado inteligente para eso. —Me acaricia el pelo—. Pero si lo haces, diles que eres libre, salvaje. Que vives conmigo por las noches.

—Pero Ruth te conoce.

—Sí, pero hace tiempo que no me ve. Las cosas cambian.

No digo nada.

—Oye, Emelia. Todo irá bien. Esto es una aventura, ¿recuerdas? El comienzo de una nueva vida. La luz del día te espera.

Tiene razón. Puede que esté asustada, pero también emocionada. Quiero verlo. Ojalá él también pudiera. Me muerde el cuello y doy un respingo.

—Tengo que quedarme aquí, ya lo sabes. Así que vete, disfruta.

—Ojalá pudieras ver el sol.

Esboza una media sonrisa.

—Lo recuerdo —dice—. Y estaré aquí cuando vuelvas.

Me besa intensamente. Cierro los ojos con fuerza, como para capturar cada gota de su esencia, con mis labios sobre los suyos hasta el último momento. Luego se recuesta y cierra sus ojos plateados. Llaman a la puerta.

—Buenos días, Emily. ¿Estás lista?

Lo estoy. A pesar de que esto podría salir mal de muchas maneras, estoy lista.

—Ya salgo. —Abro la puerta y me deslizo por el hueco más pequeño posible, aunque el pasillo sigue a oscuras. Me aseguro de que la puerta quede cerrada y sigo a Ruth hasta el salón.

Donde las persianas están abiertas.

Levanto la mano involuntariamente, deslumbrada. He visto salir el sol, pero esto es diferente. Es la luz resplandeciente de la mañana. Resisto el impulso de esconderme, de refugiarme en las sombras. No soy mi madre.

—Toma, prueba con estas. —Me ponen algo duro en la mano. Entrecierro los ojos para ver unas gafas con cristales oscuros. Me las pongo y el alivio es instantáneo.

—Gracias.

Ruth me mira con curiosidad.

—¿Nunca habías visto esto antes?

Niego con la cabeza, con cuidado de que no se me caigan las gafas.

—No. Yo… vivo en la noche.

—¿Con Kyle? ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Un poco. —Por un segundo, deseo volver con Kyle a la oscuridad de la habitación segura. Siento como si la brillante luz blanca me dejara al descubierto, como si Ruth, por muy amable que sea, pudiera ver mi interior—. Él me cuida.

Ruth frunce el ceño.

—Ten cuidado. —Me pone una mano en el brazo con delicadeza—. Si se cansa de ti, ven aquí. Ponte a salvo.

Frunzo el ceño.

—Eh, gracias.

Me observa un momento más y luego esboza una amplia sonrisa.

—¿Vamos? Hay mucho que ver, si nunca has estado aquí.

La sigo de vuelta al pasillo. Abre la puerta principal y se queda de pie, bajo el marco. Ahora puedo sentir la luz, cálida sobre mi piel a pesar del frío de noviembre. Por primera vez en mi vida, no puedo oler las violetas.

Afuera, en la pequeña terraza, las flores de las macetas están abiertas, con pétalos de suave color púrpura y amarillo brillante. La luz lo inunda todo, tiñendo los ladrillos rojos de un naranja resplandeciente, reflejándose en las ventanas y en las hebillas plateadas de mi chaqueta. Mi piel es de un blanco deslumbrante, brillante, casi como la de mi madre. A pesar de lo que siento por ella, me duele que nunca haya sabido, ni sabrá jamás, cómo es esto o cómo se siente. Me bajo las gafas, pero hay demasiada luz y rápidamente me las vuelvo a colocar en el puente de la nariz.

—Tienes unos ojos bonitos, Emily. —Ruth sonríe—. Brillantes. Muy poco comunes.

Siento un escalofrío. Quizá haya suficiente vampiro en mí como para que mis ojos sean diferentes. Quizá huelo diferente. Empiezo a entrar en pánico, pero luego me doy cuenta de que no hay posibilidad de que ningún otro vampiro me vea, no hasta que vuelva con Kyle y esté bajo su protección.

Así que me encojo de hombros y esbozo una media sonrisa.

—Gracias.

Caminamos por una calle con casas a ambos lados, algunas con bonitos jardines bordeados por pequeños setos, otras con pavimento liso. No hay muchos coches, y los que veo parecen viejos y desgastados, algunos con óxido o pintura descascarillada, nada que ver con el elegante Mercedes negro de mi familia. Uno pasa lentamente, con el motor rugiendo y tosiendo. Lo veo alejarse.

—¿Emily?

—¡Oh! Lo siento. Es solo que… —No sé cómo terminar la frase. Ruth inclina ligeramente la cabeza y cruza los brazos—. Oh, bueno, los coches. Son… un poco diferentes.

—¿A lo que estás acostumbrada?

Respiro hondo. ¿Cómo puede saber ella a qué estoy acostumbrada?

—Eh, bueno, la verdad es que no conducimos mucho.

—Nosotros tampoco. Ya sabes cómo es. La gasolina escasea y los vampiros tienden a quedarse con la que hay para su propio uso. Y, por supuesto, ya no producimos mucha.

—Claro. —Reprimo mis otras preguntas, tratando de no mirar todo a mi alrededor.

¡Pero el cielo! Es amplio, alto y azul, pero no del azul marino oscuro de la noche. Este azul es brillante, con tonos dorados donde brilla el sol. Y el sol es otra maravilla, mucho más brillante que la luna, tan brillante que no puedo mirarlo, ni siquiera con gafas. Las nubes blancas flotan como volutas de humo y parece ilimitado, como si pudiera impulsarme desde el suelo y flotar, rodeada de luz azul, girando en el aire fresco y luminoso.

—No estás acostumbrada a esto, ¿verdad?

—Eh, no, supongo que no. —Hago una pausa—. ¿Es raro? —Me alegro de que las gafas oscuras me cubran los ojos.

Ruth se encoge de hombros.

—Bueno, es inusual conocer a alguien que vive en la oscuridad todo el tiempo. Aunque supongo que debe de haber otros humanos como tú. Necesitamos la luz del sol, ¿sabes? ¿Tus padres nunca te sacaban durante el día?

—No. —Intento pensar en una mentira creíble—. Ellos… eran bailarines de sangre. Así que estaban despiertos casi todo el tiempo por la noche. Y supongo que yo también. Luego conocí a Kyle y me pareció más fácil seguir así.

Ruth asiente con la cabeza, el sol reflejándose en su cabello castaño claro.

—Entonces, ¿tus padres ya no están?

—No. —En silencio, pido perdón a mis padres por la mentira—. Sin embargo, le pidieron a Kyle que me cuidara. —Al menos eso es

cierto.

—Umm. —No me mira—. ¿Y él es bueno contigo?

—Sí. —Otra verdad.

—Bien.

Llegamos a un cruce, Ruth gira a la izquierda y la carretera se ensancha. Pasa otro coche, con una cuerda sujetando la puerta cerrada y cartón cubriendo una de las ventanillas laterales. Pienso en las carreteras oscuras y desiertas por las que solía viajar, con el suave cuero y el cristal curvado protegiéndome. También en los coches que he visto en las películas, brillantes y relucientes, llenos de gente que ríe.

«Necesitamos la luz del sol». Las palabras de Ruth resuenan en mi mente, junto con la ira. Supongo que mi madre hizo todo lo que pudo. Pero el hecho es que me han mantenido en la oscuridad toda mi vida, en más de un sentido.

—¿Adónde vamos? —Los edificios se hacen más grandes, como cajas cuadradas con grandes ventanas. Algunas están rotas. Detrás de una de ellas, un grupo se sienta alrededor de una gran mesa, mientras un hombre se pone de pie a la cabecera, con los brazos extendidos mientras se dirige a su público. Apenas puedo asimilarlo todo. Es como si las películas que solía ver, sola en la biblioteca, hubieran cobrado vida. La luz del sol se filtra a través de las ramas desnudas, los edificios con sus letreros y la gente que va y viene. Incluso los coches, viejos y desgastados, contribuyen a la ilusión.

Porque eso es lo que es. Me estoy dando cuenta, con incomodidad, de que esta gente está atrapada, de que esta no es la vida soleada y libre que había imaginado. ¿A dónde más pueden ir? Con cada paso que doy, mi ira aumenta. Siento que entiendo un poco más su deseo de rebelión.

—He pensado en llevarte a la playa —dice Ruth, interrumpiendo mis pensamientos.

La miro fijamente.

—¿A la playa?

El camino ha ido ascendiendo mientras caminábamos, con el cielo azul arqueándose sobre nosotras. Llegamos a la cima de la colina y me quedo sin aliento.

El mar.

Una vez vi el mar, de camino a casa después de una reunión. Mis padres detuvieron el coche y me dejaron salir para verlo. Estaba oscuro, por supuesto, solo se veía un trozo de luna, el mar era como encaje y terciopelo, en constante movimiento. Todavía recuerdo el olor a sal, la forma en que el viento me azotaba la cara y se enredaba en mi pelo, la atracción del agua en mi propia sangre, que se reflejaba en los latidos de mi corazón.

De pie en lo alto de la colina, vuelvo a sentir aquella misma atracción. Las casas se agrupan a lo largo del paseo marítimo, puntos de colores de gente que se mueve por las calles y por la curva dorada de arena. Me subo las gafas a la cabeza y lo contemplo todo. Nada me ha preparado para la inmensidad, el azul que se extiende hasta el horizonte, salpicado de mil puntos brillantes en movimiento. Vuelvo a oler el aroma salado, la frescura en mi rostro. Se me llenan los ojos de lágrimas.

¿Por qué me han ocultado esto? El resentimiento florece, entrelazándose con mi ira, serpenteando bajo mi alegría por estar aquí.

—¿Estás bien? —Ruth me toca el brazo.

—Es que nunca lo había visto así.

—Bueno, entonces, echemos un vistazo más de cerca. Si tienes suerte, puede que incluso te compre un helado. No importa en qué época del año estemos, en la costa siempre se toma helado. —Se ríe.

Yo sonrío. Por supuesto que he probado el helado. Pero una humana errante, atada a un vampiro, probablemente nunca lo habría hecho.

Empezamos a bajar la colina, con pájaros blancos y grises volando en círculos sobre nosotras, sus graznidos lastimeros en el aire frío y salado. Los grandes edificios cuadrados dan paso a una hilera de tiendas más pequeñas. Me detengo en una, atraída por un vestido de colores vivos que cuelga en el escaparate.

—Es bonito —comento, volviéndome hacia Ruth.

Ella sonríe.

—La ropa de Geneva es la más bonita de por aquí. Es muy buena sacando el máximo partido a lo que recibe.

—¿Lo que recibe?

—Bueno, es como todo. Solo recibimos cosas sueltas, ¿sabes? No es como antes. Antes la ropa se fabricaba en todo el mundo, ¿verdad? Grandes fábricas, muchas tiendas. He oído que en el Viejo Londres aún quedan algunas, aunque solo abren por la noche, claro.

Asiento lentamente, mientras caigo en la cuenta.

—Porque los…

—Los vampiros se lo quedan todo para ellos. Oh, lo siento —continúa, torciendo la boca—. Sé que te preocupas por él. —Gira la cabeza hacia atrás, en la dirección por la que hemos venido.

Me muerdo el labio, con ira y dolor en el pecho. Mi familia. Ellos son la razón por la que los humanos, como esta amable mujer, viven como viven. Por la que nada es como debería ser.

—Quizá podríamos preguntarles…

—¡Ja! —exclama Ruth con una carcajada—. ¿Qué? ¿A nuestros altos señores de Raven? No… —niega con la cabeza—, tenemos suerte de tener lo que tenemos.

No digo nada y sigo hacia la siguiente tienda. Esta tiene juguetes y libros infantiles en el escaparate, colores vivos sobre papel de seda arrugado. Al mirarlos más de cerca, es obvio que los juguetes no son nuevos. Están limpios, pero las pegatinas que decoran un cochecito están gastadas, y los libros están machacados por los bordes de cartón, evidentemente por haber pasado por muchas manitas. Se me hace un nudo en la garganta y el dolor en el pecho se hace más fuerte.

—Me gusta ese —dice una vocecita.

Miro hacia abajo y veo a una niña pequeña de pie a mi lado, con una mujer joven cerca.

—¿Cuál? —Mi visión se vuelve borrosa.

—El rosa. —Me sonríe, con sus dientes como granos de arroz, sus mejillas sonrosadas y sus ojos marrones brillantes.

Vuelvo a mirar por la ventana. Hay un libro cerca de la parte delantera, con una niña con un vestido rosa en la portada. Posey *prefiere el rosa*, dice el título.

Trago saliva.

—Es muy bonito. —Pienso en mi biblioteca, en las pilas de libros infantiles que había apartado cuando dejé de leerlos, descartados y acumulando polvo.

—Sí, lo quiero.

—¡Amber! —La joven se acerca, sonriendo con aire de disculpa—. Lo siento —dice, tomando a la niña de la mano como para llevársela.

—No, no pasa nada —respondo. Impulsivamente, meto la mano en el bolsillo y saco el fajo de billetes que me dio Kyle. La joven abre mucho los ojos. Agarro un billete y guardo el resto en el bolsillo—. Por favor. —Se lo tiendo—. Por favor, si es suficiente, cómpreselo.

—Oh, no puedo aceptarlo.

—¡Por favor, por favor, mamá! —La niña me abraza las piernas. Hago un esfuerzo para no romper a llorar.

Sigo ofreciéndole el dinero y la joven, con aire indeciso, finalmente lo acepta.

—Es demasiado —dice con voz suave—. Le traeré el cambio.

—No. —Niego con la cabeza y se me escapa una lágrima—. Por favor. Quédeselo.

La niña suelta mis piernas. Ruth me toca el brazo.

—¿Estás lista para irnos?

Asiento con la cabeza.

La niña tira del brazo de su madre, llevándola hacia la tienda. Saludo con la mano, secándome los ojos mientras me alejo, siguiendo a Ruth hacia el agua. El aire es maravillosamente fresco y frío, lleno de los sonidos de la gente hablando, riendo, viviendo la vida. Apenas percibo nada de eso. Me doy cuenta de que he sido muy ingenua. Que he estado muy protegida. «La granja de tu familia», la había llamado Kyle, un espejismo lejano bajo un cielo estrellado. Pensaba que sería muy diferente, como las vidas que había visto en la pantalla, un sueño brillante. Pero ahora veo que no es así en absoluto.

Y cómo, de no ser por un accidente de nacimiento, también habría sido mi destino.

Ruth se detiene y se une a una pequeña cola que conduce a una ventanilla. El letrero descolorido muestra helados en conos. Me

quedo con ella, sin saber qué más hacer.

Capítulo 25

El aroma de las violetas

—¿Tienes hambre?

Las palabras interrumpen mis pensamientos. Estoy tumbada de lado, pasando los dedos por la arena fría, maravillándome con los colores de los diminutos granos, pulidos como perlas, dorados y marrones. Me incorporo y me abrazo las rodillas.

—Un poco.

El mar es una línea brillante en la distancia, el sol está alto. Una torre redonda se alza en el borde de la orilla, no muy lejos. Las paredes son lisas y marrones, sin ventanas, solo una puerta en la base. Justo debajo de la parte superior almenada se ve el destello, plateado y negro, del escudo de mi familia. Más adelante, a lo largo de la costa curva, hay otra torre, achaparrada y redonda como un trol que vigila la orilla.

—¿Para qué sirven esas torres? —pregunto.

Ruth respira hondo y exhala por la nariz.

—Supuse que no lo sabrías, ya que nunca has visto el mar. Son torres de vigilancia.

—¿Torres de vigilancia? —Me quedo helada. ¿Y si tienen cámaras? ¿Y si me están vigilando ahora mismo? Hay movimiento en lo alto de la pared, la silueta de la cabeza y los hombros de alguien recortada contra el cielo. Mierda—. Eh… ¿quién, qué…?

Ruth mira hacia la torre y frunce los labios.

—Vampiros por la noche, guardias humanos durante el día. A los grandes señores de Raven les gusta mantenernos a salvo.

Me siento mal.

—¿Protegiéndonos de la gente… que viene aquí?

Ruth se ríe sin humor.

—¿Por qué iba a venir alguien aquí? No, son para impedir que nos vayamos. No sé adónde creen que iríamos. Europa no es mejor que

esto, si no peor. De mal en peor.

—¿Pero no podéis visitar otras Zonas Seguras? ¿Y no hay islas ahí fuera? ¿En el Canal? —Eso sí lo sabía. Había visto los mapas en nuestra biblioteca y los había estudiado en mis clases. Quizá Kyle y yo vayamos allí, si podemos.

Ruth me mira con el ceño fruncido y se toma un momento para responder.

—Las hay. Antes vivía allí gente libre. Son algunos de los últimos lugares que quedan. Pero, al final, los vampiros los encontraron todos. Ni siquiera nos dejan tener eso, un par de islas diminutas. —Se ríe sin humor de nuevo—. Y olvídate de ir a otras Zonas Seguras. Les gusta tenernos donde puedan vernos. Además, ¿cómo se supone que vamos a llegar allí?

Suena más resignada que amargada, pero sus palabras caen como piedras en mi estómago. Joder. Sé que tengo a Kyle, y que puede correr tan rápido como cualquier coche. Pero ahora estoy preocupada. ¿Y si no podemos llegar a la siguiente Zona Segura?

Ruth me toca el brazo.

—Vamos. Está empezando a hacer frío. Te prepararé el almuerzo.

Pienso en el fajo de billetes que tengo en el bolsillo, en cómo se le habían abierto los ojos a la madre de la niña cuando lo vio. En las torres llenas de oscuridad que bordean su mundo.

—Déjame pagar. Ya has sido muy buena conmigo.

Ruth sonríe con su sonrisa transformadora.

—Me parece estupendo. Hay una cafetería por aquí. ¿Vamos?

Una cafetería. Nunca he estado en una cafetería. Este día es una revelación tras otra, y no todas malas. Me siento a miles de kilómetros de Emelia Raven, de su mundo de terciopelo y sangre, de guardias y escaleras doradas. Incluso Kyle, esperando en su habitación oscura, parece lejano, un vínculo con una vida medio olvidada. Cuesta creer que solo lleve aquí unas horas.

Me levanto y sigo a Ruth hasta las escaleras que suben desde la playa hasta la carretera. Las barandillas de hierro, que en su día fueron pintadas de azul, ahora están descascarilladas y oxidadas. Deslizo la mano por ellas, cautivada por la luz que rebota en el metal.

—Vamos. —Ruth espera en lo alto de la escalera, con la cabeza inclinada y los ojos ligeramente entrecerrados.

—Lo siento. —Me río, tratando de disimular mi confusión. Pero allá donde miro hay algo que ver. Los edificios que bordean el paseo marítimo son una mezcla de casas altas pintadas de diferentes colores y una que parece una tarta de boda, blanca y con varios pisos. Las letras de la fachada ponen: *rand Hotel*; me doy cuenta de que falta la «G». Hay varios edificios más pequeños en fila, de una sola planta, con toldos de rayas de colores vivos. Todos los toldos están plegados excepto uno, debajo de un letrero pintado que dice: *Cafetería*, con un par de mesas y sillas de plástico blanco colocadas fuera, optimistas bajo el sol de noviembre. A medida que nos acercamos, se percibe un olor delicioso. Mi estómago gruñe.

Ruth empuja la puerta de cristal y yo la sigo, tratando de no mirar todo fijamente. Pero no puedo evitarlo. Los colores son tan brillantes, las sombras tan diferentes a lo que estoy acostumbrada. Noto una pequeña grieta en una esquina del cristal de la puerta, tapada con un trozo de papel pegado con cinta adhesiva. En el interior, la vitrina de cristal y cromo brilla. Y está llena de comida. No hay personas en jaulas, ni extraños envases de plástico, sino comida de verdad. Sándwiches, unos bollos redondos con pasas. Un gran bol de ensalada. No hay mucha variedad, pero recuerdo lo que dijo Ruth sobre lo difícil que es conseguir cosas. Mi propia dieta era tan rica como yo quería; mi madre estaba encantada de satisfacer cualquier capricho que se me ocurriera, cualquier cosa que viera en una película o leyera y quisiera probar, lo encontraba y lo traía a casa. Me muerdo el labio y vuelvo a mirar la pequeña vitrina.

—¿Qué quieres tomar? Hoy hay sopa de pollo y verduras, si te apetece algo caliente. También hacen unas patatas fritas deliciosas, pero yo tengo frío después de haber estado sentada en la playa.

El hombre del mostrador, con un delantal sobre la camisa, nos sonríe. Detrás de él, en la pared, hay un menú escrito con tiza en una pizarra. Aparece la sopa, además de varios tipos de sándwiches, ensalada, algo llamado «empanada» y patatas fritas. El té, la leche y el agua parecen ser las únicas bebidas que ofrecen. No tengo tanto frío y vuelvo a pensar en lo que me dijo Kyle mientras miro a Ruth,

que lleva un abrigo acolchado. Yo, en cambio, llevo seda y cuero, con la chaqueta abierta para tomar el sol. Aun así, la sopa me apetece.

—Tomaré la sopa, por favor —elijo finalmente—. Y un té. Ah, y patatas fritas también.

Ruth hace el pedido y, cuando llega el momento de pagar, saco varios billetes y se los entrego al hombre. Parece sorprendido y me devuelve uno inmediatamente.

—Es demasiado —dice.

Observo fascinada cómo guarda los billetes en la caja registradora y cuenta mi cambio. Me lo entrega. Sobre el mostrador hay un tarro con unas monedas en el fondo. En él hay un cartel descolorido que dice: *La gente guapa deja propina*. Echo mis monedas antes de seguir a Ruth a una mesa junto a la ventana, con vistas al mar.

Ruth tiene razón. Las patatas fritas están buenas. También la sopa, sabrosa con hierbas y carne. Mojo las patatas en ella y disfruto de la combinación.

Ruth levanta las cejas.

—Es una forma diferente de comer patatas fritas.

—¿Ah, sí? —digo con una sonrisa, sintiéndome un poco incómoda. Nunca había comido con nadie. Quizá lo estoy haciendo todo mal.

Ruth sonríe.

—Lo probaré yo también. —Agarra una patata frita, la moja en la sopa y se la come. Se ríe—. No está mal, la verdad.

Yo también me río, más por alivio que por otra cosa.

En cuanto termino, limpiándome la boca con una servilleta de papel áspera, me doy cuenta de que necesito ir al baño. Un letrero sobre una puerta en la parte trasera, con letras negras sobre fondo blanco, indica el camino.

—Vuelvo en un minuto. —Me levanto. La puerta da a un pequeño pasillo, con baldosas blancas como el resto del local. Hay un chico allí, apoyado contra la pared. Está esperando, igual que yo, con la puerta pintada de blanco cerrada y el pestillo echado. Me saluda con la cabeza, con un destello de ojos grises, el pelo rubio y revuelto hasta la barbilla peinado hacia atrás, que destaca su mandíbula fuerte y sus pómulos altos. Es alto y de hombros anchos, lleva

vaqueros negros y un jersey gris oscuro demasiado grande, con las mangas largas deshilachadas en las muñecas.

Le devuelvo el saludo y me apoyo en la pared, sin acercarme demasiado a él, con los brazos cruzados. Entonces me doy cuenta de algo. Huele a violetas.

Jadeo, incapaz de evitarlo. El chico se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien?

—Eh…, sí. —Miro hacia abajo, sin saber qué más decir.

Hay una pausa.

—Bueno, hola. Soy Michael.

Levanto la vista, sorprendida.

—Soy Eme… eh, Emily.

—Encantado de conocerte, Emily. —Me tiende la mano. Al moverse, la luz se refleja en sus ojos y brillan, iridiscentes por un instante.

Le tomo la mano y se la estrecho, como he visto en la televisión. Él se ríe. Yo también. La puerta del baño se abre y sale una mujer con el pelo oscuro que le enmarca el rostro arrugado como una nube esponjosa y los labios pintados de un rosa brillante. Parece sorprendida al vernos. Me doy cuenta de que seguimos agarrados de la mano. Michael parece darse cuenta en ese mismo instante, porque me suelta.

—Las damas primero —me dice, señalando la habitación vacía.

—Pero tú estabas primero.

—No pasa nada. Puedo esperar. —Me muerdo el labio, sin saber qué hacer—. Adelante. —Sonríe.

—Bueno, gracias. —Entro en el pequeño cubículo.

—De nada. Ha sido un placer conocerte, Emily.

—Igualmente —respondo, cerrando la puerta. Cuando salgo unos minutos más tarde, él ya se ha ido. También el aroma a violetas.

Después de comer, volvemos a subir la colina, y Ruth toma una calle diferente a la que tomamos al bajar. Hay un edificio a un lado de la carretera, un gran espacio cuadrado con un techo metálico azul, con gente haciendo cola fuera.

—¿Qué es ese lugar? ¿Es un club?

Ruth frunce los labios y arruga el ceño.

—Es una planta de recolección, por supuesto.

—¿Una qué?

Ruth niega con la cabeza.

—Seguro que sabes lo que es, quiero decir… —Me mira con el ceño fruncido y sé que he metido la pata.

—Ah, ¿eso es lo que es? —digo, tratando de disimular mi error—. Claro, no me había dado cuenta. Supongo que la que está cerca de nosotros es diferente. Así que es donde todo el mundo va a, eh…

—¿A cosechar? Sé que no tienes un puerto sanguíneo. —Señala su codo—. Así que tus padres debían de pertenecer a una gran casa, para que tú hayas evitado ese destino. ¿Dónde está tu marca?

Me quedo paralizada. Por supuesto que formo parte de una gran casa. Una de las más grandes. Joder. ¿Y a qué se refiere con «marca»?

Ruth se remanga la otra manga y gira el brazo para mostrar la parte inferior pálida. Me siento mal. Grabada en su piel, una cicatriz roja sobre blanco, está la marca de mi familia. Un cuervo.

—Eh, mi marca está…, bueno, está debajo de la ropa —murmullo, porque no confío en mí misma para no empezar a llorar.

El rostro de Ruth se arruga con lo que parece simpatía.

—Oh, querida. Mistral, entonces, ¿no? He oído que le gusta marcar a sus bailarinas, especialmente a las jóvenes, en lugares más… íntimos.

Asiento con la cabeza, sintiéndome aún peor. Maldito Mistral. Suena muy propio de él, ese cabrón repugnante. El dolor de la ira vuelve a mi pecho, como una llama en mi interior.

—Siento haberte preguntado, querida. —Ruth me agarra la mano y me la aprieta, con el rostro aún arrugado por la preocupación—. Venga, ¿nos vamos por aquí? Tengo que hacer unas compras.

—Espera. —Estoy hipnotizada por la fila de personas que se arrastran hacia el interior del edificio, como si las estuvieran succionando lentamente. Ruth no dice nada, sigue sujetándome la mano—. La niña de hoy, la que hemos visto. Ella… ella no, seguro que no tiene que… —Voy a vomitar, lo sé. O a gritar.

Ruth inclina la cabeza y me mira con astucia.

—No, no tiene que hacerlo. Todavía no. Pero pronto cumplirá trece años y la llevarán a evaluar. Si tiene suerte, la elegirán como libre, como bailarina de sangre. Si no… —Sus ojos se dirigen hacia la fila que se arrastra.

—¿Si no? —susurro las palabras.

La mirada de Ruth vuelve a mí.

—La marcarán, le colocarán el puerto sanguíneo y la enviarán a la planta para su primera recolección. Y así sucesivamente, cada mes durante el resto de su vida.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Eso es horrible. —Sigo susurrando, con la garganta seca y dolorida. Joder. Estoy intentando recuperarme de todo lo que he visto, de todo lo que me han contado y de lo diferente que es de lo que imaginaba. Pero esto… Trago saliva. Así es mi familia. Así es Raven. Al menos para esta gente.

—Así es la vida. —Ruth se encoge de hombros—. Al menos, ahora lo es. Es el trato que hicimos.

—¿El trato?

—Con los vampiros, por supuesto. Nos dejan tener electricidad, agua, calor y luz, vivir una vida aparentemente normal. A cambio, les damos nuestra sangre. En aquel momento parecía la mejor opción. Pero ahora… —Su mirada se vuelve distante, luego se fija en mí una vez más—. Seguro que lo aprendiste en la escuela. ¿El Levantamiento Rojo, luego la Hambruna y el Pacto de Sangre?

Niego con la cabeza.

—No. Bueno, aprendí algo. Supongo que sí, pero no… Me dieron clases particulares en casa. —Mierda. Se me ha escapado. Pero estoy profundamente conmocionada. Sabía lo del Pacto de Sangre, por supuesto. Pero siempre me lo habían contado como un final feliz, que todo el mundo estaba a salvo. No esto…, esta trampa de existencia. El deseo de destrozarlo todo me invade, feroz y fuerte.

Ruth no dice nada, sus ojos oscuros fijos en mí. La miro, con los labios temblorosos.

—Vamos —dice—. Iremos al mercado antes de que se acaben todas las cosas buenas. —Pero sigue mirándome. Me encojo de

hombros, como si no fuera gran cosa, y empiezo a caminar de nuevo.

Al pasar por delante de la planta de recolección, veo algo dibujado con pintura negra en la pared trasera, como una cicatriz en el metal pintado de color claro. Al principio no consigo entender qué es. Luego me doy cuenta. Es un cuervo. Con una soga. Debajo hay cinco palabras que ya he visto antes: Soplará el *Viento* del *Norte*. Ruth se detiene de nuevo.

—No te preocupes por eso.

Aprieto los labios para contener las náuseas. No estoy preocupada. Ahora lo entiendo. Más de lo que ella puede imaginar.

—Son tonterías —dice Ruth.

—Pero…

Ruth niega lentamente con la cabeza, con los ojos fijos en mí.

—Son tonterías —insiste.

Volvemos a subir la colina. Estoy aturdida. Pienso en mi padre, destrozado y carbonizado en la pista de baile, en mi miedo por él y por mi madre. No había podido entender por qué alguien querría hacernos daño a nosotros, los benevolentes señores de Raven, con nuestras bonitas Zonas Seguras y nuestros bailarines bien alimentados. Pero ahora todo empieza a tener un terrible sentido, cómo la gente no querría vivir así, cómo no querrían que sus hijos vivieran así. Atrapados y obligados a entregar su sangre cada mes, simplemente para conseguir algo que debería ser un derecho básico. Estar a salvo.

Y empiezo a dudar de mi decisión de marcharme.

En los brazos de Kyle había sido fácil, su abrazo un refugio del peso de mi antigua vida. Después de la Cosecha Lunar había sido aún más fácil alejarme de la muerte y el dolor, de lo que mi gente había revelado ser. Pero también había un baile bajo las ventanas iluminadas por la luna, los recuerdos recopilados de mis antepasados que me recordaban de dónde venía. Y lo que podía ser.

«Serás una gran Raven», me había dicho Kyle. «Tenderás puentes entre vampiros y humanos, fomentando el entendimiento». Quería reunirme con los rebeldes, intenté obligar a mi madre a negociar con ellos. Pero toda mi determinación se había desvanecido en una sola

noche, en un campo cubierto de sangre. Y había olvidado una cosa. Yo era la próxima Raven. Si decidía hacerlo, asumir el título después de todo, tal vez podría defender algo diferente.

Quizá podría cambiar las cosas. Derribarlo, tal y como yo quiero.

—Vamos por aquí. —Ruth está esperando, con la cabeza ladeada.

Parpadeo, sacudiéndome mi inquietud.

—¡Oh! Claro. —Sigo a Ruth al otro lado de la carretera, hacia otra calle paralela al agua. Es una calle comercial, con puestos a lo largo del centro que dan a ambos lados y están a la sombra de toldos, coloridos bajo el sol, con gente yendo y viniendo. A medida que nos acercamos, la ilusión comienza a desvanecerse de nuevo. Los productos de los puestos no son nuevos, la ropa está gastada, los libros tienen las cubiertas rotas, hay platos desparejados y baratijas. Hay comida, pero no mucha: una mujer está cocinando carne en una parrilla de carbón, del que sale un humo fragante, mientras un hombre y una mujer están detrás de una pequeña selección de verduras —patatas, zanahorias, cebollas y nabos— y una cesta de manzanas. Al observarlos más de cerca, veo que los puestos han sido reparados muchas veces, con parches de tela y deshilachados en algunos lugares. Y la gente… Sus ropas son coloridas, hay risas y charlas, todos caminan libremente bajo el sol. Pero ahora los veo tal como son, tal como los he oído describir: ganado reproductor. Comida.

Hay un edificio al otro lado de la calle, con tejas burdeos en la fachada frontal y la puerta principal aún con fragmentos de vidrieras en el marco de madera oscura. Hay varias mesas y bancos de madera tosca en el exterior, todos llenos. Hombres y mujeres, con las manos alrededor de vasos altos llenos de un líquido marrón rojizo, bebiendo y hablando en voz alta. Parece que se lo están pasando bien, hasta que me fijo en las ojeras que tienen debajo de los ojos y en sus sonrisas forzadas.

Y yo soy igual que ellos.

Aparte de mis habilidades ligeramente mejoradas —si Kyle tiene razón—, soy humana, igual que ellos. Anoche fui comida para un guardia hambriento, su tacto impersonal e íntimo al mismo tiempo, mi comodidad no le importaba. Y estas personas, si lo he entendido

bien, tienen que sangrar en bolsas de plástico para que mi gente pueda comer. Supongo que es una forma más amable de hacer las cosas; al menos tienen algo parecido a una vida, en lugar de ser simplemente sacrificados. Pero ¿es esto vivir? Están tan atrapados como yo lo estaba, dentro de mi mundo de oro y espejos. Al menos en mi jaula nadie se alimentaba de mí.

—¿Te apetece un *crumble* de manzana esta noche?

Vuelvo a la realidad de golpe, al darme cuenta de que nos hemos detenido en el puesto de manzanas. Ruth está seleccionando varias, inspeccionándolas cuidadosamente antes de colocarlas en el mostrador. Seis bolas verdes, brillando a la luz del sol, con los lados lisos.

—Suena delicioso, pero no sé si me quedaré. Kyle y yo tenemos que irnos… —Me detengo, recordando que no tengo ni idea de adónde vamos. Ni siquiera si podemos irnos. Una vez más, me pregunto si volver a casa es una opción.

—Cenaremos temprano. —Ruth me da una palmadita en el brazo —. Mi marido estará en casa y me gustaría que lo conocieras. Me llevaré seis, por favor —continúa, volviéndose hacia el tendero.

—Déjame a mí. —Saco mi fajo de billetes—. Por favor —insisto mientras Ruth protesta—. Es mi contribución a la cena.

—Oh, adelante entonces. Gracias.

Pago y Ruth coloca cuidadosamente las manzanas en una bolsa de red. Pasamos por delante de los otros puestos, deteniéndonos de vez en cuando para que Ruth compre algo. Cada vez, insisto en pagar. Cada vez, ella me deja. Al pasar por los dos últimos puestos de la fila, veo a alguien mirándome. Es el chico de la cafetería, con las mangas del jersey remangadas y las manos en los bolsillos. Cruzo la mirada con él y me sonríe. Entonces, alguien se interpone entre nosotros. Cuando pasa, él ya no está.

Capítulo 26

Somos la carne

Ayudo a Ruth a llevar la compra a casa. No sé si ya es por la tarde, me cuesta saber qué hora es, ya que no estoy acostumbrada a cómo cambia la luz a medida que avanza el día. Estoy agotada; los acontecimientos de la noche y la falta de sueño me están pasando factura.

Ruth parece saber cómo me siento.

—Siéntate.

Protesto, pero ella niega con la cabeza y señala con la mano la larga encimera.

Me siento en uno de los taburetes mientras Ruth se afana cortando verduras y echándolas en una olla; el aroma de la cebolla, el ajo y las hierbas nos envuelve. Observo fascinada cómo corta las manzanas, las coloca en capas en una fuente de cristal y espolvorea avena y especias por encima. Mete la fuente en el horno y se endereza con las manos en la zona lumbar. Otra olla, colocada sobre la encimera, pita. Ruth levanta la tapa, agarra una cuchara y remueve el contenido.

—Oh, está perfecto —dice.

Vuelve a la cocina, remueve las verduras antes de taparlas y baja el fuego. Luego se sienta conmigo, acercando el otro taburete para que quedemos frente a frente.

—¿Qué te ha parecido el día de hoy? —pregunta sonriendo, con los ojos arrugados en las comisuras, brillando en la luz que se desvanece.

Niego con la cabeza.

—Eh…, hubo cosas que…, quiero decir…, yo… —Las palabras se me atascan, la emoción me ahoga. Apoyo las manos en la encimera; su frescor me tranquiliza—. Gracias por enseñármelo. Tengo mucho en qué pensar.

Ruth me da una palmadita en la mano. Su piel es cálida y suave.

—Ha sido un placer. Me ha gustado tener compañía mientras hacía los recados. —Vuelve a sonreír—. ¿Te apetece un poco de estofado?

—¡Oh! Sí, por favor. —Mi estómago vuelve a rugir.

Ruth se levanta, abre un armario y saca tres cuencos rojizos. Son brillantes, con los bordes astillados. Los coloca en fila sobre la encimera, luego toma dos y los llena con el contenido de la olla, echando encima algunas de las verduras cocidas.

—Vamos. Sentémonos a la mesa. No es habitual que tengamos compañía para cenar.

Me levanto del taburete y sigo a Ruth hasta el comedor. Hay una pequeña pila de manteles individuales en el centro de la mesa y agarra uno. Me doy cuenta de lo que está haciendo.

—Oh, déjame a mí, por favor. —Le quito el mantel y lo coloco delante de una de las sillas. Ella se detiene.

—Bueno, gracias, Emily. Eres muy amable. —Mientras coloco los manteles, ella se apresura a volver a la cocina y regresa con los dos cuencos, que deposita sobre ellos.

Me siento y, tras mirar a Ruth, empiezo a comer. El guiso está caliente y huele muy bien; la carne es sabrosa y se deshace en la boca. Es extraño y maravilloso estar sentada a una mesa con luz fuera, comiendo con otra persona.

Cuando termino, me recuesto, cómodamente llena.

—Gracias, estaba delicioso.

Ruth también ha terminado y deja caer la cuchara en el cuenco con un ruido metálico.

—Me alegro de que te haya gustado.

Hay unos momentos de silencio, pero es agradable. Afuera, el cielo cambia de azul a dorado.

—Supongo que Kyle se levantará pronto.

Ruth se encoge de hombros.

—Aún queda un poco de tiempo.

—¿Hace mucho que lo conoces? —Kyle dijo que conocía a Ruth desde hacía años, pero algo me impulsa a preguntárselo.

—Desde hace tiempo. —Hace una pausa y frunce el ceño—. Pero tengo curiosidad. ¿Dónde lo conociste?

Mierda. ¿Dónde nos conocimos? Me muerdo los labios antes de responder.

—Yo… Nos conocimos en un club.

—Ah. —Asiente con la cabeza—. Es difícil amar a un vampiro. Al menos, eso he oído.

Arqueo las cejas.

—No es tan malo.

Ruth extiende la mano.

—Oh, no quiero ofenderte. Solo digo que, dada la situación, somos muy diferentes a ellos. Debe de ser extraño envejecer mientras ellos permanecen igual.

—Eh, supongo. Es decir, nunca lo he pensado mucho…

—Los jóvenes nunca lo hacen. —Se ríe, de nuevo sin humor—. ¿Quieres que te convierta? ¿Quieres cambiar?

Respiro hondo.

La cara de Ruth cambia.

—Lo siento, no debería entrometerme…

—¿Por qué no querría cambiar?

Me giro y veo a un hombre de pie en la puerta. Es alto, lleva la camisa ajustada en la zona de la barriga y mechones de pelo oscuro pegados a la coronilla.

—Emily, él es mi marido, Andrew. Andrew, ella es Emily. ¿Recuerdas que te dije que vendría a quedarse con Kyle? —Le lanza una mirada que es claramente una advertencia. Él la ignora, deja la bolsa que lleva y se acerca a la mesa; me da una palmada en el hombro antes de sentarse.

—¿Por qué no querrías cambiar? —Me señala con la barbilla, aunque sus ojos son amables. No sé cómo responder.

Ruth se levanta, se dirige a la cocina y le sirve un cuenco de estofado. Lo trae de vuelta a la mesa y lo deja con un golpe seco.

—No le hagas caso, Emily. ¿Estás lista para un poco de *crumble*?

—Sí, por favor —digo, levantando mi cuenco. Entonces me doy cuenta de que es de mala educación y me levanto, echando la silla hacia atrás.

—Conviértete en la cazadora, en lugar de en la presa —continúa Andrew, como si le hubiera respondido.

Ruth agarra mi cuenco y me siento de nuevo, sintiéndome incómoda. Ella le lanza otra mirada a su marido.

—Ella no necesita oír eso.

—¿No? No todos estamos de acuerdo con el trato que hicieron nuestros abuelos. Quizá Emily sea una de ellos. —Levanta la cuchara, con un gran trozo de carne, y me mira—. Durante miles de años, fuimos los cazadores. Tomábamos la carne, la comíamos, la criábamos, sin pensar realmente en los animales, en cómo se sentían. —Se lleva la cuchara a la boca, mastica y me mira con sus ojos oscuros. Traga—. Y ahora nosotros somos la carne. Somos el ganado, encerrados en nuestros corrales, en nuestros prados. No importa lo grande que sea la granja. ¿Crees que no lo sabemos, que no lo recordamos siempre? Tu protector de ahí dentro —señala con la cabeza hacia el pasillo— podría comerse a cualquiera de nosotros, en cualquier momento. Incluso a ti. —Me señala con la cuchara y luego la sumerge en el guiso—. Así que disfruta comiendo carne mientras puedas, Emily, porque algún día, te guste o no, tú serás la comida. —Se ríe, fuerte, como si hubiera contado un chiste maravilloso.

Lo miro fijamente, con las lágrimas ardiendo en la garganta.

Ruth regresa con dos cuencos más pequeños, de cristal esta vez, ambos llenos de manzanas, *crumble* y nata. Me da uno y se sienta con el otro, lanzando una mirada a su marido. El *crumble* huele delicioso, pero se me ha quitado el apetito.

—Y así trabajamos y traemos hijos al mundo, ¿y para qué? —continúa Andrew—. ¿Qué sentido tiene, si no somos más que ganado? ¿Zonas Seguras? No hay Zonas Seguras, no cuando somos carne. Podemos fingir todo lo que queramos, pero en eso se han convertido los humanos, y un…

—¡Andrew, ya basta! —Ruth da un golpe en la mesa con la mano, haciendo que los vasos tiemblen—. Emily, lo siento mucho.

—No, no pasa nada. Es que es verdad, ¿no? —Siento la cara ardiendo de ira. Ira por lo que está diciendo, por la verdad que hay detrás, por mis padres, por el mundo estúpido en el que vivo, donde ser humano es una condena a cadena perpetua. Mi sueño de una

vida humana se desmorona ante mis ojos. Somos carne, joder. Y no puedo soportarlo.

—Y otra cosa…

—Andrew, cómete el estofado. —El tono de Ruth es más severo. Inclina la cabeza significativamente hacia la ventana.

El sol se está poniendo. Andrew me mira fijamente con ojos llorosos.

—Solo recuerda —dice, como si supiera quién soy, como si decirme eso significara algo.

Los tres nos sentamos en silencio mientras el sol se hunde, su luz dorada llenando la habitación en un último y glorioso estallido.

Se oye un leve ruido en el pasillo. La habitación está teñida de púrpura; la luz del oeste casi se ha desvanecido, solo queda un tenue resplandor dorado en el horizonte. Se encienden las luces de las casas cercanas. Ruth se levanta y enciende varias velas en los candelabros de la pared.

Se abre la puerta. Aparece Kyle, estirando los brazos y sonriéndome con una sonrisa somnolienta.

—¿Has tenido un buen día?

Hay un destello de lástima en los ojos de Andrew, una suave tristeza en los de Ruth. Trago saliva y luego sonrío.

—Sí. Ha sido el mejor, de verdad. —Mi voz se quiebra en las últimas palabras.

—¿Quieres comer algo, Kyle?

—Sería estupendo. —Toma la mano de Ruth y se la lleva a los labios. Ella abre mucho los ojos y se sonroja. Andrew resopla y aparta la mirada. Ruth va a la cocina y se agacha para sacar una caja metálica de debajo de la encimera. Se oye un silbido al abrirse, el crujido del plástico. Entonces, los brazos de Kyle me rodean y sus labios se posan sobre los míos. Cierro los ojos, con un dolor en el corazón.

—Te ha dado el sol. —Su dedo toca mi nariz.

Abro los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Sonríe y me suelta.

—Ve a mirarte.

Me acerco a un espejo cercano, colgado sobre el aparador largo. Y veo lo que quiere decir.

—¡Oh! —Mi piel está sonrosada, tan sonrosada como la de las bailarinas de sangre en la fiesta de mis padres. Siento la mejilla caliente, como si tuviera un trozo de sol dentro.

—Se te pasará, querida. —Ruth se acerca por detrás y me pone las manos suavemente sobre los hombros—. Solo es un poco de sol, no te has quemado.

Un poco de sol. Cierro los ojos y recuerdo cómo se sentía que el sol me tocara. Hay una melancolía en mí, salvaje y dulce. A pesar de todo lo que vi, de que mis ilusiones se hicieran añicos, volvería a pasar por lo mismo, solo para tener esa experiencia, para aprender lo que he aprendido. Me duele el corazón, como si se estuviera rompiendo. Oigo un ruido, y luego me ponen un tubo de algo en la mano.

Lo miro. *Gel de aloe*. La inscripción está descolorida, el texto parcialmente borrado, el tubo medio comprimido.

—Un poco de esto te ayudará —dice Ruth, haciendo un gesto con la cabeza.

Desenrosco la tapa. Un gel transparente con un olor fresco sale hacia mi mano. Tomo un poco con la yema del dedo y lo froto por mis mejillas, sintiendo cómo se disuelve como el agua, refrescando mi rubor. Ruth me mira con curiosidad.

—¿Qué? —Sonrío a medias, sin saber si he hecho algo mal.

—Oh, nada. —Niega con la cabeza, pero vuelve a fruncir el ceño —. Es solo que nunca había visto que funcionara tan rápido.

Me miro de nuevo en el espejo. Mi piel vuelve a estar pálida como la luna. Abro mucho los ojos.

—¡Oh! —Me entra el pánico, porque obviamente no es normal. Recuerdo lo que dijo Kyle sobre mi curación—. Eh…, ¿quizá sea porque vivo de noche?

Miro a Kyle, tratando de no parecer asustada. Está bebiendo de otra de las bolsas de plástico. Cuando capta mi mirada, tose.

—Sí, Eme… Emily. Probablemente deberíamos irnos, ¿no?

Gira la cabeza hacia la ventana. Afuera está oscuro. Y no tengo ninguna duda de que mi familia enviará guardias tras nosotros.

—Eh…, sí. Sería lo mejor. —Mientras tanto, Ruth y Andrew nos observan; Ella con una mirada cómplice. Me siento fatal por engañarlos—. Ruth, muchas gracias por lo de hoy.

Le tiendo la mano, pero ella me sorprende con un abrazo; su pequeño cuerpo es suave. Huele a canela y caldo de huesos, un aroma reconfortante.

—Cuídate —me dice en voz baja—. Y recuerda, eres bienvenida cuando quieras.

Me suelta y Andrew se acerca para abrazarme. Me resulta extraño; su aroma masculino es diferente al de las violetas al que estoy acostumbrada.

—Encantado de conocerte, Emily. No te preocupes por mí; es que a veces me gusta hablar sin parar. No era mi intención molestarte.

Cruzo la mirada con Kyle y él levanta las cejas. Niego con la cabeza. No hay forma de que pueda explicárselo.

—Gracias a los dos, otra vez. Ha sido… genial. —Bostezo y me tapo la boca con la mano. Es extraño bostezar al comenzar la noche, pero en cierto modo también me parece normal, ya que después de un día a la luz del sol es posible que quiera relajarme en la oscuridad.

—Venga, dormilona, vámonos. —Kyle me rodea con el brazo y, sin previo aviso, me levanta en volandas y se dirige hacia la fresca oscuridad del exterior.

Corremos hacia la noche, pero siento una presión en el pecho, como si algo se estuviera acumulando y quisiera salir.

—Espera. Para.

Kyle reduce la velocidad, pero no se detiene por completo.

—Tenemos que seguir adelante. Tenemos permiso para pasar el control, pero aún nos queda un trecho antes de llegar al siguiente lugar. —Estamos en la misma carretera que Ruth y yo tomamos antes, con las luces doradas de la ciudad abajo y el mar como una masa oscura y cambiante más allá.

—Solo un minuto —le digo, empujándolo—. Tenemos que hablar.

Capítulo 27

Dame esta noche

Esta vez sí se detiene.

—¿Qué pasa? —Su tono es suave, pero hay algo más atravesándolo, como la tensión que siento en su cuerpo. Aun así, me suelta.

—Yo, eh… —Mierda. ¿Cómo decírselo? Por primera vez pienso que él también ha arruinado su carrera, al menos cuando mis padres descubran que fue quien me alejó de ellos. Lo ha hecho todo por mí. Me avergüenza no haberlo considerado antes. Y ahora voy a decirle que, después de todo, no es lo que quiero. Me aclaro la garganta—. Creo que quizá quiera volver. A casa.

Se hace el silencio, como si los dos contuviéramos la respiración. Me preparo para lo peor.

—¿Hablas en serio?

Sin embargo, su voz es tranquila, no el grito de furia que esperaba. Quizá eso sea peor.

—Yo… es que las cosas que he visto hoy, la forma en que vive la gente, no es…

—¿No es lo que esperabas? —De nuevo, esa calma peligrosa. Es como si el mundo se hubiera detenido, una quietud absoluta.

—¡No! Bueno, sí, en parte. Pero también… Dijiste una vez que pensabas que yo sería una buena Raven.

—Sí, lo dije.

Tiene los brazos cruzados. Hago una pausa antes de continuar, sabiendo que es importante decirlo bien. También quiero controlarme, controlar la rabia que vuelve a florecer en mi interior, amenazando con brotar de mis ojos, de mi garganta.

—Bueno, entonces quizá debería hacerlo. Quizá pueda cambiar las cosas para todos, para que los humanos tengan mejores condiciones, más oportunidades. —Vuelvo a pensar en la niña, en su futuro, sangrando en una bolsa, atada al mismo lugar hasta que

muera—. Creo que con lo de la Cosecha Lunar y la próxima coronación… Fue una reacción precipitada. Solo quería escapar. Siento haberte involucrado.

Kyle aprieta los labios. Desvía la mirada, con un músculo tenso en la mandíbula. Siento dolor en el pecho por lo que he hecho, por haberlo arrastrado a mis planes.

—Podemos volver ahora, puedes dejarme en las puertas y luego ir con Mistral, como se suponía que debías hacer. Nadie tiene por qué saber que estabas conmigo, no diré nada. Puedo soportar que mis padres me castiguen, siempre y cuando tú estés bien. —Es el mejor plan que se me ocurre. Espero que lo acepte. Y que me perdone.

Los músculos de su mandíbula dejan de tensarse. Se vuelve hacia mí. La luz de la luna refleja el brillo plateado de sus ojos y dibuja sombras a lo largo de sus pómulos. Sigue con los brazos cruzados.

—¿Y qué hay de nosotros?

—¿Qué pasa con nosotros? —Dios mío. Se acabó. El dolor en mi corazón aumenta.

—¿Qué pasa con la vida que queríamos? Juntos. —Descruza los brazos y da un paso hacia mí—. Iba a mostrarte el mundo, chica Raven.

—¡Aún puedes hacerlo!

—¿Como tu guardaespaldas? —Niega con la cabeza. Por primera vez, parece enfadado—. Sé realista. Eres la heredera de Raven. Si te llevo allí, encontrarás a otra persona, alguien más adecuado para tu posición. O tus padres te casarán.

—No si no les dejo.

—¿Crees que tendrás elección? Una vez que te pongas esa túnica y tomes el cetro, ya está. Serás Raven.

—Y entonces cambiaré las cosas.

—Cambiar las cosas. ¡Ja! —Resopla—. ¿Crees que será tan fácil? —Se da la vuelta, con las manos en las caderas.

El dolor se me sube a la garganta, el ardor de las lágrimas contenidas.

—No. No lo creo. Pero soy la única que puede hacerlo. ¡Tú mismo lo dijiste, un puente entre humanos y vampiros! Puedo ayudar a la

gente. Como a tu ex y a su hermano. Como a Ruth. Como… a toda la gente que he visto hoy.

—Eso es solo un pueblo, Emelia. Estás hablando de cambiar el mundo. —Se vuelve hacia mí, con las manos en los bolsillos.

—Lo sé. —Lo sé. Es decir, me estoy dando cuenta de lo inmensa que será la tarea—. Tú podrías ayudarme.

—¿Yo? Solo soy un guardia.

—No si te asciendo. No quiero a Mistral como mi primer teniente. —No quiero tener nada que ver con Mistral, se me pone la piel de gallina solo de pensarlo.

—Mistral es un príncipe de Raven.

—Y un gilipollas mentiroso.

Kyle sonríe, un destello blanco en la oscuridad.

—Supongo que sí.

Respiro más tranquila, el dolor que siento empieza a remitir.

—Entonces, ¿lo harás? ¿Me llevarás a casa?

Por fin se acerca y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Me concederás esta noche?

—¿Qué?

—Si acepto llevarte de vuelta, ¿me darás esta noche? Solo nosotros dos, como queríamos.

Su tacto despierta un cosquilleo en mí.

—¿Una noche?

—Por ahora. Pero una en la que te asegures de que esto es lo que realmente quieres. Y una en la que podamos estar juntos, verdaderamente juntos.

Me abraza y me derrito en sus brazos. ¿Una noche? Le daría todas mis noches, si pudiera.

Pero esto, esto es solo el principio.

Capítulo 28

Grito rebelde

La calle del mercado bulle de gente, con luces colgadas entre los puestos como pequeñas lunas, y el aroma de carne asada flotando en el aire frío de la noche. Hay más comerciantes de los que recuerdo haber visto cuando estuve con Ruth, el *pub* con las mesas largas a rebosar, la gente desbordándose hacia la calle. Una mujer con falda corta tropieza en los adoquines con sus tacones altos y cae, derramando su bebida, riendo mientras sus amigas la sostienen y los hombres vitorean.

También hay sombras, las tiendas a un lado de la calle cerradas por la noche, con toldos extendidos sobre sus fachadas. Y en la oscuridad, alejados de la luz lunar y de los puestos iluminados, hay pequeños grupos de personas, parejas besándose, otros conversando. Con una sacudida de sorpresa, me doy cuenta de que algunos son vampiros. ¿Qué demonios? Instintivamente, hundo la cabeza en el hombro de Kyle. ¿Y si alguno me reconoce? Su brazo me rodea con más fuerza.

—¿Estás bien?

Mantengo la cara girada hacia él mientras pasamos junto a otro vampiro, que está con… un humano. ¿Qué?

—Hay vampiros aquí —susurro.

—¿Y qué? Vamos. Disfruta.

—¿Y si alguien me reconoce? —murmuro, retorciendo la mano en la parte delantera de su chaqueta. Puedo darle una noche, sin problema. Toda una vida, si la quiere. Pero no podré darle nada si nos descubren.

—Nadie sabe quién eres, ¿recuerdas? —Su tono de voz es risueño. Sonrío, a mi pesar. El anonimato tiene sus ventajas, al parecer.

—Cierto. Es verdad. Soy Emily Reynolds simplemente. —Desenredo mi mano y vuelvo a girar la cara hacia delante—. ¿Y

estás seguro de que no enviarán guardias aquí?

—Tan seguro como puedo estarlo. —Me abraza y sus labios rozan mi oreja.

Estaba tan preocupada por eso que volví a preguntárselo de camino al centro de la ciudad. Él se echó a reír.

—Este es el último lugar donde te buscarán —me aseguró—. Registrarán primero las ciudades vampíricas.

Por supuesto que lo harían.

Me preguntaba cómo era posible que Kyle conociera tan bien la Zona Segura, que hubiera pasado tiempo allí. Pero la regla es que ningún vampiro puede cazar dentro de la Zona. No que no puedan pasar tiempo allí. Y parece que, para muchos, estar entre humanos es lo que desean. Cuanto más veo de la vida más allá de la finca, más me doy cuenta de lo poco que sé sobre cualquier cosa. Pero esta noche no voy a preocuparme por eso. Esta noche es para Kyle y para mí.

Deambulamos bajo el toldo, con las luces del mercado a nuestra izquierda. A la derecha, más parejas entrelazadas, vampiros y humanos. Vampiros en pequeños grupos, conversando. Varios tienen los envases de plástico de los que había visto beber a Kyle, sorbiendo sangre humana con naturalidad a través de una pajita. Y nadie parece molesto. Hay voces por todas partes, hablando, riendo, cantando. Y música, elevándose por encima de todo, un sonido de flauta, tambor y violín, un ritmo irresistible para bailar.

Manteniéndonos en las sombras, seguimos la música hasta una plaza abierta, con grandes árboles rodeando una estatua en el centro. Hay más linternas, colgando en líneas brillantes entre las ramas desnudas. Los músicos están en un extremo de la plaza, en un pequeño escenario, y los humanos bailan en el espacio abierto frente a ellos, con su aliento formando nubecillas en el aire nocturno. Los vampiros observan desde la oscuridad, algunos bailando, otros marcando el ritmo con los pies. Ritmo que también atrapa mis pies. Salto y me balanceo en el sitio, con la mano de Kyle en mi cintura. Me giro para verlo sonreír, con las linternas reflejando destellos de luz en sus ojos. Se aproxima y me besa, y es una sensación maravillosa. Disfruto de este momento, del anonimato, de

mezclarnos con la multitud. Me pregunto si, después de todo, hago bien en irme a casa.

—¿Qué pasa? —me pregunta levantando la cabeza, con su aliento fresco en mis labios.

—Es solo que… te quiero. Y me encanta esto —respondo señalando con el brazo a la multitud, que cada vez es más grande, con más y más gente bailando.

—Yo también te quiero —murmura, mirándome a los ojos—. Así que baila, y luego… —Una esquina de su boca se curva y presiona sus caderas contra las mías, con su mirada plateada velada.

Suspiro y me inclino para darle otro beso, enredando mis manos en su cabello brillante. Al cabo de un momento, me aparta y me da la vuelta para que me apoye contra él, con sus brazos alrededor de mí.

—Paciencia, chica Raven —dice con tono risueño—. Solo un poco más y nos iremos.

—Podríamos irnos ahora —propongo, inclinando la cabeza para mirarlo.

Pero en lugar de sonreír, se pone serio, y hay algo en su mirada que me preocupa.

—Todavía no. Quiero que tengas esto, que disfrutes de este momento. Porque después, todo cambiará.

Nuestras miradas se cruzan y hay un momento de profunda conexión. Y por un instante me asusto. Me asusta lo que él significa para mí, me asusta lo que va a pasar después. Tiene razón. Todo cambiará después de esta noche. Tengo que volver con mis padres, a un mundo de sangre, violencia y belleza en el que no soy más que una presa, por mucho que me vistan bien. Y voy a intentar cambiarlo.

Vuelvo a la multitud, apoyándome en Kyle, respirando su aroma, disfrutando de la sensación de sus brazos alrededor de mí. Es mi última noche de libertad. Tiene razón. Tengo que disfrutarla.

Me mantengo pegada a él, mis pies se mueven nerviosos ante la escena que veo. Los bailarines giran, la gente cambia de pareja y todos se contonean, unos alrededor de otros, agitando los brazos.

Se ve divertido, tan distinto de los movimientos sinuosos de las bailarinas de sangre y los vampiros.

Una chica extiende la mano y agarra la mía.

—¡Vamos! —grita por encima de la música, con el rostro iluminado por la alegría del baile.

Miro a Kyle, indecisa. Él sonríe y me da un suave empujón.

—Diviértete.

Entonces me encuentro bailando con todos los demás, con los pies volando sobre los adoquines. Es increíble, y no puedo dejar de reír, mis preocupaciones se desvanecen con el baile. La chica que me agarró me hace girar, y yo me alejo de ella para ser atrapada por un hombre mayor con bigote rizado, que me atrae hacia su barriga, sosteniendo uno de mis brazos estirado mientras me balancea entre la multitud. Miro hacia atrás, incapaz de contener la risa, y veo a Kyle, que también se ríe mostrando sus dientes. El hombre del bigote me balancea una vez más y luego me suelta. Giro hacia los brazos de otro bailarín y el patrón continúa, como si fuera una cuenta que se desplaza por una cadena, con los pies ligeros como si tuvieran alas. Nunca me había sentido tan libre. Vuelvo a girar, hacia los brazos de otro bailarín.

Y percibo el aroma de las violetas.

—¡Hola, eres tú!

Es el chico rubio de la cafetería. De cerca es aún más guapo.

—Emily, ¿verdad?

—Eh…, sí. ¿Michael?

Sonríe, con sus ojos azules brillando. Me hace girar por la plaza, con las linternas balanceándose sobre nosotros.

—No te había visto aquí antes.

—Es mi primera vez —respondo. Lo cual es cierto. Hay algo en él que me hace no querer mentir, en la medida de lo posible.

—Divertido, ¿eh?

—¡Sí! —grito mientras él me levanta, y ambos nos reímos.

—Entonces, ¿quieres un…?

Las linternas se apagan de repente, al igual que el resto de las luces de la plaza. La música se detiene y se oyen gritos. Mis ojos tardan un segundo en adaptarse. Cuando lo hacen, me doy cuenta

de que estoy al otro lado de la plaza, lejos de donde dejé a Kyle. La multitud se abalanza hacia nosotros y se oyen más gritos. Entonces veo a un vampiro alto vestido de negro, con insignias plateadas, y me doy cuenta de lo que está pasando.

La plaza está llena de guardias Raven.

—Mierda. —No veo a Kyle por ninguna parte. Espero que haya podido escapar gracias a la oscuridad.

Porque para eso están aquí los guardias. A pesar de que Kyle estuviera tan seguro, tiene que ser así. Me están buscando. Michael me rodea con sus brazos, la multitud empuja y se agolpa.

—No te preocupes —me susurra al oído—. No nos harán daño.

Sé que no lo harán. Espero y rezo para que Bertrand no esté aquí, porque entonces todo habrá terminado.

—Tengo que salir de aquí —susurro.

—Sigue moviéndote —dice, arrastrando los pies junto a los míos mientras la multitud nos empuja. Por encima de nosotros veo un hueco entre las tiendas que rodean la plaza, un estrecho callejón con altos muros de ladrillo. Y nos arrastra hacia él, como hojas en un arroyo.

Michael me agarra con más fuerza por la cintura cuando llegamos a la entrada del callejón.

—Por aquí. —Me empuja bruscamente hacia un lado, subiendo unos pequeños escalones hasta un pasillo cubierto. Hay linternas colgando del techo abovedado, así que aquí no hay vampiros. Solo unos pocos humanos, acurrucados en la sombra de las columnas que enmarcan las aberturas de la plaza. Michael me empuja hacia un hueco, con los brazos aún alrededor de mi cintura, en una intimidad que me resulta inquietante y reconfortante al mismo tiempo. Huele a especias y violetas, y noto sus manos cálidas a través de la seda de mi camisa.

—¿Estás bien? —Su cabeza está cerca de la mía, tan cerca como nunca lo ha estado nadie.

Asiento con la cabeza, con un movimiento leve. En realidad, no lo estoy; más bien, estoy aterrorizada por si me encuentran, por si acabo expuesta ante todos. Y estoy desesperada por encontrar a Kyle. Giro ligeramente la cabeza. Los guardias se despliegan por la

plaza, gritando: «Raven uno, Raven dos», mientras se abren paso entre la multitud. Sin embargo, no hablan con ninguno de los humanos, simplemente los apartan cuando lo necesitan, como si los estuvieran pastoreando. «Como ganado», pienso, y me viene a la mente la imagen de Andrew con carne en el tenedor.

Mi corazón late con fuerza. Me doy cuenta de que el de Michael también. Nunca había sentido el latido del corazón de otra persona así, ni esa calidez envolvente. La lana de su jersey es suave contra mi mejilla, y puedo sentir la tensión en su estómago y su pecho, los músculos duros. Mi propio cuerpo responde, a mi pesar. Es casi como si estuviera engañando a Kyle, e intento retroceder.

Él cambia ligeramente su peso, para que haya más espacio entre nosotros.

—Lo siento —dice, con su aliento cálido en mi oído—. Sé que acabamos de conocernos y esto es un poco… Tenemos que quedarnos quietos. Con suerte, encontrarán lo que buscan y se irán.

Pero no lo harán. Quizá debería entregarme y acabar con todo esto. Porque la gente está asustada. Hay niños llorando, una mujer acurrucada en un portal, toda la luz y la alegría de la noche se han esfumado. Por mi culpa.

Los guardias Raven cruzan al otro lado de la plaza y desaparecen bajo los toldos en sombras. Donde están los vampiros. Mierda. Fuerzo la vista, pero no veo mucho más que destellos de movimiento, el ocasional brillo plateado de la luz de la luna. Se me encoge el corazón. Pase lo que pase, tengo que asegurarme de eximir a Kyle de cualquier implicación. Cuando lo encuentre.

Pero no tengo ninguna posibilidad de hacerlo desde aquí.

—Tengo que…

Mis palabras se ven interrumpidas por una furiosa ráfaga de gritos, sobre la que se eleva de forma inquietante el llanto de una mujer, un aullido de puro dolor. Otro grupo de humanos irrumpe en la plaza, pero estos llevan banderas y pancartas. Algunos portan antorchas encendidas. Otros tienen bufandas atadas sobre la mitad inferior de la cara o pasamontañas negros. La mujer que grita tiene un megáfono, al igual que otro hombre, que grita consignas similares a las de las pancartas.

Por Los Veinte.

Y tendremos nieve.

Y el escudo de mi familia, rajado con tres líneas rojas sangrientas.

Es el Viento del Norte.

Las manos de Michael se aprietan sobre mi cintura.

—Tenemos que irnos. Ahora.

No hace falta que me lo repita. Si no quiero que los guardias de Raven me encuentren, tampoco quiero que los rebeldes me encuentren.

Sí, lo sé. Pensaba que quería hablar con ellos. Y todavía quiero hacerlo. Pero no así. Volveré a casa, asumiré el peso de Raven y empezaré a cambiar las cosas. Me reuniré con ellos en igualdad de condiciones. Las últimas chispas de libertad que quedaban en mi interior se apagan. Mi rebelión tiene que empezar desde dentro. Kyle y yo resolveremos las cosas, sé que lo haremos.

Michael se aleja y es como si me hubieran quitado el calor. Me agarra de la mano —oh, qué calor tan agradable— y me lleva por la pasarela hacia una calle lateral, mientras los humanos de la plaza corren a llenarla presa del pánico. La mujer que grita lo hace aún más fuerte. Distingo dos palabras entre sus gritos desesperados.

«Mi hijo».

Me detengo y me doy la vuelta.

—Vamos —me susurra Michael, tirando de mi mano.

Pero necesito ver. En varias de las pancartas hay una foto de un joven. Tardo un momento en reconocerlo. Es el chico del Dome. Y me doy cuenta de quién es la que grita y por qué lo hace.

La mayor parte de la multitud ha abandonado la plaza. Los guardias Raven aparecen de entre las sombras, formando una línea plateada y negra que bloquea a todo el mundo, incluidos los rebeldes, que no detienen su marcha y siguen gritando. La multitud comienza a unirse a ellos. Se oye el estallido de un cristal y un guardia se agacha, con fragmentos de cristal volando desde su hombro y un líquido oscuro en el pavimento. Alguien lanza otro vaso, luego otro, la multitud grita con la mujer, la noche se vuelve fea con el ruido. Me recuerda a otra multitud, a la de los vampiros gritando su sed de sangre y persiguiendo a humanos indefensos. Me

queda claro que es un ciclo de violencia que se repetirá. A menos que alguien le ponga fin.

Un hombre saca una linterna de su chaqueta y la enciende, de modo que un potente haz de luz blanca atraviesa la multitud. Se oyen gritos, los guardias se estremecen y se alejan tambaleando cuando la luz los toca. Mierda. Han llegado más guardias Raven, otro frente de plata y negro que se acerca en curva hacia la retaguardia de los rebeldes.

Y se desata el caos.

Uniformes oscuros se abalanzan sobre la multitud, derribando a la gente. La linterna se apaga rápidamente, arrastran a su portador, que patalea mientras desaparece en la refriega. Hay más gritos, algunos humanos se dispersan por los callejones, otros forman una masa agitada y empujada, rodeada por un círculo cada vez más pequeño de guardias. Los guardias se mueven rápidamente por el borde de la plaza, arrastrando a la gente hacia el centro. Aparecen más haces de antorchas, que se apagan tan pronto como se encienden. Entonces, un joven con la ropa hecha jirones corre hacia delante, llevando una botella con un trapo metido en ella, la tela ardiendo e iluminando su rostro mientras la lanza contra los guardias. Alcanza a uno de ellos y explota en llamas. La línea de guardias se rompe, los humanos se abalanzan y se llevan por delante al guardia envuelto en fuego hasta tirarlo al suelo.

Estoy paralizada. Michael me tira de la mano, las llamas se reflejan en sus ojos, dorando su expresión de pánico.

—¡Vamos! —grita por encima del ruido—. ¡Ahora!

Echo un último vistazo al caos que se ha desatado abajo y tomo una decisión. No puedo cambiar nada si estoy muerta.

Así que corro.

Michael me sujeta a su lado mientras nos abrimos paso entre la multitud. Me empujan y me golpean, la gente grita en mi oído, los proyectiles vuelan por encima de mi cabeza. Instintivamente, me acurruco contra Michael, con su fuerte brazo rodeándome, tratando de bloquearlo todo. Entonces se oye un golpe sordo. Siento cómo se estremece y me suelta. Se tambalea hacia atrás, llevándose la mano a la cabeza, que sangra profusamente por un corte sobre el ojo.

Extiende la mano, pero la multitud me arrastra. Veo su rostro, una máscara de sangre, mientras me llama por mi nombre.

Luego desaparece.

Capítulo 29

Momento

Lo único que me mantiene en movimiento es la multitud. Jadeo, buscando entre la gente a Kyle, a Michael, a cualquiera que pueda ayudarme. Pero no sé quiénes son rebeldes y quiénes no, y no puedo correr el riesgo. Me arrastra una marea humana por una calle, luego por otra, con codazos y pisotones. Llegamos a otra plaza, con columnas a mi lado y un gran edificio en el centro. La multitud se abre a su alrededor. Consigo escapar, tropiezo hasta la columna más cercana y me derrumbo en el suelo.

El ruido vuelve a aumentar, se oye el estruendo de pasos apresurados y una oleada de gente nueva aparece en la plaza. Me acurruco aún más hacia atrás. Entonces, un brazo rodea la columna y me agarra. Grito y me echo a rodar, dando una patada al aire y golpeando algo sólido.

Vuelvo a rodar hasta ponerme a cuatro patas y me levanto antes de que la multitud que corre me pisotee. Una silueta oscura se acurruca junto a la columna donde estaba sentada, con los brazos cruzados alrededor del vientre. Debe de ser humana, gracias a la oscuridad, porque no habría tenido ninguna oportunidad contra un vampiro.

Empiezo a sollozar, incapaz de evitarlo. Necesito encontrar a Kyle, desesperadamente. Giro la cabeza hacia un lado, luego hacia otro. «Vamos, Emelia. Eres más fuerte que esto». Jadeo con una respiración temblorosa. Entonces, una mano me agarra el tobillo. Grito y pego una patada. La figura oscura yace en el suelo a mi lado, con sus dedos huesudos alrededor de mi pierna.

—Por favor —pronuncia de forma prolongada, grotesca, como el chirrido de una puerta oxidada. La cara que me mira está magullada, le faltan dientes y tiene las mejillas sucias. Y es humana. La miro con horror—. Por favor, guapa, ayuda a un viejo con algo de dinero.

Consigo liberar mi pie de su agarre y retrocedo cuando vuelve a agarrarme. Saco el fajo de billetes de mi bolsillo y se lo tiro. Los atrapa con sorprendente destreza, los abraza contra él y le oigo gorjear mientras me doy la vuelta y echo a correr.

Empujo a la gente que viene en dirección contraria, jadeando y sollozando, sin importarme ya si me encuentran. Solo quiero que esta pesadilla termine. Lucho por avanzar por la calle, a contracorriente de la multitud, hacia la torre del reloj que destaca entre los edificios oscuros. Se oyen más gritos más adelante, el ruido se hace más fuerte. Me dirijo hacia allí.

Entonces, unos brazos me agarran y me derrumbo.

Un aroma familiar a violetas y algo más fresco me envuelve.

—Emelia. Gracias a la oscuridad.

Kyle.

Me invade una sensación de alivio. Me aleja de la multitud y del ruido. Estamos junto a una tienda, con el gran escaparate oscuro. Kyle me apoya la espalda contra él, manteniendo su cuerpo entre los humanos que se amotinan y yo.

—¿Estás bien? —Me toma el rostro entre las manos. No puedo hablar, solo sollozar. Me abraza y mis manos se aferran a su chaqueta, fundiéndome con él como si así pudiera desaparecer. Me acaricia el cabello y me deja llorar, el ruido de la plaza es una banda sonora que acompaña mi dolor.

Cuando mis lágrimas se calman, me seca las mejillas con los pulgares, con un toque suave. Es una silueta oscura, con el resplandor del fuego detrás de él. Un momento surrealista y tranquilo en el que el resto del mundo parece no importar, siempre y cuando estemos juntos. Como si estuviéramos en nuestra propia burbuja.

Pero no tarda en romperse. Se oye un estruendo y Kyle gira la cabeza. Rápido como un rayo, me levanta y me abraza con fuerza.

—Tenemos que irnos. Ahora mismo. —Empieza a correr y la noche se vuelve borrosa. Me agarro fuerte. Entonces, se oye otro estruendo y el suelo se mueve. Kyle se detiene en seco. Noto que algo empieza a golpearme la cabeza y los hombros, como si fuera granizo. Kyle gira su cuerpo, tratando de protegerme, y siento

pinchazos y arañazos donde recibo los golpes. Parece que he perdido el oído, como si estuviera bajo el agua. El tiempo se alarga, todo sucede a cámara lenta. Luego se acelera de nuevo y vuelvo a oír gradualmente. Gritos.

Kyle maldice.

—¿Qué está pasando? —pregunto en voz baja.

—Cállate.

Intento levantar la cabeza, pero Kyle me detiene.

—¿Qué?

—Estás sangrando.

Murmura las palabras, pero yo me quedo rígida. Mierda. Me doy cuenta de lo que era aquel extraño granizo. La ventana de una tienda ha explotado y hay fragmentos de cristal por todas partes. Mi mano está cubierta de pequeños pinchazos y arañazos, con astillas de cristal brillando en mi piel. Me duele el cuero cabelludo y siento una humedad cálida en la mejilla. Doble mierda. Kyle es fuerte, pero aquí fuera es un caos. Hay humanos por todas partes, algunos atrapados en la estampida, otros con tela atada en la parte inferior de la cara, con la ropa hecha jirones. También hay más vampiros, no todos guardias de Raven, que se abren paso entre la multitud sin tener en cuenta a nadie que se interponga en su camino. Un joven es arrojado al suelo y se oye un crujido cuando un vampiro le pisa el brazo, con el hueso sobresaliendo de su piel. A medida que se derrama más sangre, los vampiros comienzan a atacar a los humanos vulnerables. Al otro lado de la plaza, un cordón de guardias Raven grita órdenes, y el fuego que arde en varios edificios tiñe la noche de un color rojo dorado. Kyle no puede protegerme en esta situación. Siento cómo se tensan sus músculos mientras se prepara para correr. Entonces, una voz dice mi nombre.

—¿Emelia?

Es mi madre.

Capítulo 30

Fuga

—¿Está herida?

Oh, Dios mío y la oscuridad, mi padre también está aquí. Kyle se queda paralizado, abrumado, sus brazos como barras de hierro. Consigo asomar la cabeza por encima de su postura protectora.

—Por fin te hemos encontrado. ¡Pero estás sangrando! —Mi madre se apresura hacia mí, me pone las manos en la cara, me alisa el pelo, con los ojos rojos y brillantes.

—Calla. —Mi padre suena preocupado; supongo que cuanta menos gente sepa quién soy, mejor.

Mi madre se vuelve hacia él.

—Tenemos que sacarla de aquí. —El resplandor del fondo se vuelve más intenso y se oyen llantos, un sonido agudo y penetrante. Los guardias Raven están por todas partes, plateados y negros en la noche.

—Estoy de acuerdo —dice mi padre—. Llévala a casa. Allí podrá explicarse. —Su mirada severa se posa en mí y se me revuelve el estómago. Las cosas no podrían ir peor.

—Padre, soy yo quien ha…

—Más tarde, Emelia. Penélope, llévatela, llevaos a las dos a un lugar seguro.

—Tengo que quedarme. Sabes que necesitan verme. El Viento del Norte tiene que saber que Raven está aquí.

Mi padre aprieta los labios y luego asiente.

—Está bien. Ayúdame a sacarla.

—¡Espera! ¿¡Qué!? No, no, no puedes hacerle daño, ¡espera! Se recuperará. —Estoy llorando, tratando de liberarme del abrazo helado de Kyle, para que mis padres no tengan que romperle los huesos.

Pero mi padre agarra uno de los brazos de Kyle. Mi madre, tras un momento de vacilación, agarra el otro. Grito, no puedo evitarlo. Y Kyle sale de su trance.

—¡Mi señor! ¡Mi señora! Perdónenme. —Me suelta tan rápido que me caigo. Se arrodilla, con la cabeza inclinada.

Mi padre me agarra, arrugando la nariz. Supongo que huelo a sangre y miedo, lo cual no es lo mejor en este momento. Ningún inhibidor puede ocultar ese olor. Se oye otro estruendo, un destello de luz, el suelo se mueve. Tropiezo y choco con Kyle. Él me sostiene, pero cuando lo miro, parece que no me ve. El hermoso rostro de mi madre se tuerce con lo que parece ser lástima. Los labios de mi padre se retraen, dejando al descubierto sus colmillos. Oh, oh…

—Todo fue idea mía —digo rápidamente.

—¿Qué? —Mi padre no me mira, sus ojos color avellana están fijos en Kyle. Sin embargo, mi madre sí lo hace.

—Irnos. Yo le obligué a hacerlo. Él no tiene la culpa. —No me atrevo a tocar a Kyle. Creo que mi padre lo destrozaría. Mi madre inclina la cabeza.

—¿Es eso cierto? —Da un paso hacia mí—. Estábamos muy preocupados. Cuando encontré tu nota, yo…

—Es verdad. Lo prometo. —Me siento fatal.

—Te voy a llevar a casa —dice mi padre, con el rostro severo y sombrío.

—¿Qué? No, Kyle…

—Kyle —le clava una mirada fulminante—, puedes quedarte aquí y proteger a mi esposa mientras estoy fuera. Al fin y al cabo, ese es tu trabajo, ¿no? Proteger.

—Mi señor. —Kyle se inclina y luego se coloca en posición de guardia junto a mi madre. No me mira. Sé que es porque no puede, no porque no quiera. Se me llenan los ojos de lágrimas; estoy demasiado cansada para contenerlas.

Mi padre sisea.

—¡Emelia, contrólate!

Sí, claro, como si eso fuera a ayudar. Le lanzo una mirada ofendida, pero cuando lo hago me sorprende su expresión: una dulzura que rara vez he visto y miedo en sus ojos. Miedo por mí. Los

guardias Raven han formado un cuadrado alrededor de nosotros cuatro, pero cada segundo que pasa la situación se vuelve más peligrosa.

—¡Aleks, llévatela ahora! —dice mi madre con urgencia—. Llévate también a dos de los guardias. Kyle me cuidará.

—Más le vale. —Mi padre le lanza una mirada sombría antes de acercarse rápidamente a mi madre para besarla y acariciarle la mejilla. Le murmura algo, pero no consigo oírlo. Luego me toma en sus brazos—. Agárrate.

Y nos vamos.

Es cuidadoso, me abraza con fuerza, pero no demasiado, protegiéndome del viento mientras corremos en la noche, dejando atrás la Zona Segura. Intento no pensar en Kyle, ni en mi madre, allí atrás, en medio de la locura, ni en mi culpa por haber alejado a mi padre y a dos guardias de la escena. Pero tengo miedo. Miedo de lo que he hecho y de lo que va a pasar. Quería ayudar a los humanos, no empeorar las cosas. Los arañazos en mis brazos y en el cuero cabelludo me escuecen, me duele la cabeza. Los únicos sonidos que oigo son el movimiento del aire y el ruido sordo de los pasos.

Corremos durante un rato, mi padre está tenso, es como estar abrazada por una estatua. Pienso desesperadamente en algo que decir, en alguna forma de defender mis acciones, pero no se me ocurre nada. Mientras avanzamos en la noche, veo un resplandor delante de nosotros que se hace cada vez más intenso. Seguro que aún no ha amanecido. Los dos guardias se ponen a la altura de mi padre y reducimos la velocidad. Se oyen pasos que vienen en dirección al resplandor. Aparecen dos guardias más de Raven. Se detienen y saludan.

—Mi señor. Es lo que temíais. Los rebeldes han entrado en Dark Haven.

¿Dark Haven? Mierda.

—Padre, yo…

—Cállate. —La orden es severa, pero su tono es tranquilo, el de alguien que evalúa la situación—. Su informe, capitán.

El guardia asiente.

—Señor, no es la única zona que ha sido atacada esta noche. Nos llegan informes de todo el reino. Rebeldes humanos que atacan las propiedades de Raven.

Mi padre maldice.

—Es imperativo que llevemos a mi hija a casa sana y salva. Envía un mensaje diciendo que la han encontrado. Luego, lleva a tantos guardias como puedas y controla la situación. ¿Se están movilizando otras unidades?

—Sí, señor.

Mi mente está a mil por hora. ¿Esto está ocurriendo en todo el reino? Siento un alivio egoísta al saber que, después de todo, no fueron solo mis acciones las que provocaron que Raven entrara en la Zona Segura. Aparto ese pensamiento tan pronto como surge. Mi presencia allí solo empeoró una situación ya de por sí complicada. Qué estúpida fui al marcharme en medio de una rebelión. Quizá el castigo de mis padres no fue tanto un castigo como una forma de protegerme.

—Bien. Vamos. Tomaremos la ruta del bosque.

—Señor —se despide el guardia.

Nos adentramos en la noche una vez más, y el resplandor de Dark Haven desaparece al entrar en el Gran Bosque. La última vez que pasé por aquí fue con Kyle. Me pregunto si volveré a correr con él alguna vez. O a ir a cualquier sitio. He sido una idiota.

Pero eso no cambia lo que he aprendido ni lo que quiero hacer.

Salimos del bosque a la carretera que conduce a las puertas, con estatuas de cuervos recortándose contra el cielo. Mi padre grita y las puertas se abren. Las atravesamos a toda velocidad y mi padre se detiene en seco.

—¡Cerradlas inmediatamente! —ordena—. Y tened cuidado. Los rebeldes están cerca. Estad atentos al regreso de mi señora y aseguraos de que el perímetro esté bien vigilado.

—¡Sí, mi señor!

Los guardias se ponen en acción, manchas oscuras en la noche. Mi padre corre los últimos pasos por la sinuosa entrada y me deja en los escalones de la puerta principal. Estoy en casa. Y es un alivio. Un alivio estúpido y absurdo. Empiezo a sollozar, incapaz de evitarlo.

Intento controlarme, frotándome la nariz con la mano y parpadeando.

—Gracias —murmuro con la cabeza gacha. Me preparo para lo que sea que mi padre vaya a decir. Pero me sorprende.

—¿Estás bien? —me pregunta, poniéndome la mano en el hombro.

—Estoy bien —digo, con la cabeza aún gacha—. Solo dolorida. Será mejor que te vayas, ayuda a mamá…

—Tu madre estará bien por el momento, especialmente con ese luchador de los fosos. —Levanto la vista. Tiene la cabeza ladeada. No puedo verle la cara, pero sé que él puede ver la mía. Me tiende la mano—. Ven, siéntate conmigo.

—Eh…, vale —respondo alzando la voz. Trago saliva. Esto no va a salir bien. Le agarro la mano y dejo que me lleve al borde de las escaleras, junto a uno de los grandes pilares. Cruzo las manos sobre mis piernas dobladas y espero.

Mi padre carraspea. Vaya, mierda. Los vampiros no necesitan hacer eso, así que esto va a ser algo importante.

—Creo, Emelia, que tu madre y yo hemos cometido algunos errores contigo.

Se me queda la boca abierta. ¿Qué demonios?

—No pasa nada. —Se me quiebra la voz.

—No está bien. —Me agarra la mano, juega con mis dedos y se lleva la otra mano a los labios. Toca mis arañazos, uno tras otro, curándolos con su sangre. Mi distante y hermoso padre. No puedo respirar por la tristeza.

—Sabes cómo me sentí cuando naciste. —Asiento con la cabeza. No hay disculpa en su tono, pero su tacto es tan delicado—. Y sabes cómo se sintió tu madre y lo que hizo. —Asiento de nuevo—. No puedo expresarte lo contento que estoy de que lo hiciera. De que lo consiguiera. Porque tú eres lo más preciado para mí, Emelia. —Su tono frío se vuelve más áspero, y su mano aprieta brevemente la mía.

No puedo hablar, se me hace un nudo en la garganta. Gira la cabeza y me besa el pelo, y me dan ganas de llorar.

—No deberíamos haberte mantenido escondida. Deberíamos haberte dado más libertad. Pero tú entiendes lo difícil que era…

—Lo entiendo —recupero la voz—. Supongo que soy bastante vulnerable, siendo como soy. —Mi voz se vuelve muy suave al pronunciar las últimas palabras. Él suelta mi mano, me rodea los hombros con el brazo y me abraza.

—Lo que eres —me dice—, es mi hermosa, valiente e inteligente hija. También eres la heredera de Raven, y deberías haber sido tratada como tal. ¿Sirve de algo si te digo que lo siento?

—Padre… —Me atraganto, sin saber qué decir. Apoyo la cabeza en su hombro.

—Deberíamos haberte introducido más en la sociedad —continúa —. Pero queríamos protegerte tanto que no sabes…

—Puedo imaginarlo. —Frunzo los labios, odiando recordar lo decepcionante que es ser humana.

Entonces me sorprende:

—De la crueldad, como de cualquier otra cosa. No podía soportar que alguien pensara que tú, mi maravillosa hija, fueras menos que los demás, simplemente por lo que eres. No puedes evitarlo, ni deberías tener que pagar por ello. No hay nada malo en ti, en lo que a tu madre y a mí respecta.

—Pero…

—No. —Me da una palmadita en la mano y luego suspira—. Quizá sea necesario un cambio en nuestra sociedad, en nuestra forma de hacer las cosas. Ese es el problema de vivir tanto tiempo: te vuelves inflexible.

Se oye un zumbido. Mi padre saca su teléfono.

—Tu madre está de vuelta. —Vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo y hace una pausa—. Sobre lo de esta noche…

Siento una oleada de aprensión. Mierda. Todo esto está muy bien, pero lo cierto es que me escapé, casi me matan y puse a mis padres en peligro.

—Padre, sé que no debería haber…

—No, no debiste hacerlo. —Su voz es suave—. Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Hago una pausa. Sé por qué hui, por supuesto. Pero entonces tendría que admitir… más cosas. Me llevo las manos a la boca y pienso qué decir. Entonces decido ser sincera.

—No quería seguir siendo Raven.

—Lo sé —dice, aún en voz baja—. Vi tu nota. Lo que tu madre y yo no entendemos es por qué.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Miro fijamente la oscuridad resplandeciente, el lejano brillo de Dark Haven. Se vuelve borroso. Respiro profundamente, temblando.

—Vi la Cosecha Lunar… —comienzo a decir, preparándome.

—¿Qué? —Mi padre niega con la cabeza—. No deberías ver ese tipo de cosas en Internet…

—No en Internet. —Ya lo he dicho. Ahora espero a que mi mundo se derrumbe.

—¿Qué? —La palabra es aguda, susurrada—. ¿Cómo?

—Quería verlo. Si no podía impedirlo, quería ser testigo. Para que no estuvieran solos. —Se me quiebra la voz al pronunciar la última palabra—. Así que le pedí a Kyle que me llevara. Y lo vi todo.

—Oh, querida. —El otro brazo de mi padre me rodea. Me giro hacia él, apoyo la cabeza en su hombro y respiro su aroma a violetas, mezclado con madera y musgo. Es reconfortante, me trae un recuerdo borroso de cuando me abrazaba así cuando era muy pequeña. Me siento como en casa—. Lo siento mucho. Nunca deberías haber tenido que…

—Sí. Sí debería. —Levanto la cabeza—. Si voy a ser Raven y tomar decisiones como esa, necesito saber a qué me comprometo. Necesito saber qué significa realmente ser Raven. Y ahora lo sé.

Mi padre no dice nada.

—Y… y cuando lo vi, cuando os vi a mamá y a ti, cómo estabais, no quise formar parte de eso. Prefiero ser humana y vivir con ellos que tener que ver algo así, hacer algo así… No quiero ser Raven si eso es lo que significa.

—Por eso serás una buena Raven —dice mi padre.

Niego con la cabeza.

—¿Cómo voy a serlo? Soy débil, necesito protección constante. Y no quiero matar a ningún humano.

—Yo tampoco. A menos que sea absolutamente necesario.

—Pero es parte de lo que somos.

—Puede serlo. Pero no tiene por qué. Tú podrías ser quien cambie las cosas, ¿sabes? De verdad, aunque podría sacudirte por ponerte en peligro, al mismo tiempo estoy orgulloso de ti.

—¿De verdad? —Me pregunto si tal vez se ha golpeado en la cabeza o algo así. Pero la supercuración de los vampiros se encargaría de algo así. Así que debe de hablar en serio.

—Sí. —Me abraza de nuevo—. Ojalá me hubieras dicho cómo te sentías.

—¡Lo intenté! Intenté hablar con mamá, pero ella no quería detenerlo, y tú parecías estar de acuerdo, y… después de la Cosecha Lunar, yo simplemente… —Pensaba que mis padres eran monstruos. Pero no puedo decir eso—. Supongo que sentí que no tenía otra opción que irme. No sé cómo puedes estar orgulloso de mí, después de todo lo que he hecho. —Agacho la cabeza.

—Sin embargo, lo estoy —dice él. Levanto la vista—. Porque esto es lo que quiero para ti. Que te sientas lo suficientemente segura como para decir lo que piensas. Que luches por lo que crees. Y que lo persigas. Que veas que gobernar es algo más que vestir túnicas y asistir a fiestas. Aunque, ahora que lo recuerdo… —Saca algo de su bolsillo. Mi collar de Raven. Lo desenrolla entre sus dedos, brillando tenuemente—. Toma. Deberías llevarlo puesto.

Lo agarro con dedos temblorosos y me lo pongo.

—Kyle dijo lo mismo, ¿sabes? Que sería una buena Raven. Así que quizá lo sea. —digo sin pensar.

—Kyle. —La voz de mi padre cambia—. Sí, el joven guardia. Emelia, no quiero decirte lo que tienes que hacer. Pero tienes que recordar quién eres.

—Lo sé.

—Y no des por sentado que no puedes quedarte embarazada.

—¡Eh! ¿Qué? ¡Padre! —chillo, empujándolo. Oh, Dios mío. Él se echa a reír.

A lo lejos, Dark Haven está iluminado, con los edificios en llamas. Me parece completamente surrealista estar aquí sentada en la fría piedra con mi padre, en un oasis de oscuridad y silencio, y oírlo reír.

—Emelia, perdóname, tengo que decirte esto…

—¡No necesito una charla sobre sexo!

Él se ríe aún más fuerte, con todo el cuerpo temblando. Quizá él también esté avergonzado. Dios lo sabe. Yo siento que estoy a punto de disolverme de vergüenza. En serio, no necesito esto.

—Lo único que digo es que puedes divertirte, pero tienes que tener cuidado. Con él y con cualquier vampiro. Eres humana, es cierto, pero también eres una Raven de pura cepa. Tu sangre es diferente. Podrías tener un hijo vampiro, si decidieras quedarte embarazada. Llevas la magia dentro de ti. —Se pone serio—. Eres el futuro de esta casa, ¿sabes?

Me quedo en silencio por un momento. Luego hago la pregunta que me he estado haciendo durante mucho tiempo, mientras deambulaba sola por los pasillos.

—¿Por qué mamá y tú no tuvisteis otro hijo más? ¿Fue por mí? ¿Por… cómo soy?

—Oh, hija mía. —Me abraza de nuevo, sin rastro de alegría—. Sí… y no. —Me pongo tensa—. No, no por cómo eres. Eres perfecta, Emelia, tal y como eres. Si hubiéramos tenido otro hijo como tú, habría sido feliz. Pero si hubiéramos tenido otro hijo que fuera vampiro, podrían haberte visto como una amenaza para su posición.

Hace una pausa, dejando que lo asimile. No digo nada, porque esto es más que enorme.

—No queríamos aislarte más de lo que ya lo habíamos hecho. —Su voz se vuelve más tranquila. Vuelvo a sentir un dolor en el pecho, el amor y el dolor se mezclan como ácido. Mi padre continúa, con una antigua tristeza en sus palabras—. No habrías estado a salvo. Así que decidimos esperar.

Hasta que me muera, supongo. Los humanos nacidos de vampiros viven vidas humanas. No lo digo, pero sé que mi padre lo está pensando por la forma en que me abraza con fuerza, con la respiración entrecortada. Yo también lo abrazo, con el corazón rebosante de amor por él y por mi madre, por todo lo que han hecho por mí, por todo lo que ahora estoy comprendiendo.

Es un momento perfecto en la fría oscuridad. Cierro los ojos, deseando absorberlo todo. Entonces se oye un estruendo y abro los ojos, sobresaltada, para ver un destello de luz brillante.

Mi padre se queda paralizado por un momento. Luego dice el nombre de mi madre.

Capítulo 31

No digas nada

—¡Vete! —Empujo a mi padre. Me besa la frente y se marcha, una mancha oscura que se aleja por el camino de entrada. Aparece otra sombra y llega Bertrand.

—Creo que debería entrar, mi señora.

Su tono es sombrío. Mi preocupación se transforma en pánico absoluto y me pongo de pie. Bertrand me sujeta por los brazos con ambas manos y clava en mí su mirada azul hielo.

—Sabe adónde ir, ¿verdad?, si…

Abro mucho los ojos.

—¿Crees que…?

Niega con la cabeza y aprieta los labios.

—No lo sé, Emelia.

Mi miedo aumenta al oír mi nombre.

—Las habitaciones fortificadas. Lo sé.

Asiente, apretándome suavemente los brazos antes de soltarme y darse la vuelta.

—¡Bertrand!

Se detiene.

—Tengo que ir a las puertas, mi señora.

Entrelazo las manos y mi voz se vuelve temblorosa.

—Ten cuidado.

Asiente de nuevo y desaparece. Entro rápidamente. Más guardias cierran la puerta y echan el cerrojo.

—¡No hagáis eso! —grito. El guardia con la llave duda y se vuelve hacia mí sorprendido—. Mi padre, mi madre, los otros guardias… Siguen ahí fuera. Necesitarán entrar cuando regresen.

—Pero, mi señora…

Lo miro con incredulidad.

—Una puerta cerrada con llave no los mantendrá fuera de todos modos, así que ¿qué sentido tiene cerrarla?

El guardia asiente.

—Por supuesto, mi señora.

Vuelve a abrir la puerta y luego se da la vuelta, quedando de espaldas a ella. El segundo guardia se une a él y ambos entrelazan los brazos para crear una barrera. También hay guardias en cada una de las largas ventanas, tanto dentro como fuera, formando un muro plateado y negro contra cualquier cosa que pueda venir.

Me acerco a un banco largo y me tumbo, pero no consigo ponerme cómoda. Estoy desesperadamente cansada, pero no puedo dormir, no con mis padres y Kyle ahí fuera. Me rindo, me levanto y voy hacia una de las ventanas. Me quedo sin aliento. Parece que la mitad de Dark Haven está en llamas. Hay otra explosión, las luces parpadean. Lloro, cierro los ojos con fuerza y rezo a todo lo que se me ocurre para que estén a salvo.

Se oyen gritos ahogados desde fuera y corro hacia la puerta principal, tratando de empujar a los guardias. Uno me sujeta y yo forcejeo. Se oye un golpe seco, una orden gritada, y el otro guardia abre la puerta.

—¡Dejadme ir!

Dos figuras corren por el camino de entrada, como manchas negras. Una de ellas parece extrañamente corpulenta. Cuando llegan a los escalones, me doy cuenta de que son mi padre y Kyle, que lleva a…

—¡Mamá! —grito, luchando contra el férreo agarre del guardia. Por fin me suelta. Corro escaleras abajo. Mi padre tiene la cara sucia y un hombro de la chaqueta roto. Kyle no lleva chaqueta y su camisa está rasgada por la espalda. Pero mi madre… Está desplomada contra Kyle, con la ropa hecha jirones y chamuscada, su largo cabello negro cubriéndole la cara—. ¿Mamá…?

—Emelia, entra.

La voz de mi padre es seca, muy lejos de la risueña cercanía que compartíamos hace menos de una hora.

—Está viva —dice Kyle, con la cara manchada de hollín y sangre, negra a la luz de la luna.

—Entonces, ¿por qué no se mueve?

Mi madre levanta una mano pálida y se aparta el pelo de los ojos. Jadeo. Tiene la cara cortada, con un tajo en una mejilla que se está curando lentamente. Lo que le haya pasado debe de haber sido grave.

—Emelia —susurra con dificultad.

—¡Adentro! Necesita alimentarse. —Mi padre me toma del brazo y me ayuda a subir los escalones de piedra. Kyle y mi madre nos siguen—. ¡Comida para mi señora! ¡Ahora mismo! —grita.

Los guardias que esperan, con el rostro marcado por la preocupación, se ponen firmes y dos de ellos salen corriendo a toda velocidad. Mi padre abre de un empujón las puertas de la sala de estar e invita a Kyle a pasar. Los sigo, apresurándome para alcanzarlos, y veo cómo deposita con delicadeza a mi madre en el sofá. Mi padre se queda detrás, con las manos tan apretadas sobre el marco de madera tallada que puedo oír cómo se astilla. Y mi madre, mi mundo, está arrugada y quemada, como una rosa aplastada por un puño descuidado. Me ve y sonríe, aunque es una sonrisa cansada, con sus ojos de ónix oscuros.

—Querida hija, estoy bien.

—¡No lo estás!

—Lo estaré.

Se oye un ruido y me giro para ver a un guardia que lleva a una joven a la habitación. Es una de las bailarinas de sangre, recién despertada, con el pelo revuelto, el rostro pálido y suave, sin el maquillaje y los brillos habituales. Cuando ve a mi madre, abre mucho los ojos.

—¡Oh, mi señora!

Liberando su brazo, corre a arrodillarse junto al sofá, extendiendo su muñeca. Mi madre la toma. Me doy la vuelta, oyendo el chasquido cuando mi madre muerde, los ruidos de succión.

Kyle se apoya contra la pared, con la camisa hecha jirones medio colgando.

—¿Qué ha pasado? —pregunto. Ojalá pudiera abrazarme a él.

—Fue una emboscada. Salimos de la Zona Segura, pensando que lo peor estaba bajo control. Entonces volaron los depósitos de

gasolina cuando pasábamos por allí. —La voz de Kyle es áspera, seca. Hay manchas rojo oscuro en su piel, visibles a través de los desgarros de su camisa.

—Pero ¿cómo… cómo pudiste…?

—¿Sobrevivir? Estuvo cerca. La explosión casi nos alcanza y se llevó por delante a algunos humanos. Agarré a uno de ellos y le saqué sangre para tu madre, para que se curara lo suficiente como para volver aquí.

—Oh, Kyle. —Ignoro la leve inquietud que siento. No importa lo que hizo ni cómo lo hizo. Salvó a mi madre. Si no lo amara ya, lo amaría solo por eso. Quiero ir hacia él, besarlo y darle mi sangre para que pueda curarse. Me vuelvo hacia mi padre—: ¿Podemos…? ¿No hay nadie a quien podamos llamar para Kyle? Está herido…

Mi padre levanta la cabeza bruscamente y entrecierra los ojos. Mierda. Se acerca a Kyle y le dice:

—Tenemos que hablar.

Kyle se arrodilla, con la cabeza gacha.

—Mi señor, no debería haber sacado a Emelia de la finca sin un…

—No debiste hacerlo. —Mi padre cruza los brazos y se coloca de pie frente a Kyle, con las piernas separadas—. Sin embargo, lo hiciste. No una, sino dos veces, por lo que parece. Aunque… —me mira—, dudo mucho que pudieras haberlo hecho sin su cooperación.

—Padre, por favor, está herido.

—Herido porque estaba en un lugar donde no debía estar.

—¡Herido porque salvó a mamá!

—Que no habría estado allí si no fuera por él.

—¡Eso es una locura! Ya estabais fuera…

—¡Porque habíamos oído que iba a haber problemas y queríamos evitarlos antes de que empezaran! ¡No necesitábamos la complicación añadida de tener que cuidar de ti! —me espeta mi padre, con un tono cada vez más agresivo.

—Fue idea mía. Y salvó a mamá. Ambos habríais resultado heridos si él no hubiera estado allí… si yo no hubiera…

—Tiene razón. —La voz de mi madre suena más fuerte. Se incorpora, llevándose una delicada mano a la boca para limpiarse los últimos restos de comida, con el corte de la mejilla casi curado. La

bailarina de sangre se arrodilla a su lado, con la otra mano de mi madre descansando sobre su hombro—. Si hubiéramos estado los dos allí, Aleks, nos habrían matado. Kyle dio la voz de alarma justo antes de que la gasolina estallara, lo que salvó a la mayoría de los guardias. Y a mí también.

Mi padre se acerca a mi madre. La bailarina de sangre se aparta, tambaleándose al ponerse en pie. Mi padre se arrodilla, se muerde el dedo y utiliza su sangre para curar el último corte de la mejilla de mi madre, un gesto íntimo. Aparto la mirada. Kyle sigue arrodillado, con la cabeza gacha. Le pongo la mano en el hombro. Gira la cabeza, con los ojos plateados brillando en la penumbra, y me besa la muñeca. Respiro hondo.

—Déjame ayudarte a levantarte —le digo.

—Estoy bien —responde con voz débil, haciendo un esfuerzo para ponerse de pie.

No puedo evitar abrazarlo.

—Emelia, aléjate de él.

Oh, no.

—Padre…

Está sentado en el sofá con mamá. Ella no me mira. Trago saliva y me alejo de Kyle, que se ha quedado muy quieto.

—Kyle, quedas relevado de tus funciones por el momento. En cuanto al futuro, aún está por decidir. ¿Quizá un período en una de las torres?

—¡Padre! —Intento no gritar, la rabia me quema la garganta—. Todo fue idea mía, todo fue culpa mía, no puedes…

—¡Silencio!

Respiro profundamente, temblando. Kyle no se ha movido. La bailarina de sangre está en un rincón de la habitación con los ojos muy abiertos. Su muñeca sigue roja por donde mi madre se ha alimentado, y mi mano va al codo, recordando el dolor punzante de cuando el guardia se alimentó de mí. Dos de los guardias se han acercado. Mierda, mierda, mierda.

—Los hechos son estos. —Mi padre dirige su atención a Kyle—. Se suponía que ya te habías ido con Mistral, pero, por alguna razón —su mirada se dirige hacia mí—, sigues aquí. Luego te llevaste a

Emelia fuera de la finca. No me importa cuánto te lo haya suplicado o qué te haya prometido. Has desobedecido mis órdenes directas. Fuiste contratado —su voz se eleva— para mantenerla a salvo. En ese sentido, respondes ante mí y ante su madre. ¿Lo entiendes?

Kyle asiente.

—Sí, mi señor.

Parece tan abatido que se me parte el corazón. Contengo la respiración, aunque por dentro estoy gritando. No puedo creer que esto esté pasando.

—Sin embargo… —la voz de mi padre se suaviza un poco—, están las circunstancias en las que salvaste a mi esposa y a varios de nuestros guardias. Dime, ¿cómo pudiste advertirles?

Me quedo helada. ¿Qué demonios?

—Lo vi de refilón —responde Kyle con voz monótona—. A uno de los humanos, detrás de un silo. Un error por su parte, mi señor. Así que les avisé.

—Tuviste suerte de hacerlo —dice mi padre—. Al menos, eso podría salvarte de que te enviaran de vuelta a los fosos.

Kyle levanta la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, mi señor. De verdad. No deseo, quiero decir, no puedo…

—¡No! ¡No pueden enviarlo de vuelta allí! —Las palabras salen a borbotones, a pesar de la advertencia de mi padre. Sé que se supone que soy Emelia Raven, hija de una gran casa, de la que se espera que encuentre un buen marido y continúe con nuestro linaje. Pero soy humana y lo amo.

La boca de mi madre se tuerce. En un rápido movimiento, mi padre se coloca delante de mí. Es todo ceniza, oro y granito, con furia en los ojos.

—No te volveré a pedir que te calles. No empeores las cosas.

Apenas puedo respirar. ¿Hace solo una hora me abrazaba y reíamos juntos en las escaleras? Las lágrimas caen por mi rostro. No las seco, un pequeño acto de rebeldía mientras mi existencia se cierra a mi alrededor como un sudario de terciopelo. Nunca le perdonaré.

—Penélope, sácala de aquí.

Mi padre no me mira. Sin embargo, Kyle sí, sus ojos plateados sostienen los míos mientras mi madre me toma del brazo. Con un agarre firme, me saca de la habitación, con dos guardias siguiéndonos. Estoy demasiado conmocionada para gritar, mi respiración se agita en mi pecho mientras me tambaleo por el pasillo, el paso de mi madre implacable.

—Mamá, para —sollozo—. Por favor.

Mi madre se detiene. Respira hondo.

—¿Cómo has podido?

—¿Qué?

—¿Cómo has podido? —Se vuelve hacia mí, con el pelo al viento y los jirones de su vestido revoloteando. Hay una marca roja en su mejilla perfecta, y más en sus ojos—. ¡Dejarnos así! ¿Y si te hubiera pasado algo? Si te hubiéramos perdido, ni siquiera habríamos sabido qué te había pasado. Nuestra preciosa hija, perdida para siempre.

—¿Y qué hay de todos los demás que se han «perdido»? —El dolor me atraviesa el pecho; la ira brota, saliendo a borbotones de mi interior—. Todos ellos son la hija, el hijo, el marido o la mujer de alguien. No son solo víctimas, no son solo comida.

—Emelia…

—¡Son personas! ¡No me extraña que se rebelen! —La mucosidad me obstruye la nariz y me cuesta respirar—. ¿Sabes siquiera cómo son sus vidas? Aunque sé que sabes cómo son sus muertes. Te vi, en la Cosecha Lunar. Vi lo que hiciste. Lo que eres. —Escupo las palabras, tragando otro sollozo, frotándome la cara con el dorso de la mano—. Por eso me fui. ¡Porque no quiero ser Raven si eso es lo que significa!

La mano de mi madre se relaja y se suelta de mi brazo.

—Emelia. Lo siento. Yo… yo…

—Eso es lo que dijo papá antes, cuando estábamos hablando, dijo que habíais cometido errores conmigo. ¡Pero ahora vas a enviar a Kyle lejos y nunca volveré a verlo! —Los guardias están de pie a un lado, ignorándonos deliberadamente. Mi madre con la boca abierta, sus ojos oscuros llenos de lágrimas.

—Tiene que hacerlo.

—¿Quién? ¿Papá? ¡Tú eres Raven, no él! ¡Tú debes decidir! ¡Decidir qué es lo mejor para mí! —Me golpeo el pecho con la mano —. ¿Por qué tiene que irse?

—¡Porque nos desobedeció y te puso en peligro! Sea lo que sea Kyle para ti, Emelia, ante todo es un guardia Raven. Tiene suerte de haber escapado de la muerte por lo que hizo. Créeme cuando te digo que tu padre está siendo indulgente, y que lo está siendo por el bien de ambos.

La miro fijamente. La oscuridad nos envuelve, y sus palabras se hunden en ella como ondas en un estanque infinito de noche. Si pudiera arder en llamas, lo haría, para quemar mi dolor y mi ira. No puedo perder a Kyle, no así.

Pero no hay nada más que pueda hacer.

—Me voy a mi habitación.

Me toca el brazo con su mano fría.

—¿Quieres venir a sentarte conmigo un rato? Creo que deberíamos hablar.

—No quiero hablar.

Su mano se aparta de mi brazo. Me doy la vuelta y me dirijo a mi habitación. Ella no me sigue.

Capítulo 32

Un último beso

Mi almohada está empapada. Creo que ya no me quedan lágrimas. Pero cada vez que pienso en perder a Kyle, surge una nueva oleada. Recuerdo cómo se le torció el rostro cuando mi padre mencionó los fosos, y no soporto la idea de que lo envíen allí para morir.

También siento culpa. Fui yo quien le pidió que huyéramos juntos. No lo había pensado bien. Lo mandarán lejos y entonces todo habrá terminado. Probablemente ahora me odie.

Ha pasado cerca de una hora desde mi arrebato, desde que se llevaron a Kyle. No puedo seguir aquí tumbada. No sé dónde lo retienen y no puedo recorrer toda la casa buscándolo, pero tengo que hacer algo. Él lucharía por mí. Yo debo hacer lo mismo por él. Me incorporo y me seco la cara, pasando los dedos por mi pelo enmarañado. Mi mirada se posa en la chimenea y una idea toma forma. Pero tengo que darme prisa. Ya he perdido demasiado tiempo.

Me acerco las botas y me las pongo. Luego voy a la chimenea y presiono la hoja tallada. Cruzo la abertura y enciendo la linterna del móvil mientras el panel se cierra. La pared de piedra está fría bajo mis dedos mientras desciendo hacia la biblioteca.

En el pequeño rellano, ilumino alrededor buscando la palanca que abre el pasaje al sótano. Juré que nunca volvería a bajar allí, no después de los gritos que oí. Pero mi necesidad de encontrar a Kyle es más fuerte que cualquier miedo. Acciono la palanca y una sección de piedra se abre revelando más escaleras. Empiezo a bajarlas, con la mano en la pared como apoyo, hasta llegar a un panel de madera. Pego la oreja, contengo la respiración, pero no oigo nada. Empujo el panel hasta que hace clic y se abre, dejando al descubierto un pasillo. Mi linterna proyecta círculos de luz sobre las paredes pintadas de azul grisáceo oscuro y el suelo de baldosas de pizarra.

No hay nadie aquí, gracias a la oscuridad. Justo enfrente hay otra puerta. Miro a ambos lados, salgo del pasaje y la abro.

Mierda. Es el comedor. La sala es grande, con bancos de madera esparcidos por el suelo de baldosas blancas y negras. También está desierto, gracias a la oscuridad. Excepto por la comida. Hay jaulas suspendidas del techo, en cada una, un humano sentado o tumbado. La base de las jaulas está acolchada y tienen agua y comida. Supongo que mis padres creen que eso las hace más cómodas. Me duele el codo al recordar cómo el guardia se alimentó de mí, la presión en mis venas.

La mayoría de los ocupantes de las jaulas duermen, excepto un hombre tumbado de lado, leyendo un libro a la luz de una lámpara de vela, y una mujer sentada con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeándolas. Gira la cabeza cuando paso a su lado, y sus ojos oscuros me observan. Me llevo el dedo a los labios. No tengo ni idea de si sabe quién soy. No dice nada; no sé si es por mi gesto o simplemente porque no tiene nada que decir. Quiero hacer más, siento una rabia salvaje ante la idea de liberarlos. Pero ¿adónde irían, en la oscuridad, solos? Supongo que aquí están a salvo, pero ahora soy consciente de lo jodido que es todo.

Cruzo la habitación hacia otra puerta doble. Me detengo para escuchar. Nada. Con cuidado, giro uno de los pomos. La puerta se abre sin ruido… y revela una habitación llena de literas. Mierda. Cierro la puerta lo más rápido que puedo, luego me apoyo contra ella, jadeando, con el corazón acelerado. Los cuartos de los guardias. Pero ¿dónde diablos busco ahora?

—¡Psst!

Doy un respingo. Me giro y veo dos puertas más en la pared del fondo. Una está entreabierta y deja ver una pequeña habitación forrada de metal que contiene un ataúd. La otra está cerrada. Hay una pequeña rejilla incrustada en el metal. Alguien tiene la cara pegada a ella.

—¡Kyle! —Corro por la habitación y casi resbalo contra la puerta.

—Con cuidado —dice riendo. Después de todo lo que ha pasado, de todo lo que le he hecho pasar, se está riendo. Mi corazón se llena de amor.

—¿Estás bien? Lo siento muchísimo. —Paso los dedos por la rejilla y noto el roce de sus labios.

—No es culpa tuya. No debería haberte llevado.

—¡No debería habértelo pedido! —exclamo entre sollozos y risas, aliviada por haberlo encontrado.

—¿Emelia, mi amor?

—¿Sí?

—Tienes que sacarme de aquí. Tu padre no bromeaba con lo de los fosos. No puedo volver allí. Por favor. Déjame ir. Tomaré el pasaje y escaparé por ahí, a través del bosque. Por favor.

Hay tal anhelo en su voz que juro que puedo sentirlo, su angustia es la mía. También hay dolor, porque sé lo que esto significa. Una vez que lo deje ir, nunca lo volveré a ver. Sin embargo, tengo que darle esta oportunidad. Él ya me ha salvado.

—Kyle, yo… —Mi voz se quiebra—. Por… por eso estoy aquí, para salvarte. —Mi mundo tiembla hasta sus cimientos, con sal amarga en mis ojos. Siento sus labios en mis dedos de nuevo, su aliento frío. Entonces me suelta.

—Date prisa, mi amor —susurra—. Vendrán a por mí pronto.

—¿Cómo… eh…? —Me detengo, tragando saliva—. ¿Cómo se abre esto?

—La rueda de cierre que está a tu lado.

Doy un paso atrás. La puerta es de metal macizo con tres barras horizontales y otras dos verticales que se encajan en el marco metálico. Está sellada magnéticamente. No sirve de nada cerrar simplemente una puerta contra un vampiro, saldrían en segundos. Pero los imanes y el metal los retendrán más tiempo, lo suficiente para que se oiga cualquier intento de fuga. Hay una rueda en el centro de la puerta, con las barras atravesando un sistema de cierre central. Pongo ambas manos sobre ella, haciendo fuerza. No se mueve.

Gimo, girando con más fuerza, mis manos resbalando sobre el metal. Hay ruidos detrás de mí, susurros y débiles golpes metálicos. Me giro y veo que más humanos enjaulados están despiertos. Todos me miran.

—Por favor, no digáis nada —susurro. No hay respuesta.

—Emelia, inténtalo de nuevo. Puedes hacerlo. —Kyle suena angustiado, y eso me impulsa. Me preparo, aprieto los dientes mientras empujo y giro la rueda metálica. Cede ligeramente. Me detengo, jadeando.

—¿Estás bien? —Kyle estira los dedos a través de la reja.

—Estoy bien. Solo necesito un momento. —Lo intento una vez más, con los músculos de mis brazos y hombros protestando. Finalmente gira, con un ruido sordo cuando las barras se desenganchan. La puerta se abre y Kyle sale como un rayo.

—Oh, mi amor. —Entierra su rostro en mi cuello mientras me aferro a él. Quiero quedarme así para siempre, pero tenemos que seguir adelante. Le agarro de la mano y le guío más allá de las jaulas, intentando no mirar las caras que me observan. Caras como la mía, humanas. Sin embargo, yo estoy aquí y ellos están allí, con un mundo entre nosotros. Algo que voy a cambiar. Pero por ahora tengo que poner a Kyle a salvo. Lo empujo hacia el pasillo, donde el pasaje sigue abierto.

Él exhala un suspiro.

—Genial.

—Vamos. —Lo arrastro conmigo a través de la abertura.

El panel se cierra y quedamos juntos en la oscuridad. Me levanta del suelo y me besa una y otra vez. Mis manos están en su cabello mientras le devuelvo el beso, saboreando la sal y la sangre. Mi corazón se está rompiendo.

—¿Adónde vamos ahora? —dice, una vez que puede hablar.

—Subimos, al pasaje de la biblioteca, y luego a mi habitación. Ya sabes que hay un pasaje desde allí al exterior. ¿Estarás… estarás bien?

—Creo que sí. —Sus brazos siguen rodeándome.

—¿Adónde irás? —le pregunto entre besos.

—Tengo un lugar donde puedo esconderme por un tiempo. —Me acaricia la mejilla con la mano. Suspiro, curvándome hacia su caricia, aunque mi corazón se está partiendo en dos y las lágrimas brotan de mis ojos cerrados. No puedo dejar de tocarlo, porque sé que es la última vez.

—Iré a buscarte, una vez que sea Raven, te lo prometo.

—Un último beso antes de irme. —Sus labios tocan los míos y siento como si estuviera volando, su cuerpo se curva alrededor del mío, sus brazos me levantan. Cierro los ojos, disfrutando de la sensación, como si estuviera en el centro de una tormenta.

Cuando nos detenemos, seguimos en la oscuridad. Él me suelta. No veo nada.

—¿Kyle?

—¿Emelia?

Oh, gracias a la oscuridad. Pero no se acerca. Vuelvo a oír su voz.

—¿Sigues confiando en mí?

—Sí. —Por supuesto que sí. Es Kyle. Él me quiere y yo le quiero y…

Una mano fría se posa en mi cuello y le oigo suspirar.

—Bueno, no deberías haberlo hecho.

—Kyle. —Su agarre me ahoga la voz. Se aprieta y todo se vuelve negro.

Y mi mundo se hace añicos.

Capítulo 33

El amor duele

Despierto. Algo pesado me inmoviliza. No veo nada.

¿Dónde…?

Una mano me tapa la boca. Me doy cuenta de que el peso es Kyle, tumbado sobre mí.

—¡Cállate! —susurra en mi oído—. Estamos debajo de los fosos. Si alguien te encuentra…

No necesita decir más. Me pongo rígida. ¿Los fosos? ¿Está loco? Su mano se aleja de mi boca. Me muevo ligeramente y noto el frasco de inhibidor en mi bolsillo.

—Inhibidor. Bolsillo —susurro las palabras, sabiendo que me oirá.

Oigo un leve suspiro y noto su mano en mi bolsillo. Sigo sin entender qué pasa. ¿Me va a llevar con él? Percibo un silbido tenue, siento una neblina fresca en mi piel. Luego un crujido y el aroma a violetas se vuelve tan fuerte que me hace llorar. Ha roto el frasco.

La revelación me invade como una ola, fría como el hielo, amarga como un desengaño. Su mano vuelve a cerrarse alrededor de mi garganta. La oscuridad reaparece. Joder. Voy a morir aquí.

Cuando despierto por segunda vez, estoy tumbada sobre algo blando, rodeada de cojines, con una tela suave bajo la mano. Me duele la garganta y quiero frotármela, pero tengo los brazos pesadísimos. Oigo voces, al principio como un eco, pero luego se convierten en palabras.

—Entonces, ¿cumplirás tu promesa?

Kyle.

El dolor de su traición me abruma, el horror de aquel momento en la oscuridad. No me atrevo a moverme.

—Sí —responde otra voz—. Me has traído la llave de mi propia felicidad. Me parece justo que tú también tengas la tuya.

Joder. Reconocería esa voz elegante y arrastrada en cualquier parte. Mistral.

—Gracias. —Kyle parece satisfecho—. La rebelión parece ir bien.

¿Qué?

—Sin duda, aunque a estas alturas ya casi se me escapa de las manos. Es más grande de lo que jamás imaginé. —Mistral se ríe y desearía poder golpear su estúpida cara perfecta—. Supongo que la detendré cuando sea Raven, pero por ahora cumple su propósito.

¿«Cumple su propósito»? ¿«Cuando sea Raven»?

Kyle resopla.

—¿Estás seguro? Raven no puede detenerla ahora mismo. ¿Qué te hace pensar que tú podrás?

—El hecho de que no me importe cuántos tenga que matar para lograrlo —gruñe Mistral. Vuelve a reírse, un sonido breve y sin alegría—. ¿Quién diría que los humanos aún tenían tanta fuerza para luchar?

—Supongo que cualquier animal lucha si se ve acorralado. Y los humanos llevan acorralados mucho tiempo.

—Si fuera por ti, seguro que todos viviríamos juntos, vampiros y humanos, como una gran familia feliz. —El desprecio es evidente en la voz de Mistral.

—¿Sería tan malo?

—Son comida, Kyle. Ganado ciego y estúpido. Cómo puede alguien pensar lo contrario…

—Sin embargo, aquí estamos, con una rebelión en toda regla entre manos. Dime, ¿pensabas que las semillas que plantaste crecerían tanto?

Hay una pausa. La tensión se palpa en la habitación. No quiero que sepan que estoy despierta, pero es difícil cuando quiero gritar. No puedo creer lo que oigo. ¿Mistral está detrás del Viento del Norte?

—¿Qué vas a hacer con ella? —pregunta Kyle.

¿Conmigo?

—Necesito que la mantengas contigo por ahora, pero no le hagas daño. Te ha costado mucho traérmela, por el amor de la oscuridad. A la tercera va la vencida, supongo.

¿La tercera? Y entonces lo comprendo. Cuando Kyle me llevó a la cascada, debía de estar probando si podía llevarme a otro sitio sin que yo protestara demasiado. No solo lo acepté, sino que le rogué que lo hiciera de nuevo. Primero a la Cosecha Lunar, luego huyendo con él. Todo pensando que me quería. Mis uñas se clavan en las palmas.

—Está bien protegida. Y tus rebeldes se interpusieron en mi camino, si lo recuerdas. —Kyle suena irritado.

Pero también me ofreció una noche. Me la habría dado, además, si Raven no hubiera aparecido en aquel momento.

Mistral gruñe.

—¿No eres uno de mis rebeldes? Recuerda para quién trabajas.

Me quedo aturdida. Kyle es un rebelde. Recuerdo nuestra conversación en la cascada, cómo intentó explicarme lo que querían los humanos.

—Solo trabajo contigo porque puedes darme lo que quiero.

—Oh, lo sé. —Mistral se ríe de nuevo, un sonido seco, sin humor —. Solo recuerda: yo te saqué de los fosos. Puedo volver a meterte allí.

—Pero no lo harás —contesta Kyle con tono de voz duro.

—No, no lo haré. Me has entregado a la chica y voy a cumplir mi parte del trato. —Se queda en silencio un momento—. ¡Sinceramente, estos malditos humanos retrógrados! ¡Son abominables, todos y cada uno! Cuando tenga a su madre, quizá la mate yo mismo. Al fin y al cabo, Penélope y yo crearemos los hijos más maravillosos. No la necesitará en cuanto yo sea el señor de Raven.

¿Qué demonios?

Mistral debe de estar loco. ¿Señor de Raven? Que le den. ¿Y mi padre? Recuerdo la bomba en el salón de baile, la forma en que Mistral intervino con tanta elegancia, destrozando al bailarín de sangre para proteger a su señor…, o más bien para protegerse a sí mismo, para que sus planes no se revelaran. Mierda. No me importa lo que piense, nunca tendrá a mi madre, jamás. No hay forma de que ella permita que me mate. Sé que soy humana y débil, pero también sé que me quiere. A diferencia de Kyle. Al pensar en eso,

siento un dolor como una grieta en mi mente, como si fuera un escudo que mantiene unidas todas las piezas en mí.

—Esto no ha sido fácil, ¿sabes?

Oh, lo siento mucho, Kyle, que traicionarme te haya resultado tan difícil. Si no estuviera intentando mantenerme quieta, pondría los ojos en blanco.

—Estoy seguro. Si el terrorista hubiera hecho bien su trabajo, no habríamos tenido que llegar a estos extremos. Podrías haberlo terminado mucho antes.

—Entonces, una vez que estés en el poder, ¿puedo transformarla?

¿A mí?

Kyle sabe que no se me puede transformar. Quizá tuvo que noquearme para engañar a Mistral y hacerle creer que está de su lado, pero en realidad todavía me ama y estaremos juntos. Quizá solo está fingiendo para protegerme y me llevará de vuelta con mis padres. Quizá me estoy aferrando a un clavo ardiendo.

—Sí, sí. —Mistral parece aún más irritado—. Por mí, puedes transformarla ahora mismo. Un luchador de los fosos y su pequeña bailarina. Una historia de amor para la posteridad, sin duda.

—Entonces, llevaré a Emelia al refugio.

Un refugio. Mi corazón se alegra. Oh, gracias a la oscuridad. Va a mantenerme a salvo, después de todo. Aunque sigo sin entender por qué cree que puede transformarme. ¿Y por qué Mistral me llama bailarina?

—Mantenla allí hasta que se active la trampa. No puedo tenerla aquí, por mucho que me gustaría. Es demasiado obvio.

¿La trampa? Me esfuerzo por escuchar más, pero uno de los cojines junto a mis piernas se cae. Se oye un golpe suave al tocar el suelo.

Siento una ráfaga de aire frío. No me atrevo a abrir los ojos y me quedo lo más quieta posible. Pero mi corazón late desbocado. Estoy en una habitación con al menos dos depredadores, y ambos se darán cuenta de que finjo estar inconsciente. Una tela me cubre la boca y un olor acre invade mis fosas nasales. Y vuelvo a perder el conocimiento.

Capítulo 34

El golpe final

Despierto de nuevo, tendida boca abajo sobre una alfombra. Está gris por el polvo y desprende mal olor. Me giro sobre un costado, tosiendo, con la garganta lastimada por dentro y por fuera.

—¿Nos hemos despertado, mi señora?

Las palabras destilan desprecio, la voz resulta extrañamente familiar. Levanto la vista y veo a una chica de pie frente a mí. Es delgada, viste pantalones holgados y lleva una camiseta corta, con el pelo oscuro recogido de forma descuidada. Una cicatriz le recorre el cuello desde la camiseta. La reconozco. Es la bailarina de sangre del bar, la que me amenazó. La ex de Kyle. ¿Qué demonios hace aquí?

Me incorporo hasta quedar sentada, abrazándome las rodillas.

—¿Dónde estoy? Dímelo.

—Aquí doy yo las órdenes, Raven. No tú.

«Aquí» parece ser un dormitorio. Una habitación bastante amplia, con las ventanas cubiertas por largas contraventanas de madera. Hay una cama grande contra una pared, una mesita polvorienta a cada lado con velas encendidas, cuya cera derretida se derrama en pequeños regueros. La colcha tiene agujeros y la tela está manchada. Una fotografía descolorida colgada en la pared muestra a una familia: dos padres y dos hijos. Esta chica no es ninguno de ellos.

Pero es humana. Lo que significa que, en cuanto a salir de aquí, ella y yo estamos en igualdad de condiciones. Me pregunto dónde está Kyle y cuándo va a llegar, aunque no tengo ni idea de qué hora es, si es de día o de noche. Tampoco estoy segura de qué está pasando, pero sigo aferrándome a la esperanza que tenía en casa de Mistral: que Kyle estaba fingiendo y me mantendrá a salvo, que todavía me quiere. Sin embargo, la presencia de su ex hace que la fantasía sea más difícil de sostener.

Me arrastro hacia la pared y me apoyo en ella para levantarme.

—Que te jodan.

Ella sonríe con aire burlón.

—¿En serio? ¿Eso es lo que crees que va a pasar?

Zorra. Enderezo los hombros.

—No te tocaría ni con un palo de tres metros.

Su sonrisa se ensancha.

—Qué pena que tu novio no piense lo mismo. ¡Kyle!

Él entra por la puerta, la cierra con llave y luego la guarda en el bolsillo de su chaqueta. Está tan guapo como siempre, vestido con vaqueros negros y cuero, el cabello oscuro y brillante peinado hacia atrás.

—¡Kyle! —Mi corazón da un vuelco. Sé que todavía me quiere, aunque trabaje para Mistral. Todo esto es un extraño malentendido, un complot para desenmascarar a Mistral y su estúpida rebelión. Kyle tuvo que hacer lo que hizo para mantenerme a salvo, para poder llevarme de vuelta a casa y contárselo a mis padres. Me acerco a él.

Pero, para mi horror, me ignora, se dirige hacia su ex y la toma en sus brazos. Ella gira la cabeza y me sonríe con suficiencia, los brazos alrededor de su cuello. Él inclina la cabeza para besarla.

Y mi corazón se rompe.

Simplemente se quiebra.

Lo recuerdo en una habitación azul, hablándome de las reglas que prohíben que humanos y vampiros estén juntos. Pensé que se refería a nosotros. La conmoción me invade, fría y oscura, junto con la comprensión de que no era así. La fantasía de que todavía me ama, de que me mantendrá a salvo, se disipa como niebla matinal, dejando a su paso una fría agonía. No se refería a mí. Se refería a su bailarina.

Dios mío. El dolor lo invade todo. Lo controlo, lo comprimo en una bola ardiente y pesada dentro de mí, sin querer darles la satisfacción de ver cuánto me hiere. Cruzo los brazos y aparto la mirada. Se oye un silbido y Kyle aparece delante de mí.

—Lo siento, Emelia. —Juraría que veo un destello de lástima en sus ojos.

—Sí. Seguro que sí.

—Tienes que entenderlo, no teníamos otra opción…

—No entiendo nada de esto. —Le muestro los dientes.

—¿Por qué ibas a entenderlo? —La chica se acerca—. No tienes ni idea de cómo son realmente las cosas para nosotros aquí fuera.

—Jessie, déjalo. —Así que ese es su nombre.

—Oh, sí —continúa, con los ojos brillantes y ávidos—, pobre Raven, sola en su torre. No me extraña que te enamoraras del primero que te mostró algo de afecto.

Mi mirada se dirige a Kyle. Él la sostiene, los ojos plateados brillantes, mientras se frota la nuca con una mano. Una lágrima se escapa, cálida, por mi mejilla.

—¿Por qué?

—Porque tenía que hacerlo —dice Kyle—. No había otra manera, créeme, de conseguir lo que quería.

—Pensaba que yo era lo que querías. —Me cuesta mucho mantener la calma y hablar así. Siento como si estuviera viviendo una experiencia extracorporal. Esto no puede estar pasando.

Kyle baja la mirada.

—Tú… me cuidaste. Me dijiste que me querías, que tendríamos una vida juntos. Me salvaste de la banda de Reapers, en la cascada. —Mi voz se quiebra, como mi corazón.

—¿Te salvé? —Una esquina de la boca de Kyle se curva hacia arriba—. ¿O los llamé yo cuando te dejé sola un momento? ¿Qué mejor manera de ganarme tu confianza que salvándote la vida?

Me quedo boquiabierta. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Tú… ¿cómo pudiste…?

—Nunca me preguntaste por qué estaba en los fosos. Aunque tampoco te lo habría dicho. Ahí es donde envían a las bandas de Reapers, si las atrapan. —El dolor cruza su rostro—. A morir.

—¿Eres uno de ellos? —Maldigo mi propia estupidez, por haberme dejado deslumbrar, por haber pensado que era una especie de campeón de los fosos, por haber sentido lástima por él.

—Lo era. El último de mi banda, cuando Mistral me encontró.

—Mistral.

Kyle asiente.

—¿De verdad crees que tus padres me habrían contratado para cuidarte, a su hija más preciada, sin su recomendación? Demasiado fácil, la verdad.

—¿Por qué? —Mi voz se eleva—. ¿Por qué haría eso? ¡Es de la familia!

—No importa el porqué. —La expresión de Kyle se vuelve impasible.

—¡Para mí sí importa! ¡Él está detrás del maldito Viento del Norte! ¡Mi padre casi muere! Cuando les diga…

—¿A quién se lo vas a contar, Emelia? —me grita Kyle, mostrando los colmillos—. No vas a arruinarlo todo, y no le vas a contar nada a nadie. Cuando Mistral esté con tu madre, él se encargará de ello. —Me gruñe y yo me encojo, con el corazón destrozado.

—Kyle, basta. —Jessie lo aleja de mí, acariciándolo como si lo estuviera tranquilizando, las cabezas muy juntas.

Es demasiado. Me doy la vuelta y me dirijo a la ventana. Quizá pueda tirarme por ella.

—No tan rápido, mi señora. —Los brazos de Kyle me rodean. Lucho, grito, no quiero que me toque, pero al mismo tiempo me atormenta la idea de que nunca más volverá a hacerlo. Me gira para que lo mire, las manos apretadas sobre mis hombros—. ¡Cállate!

—¡Que te jodan!

Me da una bofetada fuerte, mi cabeza se gira hacia un lado. Dejo de gritar, me arde la mejilla.

—No quiero hacerte daño.

—Demasiado tarde para eso —gruño.

—Lo siento… —dice.

Lo miro con incredulidad.

—Kyle. —Jessie parece preocupada, lo cual es extraño.

—Haré lo que sea necesario para que te calles —añade él—. ¿Vas a callarte?

Si quiere que me calle, eso debe significar que hay gente cerca. Gente que puede ayudarme. Vuelvo a gritar. Kyle me agarra por el cuello y aprieta. Se me nubla la vista y veo manchas negras. Jessie protesta y le dice que está apretando demasiado fuerte. Kyle dice

que no va a hacerme daño, que solo soy más difícil de noquear que la mayoría.

—Es hora de volver a dormir, mi señora. —El desprecio tiñe sus palabras.

Y me desmayo.

Capítulo 35

Hacia la luz

—No me gusta esto.

Parpadeo. Sigo tumbada en la alfombra. Siento los ojos llenos de arenilla y me duele la mejilla donde Kyle me abofeteó. Pero no tanto como el corazón.

—A mí tampoco me gusta. Pero es la única forma, Jess. —Es Kyle. Recuerdo cuando esa ternura en su voz iba dirigida a mí—. Tenemos que seguir adelante, por tu familia, por nosotros. Por lo que creemos. Mistral lo prometió, prometió que al final de todo esto seríamos libres, que tu hermano recibiría su tratamiento.

—No me parece bien. —Vaya sorpresa, viniendo de Jessie. Mantengo los ojos cerrados y procuro no moverme. Quiero escuchar esto—. ¿Qué le va a hacer?

—¿Mistral? No lo sé. Dice que quiere matarla, pero no hay forma de que pueda hacerlo, no si quiere que su madre esté con él. La adora.

Pero a mí me matará. No le importa. Lo único que quiere es ser el señor de Raven. Ahora lo veo clarísimo. Igual que el hecho de que Kyle, pese a lo que dice, no es ningún rebelde. Solo es un vampiro Reaper con novia humana que ha pactado con el diablo. Al fin y al cabo, ¿por qué iba un vampiro a apoyar una rebelión humana? ¿Por qué iban a querer que las cosas cambiaran?

—¿Qué? O sea, la odio un poco por estar contigo, además de que es una maldita Raven, pero en realidad es solo una cría…

—Lo sé. —Kyle suena triste—. Lo sé. Pero no hay otra manera. Realmente no creo que él le haga daño. Probablemente solo vuelva a encerrarla.

Que le den. Nadie va a volver a meterme en una jaula.

—No me parece justo.

—Lo sé. Odiaba engañarla. Ella es mejor de lo que esperaba. —Otra sorpresa. Aunque eso no cambia nada. Una lágrima resbala por

mi mejilla. Oigo ruidos de tela rozando. Jessie vuelve a hablar:

—Me pregunto por qué no la transformaron.

—Lo intentaron. Pero es inmune. Puede que sea humana, pero tiene sangre de vampiro.

—¿En serio? —Jessie parece intrigada—. Ni siquiera sabía que los vampiros podían tener hijos humanos, ¿sabes? No hasta que descubrimos lo suyo.

Sí. Emelia Raven. El gran secreto. Cuando me convierta en Raven, una de las primeras cosas que haré será abordar el estigma que nos rodea. Bueno, que me rodea a mí, supongo. Parece que soy la única. Aunque, ¿cómo podría saberlo?

—Los vampiros no son tan diferentes de nosotros, en realidad. —Jessie parece pensativa—. Entonces, ¿por qué nos tratan así?

—Ya sabes por qué.

—Por nuestra sangre. —La voz de Jessie suena llorosa—. Eso es todo lo que somos para ellos. Y mi hermano… —se le quiebra la voz — va a morir por eso.

Oh. Qué triste. Me recuerdo a mí misma lo zorra que es. Y el hecho de que básicamente me ha condenado a muerte. En realidad, ¿sabes qué? Que le den. Siento lo de su hermano, pero hasta ahí llego.

—Por eso estamos haciendo esto, por eso tenemos que hacerlo. Para que él no muera —dice Kyle con tono feroz.

—No sé por qué tenemos que cuidar de ella. ¿Y si su familia la localiza? Todo esto es un desastre.

Sí, Jessie. Lo es. Un gran desastre. Y verás cuando mi familia te encuentre.

Kyle vuelve a hablar:

—¿Sabes que Ruth me dijo que no la entregara? Se negó a ayudarme cuando descubrió quién era.

—Quizá deberías haberla escuchado.

Espera, ¿Ruth sabía quién era yo? Cada vez es más evidente lo poco que sé sobre cualquier cosa. Me odio por haber sido tan ingenua. Pero ¿qué otra cosa podía ser, criada en la oscuridad y la soledad, rodeada de guardias, viendo películas antiguas y leyendo

libros? Siento pena por la niña que fui, que sabía tan poco. Ya no existe.

Hay silencio, luego más susurros y un crujido.

—Te importaba, ¿verdad? Me di cuenta. Odiaba veros juntos.

Más silencio. Contengo la respiración. Sea lo que sea lo que diga Kyle, va a doler. Le oigo suspirar.

—No sabía que estarías en el bar la noche de la Cosecha Lunar. Pensé que nos encontraríamos después, cuando la llevara a Mistral…

—¡Pero claro, tenías que encontrarte con Ira! Mistral estaba furioso, ya lo sabes. —Jessie está sollozando—. Te lo digo, Kyle, más le vale que cumpla su palabra.

¿Ira? Recuerdo la extraña entrega de vino. Y me doy cuenta de lo que intentaba hacer. Debió de sospechar de Kyle; recuerdo su insistencia en que él me llevara a casa, lo molesto que parecía Kyle. E Ira, querido Ira, le había dicho que comprobaría si había llegado bien. Me invade la tristeza por su amabilidad, al pensar que probablemente nunca podré darle las gracias.

—Bueno, ya ha cumplido con una cosa.

Se oye más ruido, un suave suspiro.

—¿De verdad?

—Sí. Puedo transformarte. Por fin. Podemos estar juntos y proteger a tu familia, sacarlos de la Zona Segura.

—Oh. —Es solo una palabra pequeña, un sonido, en realidad. Pero hay anhelo en ella, un profundo suspiro de tristeza. Casi vuelvo a sentir lástima por ella. Casi. Pero el hecho de que ambos se sientan mal no cambia que pretendan entregarme a Mistral.

Los sonidos de la habitación cambian a crujidos y suspiros. Mi momento de compasión pasa, sustituido por una ira creciente mientras los gemidos de Jessie se vuelven más rítmicos y la cama cruje. Aprieto los ojos con fuerza, tratando de bloquear el recuerdo de la boca de Kyle en mi cuerpo, cómo se sentía cuando pasaba sus manos por mi cabello, por mi piel…

Hago una mueca, tratando de no gritar.

Cabrón. Cabrones.

Se oye un chasquido y Jessie jadea, con un sonido agudo. ¿Está…? ¿Se atrevería, estando yo aquí? Yo también jadeo, como si

me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

La está transformando.

Oigo ruidos de lametones y gemidos ahogados mientras bebe, junto con los gruñidos roncos que él emite. Entonces, empiezo a llorar.

Por mi madre, por mi padre, por la decepción que soy, poniéndonos a todos en peligro. Lloro por el amor, perdido para siempre. Porque esto es todo. Estoy jodida. Así es como va a terminar para mí, aquí, en esta habitación de mierda. Pienso en mi casa, en los trajes que esperan en la oscuridad, en las túnicas que nunca voy a llevar. La última Raven, al menos hasta que mis padres tengan otro hijo.

Se me ocurre algo que eclipsa mi agonía. Si transforma a Jessie, ella estará fuera de combate durante un tiempo. Lo que significa que solo quedaremos Kyle y yo aquí solos. Me encojo, preguntándome qué me va a hacer.

Entonces es como si alguien me sacudiera. Una espiral de fuego comienza en lo profundo de mi estómago. Soy Raven, y los Raven no se rinden fácilmente. Mientras haya aliento, hay vida, ¿verdad? Y yo sigo respirando.

Abro un ojo. Están desnudos en la cama, con los cuerpos entrelazados, la boca de Jessie convertida en una mancha roja en el cuello de Kyle, que tiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados en éxtasis mientras bebe de su muñeca. Busco algo en la habitación, cualquier cosa que pueda usar para escapar de aquí.

Entonces me doy cuenta de algo. No debería poder verlos. Las velas se han consumido por completo y la habitación debería estar a oscuras. Giro la cabeza con cuidado. Aunque probablemente podría ponerme a bailar y no se percatarían de mi presencia. Veo luz alrededor de las viejas contraventanas, una delgada línea dorada.

Recojo las piernas y me deslizo por la pared hasta ponerme de pie. No les quito los ojos de encima en ningún momento, por mucho que me duela verlos abrazados. Recorro con la mano las contraventanas, buscando el pestillo. Está cerrado.

Pero la llave está en la cerradura.

La giro. Se oye un clic.

—¡Emelia! —gruñe Kyle.

Que le den. El pestillo está atascado, pero sigo intentándolo. Kyle intenta liberarse de Jessie, pero la magia de la sangre ha hecho efecto y ella se está poniendo rígida, con las extremidades envueltas alrededor de él.

—¡Emelia, para! —Su rostro está distorsionado y enfadado, pero sigue siendo hermoso, con sus músculos perfectos en la sombra.

Trago saliva. Sin embargo, sé lo que tengo que hacer. Es la única forma de salir de aquí.

Su voz cambia, vuelve a ser como solía cuando me hablaba:

—Por favor, Emelia, no lo hagas —insiste, ahora con un tono de voz más calmado.

Consigue liberarse. Pero es demasiado tarde. Para él, para nosotros, para todo. Me aparto y las contraventanas se abren.

Amanece.

La luz, dorada y potente, entra a raudales, atrapando a Kyle en su resplandor. Y él arde. Oh, es horrible. Su piel se ampolla, grandes bultos rojos aparecen donde la luz lo toca. Grita, retorciéndose de dolor sobre la alfombra polvorienta. Jessie está gimoteando, pero no puedo apartar los ojos de Kyle. Su cabello negro se arruga y se encoge, su cuerpo se curva y se agrieta mientras los ligamentos se prenden y se queman. Lo último que desaparece son sus ojos, plateados en su rostro ennegrecido, que me miran fijamente.

Luego desaparece.

Capítulo 36

A veces, realmente, hay monstruos en el bosque

Solo queda un montón de cenizas negras.

Me aferro al alféizar de la ventana, sollozando con jadeos grandes y entrecortados. Jessie me mira fijamente, sus ojos parecen su única parte viva. Está aterrorizada; puedo verlo en cómo gira la mirada de lado a lado, en el blanco de sus ojos. También está paralizada: la sangre que corre por sus venas, la sangre de Kyle, se está apoderando de ella. Por mí, puede quedarse así para siempre.

Que le den.

Si la magia de sangre toma el control completo antes del anochecer, arderá. Si no, bueno, podría vivir, si los guardias Raven no la encuentran. De todos modos, imagino que me han estado rastreando toda la noche. Pero tengo que salir de aquí.

Me alejo de la ventana. La chaqueta de Kyle cuelga de una silla y me la pongo, rebuscando en los bolsillos. Siento dolor por un segundo al tocar el suave cuero, recordando cómo le quedaba. Saco las llaves y le hago un gesto obsceno a Jessie mientras abro la puerta del dormitorio.

Abajo hay un largo pasillo, el suelo de baldosas de colores ahora apagado, restos de vidrieras alrededor de una puerta de madera. La puerta está cerrada por dentro. Busco a tientas entre las llaves hasta encontrar una que encaja. La puerta se abre con un crujido y motas de polvo bailan en el aire frío y brillante. Salgo a un pequeño porche de ladrillo y cierro la puerta. La calle está desierta, pero me quedo en la sombra del porche, consciente de estar sola, en un lugar extraño, sin saber dónde está mi casa desde aquí. Me tiemblan las piernas, mi respiración es irregular, pero tengo que seguir adelante. Me obligo a dar un paso. Luego otro, hasta llegar a la pequeña verja frontal.

La casa donde estoy forma parte de una hilera que se extiende en línea recta colina abajo hacia una mancha azul en la distancia. Me doy cuenta de que es el mar. Las casas se ven brillantes, sus colores desvaídos iluminados por el sol naciente, como un pedazo del pasado cobrando vida.

El óxido se desprende bajo mi mano mientras empujo la verja para abrirla, las bisagras protestando. Empiezo a bajar la colina con los ojos entrecerrados por la luz, deseando tener las gafas oscuras que me prestó Ruth. Hace frío, la escarcha cubre los muros bajos del jardín. Me subo la cremallera de la chaqueta y acelero el paso, queriendo alejarme de la casa donde dejé a Jessie. Y a Kyle.

Cuando cierro los ojos, lo veo: sus ojos plateados mirándome fijamente mientras ardía.

Quizá, si me dirijo hacia el agua, pueda orientarme. Si esta es la Zona Segura, puedo volver a casa de Ruth y pedirle ayuda. No es un gran plan, pero es algo. Intento no pensar en la posibilidad de estar en otro lugar, mucho más lejos de casa.

A medida que me acerco al agua, las casas se vuelven más grandes, algunas con porches de madera tallada ornamentada. En la esquina de una calle lateral hay varias tiendas, la mayoría aún cerradas. Sin embargo, una tiene la persiana levantada y el aroma del pan recién horneado flota en el aire. Me doy cuenta de que estoy hambrienta. Reviso mis bolsillos y la chaqueta de Kyle, pero no tengo nada. Bajo la cremallera de la chaqueta y busco en el cuello de mi camisa. Mi collar Raven ha desaparecido, y siento una punzada de tristeza por su pérdida. Pero todavía llevo una cadena de plata. Me la quito por la cabeza, desenredándola del pelo.

La puerta de cristal de la panadería está cerrada con llave. Hay alguien dentro, moviéndose bajo una luz dorada, limpiándose las manos en el delantal. Levanta la vista cuando llamo y sale de detrás del mostrador. Es una mujer con el pelo recogido bajo una gorra blanca, el delantal marrón salpicado de harina y bien atado alrededor de su amplia cintura. Tiene los labios apretados y una arruga entre las cejas. Gira la cerradura y la puerta se entreabre.

—¿Sí?

—Por favor —le tiendo la cadena de plata—. Tengo mucha hambre. Es todo lo que tengo…

—No puedo dejarte entrar.

—No quiero entrar. Solo necesito comida. Un poco de pan, cualquier cosa. Por favor, quédese con esto. Es plata.

—¿Cómo lo sé?

—Eh…, no lo sé.

La puerta se abre un poco más. Su mano sale.

—Dámela.

Dejo caer la cadena en su mano y la puerta se cierra. La mujer examina la cadena, pasando los eslabones entre sus dedos, entrecerrando los ojos para ver el cierre. Luego va detrás del mostrador y saca una barra de pan recién hecha del estante. Vacila, mirándome. Sonrío, tratando de parecer que esto es algo que hago constantemente. Agarra otra barra con fruta por encima y la mete en una bolsa. Se guarda la cadena en el bolsillo y vuelve a la puerta. La abre de nuevo y me entrega la bolsa.

—Toma.

—Gracias, muchas gracias. ¿Puede decirme dónde…?

La mujer cierra la puerta con llave y vuelve a su trabajo, ignorándome. Me quedo allí un momento más. Vaya.

La bolsa que tengo en las manos está caliente y huele de maravilla: levadura, fruta y especias. Desenrollo la parte superior de papel, saco un puñado de pan de frutas, me lo meto en la boca y cierro los ojos mientras mastico. Es lo más delicioso que he comido nunca.

Empiezo a caminar, sacando más pan de la bolsa y comiéndolo mientras me dirijo hacia el mar. Al final de la carretera me detengo y miro a ambos lados. Oh, gracias a la oscuridad, estoy en la Zona Segura. Ahí están las barandillas pintadas de azul, las torres marrones achaparradas que protegen la costa, el gran hotel con forma de tarta nupcial que vi en mi primera visita. Suspiro aliviada.

Giro a la derecha, pasando por delante del gran hotel, deslizando la mano por las barandillas ornamentadas. Más adelante está la pequeña cafetería donde Ruth y yo almorzamos. Está cerrada, el toldo a rayas enrollado, las persianas cubriendo las ventanas. A lo

largo de la costa hay gente paseando, algunos de la mano, otros con perros que retozan entre las olas, corriendo tras los palos que les lanzan. Es hermoso y tranquilo, y me entristece. Cruzo la calle donde está la planta de recolección, un cuadrado metálico recortado contra el cielo. Mi mente da vueltas por el cansancio y la tristeza. Podría quedarme aquí, supongo, y pedirle a alguien que me preste el teléfono. Pero nadie podrá venir a recogerme hasta el anochecer, y no quiero arriesgarme a que Mistral llegue primero. Es mejor seguir adelante mientras pueda, durante el día, y esperar llegar a casa.

Paso por una hilera de tiendas, algunas cerradas, otras vacías, y llego a una carretera que sube por la colina. La tomo, esperando lo mejor. Y mi esfuerzo se ve recompensado. Ahí está la tienda de ropa de Geneva: su escaparate ha cambiado, con jerséis en colores otoñales intercalados con guirnaldas brillantes y copos de nieve. Al lado está la tienda de juguetes, con cochecitos y libros gastados agrupados con más guirnaldas, lazos rojos y etiquetas.

Se me nubla la vista y me cuesta tragar la comida que tengo en la boca. Enrollo bien la parte superior de la bolsa del pan y me la coloco bajo el brazo. La brisa es fuerte y fría, y trae consigo el olor a ceniza. Las lágrimas me recorren el rostro mientras el viento me echa el pelo hacia atrás. Me recuerda cuando corría con Kyle, cómo me abrazaba con fuerza y yo me acurrucaba contra él.

«No pienses en Kyle».

Se me corta la respiración y acelero el paso. La carretera asciende y los grandes edificios dan paso a las casas. Busco el desvío que lleva a casa de Ruth, reconfortada por la idea de la cama en su habitación azul. Pero al acercarme a su casa, mis pasos se ralentizan. Recuerdo lo bien que parecía conocer a Kyle. Cómo él decía que la conocía desde hacía años. Cómo, a pesar de su amabilidad, parecía tener otros planes. Y el hecho de que ella sabía quién era yo, pero no dijo nada. Aunque se había negado a entregarme a Mistral, ¿qué le impediría hacerlo cuando apareciera sola, pidiendo ayuda? También recuerdo la ira de Andrew hacia mi familia. ¿Cómo reaccionaría si le pidiera llamar a casa? Porque sé que, cuando lo haga, un batallón de guardias y probablemente mis

padres irrumpirán en su casa cuando caiga la noche. No estoy segura de que le haga gracia.

De repente, siento como si hubiera ojos por todas partes. Un golpe me hace sobresaltar, pero solo es el sonido de alguien cerrando la puerta de su casa: un hombre con traje oscuro. Me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el saludo, respirando con dificultad. Tengo que irme a casa. Aunque solo llegue a Dark Haven al anochecer, al menos Ira sabe quién soy y estoy segura de que me ayudará.

Respiro hondo y exhalo, sintiéndome mejor. He pasado la casa de Ruth; las calles dan paso a un matorral cubierto de maleza, con trozos de basura enredados en las zarzas y pisoteados en el barro. Más allá del matorral hay un pequeño bosquecillo de árboles, luego las torres de luz con sus estructuras metálicas doradas por el sol. Bien. Si estoy en el lugar correcto, debería salir por las casetas de los guardias y desde allí poder tomar la carretera hacia Dark Haven.

Mierda. Las casetas de los guardias. Tengo que ir en aquella dirección, pero también tengo que evitar que me vean, sobre todo si son los mismos guardias. Empiezo a entrar en pánico, recordando cómo me sentí al ser tratada como carne, el dolor que me causó el guardia al beber de mí.

Espera un segundo.

Es de día. Aunque me vean, no pueden hacer nada.

Empiezo a cruzar el matorral, tropezando con el barro helado. Tengo frío y sed, pero es soportable. Hay un camino pisoteado en la hierba y lo tomo, serpenteando entre enormes montículos de zarzas densamente entrelazadas y espinosas como algo salido de un cuento de hadas. Como más pan, pero luego me arrepiento cuando la masa pastosa se me pega al paladar. El camino conduce hacia los árboles y sigo por él, pensando que si hay un camino debe de ser porque la gente viene por aquí. Las ramas enredadas se curvan sobre mí, pintadas de verde por el musgo y de amarillo por el invierno, con algunas hojas muertas aún adheridas. Es un lugar tranquilo y me relajo un poco más, orgullosa de mí misma por haber llegado tan lejos. Puedo hacerlo. Puedo llegar a casa. Y, cuando lo haga, voy a pedir perdón a mis padres y…

—¿Adónde crees que vas, cariño?

Un hombre vestido con ropa estampada en tonos verdes y marrones sale de entre una maraña de árboles y me bloquea el paso. Tiene el pelo y la barba corta grises, los ojos azules, las mejillas pálidas por encima de la barba. Sonríe, pero también lleva una pistola.

Mierda.

Capítulo 37

Garra de cuervo

Qué idiota soy. Por supuesto que las fronteras de la Zona Segura estarían vigiladas durante el día; de lo contrario, ¿qué impediría marcharse a los humanos? «El hecho de que no tengan adónde ir», susurra mi mente, recordando a Ruth en la playa, mirando las olas.

El hombre del sendero se acerca. Ya no sonríe y ha levantado su arma.

—Te he hecho una pregunta.

—Eh… —Trago los últimos restos de pan y me aclaro la garganta —. Voy a… la finca Raven.

Hay un destello plateado en la chaqueta del hombre. Al acercarse, veo que es el emblema de Raven. Oh, gracias a la oscuridad.

—¿Ah, sí? ¿Cómo te llamas?

—Emelia Raven. —Sonrío, esperando que él haga lo mismo. Por supuesto, mis padres habrán avisado de que me he ido. Seguro que todos los guardias me están buscando.

No hay sonrisa de respuesta. En cambio, tira de una pequeña caja negra sujeta al frente de su chaqueta y se la lleva a la boca.

—Tenemos una aquí —dice. Se me encoge el corazón—. Cree que es una vampira. Nada menos que la Dama de Raven. —Se ríe. Un momento después se oye un graznido como respuesta. Vuelve a hablar, luego suelta la caja y centra su atención en mí.

—Bien. ¿Vas a decirme quién eres realmente?

Acabo de hacerlo. Abro y cierro la boca. ¿Por qué no me cree? «Porque no sabe quién eres», responde mi mente. Como todos los demás.

—Muy bien. Ven conmigo. —Me apunta con su arma, luego se da la vuelta y empieza a caminar por el sendero. No tengo más remedio que seguirlo. Si intento huir, me disparará. No puedo evitar sollozar. Estoy agotada, me duele la garganta y tengo una sed desesperante.

El dolor de la traición de Kyle está contenido tras un dique en mi mente. No puedo liberarlo. Si lo hago, me derrumbaré.

Salimos del bosque y ahí está la caseta del guardia. Se ve diferente a la luz del día, sobre todo porque hay un arma grande montada en el techo plano. Junto a la caseta hay un vehículo descapotable, pintado de los mismos verdes y marrones que la ropa del guardia, con el emblema de Raven plateado en la puerta lateral.

Mi captor se detiene.

—Bien. Tienes que decirme quién eres realmente. ¿O vas a seguir insistiendo en que eres la Dama de Raven? —Resopla—. Eso sí que tiene gracia. Una vampira que sale durante el día.

—Pero es verdad. Soy Emelia Raven. Solo que… soy humana… —Mi voz se apaga porque sé lo estúpido que suena.

¿Qué había dicho Jessie? Que ni siquiera sabía que los vampiros podían tener hijos. Si ella no lo sabía, dudo que este guardia lo sepa tampoco.

Me rodea, sin dejar de apuntarme con su arma.

—Te diré una cosa: apuesto a que eres una bailarina de sangre. Quizá te liaste con uno de nuestros altos señores y ahora tienes ideas por encima de tu posición.

—¡Eso no es cierto! Te digo que mi familia me está esperando.

—¿Ah, sí? —Se detiene y acerca su rostro al mío—. Porque Bill dice que no hay ninguna mención de ti en la lista de pases. Y los Raven, que yo sepa, son vampiros. Así que dime, guapa, ¿para quién bailas? Quizá te apetezca entretenerme. O quizá —su expresión se endurece y levanta el arma hasta casi tocarme la barbilla— seas una de esas rebeldes que intentan colarse en la finca.

—No lo soy —logro decir, temblando de pies a cabeza—. Lo juro. Tienes que dejarme pasar.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo dice?

«Raven lo dice». Recuerdo a Kyle en nuestra primera noche juntos, sujetando a un vampiro por el cuello. Aprieto los dientes. No. Aquí no. Ahora no. Vuelvo a reprimir el dolor por su pérdida.

—¡Ya basta! —resuena otra voz.

Mi captor se tensa y mira hacia un lado.

—Pero señor…

—¡Baja el arma! ¡Es una orden!

La garganta de mi captor se mueve visiblemente. Obedece, baja el arma y se aleja de mí, poniéndose firme.

—¿Qué es todo esto? —Mi salvador viste de forma similar al otro guardia, aunque también lleva una boina negra con un destello plateado. Es más alto que yo, con barba castaña y ojos dorados en un rostro rojizo y curtido—. ¿Quién eres?

Me aclaro la garganta.

—Emelia Raven. —Intento sonar como mi madre, pero me resulta difícil con la voz temblorosa. Sin embargo, me mantengo erguida y lo miro a los ojos.

Entrecierra los ojos, luego dirige su atención al otro guardia.

—¿Hay alguna razón para detenerla?

—¡Señor! No está en la lista, señor.

—¿Y decidiste apuntarle con tu arma a la cara? Ya sabes cómo funciona esto. De todos modos, esa lista nunca está actualizada.

El otro guardia aprieta la mandíbula.

—¡Señor!

—Muy bien, jovencita. —Vuelve su atención hacia mí—. ¿Adónde vas?

—A la finca Raven. Eh…, señor.

—¿Quién te va a recibir?

—¿Recibirme? —Niego con la cabeza—. Ya se lo he dicho, soy Emelia Raven. Seguro que mi familia ha dado la voz de alarma. Solo necesito llegar a casa.

Aprieta los labios y frunce el ceño.

—Los Raven no comparten sus preocupaciones con nosotros. —Cruza los brazos, me observa y luego suspira. Señala con la cabeza hacia su vehículo—. Sube. Te llevaré hasta la ciudad. Tengo asuntos que atender por allí.

—Oh, gracias. —Me invade el alivio.

Corro hacia el vehículo, abro la puerta y me acomodo en el asiento del copiloto. Mi salvador también sube, cierra la puerta lateral y arranca el motor. El otro guardia sigue de pie, en posición de firmes, mientras nos alejamos. Resisto el impulso de hacerle un gesto obsceno con el dedo y, en su lugar, me acurruco en mi asiento,

agradeciendo mi buena estrella por estar en un coche en lugar de ir a pie. Habría tenido suerte si hubiera llegado a Dark Haven al anochecer, con los cortos días de invierno jugando en mi contra. Sin embargo, lo habría intentado, porque no hay forma de que vuelva atrás. Ni a la chica que era. Ni a la habitación polvorienta donde Jessie espera para transformarse, donde la ceniza se esparce con la brisa. Ni a Mistral, y lo que sea que tuviera planeado. Voy a casa. Y cuando llegue allí, seré la próxima Raven.

La carretera serpentea a través de un denso bosque, una mezcla de árboles de hoja perenne y ramas desnudas a ambos lados. En algunos lugares se unen por encima de nuestras cabezas, como si estuviéramos en un túnel. El viento me azota el pelo y me lo aparto de la cara.

—Todo esto era tierra de cultivo antes —dice mi conductor, gritando para que se le oiga por encima del ruido de la carretera.

—¿De verdad? —Parpadeo y miro a través de la maraña de árboles. Hay formas más oscuras allá atrás, edificios con tejados abovedados y ladrillo rojo. Me pregunto si alguien vuelve alguna vez a ellos.

—Sí, eso me contó mi padre. También hay casas ahí, ¿sabes? Pueblos enteros arrasados. Y otras cosas. Supongo que lo sabrás, si eres quien dices ser.

Pero no lo sé. El Levantamiento es una parte orgullosa de la historia de mi pueblo. Nunca había pensado en cuánto se había perdido.

—¿Aún no me crees?

Mi conductor me mira.

—¿Sobre quién eres? —Niega con la cabeza, sonriendo a medias —. Bueno, pareces bastante convencida.

—¿De verdad mis padres no han avisado a los guardias de que he desaparecido? —Me cuesta creerlo.

Su sonrisa se desvanece.

—Podrían haberlo hecho. Pero no a nosotros.

La comprensión llega. Otra maldita revelación.

—Porque vosotros sois…

—Humanos.

Esto es una locura. ¿Por qué demonios mis padres no habrían dicho a todos los guardias Raven que me buscaran? Porque su mundo es un mundo de noche. Otra cosa que quiero cambiar.

Hay una botella en la consola central, de color verde oscuro con una boca estrecha, con líquido moviéndose en su interior. Siento un cosquilleo en la boca por la sed.

—Por favor, ¿puedo tomar un poco de tu bebida?

—¿Qué? —Se inclina hacia mí y veo un pequeño alfiler rojo en su cuello, una flor.

Grito más fuerte.

—Tu bebida. ¿Puedo tomar un poco?

—Sírvete tú misma —dice, asintiendo con la cabeza.

Lo hago, aliviada al descubrir que es agua. Al principio bebo demasiado y toso tan fuerte que quita una mano del volante y me da una palmada en la espalda. Mi pan se ha perdido en la caseta del guardia, pero el agua es como un fresco paraíso que me recorre la garganta.

—Gracias. —Vuelvo a tapar la botella y la coloco donde estaba.

Avanzamos un rato más, sin decir nada. Me relajo, todo se vuelve ligeramente borroso. Los árboles dan paso a casas con las persianas bajadas, luego a negocios, tiendas, bares y cafeterías, todos cerrados, el rostro de la ciudad cubierto como por un velo.

Mi salvador detiene el vehículo junto al bordillo, con el motor chirriando y la grava crujiendo. Estamos delante del Dome. Es extraño estar de vuelta aquí, donde todo comenzó.

—Esta es tu parada —anuncia.

Hay tantas cosas que quiero preguntarle. Pero lo único que digo es:

—Gracias. Muchas gracias. Por todo.

Sonríe.

—Asegúrate de esperar aquí. Ira, el dueño de este lugar —señala con el pulgar hacia el Dome—, bueno, es bastante comprensivo con los humanos. Los Raven suelen venir aquí. Pero no vayas a ningún otro sitio; después del anochecer sería un suicidio.

No quiero esperar. Quiero irme a casa. Estoy segura de que al anochecer el lugar estará plagado de guardias Raven, pero no hay

garantía de que me encuentren primero.

Abro la puerta y salgo.

—¿A qué distancia está?

—¿El qué? —Está a punto de marcharse.

—La finca. Raven.

—Oh, no muy lejos. A unos dieciséis kilómetros por la carretera. —Señala—. Pero quédate aquí.

—¿Puedes llevarme?

—Lo siento. Ya llego tarde. Haz lo que te digo y todo irá bien. —Levanta la mano y la grava chirría bajo las ruedas mientras se aleja. Lo veo marcharse hasta que ya no puedo verlo. Entonces todo queda en silencio.

Cierro los ojos, tratando de alejar el pensamiento de estar aquí con Kyle, de lo segura que me sentía en sus brazos, de la magia y la belleza de correr con él bajo las estrellas. El dolor acecha, como una herida abierta en mi interior. Lo reprimo una vez más, aunque cada vez me cuesta más contenerlo. No tengo ni idea de qué hora es; el sol está justo encima de mi cabeza. Dieciséis kilómetros, dijo mi salvador. Creo que puedo hacerlo. Tengo que conseguirlo.

Pero estoy tan cansada. Me duelen los pies, las botas me rozan los dedos y los talones, me duele el cuello y estoy hambrienta. Tan solo debo poner un pie delante del otro. Tengo que hacerlo. Si consigo llegar a las puertas, ya se me ocurrirá algo.

Hay daños en muchos de los edificios del centro de la ciudad: los escaparates de las tiendas están destrozados y ennegrecidos, los carteles arrancados. Paso por delante de la heladería quemada, con el grafiti de Viento del Norte aún visible en la pared. Un par de pequeños copos negros flotan a mi lado cuando se levanta el viento. Y pensar que todo el tiempo era Mistral. Estoy deseando contárselo a mi padre.

Esa idea me anima mientras recorro las calles que salen de Dark Haven, pasando por casas cerradas con jardines bien cuidados y coches relucientes en algunas de las entradas. No se me escapa la comparación con la Zona Segura. Al pasar por delante de la última casa, me doy cuenta, una vez más, de que tengo que hacer algo al respecto. De que posiblemente sea la única que pueda hacerlo. No

puedo creer que haya pensado en dejarlo todo atrás. ¿Y para qué? «¿Por quién?», me susurra mi mente. Aprieto los dientes y sigo adelante.

Vuelvo a estar entre árboles, la carretera es lisa y está bien asfaltada. Por supuesto que está bien cuidada. Es el camino que lleva a mi casa. Las cosas que he dado por sentadas toda mi vida ahora se ven bajo una nueva luz, y me pregunto por la injusticia de todo ello mientras avanzo a trompicones por el arcén.

Al cabo de un rato, necesito parar. Estoy agotada, además el agua me ha hecho efecto y necesito orinar. Me adentro en los arbustos y hago mis necesidades, luego me siento bajo un gran árbol. Me duele el cuello y me palpitan los pies. Sin embargo, no me atrevo a quitarme las botas, porque entonces no sería capaz de volver a ponérmelas. Apoyo la cabeza contra la áspera corteza. Cierro los ojos.

Me despierto sobresaltada. ¿Dónde demonios estoy? Tengo mucho frío, estoy tumbada de lado entre hojas secas. Las sombras son largas y se oye un susurro entre los árboles. Me incorporo y me siento, con la mano en la cabeza. Entonces lo recuerdo todo. Kyle y la necesidad de volver a casa. Mi casa. Mierda. ¿Qué hora es? Está oscuro bajo los árboles, aunque no completamente. Me pongo de pie y me abro paso entre los arbustos hasta la carretera. Está iluminada por el sol que se desvanece, las sombras de los árboles rayando el asfalto, el cielo volviéndose rosa dorado. Mierda, mierda, mierda. El sol está empezando a ponerse.

No sé cuánto tengo que andar, pero sé que tengo que moverme, y rápido. Reúno las últimas fuerzas que me quedan y empiezo a correr, con lágrimas en las mejillas y los músculos protestando mientras me obligo a seguir adelante. La carretera gira, y vuelve a girar. Siento el pecho oprimido como si fuera de hierro, pero sigo adelante, impulsada por el miedo mientras la luz se desvanece. Y ahí están. Las puertas de mi casa. Lloro con fuerza cuando veo los pilares coronados por cuervos, el largo camino sinuoso. Me tambaleo

y tropiezo en los últimos metros, tratando de alcanzar la verja de hierro ornamentada.

Pero las puertas están cerradas. Joder. Claro que lo están. Las sacudo, pero apenas se mueven. La decepción me abruma. Me hundo, mis piernas se doblan debajo de mí. Envuelvo mis brazos alrededor del hierro forjado, descanso mi cabeza y me quedo en el sitio. Solo espero que los guardias se den cuenta de quién soy antes de atacarme. El cielo arde sobre mí como un fuego brillante, con los árboles tornándose púrpuras. Es absolutamente glorioso, y, sin embargo, no siento nada. Es como si todo se hubiera esfumado en mí, agotada por los acontecimientos de la noche y la caminata del día. Miro las nubes, pero no veo nada. Poco a poco, mi cabeza se inclina y me quedo dormida.

Una mano me agarra del brazo y me aprieta con fuerza, despertándome.

—¡Ay! —Mi chillido se convierte en un grito cuando me levantan bruscamente, retorciéndome el hombro de forma dolorosa.

—¡Humana! —gruñe el guardia al otro lado de la puerta, clavándome los dedos.

—Emelia Raven —grito, con la cara presionada contra el hierro—. Tienes que dejarme entrar. Garra de cuervo, sangre y piedra —digo con dificultad, y de repente me suelta el brazo. Se oye un tintineo de llaves, luego la puerta se mueve y yo me derrumbo, desplomándome sobre la grava. Unas manos me dan la vuelta y oigo los rápidos pasos de los vampiros que corren hacia mí.

—¡Mi señora! —Reconozco esa voz. Es Bertrand—. Llévenla a la casa. ¡Ahora mismo! —ordena a gritos. Me envuelven unos brazos fuertes, siento el viento soplando a mi alrededor, oigo el ruido metálico de las puertas al cerrarse. Estoy en casa.

Capítulo 38

Santuario

Unos minutos más tarde estoy tumbada en un sofá, envuelta en una manta. Mi madre se inclina sobre mí, con lágrimas de sangre en sus ojos de ónix. Me acaricia el pelo, la cara, murmurando palabras suaves. Es tentador rendirme a sus caricias, dejar que el cansancio se apodere de mí, pero no puedo.

—¡Mamá! Mistral…

—Calla, querida. Ahora estás a salvo.

—¿Qué ocurre con Mistral? —dice mi padre. Giro la cabeza y lo veo de pie al otro lado del sofá. Su voz es suave, y juraría que veo un ligero tono rojizo en sus ojos.

—Aleks, seguro que nos lo puede contar más tarde, cuando haya descansado.

—No, tengo que contároslo ahora. —Intento incorporarme. Mi madre me ayuda, deslizando una almohada detrás de mí. Me rodea con sus brazos y me apoyo en su suave hombro. Mi padre se acerca, con los brazos cruzados.

—Él… eh… —Mi voz se quiebra y trato de no llorar—. Me secuestró. O, mejor dicho, hizo que alguien, alguien en quien confiaba, alguien que creía que me quería… —Sollozo, incapaz de terminar, avergonzada por lo que les he hecho pasar a mis padres. Mi madre me acaricia el brazo y me besa la frente. Me seco los ojos y respiro hondo—. Mistral está detrás de la rebelión. Es el Viento del Norte.

—¿Qué? —gritan mis padres al unísono.

—Iba a matarme. Cree que va a estar con mamá, que va a tener hijos con ella. Me llamó abominación.

Mi padre se da la vuelta y rompe una caja de madera ornamentada, aplastándola y gruñendo con furia.

—Lo siento mucho —susurro con lágrimas en los ojos—. Lo siento mucho.

—Pero Aleks… —mi madre mira a mi padre—, está de camino…

Me pongo rígida.

—¿Qué? ¡No, no! No puedes dejarlo entrar, él es el culpable, él fue quien intentó matarte, papá, ¡no puedes! —Lucho contra los brazos de mi madre. Ella está paralizada, como solo puede estarlo un vampiro. Mi padre se acerca y se arrodilla. Su hermoso rostro parece más arrugado de lo habitual, sus ojos dorados brillan. Saca algo de su bolsillo y lo pone en mi regazo. Es mi collar de Raven.

—¿Qué…? ¿Cómo lo has…?

—Llegó anoche. Con una nota.

—¿Una nota? —Mi voz suena ronca.

Mi padre asiente.

—Pidiendo algo a cambio de tu vida.

—¿Qué querían?

—A mí.

No puedo hablar, las lágrimas me caen por la cara.

—Tenía que ir con ellos esta noche, a un lugar de encuentro. Te entregarían y yo tendría que irme con ellos a cambio.

—Papá, yo…

—Me estaba preparando para irme cuando te encontraron en la puerta.

—¿De verdad?

Inclina ligeramente la cabeza y esboza una sonrisa.

—Por supuesto, querida. ¿Cómo iba a hacer otra cosa, cuando tu vida estaba en peligro?

Mi madre jadea, apretando los brazos convulsivamente. No puedo dejar de llorar. Me acerco a mi padre y lo atraigo hacia nosotras, los brazos de mi madre se abren para que nos entrelacemos, un escudo perfecto de amor mientras lloro.

Cuando nos separamos, hay sangre en las caras de ambos. Mi madre se seca los ojos con un pañuelo de encaje y luego limpia los de mi padre. Él la besa, luego a mí, con sus labios frescos y suaves en mi mejilla.

—Venid, mis amores —dice mi padre—. Debemos poneros a salvo antes de que llegue Mistral.

—¿Qué? ¿Aún vas a dejarle entrar?

—No te preocupes. Sé lo que hago —asegura. Me levanta, con mi manta arrastrándose mientras me lleva fuera de la habitación, con mi madre a su lado. Dos guardias nos siguen mientras corremos por los pasillos hacia las habitaciones fortificadas.

—Aleks, ¿crees que esto es necesario? —Mi madre está aún más pálida de lo habitual.

—Lo es, querida. No quiero que se acerque a ninguna de vosotras. —Mi padre teclea el código y las cerraduras magnéticas se desbloquean, abriéndose la puerta. En el interior, las habitaciones fortificadas parecen cualquier otra habitación de la casa, con paredes de piedra revestidas de madera pulida del color del fuego y suaves sofás sobre alfombras bordadas. Contra una pared hay una cama con dosel cubierta de cojines y vestida con damasco blanco, iluminada por el suave resplandor de las velas.

Mi madre retira las sábanas y mi padre me acuesta en la cama, arropándome con la manta. Me besa en la frente y luego besa a mi madre.

—Quedaos aquí. Volveré pronto.

—Pero padre…

—No te preocupes, Emelia. Mistral lamentará mucho haber elegido este camino. —Las líneas delgadas de su rostro se tensan y sus ojos brillan. Se dirige a la puerta y la abre—. Mantenedlas a salvo —le oigo decir a los guardias. La puerta se cierra con un golpe sordo al cerrarse los cerrojos.

Mi madre se sienta a mi lado, recostándose sobre las almohadas. Me acurruco contra ella. Me acaricia el pelo con sus dedos fríos, que me tranquilizan.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por… todo. Por irme. Por discutir contigo. Por no ser… lo que se supone que debo ser.

—Ay, mi niña querida. —Me abraza con fuerza. Huelo su reconfortante aroma, una mezcla de violetas y especias—. ¿Quieres hablar?

—Eh…, más o menos. Quiero decir, sí. Sabes lo de Kyle, ¿verdad?

—¿Que sentías algo por él? Lo había adivinado.

Trago saliva.

—Sí, eso. Bueno, está muerto. Yo lo maté.

Y todo sale de mí. La traición, mi calvario a manos de Kyle, Mistral, incluso los guardias fronterizos. Y más. La Zona Segura y lo que vi allí, cómo me sentí. Mi madre me abraza mientras oleadas de tristeza me invaden, mis lágrimas manchan la seda de su bata, sus propias lágrimas se mezclan en manchas rojas, brillantes sobre la ropa de cama blanca.

Una vez que me he desahogado, se hace el silencio. Nos envuelve, suave como la manta que cubre mis piernas, reconfortante como el abrazo de mi madre. Nos quedamos allí tumbadas juntas, madre e hija, corazón con corazón, esperando el regreso de mi padre.

Capítulo 39

Un lugar para empezar

—¿Estás segura?

—Estaré bien, de verdad. —Sonrío, pero mi madre frunce el ceño y se retuerce las manos. Entonces lo entiendo—. No voy a ir a ningún sitio. Solo a la biblioteca, eso es todo. De todos modos, no sé por qué no puedo verlo.

—Sabes que tu padre no quiere que te acerques a Mistral.

Sigo en las habitaciones fortificadas; mis padres no quieren correr ningún riesgo con mi seguridad hasta que se resuelva lo de Mistral. Mi padre se había reunido con él cuando llegó a la casa hace dos noches, y un cordón de guardias lo detuvo en cuanto cruzó el umbral. Por supuesto, se resistió, pero cuando mi padre le dijo lo que sabía, que sus planes habían sido descubiertos, se rindió. Ni siquiera sabía que yo había escapado.

Ahora la casa está llena de vampiros de alto rango, afiliados a Raven de todas partes que han acudido para el juicio. No tardó mucho: en cuanto se supo que Mistral estaba detrás del Viento del Norte, las otras familias Raven se volvieron contra él. Está recluido en una de las celdas del sótano, esperando su ejecución. Lo cual tengo muchas ganas de ver.

Pero mi padre me lo ha prohibido, a pesar de mi insistencia en que necesito ver morir a Mistral. Dice que la amenaza no ha terminado. Las semillas que plantó se han convertido en una rebelión en toda regla, y siguen produciéndose disturbios en todo el reino.

—¿Puedo ir? Bertrand puede llevarme —insisto. Mi madre tuerce los labios. Sé que no me lo negará por mucho tiempo—. ¿Por favor?

—Está bien. —Suspira al pronunciar las palabras—. Pero llévate a otro guardia. Y cierra la puerta con llave. Y…

—Mamá. —La abrazo—. Estaré bien. La casa está llena de guardias. Si no estoy segura aquí, ¿dónde lo estaré? Siento haberme

ido, más de lo que puedo expresar con palabras. No volveré a hacer nada que os preocupe así, te lo prometo.

Sus frías manos me acarician la cara.

—Más te vale. Ahora vete. Iré a verte cuando todo haya terminado.

—De acuerdo. —La beso en la mejilla, suave y firme—. Nos vemos entonces.

Mi madre me contó cómo lo había hecho Mistral, lo que había prometido inicialmente a los humanos para convencerlos de que trabajaran con él. Al parecer, les había dicho que, una vez que se hiciera con el control de Raven, crearía una nueva Zona Segura. Una en la que los humanos pudieran ser libres, en lugar de estar atados a nuestras máquinas de sangre y fábricas. Donde pudieran criar a sus hijos en paz. Donde tuvieran un futuro. Todo mentiras, por supuesto. Creo que cuando me contó eso fue el momento que más lloré.

Sin embargo, entiendo por qué se lo creyeron. Habrían aprovechado cualquier oportunidad para que las cosas cambiaran. Para tener un futuro más allá de ser explotados, más allá de ver a sus hijos sufrir el mismo destino. El mundo es un lugar enorme, pero les hemos quitado esa libertad. No es de extrañar que quieran recuperarla. Y Mistral puede ser encantador cuando quiere, cuando hay algo que desea. Pero su encanto no le servirá de nada ahora.

Porque ha llegado el momento. No me importa lo que diga mi padre. Necesito ver arder a Mistral, igual que Kyle. Y soy la única en la casa que puede hacerlo. Me acerco a la puerta y tecleo el código en el panel. Se abre. Hay varios guardias fuera, incluido Bertrand. Todos se vuelven para mirarme. Me paso la mano por el pelo y enderezo los hombros.

—Me gustaría ir a la biblioteca.

—Mi señora. —Bertrand hace una señal a otro guardia y juntos me escoltan por los pasillos hasta llegar a las puertas de madera tallada. El otro guardia abre la puerta, mientras Bertrand echa un vistazo a la habitación. Vuelve junto a mí—. Todo está bien, mi señora.

Le conté a Bertrand lo que había pasado, aunque no todo. También le pregunté por la Zona Segura y qué opinaba de los

humanos. Su respuesta me sorprendió. Al parecer, hasta que yo nací, no había considerado a los humanos más que como alimento. Ahora cree que, si alguien puede cambiar las cosas, esa soy yo.

Sonrío.

—Gracias. Voy a encender la luz. Mamá dijo que también debía cerrar la puerta con llave.

—Pondré guardias fuera. Entienda que no puedo quedarme, tengo que asistir a un…

Asiento con la cabeza.

—No pasa nada. Nos vemos después.

Se inclina y se marcha, cerrando y echando el cerrojo a las puertas. Estoy sola. A través de los largos ventanales veo la luna, un resplandor plateado y curvo que cuelga bajo en el cielo. Me siento extraña, vulnerable y al mismo tiempo protegida, con la casa como un manto a mi alrededor, los guardias como un escudo y yo como algo suave y vulnerable en medio. Noto la alfombra mullida bajo mis pies descalzos mientras me acerco a la estantería. Saco Entrevista con el vampiro del estante. Mi boca se tuerce. Respiro hondo y exhalo por la nariz. Tengo que hacerlo. Alcanzo la palanca metálica y tiro. Entra una ráfaga de aire frío.

Agarro una manta del sofá y subo las escaleras hacia el tejado.

Hace frío, la noche es clara, el amanecer aún no se vislumbra en el horizonte. La escarcha recubre los bordes almenados, las chimeneas ornamentadas, muerde mis pies descalzos. Me abrazo a la manta mientras me oriento, escuchando voces amortiguadas desde abajo. Empiezo a cruzar el tejado y, al hacerlo, tropiezo con algo. Es la pequeña lámpara de cristal que Kyle trajo cuando estuvimos aquí. Está fría y apagada, medio llena de agua, con fragmentos de hojas viejas pegadas al cristal.

Aprieto los dientes, parpadeo y me abrazo a la manta mientras me acerco al muro bajo que bordea el tejado. No me molesto en esconderme. Nadie mirará aquí arriba. De todos modos, no me importa si lo hacen. Soy Raven y esta es mi casa. Me aferro a ese pensamiento y aparto los demás.

Me asomo por el borde, con las manos agarradas a la fría piedra. Mistral está justo debajo. Le están colocando las últimas ataduras alrededor de los brazos y las piernas. La silla metálica en la que está sentado tiene púas y es cruel; su sangre ya se acumula en la hierba helada. Su cabello dorado brilla, plateado por la última luz tenue de la luna. No se resiste, lo que me sorprende.

Quiero que me vea.

Cabrón.

Intento no pensar en Kyle.

Mis padres están allí abajo, al igual que Artos Ravenna y otros nobles Raven, todos formando un semicírculo. Bertrand sale de las sombras, sosteniendo un aro de metal con púas en el interior. Contengo la respiración. Le coloca el aro alrededor del cuello y lo aprieta. Oigo a Mistral gemir.

Bien.

Las sombras cambian de negro a púrpura, con un tinte dorado en el césped azul helado. La luna ha desaparecido. Mi madre da un paso adelante.

—Por tus crímenes, Mistral, eres condenado a ir hacia la luz. Garra, sangre y piedra de Raven. Que así sea.

—Que así sea —entonan los demás.

La luz se refleja en la silla metálica. Se oye un silbido y todos desaparecen. Mistral está solo, expuesto. Igual que yo. Y el sol está a punto de salir.

Con un estruendo metálico, las persianas comienzan a caer. Mistral se retuerce, forcejeando contra el metal y las púas. Pero está demasiado débil por la pérdida de sangre, con la silla en medio de una mancha roja que se expande, como una amapola en un campo de escarcha blanca. Su cabeza se inclina hacia atrás y sus ojos se abren de par en par. Me ve.

No hago nada, solo miro.

Aprieta los dientes, su ropa empieza a echar humo. Hay rojo en su piel. El sol brilla más, sus rayos atraviesan la bruma matinal. No siento los pies, tengo los dedos agarrotados y rígidos mientras me agarro a la piedra.

Se oye un silbido y Mistral se incendia. Grita, sin dejar de mirarme, mientras las llamas arden en su cuerpo y se extienden por la hierba, prendiendo los regueros de sangre. Su cuerpo se retuerce y se ennegrece, con la espalda arqueada y los ojos azules muy abiertos.

Luego desaparece.

Las cenizas negras se esparcen con el amanecer.

Estiro los dedos y me alejo tambaleándome del borde del tejado, trepando por la trampilla y bajando las escaleras. Siento una bola dura y caliente de algo que me asfixia. La trago.

Salgo del pasillo, cierro la estantería y me froto las manos, dando pisotones al suelo para desentumecer las piernas. Me acerco a la fila de armarios que hay debajo de las estanterías y abro las dos primeras puertas. Dentro hay montones de viejos cuadernos. Supongo que son míos, pero no son lo que estoy buscando. Abro las dos siguientes y ahí están. Libros infantiles. Apilados en las estanterías, sus colores aún brillantes. Algunos de ellos solo los he leído una vez. Los saco, pila tras pila, hasta que el armario queda vacío, y luego me siento en medio de ellos.

Agarro el libro más cercano. La portada muestra a una mujer y una niña, ambas sosteniendo un gatito blanco, ilustradas maravillosamente bajo un cielo iluminado por la luna. Está en bastante buen estado y lo dejo a un lado. Luego tomo el siguiente. Tiene una imagen de una princesa en la portada con un vestido rosa con volantes, su cabello castaño adornado con una corona dorada. Mis dedos recorren los volantes pintados y pienso en la niña que vi, en la alegría que encontró en un libro de segunda mano, en sus suaves mejillas sonrosadas y en la forma en que me abrazó.

Y me derrumbo.

Lloro y lloro, las lágrimas calientes en mi rostro caen sobre la portada del libro. Oigo crujir la puerta, pero no me importa. Que se ocupen ellos, por una vez. Soy humana, y los humanos lloran lágrimas cálidas de sal y plata, no de sangre y ónix. Se oyen pasos que se acercan y luego se alejan. Lloro hasta que se me agotan las lágrimas. Kyle, la niña pequeña, la gente que conocí en la Zona Segura, los bailarines de sangre, la Cosecha Lunar, los humanos enjaulados en el bar, mi existencia protegida, todo en mi vida. Me

tumbo boca arriba, con el libro abrazado contra mi pecho, las lágrimas corriendo por mis oídos. Mientras lloro, se me ocurre una idea. Sé lo que tengo que hacer.

Llaman a la puerta. Me siento, dejo el libro a un lado y me seco la cara.

—Adelante.

Es mi madre. Su vestido de terciopelo rojo brilla bajo la luz de las velas.

—¿Cómo te encuentras? —Se sienta en el suelo a mi lado, con la falda extendiéndose como el centro de una rosa, y su precioso rostro arrugado por la preocupación.

—Estoy bien. Me siento bien. Quiero decir, físicamente. Lo demás… —Bajo la mirada—. Eso puede llevar un tiempo.

—Lo siento mucho —dice—. Deberíamos haberlo vigilado más de cerca. Pero estábamos tan contentos de verte feliz…

—Necesito preguntarte algo.

—Por supuesto. —Mi madre se queda quieta. Le agarra la mano y juego con sus dedos de alabastro, cuya piel sedosa me recuerda a mi infancia.

Respiro hondo y digo:

—Quiero vivir en la Zona Segura. Por un tiempo. Al menos hasta mi coronación. Espera —la freno al ver que quiere decir algo, necesito explicarme—. Mistral pudo llegar hasta mí, hasta nosotros, debido a cómo son las cosas allí. Debido a cómo son las cosas para los humanos. Eso tiene que cambiar si queremos estar juntos en este mundo. Y creo que ese es un buen punto de partida.

Mi madre frunce ligeramente el ceño.

—Soy humana, ¿no? —insisto. Ella asiente—. Entonces, ¿soy comida?

Su boca se abre y sus ojos se agrandan.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Eres mi hija. Eres Raven.

—Pero es un accidente de nacimiento, ¿no? Si hubiera nacido en la Zona Segura, de padres humanos, lo único que podría esperar sería vivir y morir en el mismo lugar y, posiblemente, ser carne para algún vampiro hambriento. No hay diferencia entre ellos y yo. Sin embargo, tú quieres que tenga una educación, que viaje, que sea tu

heredera, mientras que lo único que ellos pueden hacer es beber y leer libros de segunda mano y fingir que tienen una vida… —Intento no llorar—. Y creo que deberían tener más. Que Raven debería dar ejemplo.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Quiero vivir allí durante un tiempo y ver cómo funciona. Cómo podemos cambiar las cosas, quizá ofrecer a los humanos una forma de vida diferente, en la que tengan opciones. Hay islas, ya sabes, no muy lejos. Quizá podríamos incluso establecer allí una Zona Segura adecuada, en la que los humanos pudieran volver a ser verdaderamente libres. Creo que es hora de intentar construir un mundo que funcione para ambos.

—Buena idea. —Mi madre y yo nos giramos y vemos a mi padre apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados—. Pero no sucederá de la noche a la mañana, Emelia. Habrá que trabajar duro.

—Estoy preparada —respondo. No me refiero solo al trabajo. Me refiero a todo. La corona, el manto de Raven y todo lo que eso significa. He pasado por el fuego y he salido al otro lado, más dura, más fuerte que antes—. Y es lo que quiero hacer.

—Podrías fracasar. —Mi padre sigue serio, pero hay luz en sus ojos dorados—. ¿Estás preparada para eso?

—Prefiero fracasar a no intentarlo.

Se aleja del marco de la puerta y se acerca a mí.

—Hablas como una gobernante. —Una esquina de su boca se curva—. Tienes razón. Es hora de cambiar. Pero no será fácil.

—Porque soy humana. Lo entiendo. Pero mi debilidad es también mi fuerza. —Ahora lo veo con claridad. «No tienes ni idea de quién podrías ser». Palabras pronunciadas en un pasillo oscuro, hace lo que parece una eternidad. Tenía razón. No tenía ni idea. Pero ahora sí.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Sé que mi madre no querrá que me vaya. Estar a punto de perderme la asustó, y sé que se preocupará. Pero estoy decidida. Es hora de empezar a trabajar.

—Os veré todas las semanas —prometo—. Si no, os echaría demasiado de menos.

Mi madre se pone de pie y me tiende la mano. La agarro y ella me ayuda a levantarme. Aunque medimos lo mismo, es la primera vez que siento que puedo estar a su altura. Ella sonríe.

—Pues bien, mi preciosa niña, hagámoslo realidad. —Me agarra la otra mano y bailamos, mis pies descalzos girando sobre la suave alfombra, mi espíritu elevándose ante el potencial de lo que está por venir.

Capítulo 40

Secretos

Es temprano por la mañana y camino por la Zona Segura. Llevo aquí poco más de una semana. Esta hora del día me sienta bien: no hay demasiada gente y todavía me estoy acostumbrando a dormir por la noche. Tengo una casa pequeña cerca de la playa, que comparto con una de nuestras bailarinas de sangre, quien ha jurado guardar el secreto. Mi madre insistió en que llevara también un guardaespaldas. Al principio me negué, pero sabía que tenía razón. Después de todo, la rebelión continúa en marcha. Se mantienen ocultos, como destellos plateados y negros en la noche. La casa también ha sido modificada, aunque nada demasiado opulento. Digamos que tengo un sistema de seguridad muy eficaz.

Llego a la pequeña cafetería que visité con Ruth. El toldo está levantado y alguien coloca mesas y sillas en la acera. Me doy cuenta de quién es.

—¿Michael?

Se detiene y deja la silla que estaba desplegando. Cuando se gira, veo una tenue línea roja que se curva sobre una ceja.

—¡Estás bien! —decimos al mismo tiempo y nos echamos a reír.

—Oh, gracias a la oscuridad —dice él—. Estaba muy preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí? Tú estabas sangrando.

—¿Esto? Solo es un rasguño. —Sonríe y se lleva la mano a la cicatriz. Es más leve de lo que esperaba, considerando cuánto había sangrado. Tiene los dedos largos y las manos bonitas—. ¿Conseguiste llegar a casa entonces?

—Al final, sí. —Meto las manos en los bolsillos, de repente cohibida, recordando nuestra cercanía en aquel rincón oscuro.

—Me alegro —dice. El sol matutino tiñe su cabello de oro, su sonrisa es amplia—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Oh, simplemente me gusta.

—A mí no me importa madrugar.

—A mí tampoco. Es tranquilo. —Intento pensar en algo más que decir—. Bueno, me ha alegrado volver a verte.

—Igualmente, Emily. Espero verte por aquí.

Durante las siguientes dos semanas, cada vez que salgo a dar mi paseo matutino, él está fuera. Casi como si me estuviera esperando. Hablamos y, a veces, compro un café para llevar, aunque disfruto más del aroma que del sabor. Una mañana, mientras me prepara el café, me fijo en algo. Lleva las mangas de la camisa remangadas por encima de los codos, dejando al descubierto sus antebrazos musculosos. No tiene la marca de Raven. Tampoco tiene un puerto sanguíneo. Como yo.

—Aquí tienes —dice dejando mi café en el mostrador—. Lo de siempre, *mademoiselle*.

Me gusta cuando sonríe. Me gusta todo el tiempo, en realidad, pero mi corazón, aún magullado, no puede soportar más.

—Gracias. —Busco monedas en mi bolsillo.

—A esta invito yo. —Desliza la taza hacia delante.

—¿En serio? Quiero decir, gracias.

—Con una condición —continúa. Levanto las cejas—. ¿Quieres salir conmigo? ¿A dar un paseo, una mañana de estas?

Me quedo boquiabierta. Sus mejillas se sonrojan y baja la mirada.

—Claro. Quiero decir, estaría bien. —De hecho, estaría muy bien. Ignoro las mariposas en mi estómago.

—¿De verdad? —Su rostro se ilumina—. ¿Qué tal mañana? ¿Te recojo a las siete?

Frunzo el ceño.

—Creía que habías dicho por la mañana.

—Sí, a las siete de la mañana, si te parece bien. Quiero decir, dijiste que te gustaba madrugar, ¿no? —Suena preocupado. No quiero que lo esté.

—A las siete está perfecto. Vivo… justo a la vuelta de la esquina. La casita blanca.

—Nos vemos entonces. —Me entrega el café. Nuestros dedos se tocan y me sonrojo.

A la mañana siguiente me levanto temprano. Llamo a mi madre y le digo que voy a dar un paseo con un amigo.

—Ten cuidado —dice con su voz fría a través del teléfono. Sin embargo, noto que está contenta.

Me abrigo bien, con *leggins* de lana y un jersey largo, y me pongo la chaqueta de cuero por encima. Por alguna razón, me siento mareada; deben de ser los nervios, aunque no sé por qué estoy nerviosa. Aun así, no consigo quitarme esa sensación, ni siquiera después de tomarme un té de menta.

Poco después de las siete, llaman a la puerta. Abro y veo a Michael. También lleva un jersey, negro, con las mangas y el cuello deshilachados, sobre unos vaqueros oscuros y botas gruesas de cuero. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás y una ligera barba incipiente en la mandíbula. Está… guapo. No sé si estoy preparada para esto.

—Buenos días —dice.

—Buenos días. —Salgo, cierro con llave y guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta junto con las llaves.

Empezamos a caminar, nuestros pasos resuenan en la quietud previa al amanecer.

—¿Adónde vamos?

—Pensé que podríamos dar un paseo por la playa. —Me toma de la mano.

Me estremezco y luego me siento estúpida.

—Lo siento.

—¿Quieres que te suelte?

Niego con la cabeza.

Doblamos la esquina hacia el paseo marítimo. Las farolas siguen encendidas, aunque un tenue resplandor en el horizonte me dice que pronto amanecerá. Todavía no me acostumbro a poder estar fuera cuando cambia, cuando la magia de la noche se transforma en día.

—¿Crees que así era en los viejos tiempos?

—¿Antes del Levantamiento? —Sonríe, arqueando una ceja—. Quizá. Es bastante tranquilo, ¿no?

—Es precioso. —Lo es.

Cruzamos la carretera y bajamos las escaleras hasta la arena. Está suave y húmeda, nuestros pies dejan ligeras huellas mientras caminamos hacia el agua, aún tomados de la mano. Me gusta: la calidez y aspereza de su piel son diferentes. Las olas rompen y susurran contra la orilla, la canción interminable del mar.

—Me encanta el sonido del mar —comento—. Nunca he pasado mucho tiempo cerca de él.

—¿No?

—No. —Me quedo en silencio, preguntándome si he revelado demasiado. Nuestras manos se balancean entre nosotros mientras paseamos por la orilla, el cielo cada vez más claro.

—¿Tomamos un café? —propone—. ¿Cuando abra la cafetería?

—Suena bien.

—Pero, primero, me gustaría preguntarte algo.

Lo miro. Su perfil se recorta en la oscuridad contra el mar, como el reverso de una moneda.

—De acuerdo —respondo.

Él hace una pausa antes de preguntar:

—¿Quién eres realmente?

—¿Qué? —Frunzo el ceño y luego me río, aunque por dentro me he quedado helada—. Ya te lo dije, me llamo Emily.

—¿Cuál es tu apellido?

Dejo de caminar. Él también, y me suelta la mano. Trago saliva.

—Es Reynolds. Emily Reynolds. —Le doy el apellido que Kyle me había dado una vez, porque no se me ocurre nada más.

Frunce el ceño.

—Entonces, Emily Reynolds, ¿por qué huelo violetas a tu alrededor?

Por la forma en que pronuncia mi nombre, sé que sabe que estoy mintiendo. Lo que no sé es cómo. Mantiene mi mirada un momento más, luego pone los ojos en blanco y suspira. Extiende el brazo, con la muñeca hacia arriba y el puño cerrado.

—Huéleme.

—¿Qué? ¡No! —Pongo cara de asco. Pero él sigue extendiendo el brazo y, cuando respiro hondo, lo percibo. Violetas. Me inclino hacia su muñeca extendida. Su piel es pálida, tersa, los músculos muy definidos. Huelo.

—¿Es… inhibidor? —Sé que no lo es. Niega con la cabeza y retira el brazo.

—No. Soy yo. Mi linaje. Como el tuyo. Sabes que los humanos normalmente no pueden olerlo, ¿verdad?

Lo miro fijamente. No lo sabía.

—Dime otra vez, Emily. ¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? —susurro.

—Tú primero —insiste, empezando a sonreír.

En el horizonte, el sol se tiñe de un rojo dorado, mientras la suave brisa matinal sopla desde el mar.

Niego con la cabeza.

—No puedo —murmuro.

La diversión desaparece de su rostro.

—De acuerdo. —Se inclina hacia delante. Su voz se vuelve más baja, más queda—. Yo lo diré primero. Pero tienes que prometerme que no lo contarás.

—Lo prometo.

—Soy Mistral. —Lo dice tan bajo que tengo que esforzarme para oírlo. Abro mucho los ojos—. Nadie lo sabe —continúa—. Aquí solo soy Michael. Otro huérfano entre tantos.

Lo miro boquiabierta.

—Pero… no entiendo…

—Nadie lo entiende. No es algo conocido, ¿verdad? Que los vampiros puedan tener hijos humanos. Ni siquiera he conocido a nadie como yo. Mi padre intentó convertirme varias veces después de que mi madre muriera… —Sus ojos parpadean con el dolor del recuerdo—. Pero no funcionó. Así que me echó. Y vine aquí.

—Lo siento mucho —digo. Es lo único que puedo decir, mi mente está dando vueltas. Recuerdo a su padre, ardiendo en una silla metálica. Y a mi madre, sentada en mi cama. «He oído que podría

haber otro», dijo. Y aquí está. Se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en ella, en mi antigua vida.

—Oye, no quería molestarte. —Me toca la mano—. Es agua pasada, no te preocupes. Así que… —se encoge de hombros—, cuéntamelo. Tu secreto no puede ser tan grande como el mío. Confía en mí.

Tomo aire profundamente, lo suelto y vuelvo a respirar. Empieza a parecer preocupado. Pero mi secreto es mucho más grande de lo que él imagina. ¿Puedo confiar en él? Mi confianza sigue siendo frágil, la traición de Kyle permanece como una marca en mi alma.

Entonces me doy cuenta. No importa. Esto no se trata de Michael; se trata de mí y de quién soy realmente. El mundo se tiñe de dorado, el cielo de múltiples tonos de azul. Las olas murmuran y la brisa nos alborota el cabello. Todo parece estar en pausa, el mundo en equilibrio entre la noche y el día. Cuando me decido, siento una liberación, como si me abriera. Y las palabras brotan en un suspiro:

—Soy Raven.

Agradecimientos

Escribir un libro es un viaje. *La heredera* es uno que comenzó hace muchos años como un breve relato, escrito como entrada de blog. Pero la historia siguió creciendo, y me sorprende estar en ese punto y que estés leyendo todo sobre Emelia y el mundo de Raven. Muchísimas gracias por elegir hacerlo.

Como en muchos viajes, no llegué aquí sola. Un enorme agradecimiento a mi maravillosa agente, Laura Bennett, por apostar por mí y por mis historias. Estoy muy agradecida de trabajar contigo.

De igual manera, muchísimas gracias a Charlotte Ledger y al maravilloso equipo de One More Chapter, HarperCollins UK. Todos habéis defendido mi libro de forma preciosa, y estoy encantada de tenerlo en manos tan seguras. Desde la edición hasta la promoción y las ventas, habéis ayudado a que *La heredera* sea el libro que es hoy, y os estoy inmensamente agradecida a todos.

Llevo mucho tiempo escribiendo y he tenido la suerte de hacer algunos amigos maravillosos en el camino.

Sacha, apoyaste Raven desde el principio, insistiéndome para que escribiera más entregas, manteniéndome en marcha cuando sentía ganas de rendirme, y aportando tu considerable perspicacia como lectora beta (¿cuántas versiones has leído?). Eres una amiga querida, de las mejores, y no habría llegado hasta aquí sin ti.

Michelle, llegaste tarde al mundo de Raven, pero tu amistad y aliento durante todo el proceso han sido invaluables, al igual que tu aprecio por las muñecas encantadas. Louise, Lynn, Suzie y Dianne, muchísimas gracias por todo vuestro amor y apoyo; sois verdaderas amigas que atesorar mientras navegamos juntas por ese loco mundo de la escritura.

A mi familia, gracias por creer en mí y por darme el espacio para volar.

A mi marido, gracias por volar conmigo todos estos años y por defender siempre mi arte.

Y finalmente, a mi hija, gracias por ser una alegría y una inspiración. Cuando empecé a escribir este libro, sabía que trataría sobre una madre y una hija, y el amor entre ellas. La historia ha crecido a la par que tú y, cuando llegó el momento de la dedicatoria, supe que solo podía ser para ti.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

